BERNARDO KASTRUP

¿POR QUÉ EL MATERIALISMO ES UN EMBUSTE?

ATALANTA

Powered by CamScanner

BERNARDO KASTRUP

¿POR QUÉ EL MATERIALISMO ES UN EMBUSTE?

CÓMO LOS *VERDADEROS* ESCÉPTICOS SABEN QUE NO HAY MUERTE Y BUSCAN RESPUESTAS A LA VIDA, EL UNIVERSO Y TODAS LAS COSAS

TRADUCCIÓN
J. RAFAEL HERNÁNDEZ ARIAS

ATALANTA
2021

Powered by CamScanner

En cubierta: iguana negra, Freepik.com
En guardas: despliegue de un universo imaginado (fig. 2, detalle), Bernardo Kastrup

Dirección y diseño: Jacobo Siruela

Todos los derechos reservados

Título original: *Why Materialism Is Baloney. How true skeptics know there is no death and fathom answers to life, the universe, and everything*
© Dr. Bernardo Kastrup 2013, 2017
© De la traducción: J. Rafael Hernández Arias
© EDICIONES ATALANTA, S. L.
Mas Pou. Vilaür 17483. Girona. España
Teléfono: 972 79 58 05 Fax: 972 79 58 34
atalantaweb.com

ISBN: 978-84-122130-5-8
Depósito Legal: GI 277-2021

Powered by CamScanner

Índice

Prólogo
11

Capítulo 1
La actual visión del mundo y sus implicaciones
17

Capítulo 2
Abordar el problema mente-cuerpo
45

Capítulo 3
La mente como el medio de la realidad
77

Capítulo 4
El cerebro como nudo de la mente
107

Capítulo 5
Una metáfora mercurial
139

Capítulo 6
La metáfora de la membrana oscilante
175

Capítulo 7
Reinterpretar la realidad
225

Powered by CamScanner

Capítulo 8
Reflexiones finales
251

Epílogo
281

Notas
287

Bibliografía
297

Créditos de las imágenes
309

Índice onomástico
311

Powered by CamScanner

Cada libro es un viaje al insondable océano de la mente, no sólo para sus lectores sino también, y tal vez ante todo, para su autor. Este libro es el diario del viaje más importante, hasta ahora, de mi vida. En él no estuve solo. Aquellos que viajaron conmigo siempre vivirán dentro de mí: Natalia Vorontsova, Rick Stuart, Guiba Guimarães, Rob van der Werf, Snoes y... los demás.

Powered by CamScanner

Prólogo

La mente es el cerebro.

Consenso científico materialista

Qué certeza puede haber en una filosofía que consiste en tantas hipótesis como fenómenos hay por explicar. Explicar toda la naturaleza es una tarea demasiado difícil para un hombre, incluso para una época. Es mucho mejor hacer un poco con certeza y dejar el resto para quienes vienen después de ti que explicar todas las cosas por conjeturas sin alcanzar seguridad en nada.

Sir Isaac Newton

Bernardo Kastrup ha articulado un correctivo muy necesario para la enfermedad metafísica de nuestra época: el materialismo científico. El cientificismo es la creencia de que la ciencia es la parte más valiosa del aprendizaje humano porque supuestamente es la más autorizada, o seria, o beneficiosa. Pero la ciencia en sí misma no es más que un método particular para emplear las herramientas disponibles con objeto de proponer hipótesis, hacer experimentos y llegar a conclusiones basadas en la información obtenida. Así pues, es de lamentar que algunos practicantes de la ciencia –e incluso algunos filósofos de la ciencia– hayan asumido que el cientificismo es el único enfoque válido del conocimiento humano. La idea de que la ciencia, y sólo la ciencia, agota el potencial humano se ha convertido en un niño al que le vienen pequeños los zapatos. Tras esta monstruosa presunción está la visión sumamente metafísica del materialismo. Uno no debería llamarse aquí a engaño: las creencias metafísicas

Powered by CamScanner

falsean la ciencia, puesto que toda metafísica, de la índole que sea, es, en sí misma y por sí misma, contradictoria respecto a los propios fines de la ciencia, como una búsqueda sin límites de la verdad. Eso no significa que un científico no pueda tener una visión metafísica, pero esta visión no puede interferir en su interpretación de las observaciones. El cientificismo está haciendo hoy lo que la Iglesia en el siglo XV: forzar a la teoría para que se ajuste a una metafísica predeterminada.

En la búsqueda de una verdad externa, el materialismo cientificista ha olvidado la realidad interna más fundamental de la existencia humana: no podemos saber nada salvo aquello que aparece en nuestra propia mente. Nuestra mente es nuestra realidad, y cuando intentamos cosificar el sujeto o el objeto, es como si persiguiéramos nuestra sombra a la velocidad de la luz. El vértigo ontológico causado por este ejercicio se ha extendido hasta tal punto que filósofos materialistas como Daniel Dennett, Owen Flanagan o Patricia y Paul Churchland nos dicen que la consciencia en sí misma no existe. Y, por si fuera poco, pronuncian esta declaración con la suficiencia y la confianza de un Pat Robertson o un Jerry Falwell.

¿Cómo puede nadie tomar en serio a alguien que se levanta y declara que su propia mente no existe? Ciertamente, es un *kōan* digno de un patriarca del zen. De hecho, no sólo es lo contrario al pensamiento budista, sino también al sentido común. Y a un sentido común que no se basa en lo obvio, sino en la realidad más primordial de la condición humana.

Hace dos mil quinientos años, filósofos de la India y de Grecia pugnaron por expresar la naturaleza de la mente y de la realidad. A lo largo de los milenios, muchas escuelas budistas se han ocupado de estos planteamientos, pero

Powered by CamScanner

ninguna de ellas ha llegado a confundirse tanto como para afirmar que la mente misma no existe o no es primordial. Muchas personas que aprenden el zen y las enseñanzas de Nāgārjuna tropiezan con las palabras del Sutra del Corazón: la forma es el vacío, el vacío no es diferente de la forma. Creen erróneamente que ésta es una suerte de fórmula nihilista, cuando es justo lo contrario: forma (materia) y vacío (mente) se penetran mutuamente como una única realidad, como el agua y el mar. Es una expresión monista por antonomasia, que fluye desde las profundidades de las experiencias de la meditación y la atención plena, antes incluso de que se haya articulado en palabras.

Los maestros zen emplean todas las armas a nuestro alcance para forzar al estudiante a confrontarse con esta realidad y a no esconderse en las palabras del pensamiento dualista. El caballo no te lleva a ti, tú llevas al caballo. Por citar a Bernardo Kastrup:

> Hay regiones «externas» del medio de la mente, en el sentido de que hay regiones con las que no te identificas. *Pero esto no implica que haya un universo abstracto «en la sombra» fuera de la mente* [no implica una duplicidad inflacionaria de la realidad].

Continúa diciendo:

> Así, a diferencia de lo que implica el materialismo, un proceso neuronal *no es* la experiencia subjetiva con la que se correlaciona, sino sólo una *imagen parcial de ella*.

En muchos aspectos, esto refleja la perspectiva del zen. En palabras del maestro zen Soyen Shaku:

Powered by CamScanner

Haz un análisis detenido de ti mismo. Comprende que tu cuerpo no es tu cuerpo, es parte del cuerpo entero de los seres sintientes. Tu mente no es tan sólo tu mente, sino un componente de toda mente.

Kastrup nos lleva de viaje hacia una visión alternativa del mundo, que tiene mucho más sentido que la cientificista, con la que nos alimentan el mundo académico y los medios de comunicación. Expresa sus ideas con lucidez y de manera constructiva, sin perder por ello su fuerza científica y lógica. Lo verdaderamente irónico es que, al atacar las pretensiones del materialismo científico, Kastrup se sitúa en la interpretación más profunda y moderna producida por la ciencia, que el materialismo cientificista se niega a aceptar en su vertiente filosófica.

Te reto a leer la prescripción de Bernardo Kastrup para lo que te aqueja metafísicamente. Si lo haces, serás una persona más sabia.

SHOGAKU ZENSHIN STEPHEN ECHARD MUSGRAVE ROSHI
Director del Instituto Zen de San Diego, California
Autor de *Zen Buddhism: Its Practice and the Transcendental Mind*

Powered by CamScanner

¿Por qué el materialismo es un embuste?

Powered by CamScanner

Capítulo 1

La actual visión del mundo y sus implicaciones

Una visión del mundo es un conjunto de ideas y creencias sobre la base de lo que uno relaciona consigo mismo y con el mundo en general. Entraña respuestas tentativas a cuestiones como: ¿qué soy?, ¿de dónde vengo?, ¿qué es el universo?, ¿cuál es la naturaleza inherente a la realidad?, ¿cuál es el significado del papel que desempeño en la obra de la existencia?, etcétera. La visión del mundo de una persona es probablemente el aspecto más importante de su vida. Después de todo, nuestras visiones del mundo determinan en buena parte, dadas las circunstancias de nuestras vidas, si somos felices o estamos deprimidos, si nuestras vidas son ricas en significado o desesperadamente vacías y si hay razón para la esperanza. Es por lo tanto muy difícil, si no imposible, sobrestimar la importancia de las decisiones que tomamos, con nuestras mentes y nuestros corazones, cuando se trata de definir nuestras visiones del mundo.

Powered by CamScanner

Aunque las visiones del mundo son fundamentalmente individuales, hay una estrecha interacción entre las visiones del mundo individuales y la de la sociedad en su conjunto. Mientras que la visión del mundo de la mayoría tiende a influir en cómo la sociedad se organiza a sí misma, la sociedad también influye en gran medida en las visiones del mundo de los individuos a través de la educación, los medios de comunicación y el espíritu del tiempo cultural en su conjunto. En efecto, es casi imposible, para cualquier persona insertada en un contexto cultural moderno, escapar a la neblina del espíritu del tiempo y desarrollar una visión del mundo verdaderamente imparcial, crítica y personal. Todos somos bombardeados a diario con mensajes que nos sugieren quiénes somos, qué es la realidad, qué es posible o imposible, qué es creíble o increíble, qué tiene significado o es absurdo y cómo deberíamos vivir nuestras vidas. Estos mensajes proceden de los medios de comunicación en forma de anuncios, noticiarios, documentales, artículos de periódicos y revistas, retórica política, etcétera, pero también de nuestros padres, médicos de familia, jefes, parejas, amigos, etcétera. El mundo entero a nuestro alrededor promueve constantemente visiones relativas a *lo que está sucediendo* y a *lo que se debe hacer al respecto*.

Pero ¿qué está sucediendo? ¿Acaso hay alguien que lo sepa *realmente*? ¿O vivimos en una realidad moldeada por conjeturas efímeras, por más que sean las más atinadas? En cualquier caso, si pudiéramos escapar de la cacofonía histérica de la cultura, de modo que desarrollásemos una visión del mundo más auténtica e imparcial, fundada en la experiencia directa y en un pensamiento claro, ¿cómo sería esa visión del mundo? Intentaré esbozar respuestas a estas cuestiones

Powered by CamScanner

en los capítulos siguientes. Por ahora, sin embargo, necesitamos desarrollar una comprensión más explícita de lo que supone la visión del mundo imperante en nuestra cultura.

La influencia del materialismo

No hay sociedad en la Tierra con una sola visión del mundo que coordine la vida de todos sus ciudadanos, como precisamente querría más de un dictador. Las sociedades occidentales, por ejemplo, albergan miríadas de visiones del mundo que se contradicen entre sí: fundamentalismo religioso, consumismo materialista, histeria teatrera, activismo político, espiritualidad y New Age, cientificismo, escepticismo militante, etcétera. Cada una de estas amalgamas de ideas y creencias supone una manera particular de relacionarse con uno mismo y con la realidad en general. Su mutuo carácter contradictorio conduce a conflictos culturales de toda índole que, irónicamente, contribuyen a sostener y a revitalizar cada facción, proporcionándoles motivos para cerrar filas. Por ejemplo, desde mi propia perspectiva personal, pocas cosas han contribuido más a estimular el fundamentalismo religioso que el ateísmo militante, y viceversa. Y todas estas facciones diferentes operan simultáneamente en nuestra sociedad.

Sin embargo, está claro para todo comentador diligente de la cultura occidental que hay un núcleo sutil pero irresistible de ideas y creencias –una visión nuclear del mundo– que ejerce más influencia que ningún otro en nuestra sociedad, incluso entre aquellas personas que, exteriormente, declaran su lealtad a diferentes sistemas de creencias. Estoy hablando, por supuesto, del materialismo *metafísico* occidental.

Powered by CamScanner

El materialismo impregna sutilmente nuestras expectativas, sistemas de valores, fines y casi todos los aspectos de nuestras vidas. Tomemos, por ejemplo, a aquellas personas que se consideran profundamente religiosas y creen en la inmortalidad del alma y en la realidad del cielo. Pues bien, a menudo también temen y se resisten a la muerte, como si en el fondo creyeran que representa el olvido. Rezarán a una divinidad para ahorrarse a sí mismos o a un ser querido una pronta partida. Se someterán a horrorosos procedimientos médicos para prolongar su vida unas pocas semanas o meses. Llorarán angustiados la partida de un ser querido, como si en el fondo creyeran que la muerte supone una pérdida definitiva.

Uno podría argumentar que el miedo a la muerte está genéticamente programado por la evolución y que, como tal, trasciende cualquier visión del mundo. Esto, desde luego, posee cierta validez. Sin embargo, la etnografía nos muestra que sistemas de creencias muy arraigados pueden suplantar esa programación. Tomemos, por ejemplo, a la tribu de los zuruahás de la Amazonia brasileña: su visión del mundo contempla la creencia de que el alma *(asoma)* se reúne con los parientes difuntos tras la muerte física. Dicha creencia está tan arraigada que, entre 1980 y 1995, el 84,4% de todas las muertes de adultos –definidos como mayores de 12 años– en su sociedad se debió al *suicidio*. En consecuencia, una población conocida por su excelente salud y por sufrir muy pocas enfermedades tiene una esperanza de vida de sólo 35 años.[1] Ante lo que cualquiera de nosotros consideraría crisis y frustraciones completamente ordinarias –como disputas relacionadas con la propiedad, control de la sexualidad femenina, períodos de baja autoestima, etcétera–, muchos zuruahás eligen reunirse en la otra vida con sus difuntos. No lo hacen por alcanzar un rango heroico, ni por

Powered by CamScanner

motivos religiosos o sociopolíticos –como en el fenómeno del martirio–, sino en aras de mejorar su situación personal. Para nosotros sería como elegir mudarse a otra ciudad.

Aun cuando resulte estúpido juzgar, desde una perspectiva antropológica, una cultura diferente sobre la base de nuestros valores occidentales, encuentro difícil no rechazar semejante desprecio por el valor de la vida. Sea como fuere, mirado con frialdad, el caso de los zuruahás ilustra dramáticamente lo que trato de demostrar: *a diferencia de los modernos cristianos, judíos, musulmanes, hindúes, etcétera, los zuruahás nunca han quedado expuestos a una cultura abrumadoramente materialista, lo que explica su capacidad para interiorizar la noción cultural alternativa de que la muerte no es más que una transición*. El ejemplo de los zuruahás, así como el de otros, muestra claramente que la manera en que los seres vivos se relacionan con la muerte es, en gran medida, una cuestión de la visión del mundo, no sólo de los genes.

En cualquier caso, el materialismo influye en nuestras reacciones, actitudes y valores «subconscientes»[2] en muchos otros aspectos de nuestra vida, no sólo en nuestras creencias con respecto al estado posterior a la muerte. Por ejemplo, las implicaciones del materialismo se encuentran detrás de la historia de amor de Occidente con las *cosas*. Es nuestra creencia a menudo «subconsciente» de que sólo la materia existe realmente lo que alimenta nuestro impulso de obtener el éxito material. Después de todo, si sólo hay materia, ¿qué otro propósito imaginable puede haber en la vida que no sea la acumulación de bienes materiales? Y esta creencia es sumamente simbiótica con nuestro sistema económico, pues es el impulso hacia el éxito material lo que motiva a personas clave a trabajar muchas horas, a menudo teniendo que tolerar circunstancias desagradables, con objeto de mejorar su estatus y condiciones financieras mucho más allá de

Powered by CamScanner

niveles de otro modo aceptables. Es asimismo esta creencia lo que motiva a la gente a gastar su sueldo, bien ganado, en cosas innecesarias y en mejoras prematuras. La visión materialista del mundo nos ha llevado a muchos de nosotros a proyectar un valor y un significado numinoso en las *cosas*.

Lo que estoy tratando de demostrar es que, aun reconociendo la existencia de muchas visiones superficiales del mundo que operan simultáneamente en la sociedad, hay una poderosa visión *nuclear* del mundo que sutilmente impregna los niveles más profundos, a menudo «subconscientes», de nuestras mentes, determinando en última instancia cómo *sentimos* verdaderamente en lo que se refiere a nosotros mismos y a la realidad. Esta visión nuclear del mundo es el materialismo. Muchos de nosotros absorbemos creencias materialistas de la cultura sin ni siquiera ser conscientes de ello, confiando en todo momento en que mantenemos *otras* creencias. El materialismo impregna el corazón de nuestro ser mediante una suerte de osmosis involuntaria. Se extiende inadvertidamente como un virus hasta que es demasiado tarde y la infección ya se ha afianzado. Yo mismo me cuento entre aquellos que han sido víctimas de esta perniciosa pero natural epidemia. La historia reciente de mi vida ha sido un intento diligente, pero muy difícil, de restaurar la razón y la lucidez en las capas «subconscientes» de mi pensamiento, así como de retirar de ellas prejuicios y suposiciones culturales sin examinar. En este libro comparto muchas de mis ideas y de mis conclusiones a este respecto.

El papel de la élite intelectual

El poder del núcleo de la visión materialista del mundo radica en su adopción por las élites intelectuales y en su am-

Powered by CamScanner

plificación por los principales medios de comunicación. La *validación* social es a menudo crucial para nuestra capacidad de aferrarnos a un sistema de creencias, tanto desde una vertiente consciente como «subconsciente». Y no hay forma más fuerte de validación social que la procurada por el segmento de la sociedad que se percibe como la élite culta. La razón es simple: nuestro progreso en la comprensión de las complejidades de la naturaleza es ahora tan grande, contempla tal proliferación de pruebas y detalles, que para cualquier persona particular se ha convertido en algo completamente imposible estudiar y evaluar por sí misma toda la evidencia relevante. *Dependemos fundamentalmente del esfuerzo colectivo distribuido para desarrollar una opinión crítica respecto a lo que está ocurriendo.* Necesitamos compartir la tarea de estudiar y evaluar la evidencia relevante. Nos hemos vuelto dependientes de otros en el proceso de converger hacia una visión personal del mundo. La especialización intelectual y cierta forma de estrechez de miras se han tornado la norma en nuestra epistemología, de manera análoga al modo en que la división del trabajo se volvió la norma durante la Revolución industrial. En este sentido, la *confianza* es ahora un ingrediente crucial de todo el proceso, puesto que para ensamblar el rompecabezas entero hemos de ser capaces de confiar en las conclusiones de otros. Y la élite intelectual cuenta, en lo que a confianza se refiere, con todos los triunfos en la mano, queramos admitirlo o no. ¿En quién podemos confiar sino en los especialistas reconocidos en los diferentes ámbitos?

El problema es que los especialistas de la élite intelectual –en nuestra época, sobre todo científicos– son personas como cualquiera de nosotros. Ellos también necesitan la validación de un grupo para desarrollar una visión del mundo y aferrarse a ella. Ningún especialista puede man-

Powered by CamScanner

tener en su mente el rompecabezas entero, de modo que también carece de la fundamental *visión de conjunto*. Pero en vez de recibir una validación colectiva del exterior, en su caso la validación emerge orgánica y repetidamente del interior mismo del grupo de especialistas. Este proceso sólo está parcialmente guiado por la evidencia, mientras que en gran medida obedece a dinamismos psicosociales, como ha mostrado de manera convincente Thomas Kuhn.[3] Cada persona desempeña el papel dual de, por una parte, contribuir con ideas personales al consenso emergente y, por otra, calibrar sus propias opiniones basadas en la validación (o falta de ella) que obtiene del consenso emergente. Una vez que el sistema ha evolucionado hasta el punto de haber hecho emerger un fuerte consenso y se han purgado todas las diferencias importantes, la mayoría de los miembros de la élite intelectual comienza a ver como una labor propia la actividad de *reforzar* y *promocionar* ese consenso reinante. Los individuos que en esta etapa intentan cuestionar el consenso se convierten en traidores, susceptibles de ser desacreditados, ya que sus esfuerzos, de tener éxito, podrían privar a *todos* de la validación colectiva que necesitan para fundamentar sus vidas intelectuales y emocionales. A nadie le apetece retroceder y caer en el oscuro abismo del caos y la incertidumbre intelectuales que, de acuerdo con nuestra moderna comprensión de la historia, caracterizó a los años previos a la Ilustración.

Materialismo y ciencia

Dicho esto, es importante no olvidar la diferencia entre materialismo como *metafísica* y teorías científicas como *modelos*. Muchas personas –incluidos muchos científicos–

Powered by CamScanner

confunden fácilmente ambas cosas, construyendo de manera errónea la evidencia empírica recogida de la naturaleza a través del método científico, para proporcionar un apoyo directo a la metafísica materialista. Si fuera así, el materialismo no sería un fenómeno psicosocial, como he argumentado anteriormente, sino una conclusión científica. Pero *no* es así. Los datos empíricos prueban los *modelos* de la ciencia bajo ciertas condiciones, no la *interpretación metafísica* de esos modelos. Enseguida me explico.

El método científico nos capacita para estudiar y modelar las *pautas y regularidades* observables en la naturaleza. Por ejemplo, la observación de que los objetos caen cuando se los arroja –una *regularidad* observada en cualquier parte de la superficie del planeta– nos permite inferir la ley de la gravedad. La observación de que los cristales se forman de acuerdo con figuras simétricas nos permite inferir *pautas* específicas de la cristalización para diferentes materiales. Con la observación de la consistencia de estas *pautas y regularidades* podemos crear modelos matemáticos que las recojan, reproducir tales modelos como simulaciones computarizadas y luego *predecir* de qué modo se desenvolverán en el futuro fenómenos similares. Tal capacidad para modelar y predecir los fenómenos de la naturaleza radica en el corazón de la destreza tecnológica de nuestra civilización y representa el principal valor añadido social de la ciencia.

Pero nuestra capacidad para modelar las pautas y regularidades de la realidad *nos dice poco sobre la naturaleza subyacente a las cosas*. La elaboración científica de modelos es útil para informarnos de cómo una cosa o fenómeno se relaciona con otra cosa o fenómeno –siendo precisamente esto lo que hacen las ecuaciones matemáticas–, pero no puede decirnos qué son en sus fundamentos estas cosas o fenómenos, en sí mismos y por sí mismos. La razón es simple:

Powered by CamScanner

la ciencia sólo puede explicar una cosa en términos de otra cosa; sólo puede explicar y caracterizar cierto fenómeno en términos de sus diferencias relativas con respecto a otro fenómeno.[4] Por ejemplo, sólo tiene sentido caracterizar una carga eléctrica positiva en relación con una carga eléctrica negativa; las cargas positivas se definen en términos de sus diferencias de comportamiento cuando se comparan con el comportamiento de las cargas negativas, y viceversa. Otro ejemplo: la ciencia puede explicar un cuerpo en términos de tejidos, un tejido en términos de células, una célula en términos de moléculas, una molécula en términos de átomos y un átomo en términos de partículas subatómicas. *Pero entonces sólo puede explicar una partícula subatómica en términos de otra*, al poner de relieve sus *diferencias relativas*. La ciencia no puede explicar la naturaleza fundamental de lo que *es* en sí misma una partícula subatómica, puesto que todas las explicaciones científicas necesitan un marco de referencia para proporcionar contrastes.[5]

Detectar las pautas y regularidades observables de los elementos de la realidad, en su relación entre sí, es una cuestión empírica y científica. *Pero reflexionar sobre la naturaleza fundamental de estos elementos no lo es; es una cuestión filosófica*. El problema es que, en décadas recientes, científicos con una muy escasa, o nula, comprensión de la filosofía han comenzado a creer que la ciencia por sí sola puede sustituir a la filosofía.[6] Esta peligrosa combinación de ignorancia y arrogancia ha causado a nuestra cultura un perjuicio enorme, que se ha exacerbado por la sobrerrepresentación de los científicos en la élite intelectual reconocida de nuestra sociedad, en detrimento de artistas, poetas, psicólogos, filósofos, etcétera. Envalentonados puerilmente por el éxito tecnológico cosechado por nuestra civilización, muchos científicos han comenzado a creer que el método científico

Powered by CamScanner

se basta para proporcionarnos una información completa de la naturaleza de la existencia, esto es, una ontología completa. No han caído en la cuenta de que están *suponiendo* cierta metafísica –a saber, el materialismo– sin haberle dedicado un solo pensamiento. No han logrado ver que la capacidad de predecir cómo se comportan las cosas en su relación mutua dice poco de lo que son en sus fundamentos.

Nosotros, como sociedad, somos culpables, por ignorancia u omisión, de permitir a la ciencia sobrepasar sus límites basándose en la suposición equivocada de que la destreza tecnológica es la prueba de una comprensión científica profunda de la naturaleza que subyace a la realidad. Pongámoslo en contexto mediante una analogía: no se necesita saber nada acerca de la arquitectura del ordenador o del software para jugar bien e incluso ganar en un juego de ordenador; basta con mirar a un niño de cinco años. Jugar en el ordenador sólo requiere la capacidad de entender y predecir cómo se comportan los elementos del juego en sus relaciones mutuas. Si tu personaje dispara a esa diana, gana puntos; si toca ese muro, muere, etcétera. No requiere comprensión alguna de la máquina y el código subyacentes que permiten que funcione el juego. Puedes llegar a ser un campeón sin tener ni idea de unidades centrales de procesamiento (CPU), memorias de acceso aleatorio (RAM), conductores universales en serie (USB) o cualquier otro elemento esotérico de la ingeniería computacional que hace posible el juego. *Toda esta ingeniería trasciende la «realidad» accesible empíricamente desde el interior del juego.* Sin embargo, el método científico se limita a lo observado empírica y ordinariamente desde el interior del «juego» de la realidad. *El modelo científico requiere poca o ninguna comprensión de la naturaleza subyacente a la realidad, exactamente de la misma manera que un jugador necesita poca o ninguna comprensión*

Powered by CamScanner

de la arquitectura subyacente al ordenador para ganar el juego. Sólo requiere una comprensión de cómo los elementos del «juego», a los que se accede empíricamente desde el propio «juego», se desarrollan en relación unos con otros.

Por otra parte, para hacer inferencias sobre aquello que *subyace* al «juego» –en otras palabras, para construir una *metafísica* sobre la naturaleza fundamental de la realidad– no basta con los métodos empíricos de la ciencia. De hecho, *hace falta una suerte de introspección disciplinada que valore críticamente no sólo los elementos observados, sino también al observador, el proceso de observación y la interacción de los tres de una manera holística; una introspección que, como tal, procure mirar a través del «juego»*. La construcción de una metafísica exige, por lo tanto, los métodos de la *filosofía*.

Nuestra cultura se ha prendado tan ciegamente de la tecnología que permitimos que la ciencia, con fundamento en un malentendido, quede sobrerrepresentada en nuestra élite intelectual. Las consecuencias dañinas de este error se perciben con creciente intensidad en la cultura, en forma de un paradigma materialista que, aun siendo infundado –como trataré de mostrar en este capítulo y en los subsiguientes–, desintegra todo significado y esperanza de la vida humana. Es hora de que lo corrijamos. Es hora de que entendamos que la física, aunque valiosa y extremadamente importante, sólo modela los elementos del «juego»: hacia dónde disparar, qué muro evitar, etcétera. La verdadera naturaleza subyacente a la realidad –las operaciones internas del ordenador que ejecutan el juego– es una cuestión filosófica. Requiere métodos diferentes para ser valorada y entendida del modo apropiado. Pues mientras se permita a científicos como Stephen Hawking hacer absurdas declaraciones pseudofilosóficas[7] sin que sean ignorados o ridiculizados

Powered by CamScanner

con rotundidad por los principales medios de comunicación –exactamente de la misma manera, digamos, que un artista famoso sería ridiculizado o ignorado por hacer manifestaciones pseudofilosóficas–, nuestra cultura no logrará entender la naturaleza de la difícil situación que atravesamos.

Los propósitos de este libro

Un propósito inicial es ofrecer un criticismo sano, coherente y basado en la evidencia, del consenso materialista vigente entre la élite intelectual de nuestra sociedad desde la Ilustración; un consenso que, a través de la amplificación proporcionada por los principales medios de comunicación y las naturales necesidades psicosociales inherentes a los seres humanos, ha influido profundamente en el núcleo del sistema de creencias de la sociedad en su conjunto, incluyéndonos a todos nosotros. Espero poder mostrar que mucho de lo que nos han dicho que debemos creer se basa en suposiciones y prejuicios injustificados y faltos de examen, algunos de ellos descabellados. Mucho de lo que la sociedad en su conjunto considera «hechos puros y duros de la vida» son, en realidad, suposiciones y abstracciones infundadas, que en buena parte contradicen palmariamente la razón, la simplicidad y la observación lúcida. Por reducirlo a una sola afirmación, mi objetivo es convencer de que mucho de lo que tomamos por verdadero, incluso los aspectos más básicos de la realidad y de nuestra propia identidad, es una fantasía que ni siquiera aceptaría un niño de cinco años. Y en vez del desatino en el que se ha convertido nuestra visión materialista del mundo, espero –como propósito principal de este libro– ofrecer los fundamentos de una alternativa simple y sana que fácilmente satisfaga a la razón, a toda

Powered by CamScanner

evidencia disponible y a nuestra experiencia personal de la realidad.

Pero antes de que podamos lograr cualquiera de estos propósitos, necesitamos resumir y dejar claro *qué es lo que implica realmente la actual visión materialista del mundo.* Mucha gente se queda atónita cuando asimila las nociones que requiere el materialismo para funcionar como una visión del mundo. Más adelante trataré de mostrar y aclarar los aspectos clave del materialismo, así como sus principales implicaciones. A algunos, el hecho de precisar las implicaciones del materialismo les bastará para desprenderse para siempre de la fe en él. Al resto, la discusión de los próximos capítulos les aportará una gran cantidad de justificación adicional.

Los fundamentos del materialismo

La afirmación más básica del materialismo es que la realidad es, bueno, exclusivamente material.[8] El materialismo afirma que la realidad existe fuera de nuestra mente en forma de acumulaciones de partículas materiales que ocupan el marco espacio-temporal. Incluso los campos de fuerzas se imaginan, en la física actual, como partículas materiales portadoras de fuerza.[9] Se supone que la existencia de esta realidad material es por entero independiente de su percepción subjetiva por parte de cualquiera de nosotros. Por lo tanto, se supone que ni siquiera la ausencia de seres conscientes que observaran la realidad impediría que ésta siguiera adelante alegremente: los planetas seguirían trazando sus órbitas en torno al Sol, los continentes desplazándose, los volcanes entrando en erupción, los cristales formándose en las entrañas de la Tierra, etcétera. Que exista algo así

Powered by CamScanner

como la consciencia es, de acuerdo con el materialismo, *producto* de configuraciones fortuitas de la materia, impulsadas mecánicamente por las presiones de la selección natural. Se supone que somos un accidente de probabilidades, una mera disposición de partículas materiales –mantenida de manera más bien precaria por el equilibrio termodinámico a través del metabolismo– que eventualmente pierde su integridad y se disipa en una viscosa sopa entrópica. Cuando mueres, el materialismo sostiene que tu consciencia y todo lo que significa ser tú –tus recuerdos, tu personalidad, tus experiencias, todo– se habrá perdido. Bajo la visión materialista del mundo hay poco espacio, por no decir ninguno, para el significado o el propósito.

Ciertamente, el materialismo sostiene que la consciencia es en sí misma un producto causado, y enteramente explicable, por la aglomeración de partículas materiales que llamamos cerebro. Se supone que la consciencia *se reduce a* los movimientos e interacciones de las partículas materiales que se encuentran dentro de un cerebro, de modo que la consciencia *son* los procesos materiales del cerebro en funcionamiento. El materialismo deja sin respuesta la cuestión de cómo los movimientos mecánicos de las partículas se acompañan de vida interior. Al fin y al cabo, como en el caso de los ordenadores, todos los «cálculos» que se producen dentro de nuestros cerebros podrían en principio ocurrir simplemente «a oscuras», desprovistos de toda compañía de experiencia interior. Esta cuestión se conoce como el «difícil problema de la consciencia»[10] o el «vacío explicativo».[11] En la edición por su 125.º aniversario, la revista *Science* estimó que este «difícil problema» es la segunda cuestión más importante de la ciencia que permanece sin respuesta.[12] Debería haberlo situado en primer lugar.

Powered by CamScanner

Aunque se ha publicado mucho al respecto, me parece oportuno resumir brevemente de qué se trata. El problema es el siguiente: de acuerdo con el materialismo actual, el elemento primario de la realidad es el conjunto relativamente pequeño de partículas subatómicas fundamentales descritas en el denominado «modelo estándar» de la física de partículas.[13] Estas partículas se conocen como «elementos ontológicos primarios»: son los bloques de construcción básicos del materialismo para *componer cualquier otra cosa* en la naturaleza, desde galaxias hasta sillas, para cualquiera de nosotros. En otras palabras, deberíamos ser capaces de construir explicaciones para cualquier objeto o fenómeno de la naturaleza en términos de la dinámica de estas partículas subatómicas, de cómo se mueven e interaccionan. El problema estriba en que ese materialismo supone de ordinario que esas partículas subatómicas carecen de consciencia. Pero ¿cómo consigues entonces una consciencia si te limitas a juntar partículas subatómicas «muertas»?

En principio, no hay nada misterioso en el surgimiento de propiedades de nivel superior a medida que los sistemas se vuelven cada vez más complejos.[14] Por ejemplo, en las dunas surgen ondulaciones, bellas y sumamente complejas, cuando hay suficientes granos de arena y viento. Entonces, ¿por qué la consciencia no podría surgir cuando hay suficientes partículas subatómicas dispuestas juntas de maneras específicas? El problema es que, a menos que uno esté dispuesto a aceptar la magia, las propiedades emergentes de un sistema complejo han de poder deducirse de las propiedades de los componentes del nivel inferior del sistema.[15] Por ejemplo, podemos deducir –e incluso predecir– la forma de las ondulaciones de la arena a partir de las propiedades

Powered by CamScanner

de los granos de arena y del viento. Podemos meterlo todo en un programa de ordenador y observar en la pantalla cómo se forman ondulaciones de arena simuladas que guardan un parecido exacto con las reales. *Pero cuando se trata de la consciencia, nada nos permite deducir las propiedades de la experiencia subjetiva –la rojez del rojo, la amargura del arrepentimiento, el calor del fuego– a partir de la masa, la ubicación, el espín, la carga o cualquier otra propiedad de las partículas subatómicas que rebotan en el cerebro.* Éste es el difícil problema de la consciencia.

De hecho, la consciencia es una piedra en el zapato del materialismo. La comprensión materialista del mundo se antojaría mucho más sólida si no hubiera una cosa como la experiencia subjetiva. Es concebible –aunque no necesariamente posible– que con el paso del tiempo la ciencia llegue a explicar toda estructura, función y comportamiento de una persona basándose en las posiciones y movimientos de las partículas subatómicas que componen el cuerpo humano. Pero cómo y por qué tales estructura, función y comportamiento se acompañan de la *experiencia interior* es algo profundamente problemático para el materialismo. Nuestro ordenador personal también está dotado de estructura, función y comportamiento. Sin embargo, sus cálculos internos no parecen ir acompañados por ningún tipo de experiencia interior, pues de otro modo necesitaríamos pensárnoslo dos veces antes de apagar nuestros ordenadores. Desde una perspectiva materialista, el caso del ordenador cobra un sentido perfecto. Pero un ser humano cuyos «cálculos» internos se acompañan de la experiencia interior es una incómoda anomalía.

Powered by CamScanner

Está claro que la consciencia es un problema para los materialistas, hasta el extremo de que algunos de ellos recurren a intentos ridículos para negar su misma existencia.[16] Galen Strawson escribió sobre esta negación: «*Creo que deberíamos ponernos muy serios, y asustarnos un poco, ante el poder de la credulidad humana, ante la capacidad de las mentes humanas para dejarse arrastrar por la teoría, por la fe. Pues esta particular negación es la cosa más extraña que jamás ha ocurrido en toda la historia del pensamiento humano, no sólo en la historia de la filosofía*».[17]

En el mismo momento en que reconoció la existencia de la consciencia, Strawson tuvo que confrontarse con el «difícil problema». Para ello, propuso lo que a mí me parece una implicación lógica del materialismo: el *pampsiquismo*.[18] El pampsiquismo es la noción de que toda la materia es consciente, aunque la intensidad o cualidad de la consciencia pueda depender de la particular disposición de la materia en cuestión.[19] De esta manera, como ha señalado David Chalmers, la consecuencia es que el termostato de nuestra casa ha de ser consciente: ha de experimentar cada una de las veces que activa o desactiva el sistema de calefacción.[20] Si tocas el piano, ten cuidado: podría ser consciente de cada tecla que pulsas. Todo dispositivo eléctrico, desde el ordenador personal hasta la aspiradora, también se supone que es consciente según el pampsiquismo. Es evidente que estamos ante una suerte de moderna articulación del animismo, la creencia de que los objetos inanimados, como estatuas o incluso rocas, están «vivos».

En el materialismo, si no puedes explicar la consciencia en términos de la dinámica emergente de las partículas subatómicas inconscientes, *deberás postular que la consciencia*

Powered by CamScanner

es en sí misma una propiedad fundamental –como la carga eléctrica, la masa o el espín– de todas las partículas." He aquí otra implicación «oculta» del materialismo de la que la mayoría de la gente no es consciente y que acarrea una insondable explosión de entidades conscientes en la naturaleza.

El problema que entraña el pampsiquismo es, desde luego, que hay *precisamente* una evidencia *nula* de que un objeto inanimado sea consciente. Para resolver un problema teórico abstracto de la metafísica materialista, uno se ve obligado a proyectar en el conjunto de la naturaleza una propiedad –a saber, la consciencia individualizada circunscrita– cuya observación sólo puede ser inferida por un minúsculo subconjunto de ella: los seres vivos. *Éste es, en cierto modo, un intento de hacer que la naturaleza se ajuste a la teoría, en lugar de hacer que la teoría se ajuste a la naturaleza.*

Se podría alegar que es imposible evaluar si un objeto inanimado, como un termostato, es realmente consciente o no. Es cierto: ni siquiera podemos estar seguros de si otras personas son realmente conscientes, pues nos resulta imposible tener acceso a la vida interior de otro, ya sea un alguien o un algo. Por todo lo que sabemos, cualquier otro no es más que una suerte de robot biológico sofisticado, completamente inconsciente, pero que a partir de complejos cálculos manifiesta todos los comportamientos correctos similares a la consciencia.

Sin embargo, la cuestión aquí no es lo que podemos saber a ciencia cierta, sino *qué inferencias pueden justificarse basándose en la observación*. Esto es todo lo que podemos esperar al desarrollar una visión del mundo. Y *podemos* inferir que otras personas son conscientes. Después de todo, observamos en otras personas, e incluso en animales, comportamientos que son enteramente análogos a los nuestros:

Powered by CamScanner

gritan de dolor, se comportan ilógicamente cuando están enamorados, suspiran cuando están abstraídos, etcétera. Explicamos nuestras propias manifestaciones de estos comportamientos basándonos en el conocimiento de primera mano de que somos conscientes: sabes que gritas *porque* estás *sintiendo* dolor. Así, es razonable inferir que otras personas, físicamente análogas a ti bajo cualquier consideración, manifiestan esos mismos comportamientos *por la misma razón por la que tú lo haces*, a saber: porque ellos también son conscientes. Si no fuera así, necesitaríamos dos explicaciones diferentes para un mismo tipo de comportamiento en organismos enteramente análogos, lo cual no es la opción más simple.

Por lo tanto, hay ciertamente una buena justificación empírica para inferir que otras personas y animales, tal vez toda forma de vida, son conscientes. Pero *no* hay justificación empírica alguna para inferir que los objetos inanimados, que no manifiestan ningún comportamiento externo que nadie pueda relacionar en la medida de lo posible con la propia experiencia interior, sean de algún modo o en cierto grado individualmente conscientes. Siendo así, la única razón posible para creer en el pampsiquismo es hacer que el materialismo funcione. Y aquí es donde Strawson debería haber seguido su propio consejo: «*Deberíamos ponernos muy serios, y asustarnos un poco, ante [...] la capacidad de las mentes humanas de dejarse arrastrar por la teoría, por la fe*».[22]

Una realidad «alucinada»

Pero eso no es todo. La actual visión materialista en la neurociencia es que el mundo ordinario, el de la vigilia, que experimentamos todos los días, no es sino una «alucinación»

Powered by CamScanner

construida por el cerebro, análoga en casi todos los aspectos al sueño. En efecto, los mismos mecanismos neuronales parecen subyacer a nuestra experiencia del sueño y del mundo de la vigilia. De acuerdo con el materialismo, la única diferencia entre, por una parte, la «alucinación» despierta que llamamos nuestra vida cotidiana y, por otra, la alucinación soñada mientras dormimos es la siguiente: se cree que la primera está modulada por señales electromagnéticas que emanan de una realidad supuestamente externa a la que nunca podemos tener acceso, ya que estamos irremediablemente encerrados en una alucinación generada por el cerebro.[23] Es esta realidad abstracta, considerada externa, la que supuestamente explica por qué las experiencias que tenemos cuando estamos despiertos parecen ser compartidas con otros individuos, mientras que nuestros sueños nocturnos son sumamente particulares e idiosincráticos.

De acuerdo con el materialismo, *lo que experimentamos en nuestras vidas a diario no es el mundo como tal, sino una suerte de «copia» del mundo construida por el cerebro*. Todo lo que vemos, oímos o percibimos de otra manera se supone que es una compleja amalgama de señales electromecánicas que se despliegan en una especie de teatro dentro de nuestros cráneos.[24] El libro de papel o el lector electrónico que ves y sientes en las manos ahora mismo se supone que está enteramente dentro de tu cabeza, aunque debería *corresponder* a un «libro real» que existe fuera de tu cabeza y al que nunca puedes tener un acceso *directo*. Cuando miras tu rostro en un espejo, el reflejo que ves es supuestamente una mera «copia» subjetiva de tu cabeza dentro de tu cabeza *real*. Esta última *nunca* la puedes ver. El «mundo real» exterior del materialismo es, según se cree, una danza amorfa, incolora, inodora, insonora e insípida de campos electromagnéticos abstractos desprovistos de todas las cualidades

Powered by CamScanner

de la experiencia. Se supone que es más afín a una ecuación matemática que a cualquier cosa concreta.

Hay quien podría pensar que o bien estoy desfigurando las principales nociones del materialismo, o bien estoy bastante confundido. Doy fe de que no es el caso. Esto es *realmente* lo que implica el materialismo. Por ejemplo, un artículo académico formal ha concluido que tu cráneo real está en verdad *más allá* de todas las estrellas que ves en el cielo nocturno.[21] Después de todo, las estrellas que ves están todas *dentro* de tu cabeza. Uno ha de aplaudir a los materialistas por su coherencia intrínseca y su honestidad a la hora de explorar las implicaciones de su metafísica, aun cuando esas implicaciones sean sumamente absurdas.

¿Por qué el materialismo se aparta tan drásticamente de la intuición cotidiana? Porque *debe* hacerlo si quiere seguir siendo internamente consistente. Si todo lo que existe es materia, y si toda consciencia es producida de algún modo por la disposición adecuada de materia representada por el cerebro, entonces *toda* percepción subjetiva *debe* residir en el cerebro, y *únicamente en el cerebro*. Así, de acuerdo con el materialismo, el único modo de poder experimentar un mundo *exterior* a tu cabeza es que ciertas señales procedentes de ese mundo exterior penetren en tu cerebro a través de los órganos sensoriales y entonces, de alguna manera, modulen la creación de una alucinación construida por el cerebro que *corresponda* al mundo exterior. Ergo, tu vida entera –toda la realidad que puedes conocer directamente– no es más que una «copia» interna de la «realidad real». Nada de lo que ves, tocas, hueles, sientes u oyes a tu alrededor ahora mismo es una aprehensión directa de la «realidad real». Todo es, en cambio, una suerte de copia interna generada por tu cerebro. Por lo tanto, el materialismo requiere *duplicar toda la realidad*: presupone un universo

Powered by CamScanner

«externo» abstracto e indemostrable, al lado del universo conocido, concreto e innegable de la experiencia directa. Ningún «reino espiritual» como el que postulan las tradiciones religiosas universales es tan abstracto o metafísico como la realidad «exterior» del materialismo, pues esta última, por definición, está privada de las propiedades o cualidades fenoménicas de la experiencia. Uno se ve forzado a preguntarse si ésta es la explicación metafísica más simple y razonable para nuestras observaciones.

¿Podemos fiarnos de la alucinación?

Supongamos, para esclarecer el asunto, que esta visión materialista es correcta, de modo que podamos explorar más a fondo sus implicaciones. Lo primero que hemos de preguntarnos es si hay alguna razón para creer que la «copia» del mundo dentro de nuestra cabeza, y que estamos experimentando ahora mismo, es perfecta. Si suponemos que la teoría de la evolución de Darwin es correcta en sus aspectos más esenciales, entonces hemos de preguntarnos si la evolución habría favorecido un cerebro que creara una «copia» interna *completa* del mundo, capturando en ella *todos* los aspectos relevantes para nuestra comprensión de los mecanismos fundamentales que subyacen a la naturaleza. Además, hemos de preguntarnos si la evolución habría favorecido un cerebro que, con independencia de la parte del mundo que hubiera capturado en una «copia» interna, la copiara *sin distorsiones significativas* que nos pudiesen desviar por completo de la composición de una visión precisa del mundo. La respuesta a las dos preguntas es *no*.[28]

La evolución no favorece *per se* la exactitud o integridad de las representaciones internas, sino la *supervivencia física*.

Powered by CamScanner

Es razonable pensar que *alguna* coincidencia entre la «copia» del mundo generada por nuestro cerebro y el mundo mismo es favorable a la supervivencia del cuerpo físico: si un tigre se aproxima a ti, *es* útil ver algo parecido al tigre real, y no alguna otra alucinación no modulada y semejante al sueño. Pero la mayoría de las personas, científicos incluidos, sobrestiman con creces la utilidad para la supervivencia de representaciones internas precisas y completas. Mi propia investigación en redes neuronales artificiales muestra que, muy a menudo, es útil precisamente *distorsionar* ciertas partes de los estímulos externos, y *eliminar* otras, cuando se crea una representación interna del mundo en un sistema nervioso artificial.[17] Una información completa es con frecuencia confusa y ahoga las pequeñas partes que de verdad importan. A menudo es difícil actuar oportunamente sobre la información no distorsionada, debido a la sutileza de sus matices. Por eso estos sistemas nerviosos artificiales funcionan de manera mucho más eficiente –y tendrían muchas más posibilidades de sobrevivir si tuvieran que competir en un ecosistema– cuando su propia «copia» interna del mundo está en gran medida *incompleta* y *distorsionada*. Esto es lo que la evolución debe de haber favorecido, y no hay una razón sólida para creer que la «copia» del mundo en la que supuestamente vivimos todos nosotros se acerque, ni de lejos, a lo que *realmente* está sucediendo. Por lo tanto, la implicación del materialismo es que estamos intrínsecamente limitados a ver una versión editada y sesgada de la película a la que tratamos de encontrar un sentido. Y, no obstante, ¡derivamos *enteramente* el materialismo de esa misma película!

Hasta los instrumentos científicos que amplían el campo de acción de nuestra percepción sensorial –como los microscopios, que nos permiten ver más allá de los rasgos más

Powered by CamScanner

pequeños que pueden discernir nuestros ojos, o los sensores de luz infrarroja y ultravioleta, que detectan bandas de frecuencia más allá de los colores que somos capaces de ver– están fundamentalmente limitados a nuestra estrecha y distorsionada ventana a la realidad: están fabricados con materiales y métodos constreñidos a la «copia» del mundo editada en nuestros cerebros. *Así pues, toda la ciencia y la filosofía occidentales, antiguas y modernas, desde el atomismo griego hasta la mecánica cuántica, desde Demócrito y Aristóteles hasta Bohr y Popper, han debido estar y siguen estando fundamentalmente limitadas a la «copia» del mundo parcial y distorsionada contenida en nuestros cerebros que implica el materialismo.*

Por lo tanto, el materialismo en cierto modo se autodestruye. Al fin y al cabo, la visión materialista del mundo es el resultado de un modelo interno de la realidad cuya falta de fiabilidad es una implicación inevitable de ese mismo modelo. En otras palabras, *si el materialismo tiene razón, entonces el materialismo no es fiable*. Si el materialismo es correcto, entonces todos estaríamos encerrados en una pequeña habitación tratando de explicar todo el universo exterior a partir de lo que vemos a través de la mirilla de la puerta, valiéndonos sólo de las imágenes limitadas y distorsionadas que pasan por ella.

¿Dónde estamos?

El materialismo se vende en nuestra cultura como la visión del mundo más intuitiva y evidente. Después de todo, el mundo parece estar fuera de nosotros. Las cosas se sienten sólidas. Sin embargo, como hemos visto, la capacidad intuitiva del materialismo se basa en gran medida en

Powered by CamScanner

un *malentendido* acerca de lo que el propio materialismo realmente implica. Cuando uno considera con cuidado las implicaciones de la metafísica materialista, no parece en absoluto intuitiva. Niega la realidad de la experiencia inmediata y postula que es una «alucinación» que se produce por entero dentro de nuestras cabezas. Niega que podamos acceder directamente al mundo «exterior». Establece que las estrellas que vemos en el cielo nocturno están todas dentro de nuestros cráneos. Fracasa por completo a la hora de explicar el aspecto más fascinante y presente de la existencia: la consciencia. Y se refuta a sí misma sembrando dudas sobre su propia fiabilidad.

No obstante, y antes de que podamos descartar el materialismo, *necesitamos una alternativa coherente* para explicar la realidad empírica. Muchas de las visiones del mundo que actualmente circulan por las periferias de la cultura son extravagantes, defectuosas y en modo alguno se pueden tomar en serio. En efecto, debido al carácter dominante del materialismo, pocos filósofos capaces o comentadores inteligentes han dedicado el tiempo y la energía que se requieren para ayudar a construir una alternativa coherente y respetable; en cualquier caso, un número muy por debajo de la necesaria masa crítica. Intentarlo conlleva el riesgo de acabar con la propia carrera y exponerse al escarnio profesional. No cabe esperar neutralidad cuando se combate el materialismo. Por eso no es de extrañar que el materialismo aún goce de la percepción de ser la única solución viable. La actual falta de alternativas completas y coherentes no se debe, a mi modo de ver, a que entrañen ninguna dificultad en particular, sino a la carencia de tentativas lo suficientemente serias.

Aunque poseo un extenso currículo académico y profesional en los campos de la ingeniería informática, la inteli-

Powered by CamScanner

gencia artificial, la tecnología de semiconductores y la física de partículas, actualmente no mantengo ningún vínculo profesional con el mundo académico. Mi situación laboral y mi fuente de ingresos no corren peligro por los puntos de vista que estoy haciendo públicos con este libro. Por lo tanto, a diferencia de la mayoría de los científicos profesionales del ámbito académico, gozo de una libertad incomparable para expresar mis ideas. Es en este contexto en el que he pensado, quizá con arrogancia, que podría contribuir al desarrollo de una alternativa metafísica al materialismo que sea creíble, sana y razonable; una alternativa que, espero, podría ayudar a transformar el principal paradigma bajo el cual vivimos nuestras vidas.

En los próximos capítulos intentaré hacer precisamente eso. No pretendo que este libro sea la última palabra en una visión del mundo nueva y completa y en su correspondiente metafísica. Cualquier cosa que sea, definitivamente no es completa. Las argumentaciones que contiene pretenden proporcionar una plataforma –*una manera de pensar*– en la que otros tal vez puedan basarse en el proyecto a largo plazo de construir un sistema filosófico robusto con el que reemplazar el materialismo. Ésta es mi esperanza para la presente obra.

Powered by CamScanner

Capítulo 2

Abordar el problema mente-cuerpo

La suposición clave del materialismo es la idea de que no hay nada relativo a la mente –al mundo de la *experiencia* interior subjetiva– que no pueda ser explicado mediante el cerebro físico y los procesos electroquímicos que se producen en él. Los materialistas expresan esta suposición de dos maneras diferentes. Algunos establecen que la experiencia subjetiva se reduce a procesos electroquímicos en el cerebro, mientras que la noción de que la consciencia va en cierto modo *más allá* de la materia no es sino una ilusión. Entre quienes proponen esta idea se cuenta el filósofo y ateo militante Daniel Dennett.[1] La segunda manera que tienen los materialistas de expresar esa suposición es la noción de que, de alguna manera, la consciencia va efectivamente *más allá* de los procesos físicos, pero que hay una correspondencia uno a uno, biunívoca, entre procesos físicos y consciencia, por medio de la cual la experiencia consciente es enteramente causada y plenamente determinada por procesos físicos. Ésta parece ser la idea defendida, por ejemplo, por el eminente neurocientífico Christof Koch.[2]

Powered by CamScanner

Hay una sutil distinción filosófica entre estos dos puntos de vista materialistas. Sin embargo, para cualquier propósito práctico, son idénticos: ambos implican que el cerebro causa y determina plenamente las cualidades de toda experiencia consciente y que la consciencia termina con la muerte física. Por lo tanto, para el propósito de este libro, ignoraremos la tenue y abstracta distinción filosófica entre estos puntos de vista. Para un materialista todo ocurre como si la experiencia consciente *se redujera a* procesos electroquímicos en el cerebro.

La cuestión de la relación entre la experiencia consciente y el cerebro se denomina *el problema mente-cuerpo*. La respuesta materialista a esta cuestión, como se resume más arriba, es tan central para la visión nuclear del mundo de nuestra cultura que constituye el punto de partida obvio para nuestro viaje hacia una ontología más equilibrada y lúcida. Por lo tanto, en este capítulo profundizaremos en los detalles de la visión materialista relativos al modo en que la mente se relaciona con el cerebro, los analizaremos críticamente y ofreceremos una alternativa coherente que explique *más* de los datos que el materialismo.

En este capítulo y en los dos siguientes emplearé los términos «mente», «consciencia» y «consciencia despierta»* de manera más bien intercambiable. *Según emplee uno u otro me estaré refiriendo a la experiencia subjetiva o al potencial para ella.* También emplearé expresiones como «el flujo de la mente» o «los contenidos de la mente» para poner de relieve la naturaleza diversa y dinámica de la experiencia subjetiva. Hasta el capítulo 4 no estaremos en condiciones

* En el original, *mind*, *consciousness* y *awareness* respectivamente. El último término, *awareness*, también admite la traducción de «toma de consciencia» o «consciencia inmediata o atenta». *(N. del T.)*

Powered by CamScanner

de comenzar a establecer claras diferencias entre estos términos y expresiones. En el capítulo 6 los definiremos con precisión.

Una introducción muy breve a la neurociencia

Antes de continuar con nuestro razonamiento necesitamos un poco de información acerca de cómo funciona el cerebro. Aunque la neurociencia es una disciplina compleja, sus principios fundamentales son sorprendentemente simples. Después de leer los siguientes párrafos se tendrá una idea general bastante buena de lo que ocurre en el interior de nuestra cabeza.[3] Es más fácil de lo que cabría suponer y cualquiera puede entenderlo con un poco de esfuerzo, sin necesidad de conocimientos previos. Más aún, estos simples principios fundamentales serán más que suficientes para comprender el resto de este capítulo. Lo único que pido es una lectura atenta de esta breve sección.

Vamos allá. El cerebro está compuesto por dos tipos principales de células: *neuronas* y *células gliales*. Las neuronas se ocupan del trabajo efectivo de procesar información, mientras que las células gliales desempeñan funciones de soporte como aislamiento, apoyo estructural y metabólico, etcétera. Para los propósitos de este libro, podemos ignorar las células gliales y centrarnos en las neuronas.

Cada neurona está compuesta por tres partes principales: el *cuerpo* (o *soma*) de la neurona, las *dendritas* y el *axón*. Véase la figura 1. El cuerpo es la parte principal de la célula, responsable de coordinar todas las actividades de la neurona. Las dendritas son extensiones del cuerpo de la neurona que contienen muchas ramas. El axón es una proyección larga

Powered by CamScanner

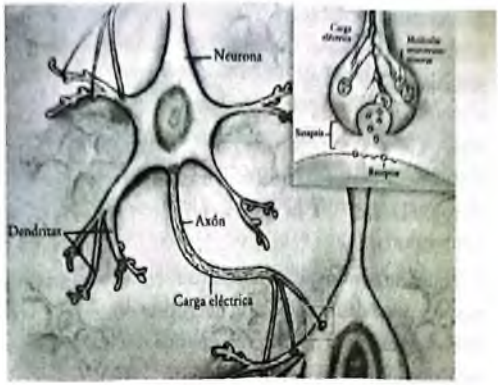

Fig. 1. Neuronas, sinapsis y redes neuronales.

y delgada, como un cable, que se extiende desde el cuerpo de la neurona para conectar con otras neuronas. El extremo del axón se ramifica típicamente en varios *terminales*.

El cerebro es básicamente una red gigantesca de neuronas intercomunicadas. En términos generales, el axón de una neurona dada conecta, a través de sus múltiples terminales ramificados, con las dendritas de muchas otras neuronas. Véase de nuevo la figura 1. El punto donde el terminal de un axón se encuentra con una dendrita se llama *sinapsis*. El terminal y la dendrita en realidad no se tocan: queda un diminuto espacio entre ellos, que recibe el nombre de *hendidura sináptica*.

Así es como funciona: el cuerpo de una neurona genera una carga eléctrica. El axón de la neurona porta esta carga eléctrica hasta sus terminales. Cuando la carga eléctrica aumenta lo suficiente para atravesar cierto umbral, desencadena la liberación en los terminales de ciertos productos químicos, denominados *neurotransmisores*. Cuando esto ocurre, se dice que la neurona ha *disparado*. Los neuro-

Powered by CamScanner

transmisores liberados se desplazan entonces a través de la hendidura sináptica y estimulan las dendritas de la neurona situada al otro lado de la hendidura ajustándose a los receptores químicos. Esto también queda ilustrado en la figura 1. El estímulo correspondiente puede ser *excitador* o *inhibidor* –si causa un *aumento* o una *disminución*, respectivamente, de la carga eléctrica de la otra neurona–, dependiendo del neurotransmisor liberado.

Que una neurona dada dispare o no –es decir, que libere o no neurotransmisores– depende de cuántas de las *otras* neuronas conectadas a sus dendritas estén disparando o no, así como del tipo de neurotransmisores –inhibidores o excitadores– que liberen al disparar.[4] Una neurona sólo dispara cuando ha sido estimulada con suficientes neurotransmisores *excitadores* liberados por otras neuronas, y siempre que no haya sido inhibida en exceso por neurotransmisores *inhibidores*. El proceso entero presenta aspectos eléctricos –a saber, la formación de la carga eléctrica– y químicos –a saber, la liberación de neurotransmisores–. Por eso decimos que el cerebro funciona a base de procesos *electroquímicos*.

Una *red neuronal* es básicamente un conjunto de neuronas conectadas, mediante sinapsis, de acuerdo con alguna topología de red. En el cerebro puede haber enormes cadenas de neuronas interconectadas: neuronas conectadas a otras neuronas que, a su vez, están conectadas a otras neuronas, etcétera. Estas redes también pueden contener *ciclos cerrados*, en los que una neurona al final de la cadena se reconecta a una neurona al comienzo de la cadena. El cerebro se puede considerar un superconjunto de muchas redes neuronales.

La *actividad* cerebral está asociada a los *disparos* de las neuronas en una red neuronal. Aunque en una red hay muchas neuronas, en general sólo un subconjunto está dis-

Powered by CamScanner

parando efectivamente cuando es observada. Los neurocientíficos pueden escanear un cerebro viviente y ver qué subconjunto de una red neuronal está activo. Podemos llamar a cada uno de los subconjuntos activos un *proceso neuronal*. Como veremos más adelante, la experiencia consciente se correlaciona con ciertos procesos neuronales en el cerebro, que entonces son denominados los *correlatos neuronales de la consciencia*.[1] Naturalmente, los procesos neuronales pueden ser *excitadores* o *inhibidores*, dependiendo de si los neurotransmisores que liberan *incrementan* o *disminuyen*, respectivamente, la carga eléctrica de las neuronas conectadas.

Eso es todo. ¿A que no ha sido tan difícil? Todos los términos que emplearé en lo sucesivo ya han sido explicados más arriba. Si en adelante alguien encuentra algún término cuyo significado no recuerde, siempre puede regresar a esta sección para refrescar la memoria.

Las correlaciones entre estados de la mente y estados del cerebro

Hay una correlación innegable entre los estados del cerebro y la experiencia subjetiva. Cualquiera que haya bebido más alcohol de la cuenta podrá dar fe de los importantes cambios en la capacidad cognitiva que acompañan a los cambios en la química del cerebro. Las alteraciones de la consciencia que acompañan al trauma físico del cerebro, así como el empleo de anestésicos y fármacos psiquiátricos, son también ejemplos del estrecho vínculo entre la mente y el cerebro con el que muchos de nosotros estamos personalmente familiarizados. Estudios en laboratorio han proporcionado pruebas de que esta correlación es más específica de lo que uno podría inferir de la experiencia directa: como hemos

Powered by CamScanner

mencionado en la sección previa, las experiencias conscientes particulares han sido vinculadas a procesos neuronales específicos en el cerebro.[6] Experimentos con estimulación magnética transcraneal (EMT)[7] –mediante la cual los neurocientíficos aplican campos magnéticos a regiones específicas del cerebro, interfiriendo en la capacidad de las neuronas para disparar con normalidad– han demostrado asimismo que la desactivación de regiones específicas del cerebro se correlaciona estrechamente con cambios específicos en la experiencia subjetiva. Por lo tanto, cualquier hipótesis teórica que se proponga explicar el estatus ontológico de la mente debe ser capaz de explicar por qué y cómo la experiencia subjetiva parece estar de ordinario tan estrechamente correlacionada con procesos cerebrales.

Sin embargo, que estados mentales estén correlacionados con estados del cerebro no implica necesariamente que los estados del cerebro *causen* estados mentales. Suponer tal cosa equivale a caer en la falacia, bien conocida en la ciencia y en la filosofía, de *cum hoc ergo propter hoc*. Por ejemplo, la presencia de un gran número de bomberos *se correlaciona* con grandes incendios, pero los bomberos no *causan* incendios. De manera similar, las voces que uno escucha procedentes de un receptor de radio analógico se correlacionan estrechamente con las oscilaciones electromagnéticas que se producen en el sistema de circuitos de la radio, pero eso no significa que el sistema de circuitos de la radio *sintetice* las voces. De hecho, quedan abiertas muchas posibilidades lógicas para explicar las correlaciones comúnmente observadas entre la experiencia subjetiva y la actividad cerebral, no sólo la suposición materialista de que el cerebro causa la mente.

Powered by CamScanner

Al postular que las experiencias subjetivas *son* procesos neuronales, el paradigma materialista dominante explica tentativamente, de modo más bien simple, las correlaciones ordinarias entre estados mentales y el cerebro. Sin embargo, este paradigma se articula actualmente de una manera vaga y promisoria, en el sentido de que la neurociencia no especifica de modo preciso o inequívoco qué parámetros mensurables de los procesos neuronales se asignan a las diversas cualidades de la experiencia subjetiva.

Es un aspecto importante, así que me permitiré elaborarlo un poco más. Si toda experiencia consciente no es sino un proceso neuronal, entonces hay dos puntos de vista desde los cuales observar el *mismo* flujo de información asociado a una experiencia: la perspectiva desde el *interior* –esto es, la experiencia misma– y la perspectiva desde el *exterior* –esto es, lo que ve un neurocientífico cuando mide la actividad cerebral de una persona mientras ésta tiene la experiencia–. *Si el materialismo es correcto, tendrá que haber siempre una estricta correspondencia uno a uno (o biunívoca) entre los parámetros medidos desde fuera y las cualidades de lo experimentado desde dentro.* Al fin y al cabo, la experiencia subjetiva *es* supuestamente lo que se mide desde fuera. Por ejemplo, si veo el color rojo, tiene que haber parámetros mensurables del correspondiente proceso neuronal en mi cerebro que estén asociados al color rojo. Al fin y al cabo, mi experiencia de ver rojo *es* supuestamente un proceso neuronal. De manera análoga, si me siento triste, tiene que haber parámetros mensurables del correspondiente proceso neuronal en mi cerebro que siempre estén asociados al sentimiento de tristeza. Al fin y al cabo, mi experiencia de estar

Powered by CamScanner

triste *es* supuestamente un proceso neuronal. Basta para hacerse una idea.

Como he mencionado anteriormente, hoy en día la neurociencia está muy lejos de poder proporcionar un mapeo consistente uno a uno (o correspondencia biunívoca) entre las cualidades de una experiencia subjetiva y ciertos parámetros mensurables del proceso neuronal asociado. Es posible argumentar que esto no hace sino reflejar nuestro actual progreso incompleto en lo que respecta a dicho mapeo, que perfilaremos con el avance de las investigaciones y el desarrollo de nuevas técnicas para medir los sutiles parámetros de la actividad cerebral. Al tratarse de una argumentación vaga y promisoria, es irrefutable. Pero debemos tener dos cosas en mente: primero, que *ya se han invertido décadas de investigación y sumas muy elevadas en la búsqueda de este mapeo*, por lo que no es como si acabáramos de empezar; segundo, que *mucho de lo que se ha encontrado hasta ahora parece contradecir la noción de que existe tal mapeo consistente uno a uno*. Observaciones empíricas revelan una relación inconsistente e incluso contradictoria entre experiencia subjetiva y parámetros mensurables de procesos neuronales. Por ejemplo, como menciona el neurocientífico Giulio Tononi en la *Elsevier Encyclopedia of Neuroscience* [Enciclopedia Elsevier de la Neurociencia], el disparo de las mismas neuronas corticales se correlaciona con la consciencia, pero sólo a veces.[8] Naturalmente, lo que hace Tononi es proponer un bosquejo que explica esta contradicción mediante un entramado materialista.[9] Analizaremos los méritos de este intento en la sección siguiente. Por ahora, ruego un poco de paciencia.

En parte para superar estas contradicciones, muchos neurocientíficos hablan de *especificidad*: ciertos tipos de experiencia, sin atender a su complejidad o intensidad, se correlacionan con la activación de subconjuntos particulares

Powered by CamScanner

de neuronas, sin atender a la cantidad de neuronas o de disparos neuronales implicados.[10] Claramente, la especificidad rompe el mapeo uno a uno entre las cualidades de la experiencia subjetiva y los parámetros de procesos neuronales, ya que suprime cualquier tipo de proporcionalidad entre los dos. Se trata de un punto delicado y a menudo controvertido, así que me permitiré explicarlo un poco.

Es cierto que la experiencia no es *globalmente* proporcional a la activación cerebral porque, como hemos visto, algunos procesos neuronales son *inhibidores*, no excitadores. Dependiendo de las circunstancias, cuanto más activos estén ciertos procesos *inhibidores*, menos base habrá para la experiencia consciente. De hecho, en la neurociencia se sabe que la consciencia a menudo se correlaciona con la interacción entre procesos excitadores e inhibidores. Pero eso *no* significa que uno no pueda esperar una proporcionalidad *local* entre una experiencia y *el subconjunto particular* de la actividad neuronal que *es* la experiencia, se esté produciendo o no inhibición a su alrededor. *Es obvio que la experiencia y ese subconjunto particular de actividad neuronal deberían ser proporcionales porque, de acuerdo con el materialismo, ¡son la misma cosa!* Y esto es lo que la especificidad parece echar por tierra: si una experiencia subjetiva, sin atender a su complejidad o intensidad, puede *ser* un proceso neuronal, sin atender al número de neuronas o disparos implicados, se vuelve muy difícil ver cómo las cualidades de la experiencia podrían ser, de algún modo, proporcionales a los parámetros del proceso neuronal. Y si no son proporcionales, ¡entonces claramente la experiencia no puede *ser* el proceso neuronal!

Los materialistas a menudo llevan la noción de la especificidad al extremo, especialmente cuando tratan de explicar casos de experiencias cercanas a la muerte, en las que el su-

Powered by CamScanner

jeto no presenta ninguna actividad cerebral detectable. En el fondo sugieren que la especificidad permite explicar hipotéticamente, para un puñado de neuronas cuya actividad sea demasiado débil para ser mensurable, el tiempo de vida de experiencias complejas y coherentes. La cándida refutación de esta sugerencia por parte del Dr. Sam Parnia, especialista en reanimación, parece formularlo mejor: «Cuando mueres, ya no hay sangre fluyendo en tu cerebro. Si ésta cae por debajo de cierto nivel, no puedes tener actividad eléctrica. *Se necesita mucha imaginación para pensar que de algún modo hay un área oculta en tu cerebro que se pone en marcha cuando todo lo demás ha dejado de funcionar*».[11] Pero aun concediendo que haya actividad neuronal oculta en algún lugar, la posición materialista suscita de inmediato la cuestión de por qué hemos nacido con cerebros tan grandes si bastaría un puñado de neuronas para fabricar sueños insondables. Después de todo, como especie pagamos un precio muy alto por nuestros grandes cerebros en términos de metabolismo y de la necesidad de un nacimiento básicamente prematuro, ya que una cabeza más desarrollada no podría pasar por el canal de parto de una mujer. Más aún, se ha demostrado científicamente que en condiciones normales generamos actividad neocortical *mensurable* ¡incluso cuando soñamos con un mero apretón de manos![12] Así pues, es incoherente postular que bastan disparos neuronales indetectables –el extremo de la especificidad– para explicar experiencias complejas.

En cualquier caso, la especificidad no exime a los materialistas de la obligación de mostrar un mapeo *proporcional* uno a uno entre las cualidades de una experiencia y parámetros mensurables del proceso neuronal particular que supuestamente *es* la experiencia. Que la neurociencia parezca incapaz de encontrar este mapeo pone de relieve que, a di-

Powered by CamScanner

ferencia de lo que se declara a menudo en los principales medios de comunicación, demostrar que el cerebro genera la mente *no* es un avance científico. Como para agravar esta contradicción, ni siquiera hay consenso acerca de que la experiencia se correlacione de algún modo con disparos neuronales: algunos neurocientíficos postulan, por ejemplo, que los estados mentales son originados por procesos inobservables que se producen a un nivel cuántico dentro de microtúbulos –estructuras microscópicas en el interior de las neuronas–, con independencia de que los neurotransmisores estén siendo liberados o no.[13]

Hoy nos encontramos en una situación peculiar en la que, por extraño que parezca, la *ignorancia* es a menudo empleada para defender el materialismo: puesto que nadie puede especificar inequívocamente qué proceso fisiológico se supone que *es* la consciencia, los neurocientíficos *siempre* pueden postular un hipotético mapeo diferente que explique, de un modo plausible, cualquier experiencia *particular*. Todo lo que se requiere es algún –*cualquier*– nivel de actividad en *cualquier lugar* del cerebro, lo cual no es demasiado difícil de encontrar o de suponer razonablemente. El problema, desde luego, es que uno no puede postular una teoría materialista de la consciencia *diferente* para cada situación y aún reclamar que la evidencia apoya el materialismo.

En el capítulo 1 ya se ha aludido a la razón de que esa sorprendente ambigüedad sea tolerada: cuando se trata de la consciencia, no hay modo alguno –*ni siquiera en principio*– de deducir lógicamente las propiedades de la experiencia subjetiva a partir de las propiedades de la materia.[14] En otras palabras, no hay manera de deducir lógicamente las cualidades de la percepción consciente, de la cognición o del sentimiento a partir de la masa, momento, espín, ubicación o carga de las partículas subatómicas que constituyen

Powered by CamScanner

el cerebro. Semejante carencia completa de intuición hace que sea imposible juzgar si un mapeo particular entre un proceso cerebral y una experiencia consciente es de algún modo *razonable*. Por lo tanto, *cualquier* mapeo propuesto parece, en principio, tan bueno (o tan malo) como cualquier otro, un hecho fácilmente mal empleado para apoyar el materialismo. En un reconocimiento asombroso de lo arbitrarias que pueden llegar a ser las explicaciones materialistas de la consciencia, ni más ni menos que el escéptico militante Michael Shermer admitió que «la neurociencia que rodea a la consciencia es irrefutable».[15]

Para ser justos, muchos neurocientíficos están dispuestos a admitir que nuestro actual conocimiento del cerebro es muy limitado. Es enteramente legítimo, por lo tanto, que se muestren abiertos a alternativas diferentes para explicar la experiencia consciente sobre la base de los procesos materiales. Pero uno no puede admitir tal cosa y luego darse la vuelta y proclamar que el progreso de la neurociencia corrobora el materialismo. Para ilustrar este aspecto, echemos un breve vistazo a lo que el Dr. Christof Koch, uno de los neurocientíficos más importantes del mundo en el campo de la investigación de la consciencia, considera la mejor teoría materialista de la consciencia disponible hoy en día:[16] la teoría de la información integrada de Giulio Tononi.[17]

La teoría materialista de la consciencia

La teoría de Tononi establece que la experiencia consciente es resultado de la cantidad de información integrada por un proceso cerebral puramente material. La teoría toma como datos de entrada lo que Tononi llama «complejos»: procesos neuronales de ciclo cerrado en el cerebro, cada uno

Powered by CamScanner

de los cuales implica una determinada organización anatómica. Por lo tanto, la cantidad de información integrada por un complejo, representada por la variable Φ (pronunciada «fi», como en la Sociedad Phi Beta Kappa), se calcula basándose en la organización anatómica de dicho complejo. La idea es que cuando Φ atraviesa cierto umbral, el complejo *de algún modo* se torna consciente. El valor específico de este umbral se determina mediante una calibración empírica. Cuando la calibración es fiable, los investigadores pueden predecir qué procesos neuronales son conscientes examinando el correspondiente valor Φ.[18]

El problema aquí es el siguiente: aceptar que un proceso neuronal se torna de repente consciente cuando integra suficiente información es más una apelación a la magia que a la causa-efecto. ¿Qué determina este umbral mágico para Φ? ¿De dónde viene la consciencia? ¿Por qué *suficiente* información integrada conduce al extraordinario y discontinuo fenómeno de la iluminación súbita de unas neuronas de otro modo inconscientes? Las neuronas son inconscientes, pero entonces aparece de repente un poco de información y, ¡uf!, ya son conscientes. Un momento..., ¡¿qué?!

La teoría de Tononi se limita a proporcionar un indicador *heurístico* para señalar la presencia de la consciencia, es decir, una regla práctica *ad hoc*. *Φ no explica la consciencia más de lo que un velocímetro explica cómo se mueve un coche*: cuando la aguja asciende, sabemos que el coche se está moviendo. Pero ese movimiento de la aguja no proporciona información alguna sobre el hecho de que hay un motor de combustión que libera energía almacenada en los enlaces moleculares de los hidrocarburos, la cual está disponible para hacer girar un cigüeñal conectado a un eje, que a su vez hace girar las ruedas del automóvil, las cuales se agarran a las irregularidades de la carretera y, por la tercera

Powered by CamScanner

ley del movimiento de Newton, causan que el automóvil se mueva. Ésta podría ser una explicación causal, pero la teoría de Tononi no implica nada parecido. Tan sólo proporciona el velocímetro.

Veamos un ejemplo del campo de la biología para que el contraste resulte más claro: el ciclo de Krebs de la respiración celular[19] es una explicación plenamente causal de cómo la energía se pone a disposición de las células de un organismo. Conocemos los datos de entrada del proceso: moléculas de azúcares y grasas. Comprendemos las reacciones de oxidación que liberan progresivamente la energía almacenada en los enlaces moleculares de estas moléculas de azúcares y grasas. Sabemos de qué forma esta energía se torna disponible para las células: ATP. Sabemos dónde ocurre todo esto: en la mitocondria de las células. Y sabemos cómo las células emplean el ATP. En otras palabras, tenemos una cadena causal completa que nos permite deducir las propiedades del fenómeno observado –esto es, la capacidad de las células de realizar su labor– a partir de las propiedades de los procesos correlacionados con él –esto es, las reacciones de oxidación.

La teoría de Tononi no nos ofrece ninguna cadena causal como ésa en el caso de la consciencia. No nos permite deducir, ni siquiera en principio, las propiedades del fenómeno observado –a saber, la experiencia subjetiva– a partir de las propiedades de los procesos correlacionados con él –a saber, la fisiología neuronal–. Sólo ofrece un indicador heurístico sin ningún modelo explicativo. *Φ deja sin respuesta casi todas las cuestiones, al igual que el velocímetro deja sin respuesta todas las cuestiones relevantes acerca de cómo se mueve el automóvil.*

Dado que los *materialistas* afirman que la teoría de Tononi es la mejor que puede ofrecer el materialismo, es justo

Powered by CamScanner

concluir que, en contra de la impresión a menudo transmitida por los principales medios de comunicación, el materialismo no ofrece actualmente un marco explicativo para abordar el problema mente-cuerpo. ¿Significa esto que el trabajo de Tononi carece de valor? Por supuesto que no. Metafísica aparte, Φ tiene aplicaciones prácticas. Por ejemplo, puede ayudarnos a determinar si pacientes en estados aparentemente vegetativos están en realidad conscientes, como en un síndrome de enclaustramiento total. Esto posee un tremendo valor humano. Más aún, no deja de ser fascinante la observación *empírica* de que los procesos neuronales que se correlacionan con la experiencia consciente tienden a ser complejos, esto es, *ciclos cerrados de flujo de información*. Sin embargo, como veremos en el capítulo 5, esta observación justifica una solución precisamente *no materialista* al problema mente-cuerpo. Dulce ironía, pero no nos adelantemos a los acontecimientos.

Una hipótesis alternativa

Espero haber establecido que la noción de que la consciencia es mera actividad cerebral no sólo carece de una elaboración explícita y específica, sino que tampoco se puede decir estrictamente que sea apoyada por observaciones empíricas. Por lo tanto, es legítimo y apropiado buscar y ofrecer modelos explicativos alternativos.

Todos los modelos científicos necesitan postular, en última instancia, los denominados *elementos ontológicos primarios*: aspectos irreductibles de la naturaleza que no pueden explicarse, pero que han de ser aceptados simplemente para que existan. Todo modelo científico intenta construir explicaciones para el resto de la naturaleza pre-

Powered by CamScanner

cisamente sobre la base de estos elementos ontológicos primarios. Hoy, por ejemplo, las partículas subatómicas fundamentales descritas en el «modelo estándar» de la física de partículas se toman por bloques de construcción irreductibles de la naturaleza, sobre la base de los cuales todo lo demás se supone que es explicable en principio.[10] El materialismo intenta reducir la experiencia consciente a entidades físicas como estas partículas. Así pues, supone que la consciencia es derivativa, no fundamental.

Sin embargo, una reciente y poderosa evidencia física indica que ninguna entidad o fenómeno físico se puede explicar separadamente, o con independencia, de su aprehensión subjetiva en la consciencia. Esta evidencia se publicó en el 2007 en la prestigiosa revista científica *Nature*.[11] Si esto es cierto, la consecuencia lógica es que la consciencia no se puede reducir a materia –*porque en primer lugar resulta ser necesaria para que la propia materia exista*–, sino que debe ser ella misma fundamental. Desde una perspectiva filosófica, esta noción es enteramente coherente y razonable, pues la experiencia consciente es lo único de cuya existencia podemos estar seguros. Entidades fuera de la consciencia son, en la medida en que podemos saberlo, meras abstracciones de la mente. *Tomar la consciencia como un elemento ontológico primario también salva el «vacío explicativo» y el «difícil problema de la consciencia», ya que ambos surgen únicamente del intento de reducir la consciencia a materia.*

Por lo tanto, en la hipótesis que se desarrolla a continuación, la experiencia consciente se considera fundamental e irreductible. Pero cuidado: *no* estoy tomando la consciencia como si fuera precisamente otra propiedad fundamental de la materia –a la par, por ejemplo, de la masa o la carga–, tal y como implica el pampsiquismo, sino como un ele-

Powered by CamScanner

mento ontológico primario en sí mismo y por sí mismo, *independiente de la materia*. Más aún, en lo sucesivo, para facilitar la argumentación, presupondré más o menos implícitamente una metáfora *dualista* que considera que la consciencia no material y los cerebros materiales son diferentes tipos de «cosas». *Esto es sólo una metáfora.* La visión del mundo que iré desplegando poco a poco durante el resto de este libro *no* es dualista. En el capítulo 4 trasladaré todas las conclusiones del presente capítulo a un marco no dualista. Entonces se comprenderá cómo y por qué el dualismo es la metáfora más apropiada en esta fase inicial de nuestro análisis.

Vamos allá. Si la consciencia es primaria e irreductible, no puede ocurrir que el cerebro la *genere*. ¿Cómo podemos explicar entonces la observación empírica de que, por lo común, los estados mentales se correlacionan con los estados cerebrales? La hipótesis que yo propongo es que *la función del cerebro consiste en localizar la consciencia, fijándola en el punto de referencia espacio-temporal que implica el cuerpo físico*. De este modo, el cerebro *modula* la percepción consciente de acuerdo con la perspectiva del cuerpo. Cuando no está sujeta a este mecanismo localizador y modulador, la mente se libera: implica la consciencia de todo lo que hay en el espacio, el tiempo y, tal vez, más allá. Por lo tanto, al localizar la mente, el cerebro también «filtra» la consciencia para descartar todo aquello que no esté correlacionado con la perspectiva del cuerpo.

Según la *hipótesis del filtro* de la interacción mente-cerebro, el cerebro nunca genera una experiencia subjetiva, sino que se limita a *seleccionarla* de acuerdo con la perspectiva del cuerpo en el espacio-tiempo, como Bergson argumentó de manera tan convincente hace más de cien años.[11] Este proceso de selección, semejante al *filtrado* de la experiencia

Powered by CamScanner

consciente, funciona como un receptor de radio, que, de entre la variedad de estaciones que concurren en la señal de transmisión, selecciona aquella que uno quiere escuchar, siendo descartadas todas las demás, las cuales nunca alcanzan la consciencia del oyente. Las pautas de activación cerebral que comúnmente se correlacionan con la experiencia consciente reflejan el proceso de filtrado en funcionamiento: son análogas a las oscilaciones del circuito en el sintonizador de la radio, el cual se correlaciona estrechamente con los sonidos que emite el aparato. La presencia de esas oscilaciones del circuito no significa, obviamente, que la radio esté *generando* la señal de transmisión, sino que *selecciona* un subconjunto de información de una señal preexistente. De manera análoga, las pautas de activación cerebral, bajo esta hipótesis, *no* implican que el cerebro esté generando la experiencia consciente correlacionada, sino que la selecciona de un conjunto más amplio.

Por lo tanto, las correlaciones observadas comúnmente entre los estados mentales y cerebrales son una consecuencia directa y necesaria del filtrado selectivo de la experiencia subjetiva. Cuando algo interfiere en el mecanismo de filtrado –de carácter físico, como un golpe en la cabeza, o químico, como la anestesia o una intoxicación etílica–, el proceso de filtrado que modula nuestra experiencia consciente queda perturbado y se producen las correspondientes perturbaciones de la experiencia. Tales perturbaciones son análogas a los sonidos confusos e incoherentes que uno oye cuando mueve al azar el sintonizador de la radio. En conclusión, la hipótesis ofrecida aquí sigue siendo consistente con todas las correlaciones observadas entre la experiencia subjetiva y los estados cerebrales mensurables.

Powered by CamScanner

Las predicciones de la hipótesis del filtro

Una hipótesis alternativa que aborde el problema mente-cuerpo sólo es útil si hace predicciones que *difieran* de aquellas que proporciona la imperante visión materialista del mundo. Más adelante me extenderé sobre los dos puntos más importantes en los que la hipótesis del filtro, comentada anteriormente, se distancia del materialismo en sus predicciones.

En primer lugar, la hipótesis del filtro implica que la consciencia, en su estado sin filtrar, está liberada. En tal caso, la consciencia ha de ser fundamentalmente unitaria y no individualizada, ya que la separación y la individualización implican límites. El surgimiento de perspectivas conscientes múltiples, separadas y diferentes, o egos, es consecuencia del proceso de filtrado y localización: egos diferentes, que implican diferentes perspectivas del espacio-tiempo, retienen la consciencia despierta de diferentes subconjuntos de todas las experiencias subjetivas potenciales, mientras que el resto es descartado. Es la diferencia entre subconjuntos lo que concede a cada ego su ventajosa posición idiosincrática, su historia personal y su sentido de la identidad personal.

Las experiencias subjetivas que se descartan en el filtrado pasan a ser la denominada mente «inconsciente» del respectivo ego. Como cada ego sólo permite la entrada de una parte infinitesimal de todas las experiencias potenciales –dada la insondable variedad de perspectivas conscientes que existen en potencia–, las mentes «inconscientes» de egos distintos diferirán mínimamente, siendo la mayor parte de lo «inconsciente» idéntico en todos los egos. Así pues, la hipótesis del filtro, a diferencia del materialismo, predice la existencia de un *«inconsciente colectivo»*, un depósito compartido de experiencias potenciales que sobrepasa con

Powered by CamScanner

creces las predisposiciones meramente genéticas de una especie. Es concebible, ya sea a través de fluctuaciones naturales o de la interferencia deliberada de los mecanismos de filtrado que modulan nuestras experiencias individuales, que partes de este «inconsciente colectivo» puedan ocasionalmente penetrar en la consciencia despierta.

En segundo lugar, y lo más importante, la hipótesis del filtro predice que uno puede tener experiencias que *no* estén correlacionadas con los propios estados cerebrales. Puesto que aquí el cerebro es visto como un mero mecanismo de filtrado y descarte de ciertas experiencias, es concebible que, cuando este mecanismo quede parcial o temporalmente desactivado a causa de una interferencia, la experiencia subjetiva propia pueda deslocalizarse y expandirse más allá del cuerpo en el tiempo y el espacio, o incluso más allá del tiempo y el espacio. En otras palabras, con la hipótesis del filtro es concebible que ocurran experiencias no locales, transpersonales, cuando procesos particulares del cerebro están parcial o temporalmente *desactivados*. Esta posibilidad, desde luego, queda excluida de la visión materialista del mundo.

El elemento clave de esta segunda predicción de la hipótesis del filtro es que prevé justamente la correlación de las experiencias transpersonales, no locales, con ciertas *reducciones* de la actividad cerebral excitatoria. Esto choca con la intuición desde una perspectiva materialista, ya que ésta implica que la experiencia *es* actividad cerebral.

Evidencia empírica para la hipótesis del filtro

En la edad moderna, el primero en recopilar pruebas empíricas de la existencia de un «inconsciente colectivo» fue Carl Gustav Jung.[21] Basándose en su dilatada experiencia

Powered by CamScanner

clínica con incontables pacientes, así como en la autoexperimentación,[24] Jung encontró que contenidos mentales de lo «inconsciente colectivo» pueden penetrar en la conciencia despierta a través de sueños, visiones y otros estados no comunes.

Una de las pruebas más sorprendentes reunidas por Jung fue la descripción que uno de sus pacientes psicóticos ofreció de sus propias «alucinaciones». Jung anotó que el individuo estaba mirando el sol fijamente, a través de la ventana, mientras movía ligeramente la cabeza. Jung le preguntó qué estaba mirando. El paciente respondió que el pene del sol, que se balanceaba mientras él –el paciente– movía la cabeza. A su juicio, el viento venía del pene del sol.[25]

Posteriormente, el filólogo Albrecht Dieterich publicó un libro con la primera traducción de un ritual mitraico, encontrado en un papiro de la antigua Grecia. La traducción contenía la descripción de *un dios solar del que pendía un tubo, la fuente del viento ministrador.* Continuaba diciendo que el *tubo se desviaba al oeste o al este, dependiendo de la dirección del viento*. Las similitudes con las visiones esquizofrénicas del paciente de Jung, que no podía haber conocido el ritual mitraico en aquel tiempo, son asombrosas.[26]

Éste es uno de los incontables ejemplos que llevaron a Jung a postular que hay una parte de la mente –compartida por todos los seres humanos, y tal vez por todos los seres *conscientes*– extremadamente rica en imágenes y narrativas. Por lo común, estas imágenes colectivas y narrativas pasan por un «filtro» y son descartadas de la consciencia despierta ordinaria. Sin embargo, en ciertas condiciones pueden penetrar en la consciencia despierta. El paciente esquizofrénico de Jung debió de tener acceso –por una *disfunción* del cerebro– a las mismas imágenes que poblaban las mentes y la realidad de ciertos griegos antiguos.

Powered by CamScanner

Estudiosos diligentes de la obra de Jung no tienen duda de que su caracterización de lo «inconsciente colectivo» va mucho más allá del ámbito de las meras predisposiciones genéticas. Después de todo, es absurdo pensar que la imagen de un tubo colgando del sol y del soplo del viento esté codificada en los genes. Las observaciones de Jung han sido confirmadas y enriquecidas por muchos otros psiquiatras y psicólogos modernos. De hecho, bajo el paraguas del campo de la psicología transpersonal[27] se ha acumulado un enorme corpus de pruebas empíricas de la existencia de un segmento «inconsciente» de la mente que se extiende entre los individuos. Toda esta evidencia es consistente con la hipótesis del filtro discutida aquí y contradice las predicciones del materialismo.

Pasando ahora a la segunda predicción clave de la hipótesis del filtro, hay ciertamente un amplio patrón de evidencia empírica que asocia experiencias transpersonales, no locales, con procedimientos que *reducen* la actividad cerebral:

1. Se sabe que el desmayo por asfixia o por otras restricciones del flujo sanguíneo del cerebro induce intensas experiencias transpersonales y estados deslocalizados. El sumamente peligroso «juego de la asfixia», practicado sobre todo por adolescentes, es un intento de inducir tales experiencias mediante la estrangulación parcial, a menudo con el riesgo de morir.[28] La asfixia erótica es un juego similar que se lleva a cabo en combinación con el coito. El efecto se ha descrito como un «estado lúcido semialucinógeno [que], combinado con el orgasmo, [se dice que] no es menos poderoso que la cocaína».[29]

2. Pilotos que sufren pérdida de consciencia inducida por la fuerza g (G-LOC) –en la que la sangre se ve obligada a abandonar el cerebro y éste reduce significativamente su actividad– tienen experiencias similares a las experiencias

Powered by CamScanner

cercanas a la muerte (ECM), notoriamente no locales y transpersonales.[30]

3. La técnica de la respiración holotrópica, así como prácticas respiratorias más tradicionales del yoga, emplean una forma de hiperventilación para obtener un efecto similar: incrementan los niveles de alcalinidad en sangre, con lo que se contraen los vasos sanguíneos del cerebro y se producen hipoxia y disociación.[31] Esto, a su vez, parece conducir a significativas experiencias no locales, transpersonales.[32] Incluso la hiperventilación sencilla, realizada informalmente, sin técnicas específicas, puede inducir intensas experiencias no locales. Por ejemplo, un hombre anónimo informó de lo siguiente: «Uno de nosotros se apoyó en un árbol y respiró profundamente un rato y luego respiró lo más hondo que pudo. Otro empujó hacia abajo la caja torácica, justo donde acaban las costillas. Esto lo dejó de inmediato inconsciente [...]. Cuando yo lo intenté, no creía que fuera a funcionar, pero entonces, de repente, me encontré en una pradera que resplandecía de amarillo y rojo, todo era extremadamente bello y placentero. Pareció durar eras. He de decir que nunca he vuelto a sentir tal bendición».[33]

4. Se sabe que las sustancias psicodélicas inducen experiencias transpersonales, no locales, sumamente complejas e intensas.[34] Siempre se ha dado por supuesto que dichas sustancias excitan las partes del cerebro correlacionadas con tales experiencias. *Sin embargo, un estudio reciente ha mostrado que las sustancias psicodélicas en realidad hacen lo contrario.* El estudio revela que «después [de la administración de psilocibina] se observaron cambios profundos en la consciencia, pero, sorprendentemente, sólo se detectaron [...] descensos en el flujo sanguíneo cerebral».[35] De hecho, los investigadores «no observaron ningún aumento en el flujo sanguíneo cerebral de ninguna región».[36] Lo más

Powered by CamScanner

chocante es que «la magnitud de este descenso [en la actividad cerebral] predecía la intensidad de los efectos subjetivos».[37] En otras palabras, la intensidad de la experiencia era *inversamente* proporcional a la activación del cerebro, tal y como predice la hipótesis del filtro.

5. El empleo de la estimulación magnética transcraneal (EMT) puede inhibir la actividad en áreas muy localizadas del cerebro al afectar a los campos electromagnéticos asociados. En cierto estudio, cuando se inhibió de esta manera la actividad neuronal en el giro angular de un paciente con epilepsia, se observó que éste había tenido una experiencia extracorporal.[38]

6. Si la tendencia anterior es consistente, la podríamos extrapolar a otros casos: el daño cerebral causado por la desactivación de ciertas partes del cerebro debería inducir, asimismo, experiencias transpersonales, no locales, *bajo las circunstancias oportunas*. Hay constancia de ello. Dos ejemplos importantes son el caso del Dr. Jill Bolte Taylor, anatomista cerebral que atravesó una profunda experiencia transpersonal como consecuencia de un derrame,[39] y un estudio sistemático llevado a cabo en Italia.[40] En el estudio italiano, varios pacientes fueron evaluados antes y después de ser sometidos a una operación del cerebro para extirparles un tumor. Tras la cirugía se comunicó un aumento significativo, en términos estadísticos, de sensaciones de autotrascendencia.

7. En la literatura científica se han descrito muchos casos del denominado «síndrome del sabio»: un accidente o enfermedad causa una lesión cerebral que da origen a habilidades intelectuales o artísticas extraordinarias, propias de un genio.[41] Por ejemplo, el Dr. Anthony Cicoria, dedicado a la cirugía ortopédica, se volvió un consumado compositor y pianista después de haberle caído un rayo en la cabeza.[42] Tommy McHugh, de profesión constructor, se volvió un

Powered by CamScanner

diestro y compulsivo pintor después de una lesión sufrida como consecuencia de la rotura de un aneurisma.[43] Orlando Serrell recibió un golpe en la cabeza durante un partido de béisbol y desarrolló la habilidad de hacer cálculos relacionados con el calendario: se le puede dar cualquier fecha posterior a su accidente (en 1979, cuando Serrell sólo contaba diez años de edad) y casi de inmediato dice en qué día de la semana cayó.[44] Como éstos, hay innumerables ejemplos de habilidades geniales adquiridas después de haber sufrido una meningitis o una herida de bala en la cabeza, e incluso asociadas a la progresión de una demencia.[45] Más aún, como observó el Dr. Darold Treffert, «las habilidades especiales [de estos sabios] siempre van acompañadas de una memoria prodigiosa»,[46] como si hubieran sido liberados de la localidad espacio-temporal que constriñe los recuerdos comúnmente inhibidos. La explicación dominante es que estas habilidades, ya desarrolladas por el cerebro, se mantienen latentes, «ocultas», hasta que se liberan como consecuencia de un trauma. Uno ha de preguntarse, sin embargo, cómo podía el cerebro haber desarrollado habilidades tan extraordinarias sin entrenamiento. Y si estas habilidades –como una memoria o una capacidad de cálculo prodigiosas, sumamente ventajosas para la supervivencia– están latentes en nosotros sin ningún entrenamiento, ¿qué ventaja evolutiva podría tener que de entrada el cerebro las suprima?

8. La «psicografía» es una forma de escritura que supuestamente permite el acceso, a través de un médium en estado de trance, a una fuente de información trascendente, no local. Me reservo el juicio sobre la interpretación popular de esta fuente trascendente como una personalidad humana descarnada. Sea como fuere, un estudio sobre médiums brasileños reveló que, durante la práctica de la psicografía, los más experimentados mostraban una reducción significativa de la

Powered by CamScanner

actividad cerebral en regiones clave del cerebro –como los lóbulos frontales y el hipocampo– en comparación con la escritura regular sin estar en trance.[47] A continuación, todo el material escrito se valoró por su complejidad. Sorprendentemente, el material escrito bajo estados de trance se estimó más consistente que el material producido sin trance. Como señaló un periodista presente, un escrito más complejo «requeriría típicamente más actividad en los lóbulos frontal y temporal, pero eso fue precisamente lo contrario de lo que se observó. Por decirlo de otra manera, el bajo nivel de actividad en los lóbulos frontales de los médiums experimentados debería haber resultado en un vago, desenfocado y obtuso galimatías. Por el contrario, resultó en muestras de escritura más complejas que la que hubieran sido capaces de producir sin estar en trance».[48]

9. Las experiencias cercanas a la muerte (ECM) son el último ejemplo de experiencias transpersonales, no locales, asociadas con una actividad cerebral no sólo reducida sino *prácticamente ausente*. Conllevan la experiencia de lugares y sucesos a través del tiempo y el espacio, el acceso a realidades paralelas, la comunicación con entidades, ideas acerca de la naturaleza de la existencia y el propósito de la vida, y un sinfín de otros fenómenos insondables.[49] Estas experiencias pueden ser muy estructuradas, coherentes, palpables, y estar dotadas de un fuerte sentido de la hiperrealidad. Como no todo el mundo es un Julio Verne o un Philip K. Dick, es razonable suponer que para la mayoría de los cerebros *plenamente funcionales* debe de representar un desafío imaginar escenarios tan complejos y vívidos, por no hablar de aquellos cerebros altamente comprometidos o sin el beneficio del flujo sanguíneo. Sin embargo, cada vez hay más pruebas, obtenidas bajo protocolos específicos, de la realidad de las ECM.[50]

Powered by CamScanner

10. Hay muchos otros ejemplos tradicionales de prácticas que supuestamente dan acceso a visiones e información trascendentes mediante un deterioro o reducción de la función cerebral. Los griegos de la Antigüedad solían descender a oscuras cuevas en busca del silencio y la privación sensorial, lo que al parecer les permitía conectar con el saber de sus antepasados.[11] Con los tanques de aislamiento sensorial se pretende lograr algo parecido.[12] Rituales iniciáticos tradicionales de culturas preliterarias buscaban revelar la verdadera naturaleza de la realidad a través de ordalías físicas.[13] Es muy razonable suponer que tales ordalías –como largas sesiones en saunas, exposición a los elementos, esfuerzo extremo e, incluso, envenenamiento– comprometían físicamente la función cerebral.

La pauta aquí no es sólo clara sino también sorprendente. Las experiencias transpersonales, no locales, más complejas, coherentes e intensas comunicadas por individuos están asociadas precisamente a *reducciones*, o incluso a la *eliminación*, de la actividad cerebral. Este hecho es consistente con la hipótesis del filtro discutida aquí y contradice la visión materialista del mundo.

Lo más irónico del asunto es que los materialistas a menudo mencionan los fenómenos enumerados arriba ¡como si fueran pruebas *en favor* del materialismo! Por ejemplo, interpretan las semejanzas entre las ECM y los efectos subjetivos de la G-LOC como una evidencia de que estas experiencias son generadas por el cerebro.[14] Lo que aquí se *supone* es que, dado que la G-LOC y el estrangulamiento se producen por medios físicos, el efecto subjetivo correspondiente ha de ser también producido por medios físicos, esto es, por el cerebro. De manera similar, los experimentos del Dr. Michael Persinger parecen mostrar que experiencias subjetivas de una naturaleza espiritual y transpersonal

Powered by CamScanner

pueden ser causadas por un procedimiento en cierto modo análogo a la EMT.[15] Muchos autoproclamados «escépticos» se apresuraron a interpretar esto como una evidencia de que el cerebro genera la mente y que las experiencias transpersonales son ilusiones.[16] La suposición, de nuevo, es que ninguna experiencia transpersonal válida puede ser inducida por medios puramente físicos, como campos electromagnéticos fluyendo por el cerebro.

Pues bien, a mi modo de ver, tal suposición es, en el mejor de los casos, producto de un pensamiento trivial; en el peor, un prejuicio. *¿Por qué* una verdadera experiencia transpersonal no puede ser inducida por una intervención física en el cerebro, dado el hecho obvio de que la mente y el cerebro están de alguna manera relacionados? Lo que está en disputa es la *naturaleza* de esta relación, no su existencia. Si la naturaleza de la relación es tal que el cerebro modula y localiza la consciencia, sin causarla, no sólo es razonable sino *esperable* que la interferencia física con el cerebro altere nuestro estado subjetivo. Más aún, la desactivación parcial de ciertos procesos cerebrales por medios físicos –ya sean drogas psicoactivas, campos magnéticos, hiperventilación, asfixia, ordalías, privación sensorial, etcétera– debería permitir a la consciencia deslocalizarse y expandirse parcialmente, lo cual es del todo consistente con los tipos de experiencia transpersonal que hemos enumerado. *No tiene nada de extraordinario la posibilidad de inducir experiencias transpersonales válidas por medios físicos, como tampoco la posibilidad de que la consciencia sea fundamental e irreductible.* Suponer lo contrario o bien es un retroceso a prejuicios arcaicos que el pensamiento moderno debería ser capaz de superar, o bien refleja una preocupante falta de imaginación teórica.

Tanto en la ciencia como en la filosofía, uno debe sacar conclusiones no de conjuntos locales y parciales de datos,

Powered by CamScanner

sino de una consideración cuidadosa de los datos *como un todo*. Se han de buscar *pautas amplias* para poder sacar conclusiones fiables. Es posible justificar informes particulares de experiencias transpersonales, pero la amplia pauta que asocia experiencias transpersonales culminantes con *reducciones* de la actividad cerebral apunta claramente a un fenómeno robusto y consistente. Y es un fenómeno que no se puede explicar bajo una metafísica materialista.

La objeción materialista

En la sección previa he enumerado una serie de tipos de experiencia transpersonal causados por reducciones de la actividad cerebral en general. Los materialistas a menudo intentan explicar estas experiencias de la manera siguiente: puesto que en el cerebro, en un momento dado, hay activos tanto procesos *excitadores* como *inhibidores*, es posible que las reducciones en la actividad cerebral estén asociadas en mucho mayor medida con los procesos *inhibidores* que con los *excitadores*. En tal caso, la correspondiente *reducción de la inhibición* podría conducir, en realidad, a *un incremento en el número o en la intensidad de procesos neuronales que se correlacionen con la consciencia*. Es este incremento el que podría explicar las experiencias transpersonales. En pocas palabras, la idea es que una *reducción en la inhibición neuronal hace que surjan nuevos o más sólidos correlatos de experiencia*, lo que corresponde a las alucinaciones.

Es ésta una explicación extremadamente pobre, y no se necesita ser un neurocientífico para ver que no funciona. En la mayoría de los tipos de experiencia transpersonal enumerados en la sección previa, hay *una reducción generalizada en el flujo sanguíneo y en el suministro de oxígeno al cere-*

Powered by CamScanner

bro en su conjunto. Por ejemplo, la estrangulación reduce el flujo sanguíneo en toda la cabeza. La hiperventilación constriñe los vasos sanguíneos en todo el cerebro. La G-LOC es causada por una reducción del suministro de sangre a toda la parte superior del cuerpo. Un paciente que sufre un ataque cardíaco y tiene una ECM carece de flujo sanguíneo en todo el cuerpo. Por lo tanto, por decirlo suavemente, es *muy difícil* ver cómo una reducción generalizada del suministro de sangre y oxígeno al cerebro podría afectar de manera *selectiva* y *preferencial* a los procesos *inhibidores*, ¡mientras permite que haya suficiente energía metabólica disponible para un *aumento* de los correlatos neuronales de la consciencia! Una explicación tan artificiosa evoca la absurda imagen de un ejército de microscópicos «demonios de Maxwell» situados en cada una de las intersecciones capilares y que, como minipolicías de tráfico, dirigieran lo que aún restase de suministro de sangre y oxígeno a nuevos correlatos neuronales de experiencia, mientras los desvían lejos de los procesos inhibidores existentes.

En el caso particular del estudio psicodélico mencionado en la sección previa,[17] las reducciones en la actividad cerebral estaban, en efecto, más localizadas, lo que tiene que ver con el efecto de la droga en partes diferentes del cerebro. Sin embargo, los investigadores *no* detectaron *aumento* alguno de la actividad en *ninguna parte* del cerebro. De esta manera, *todavía* no se pueden explicar las visiones transpersonales de los sujetos como un aumento en los correlatos neuronales de experiencia debido a una inhibición reducida.

El materialismo fracasa en su intento de explicar muchos de los fenómenos transpersonales enumerados en la sección previa, incluso caso por caso, y ya no digamos cuando se toman en conjunto como una *pauta amplia*.

Powered by CamScanner

La amplia pauta que asocia experiencias culminantes no locales, transpersonales, con *reducciones* en la actividad cerebral contradice la solución materialista tentativa y promisoria al problema mente-cuerpo. En cambio, corrobora la noción de que el cerebro es una suerte de filtro, o mecanismo de localización, de la consciencia. Esta hipótesis del filtro explica cómo funcionan las técnicas tradicionales para obtener un conocimiento transpersonal: al reducir la actividad de ciertas regiones cerebrales, desconectan parcial o temporalmente el mecanismo de filtrado, lo que permite que la consciencia se desactive y se expanda más allá de la posición espacio-temporal del cuerpo. Mientras que el materialismo no puede explicar los incontables testimonios de experiencias místicas, espirituales y trascendentales que se han producido a lo largo de los milenios –y, por lo tanto, de algún modo, se ve obligado a descartarlos–, la hipótesis del filtro los explica de la manera más natural. Incluso puede explicar las experiencias cercanas a la muerte, las visiones de los trances psicodélicos, los efectos subjetivos más complejos de la hipoxia y de la G-LOC y muchas otras observaciones *repetibles* que el materialismo se ve obligado a rechazar arbitrariamente.

En el capítulo 4 reanudaremos la línea de pensamiento emprendida aquí y nos extenderemos sobre ella. Además, trasladaremos las conclusiones anteriores a un marco no dualista. Pero antes necesitamos más fundamentos filosóficos para nuestra discusión. Éste será el tema de nuestro próximo capítulo.

Powered by CamScanner

Capítulo 3

La mente como el medio de la realidad

¿Qué es la mente? La respuesta más natural y obvia a esta antigua pregunta es muy simple: la mente es el medio de cuanto has conocido, visto o sentido; de todo lo que alguna vez significó algo para ti. Cualquier cosa que haya caído fuera del ámbito abarcador de tu mente, en lo que a ti concierne, es como si nunca hubiera existido. Tu vida y tu universo enteros –tus padres y las personas a las que quieres, tu primer día de colegio, tu primer beso, cada vez que has estado enfermo, tu odioso jefe, tus sueños y aspiraciones, tus éxitos, tus decepciones, tu visión del mundo, etcétera– son y han sido siempre fenómenos de tu mente, que cobran existencia dentro de sus límites. Como lo expresó Jung, la psique de uno es el único portador de realidad que se puede conocer.[1]

Concedamos que el pensamiento materialista contemporáneo sobre la naturaleza de la realidad, como hemos visto en el capítulo 1, implica que el mundo está «ahí fuera» y que los contenidos de tu mente son una reconstrucción –diseñada por tu cerebro y alojada en él– de esa realidad externa. Pero aun cuando eso fuera cierto, la implicación seguiría

Powered by CamScanner

siendo que vives toda tu vida encerrado dentro de esa alucinación construida por el cerebro. Un mundo exterior e independiente de la mente es una abstracción indemostrable, por muy buenas que sean las razones teóricas para creer en él. Por lo tanto, aun cuando fuera cierto que el mundo es un reino externo compuesto por abstractos campos de energía y que tu mente es un mero producto de la actividad cerebral, tu mente *seguiría* siendo el único portador de realidad que *puedes* conocer. Todas las ideas materialistas acerca de la naturaleza y la realidad son producto de la mente y existen únicamente dentro de la mente. Todas las cosas que se cree que existen fuera de la mente y con independencia de ella –incluidos tu cuerpo y tu cerebro– son ellas mismas, en la medida en que podemos saberlo con seguridad, imágenes en la mente y abstracciones de ella. Es imposible conocer algo fuera de la mente, ya que todo lo que es tocado por el acto del conocimiento es inevitable e instantáneamente «arrastrado» a la esfera de la mente.

¿Es realmente intuitiva la existencia de un mundo fuera de la mente?

La parte de la visión materialista del mundo que implica que los objetos existen fuera de la mente y con independencia de ella se llama *realismo*.[2] A oídos occidentales, el realismo es una metafísica muy intuitiva: los objetos poseen una concreción y continuidad innegables que sugieren su existencia autónoma fuera de nosotros mismos. Pero el realismo no es la única metafísica que los filósofos han propuesto a lo largo del tiempo. Hay otra alternativa llamada *idealismo*: la noción de que toda realidad es un fenómeno de la mente y en la mente.[3] Para los idealistas sólo existe el

Powered by CamScanner

medio de la mente y sus contenidos.[4] Todo lo que ves, oyes, sientes, piensas o conoces de cualquier otra manera existe ahora mismo, para un idealista, sólo en tanto en cuanto se desarrolla en la mente. No hay un mundo abstracto externo fuera de la mente. Podemos resumirlo así:

Realismo: la realidad existe fuera de la mente y con independencia de ella.

Idealismo: la realidad consiste exclusivamente en la mente y sus contenidos.

Hay que advertir que el materialismo implica el realismo pero va más allá. Postula no sólo que la materia existe fuera de la mente, sino que la mente misma es generada por la materia. En lo que resta de esta sección me ocuparé, por lo tanto, del *materialismo*, pues es el término más específico.

El intuitivo atractivo del materialismo parece innegable. Basta con mirar el mundo que te rodea en este preciso instante: la mesa, la silla, las paredes, la ventana, el ordenador, los libros, el sólido suelo, etcétera; todas estas cosas parecen existir claramente separadas de tu percepción de ellas. Si abandonaras la habitación y todo lo que ahora mismo hay en ella, todo permanecería allí, ¿verdad? Más claro, agua.

Uno de los mayores filósofos de la Edad Moderna fue George Berkeley, obispo de Cloyne. Berkeley es famoso por su contundente defensa del idealismo.[5] Se cuenta que el poeta inglés Samuel Johnson refutó el argumento de Berkeley limitándose a dar una patada a una piedra al tiempo que exclamaba: «¡*Así* es como lo refuto!».[6] Johnson se refería claramente a la *sentida* concreción y solidez de la piedra, que a su juicio bastaba para demostrar que no podía existir tan sólo en la mente. Hasta hoy muchos piensan que la argumentación de Johnson fue acertada, un estado de cosas que refleja un malentendido general de lo que realmente implica el *materialismo*.

Powered by CamScanner

De hecho, el materialismo de algún modo *contradice* la intuición de Johnson. Según el materialismo, la piedra que Johnson *percibió* sólo existía dentro de su cabeza, como hemos discutido extensamente en el capítulo 1. La entera experiencia de Johnson con la piedra era supuestamente una suerte de alucinación producida por disparos de sus neuronas en el cerebro; una «copia» alucinada que imitaba con mayor o menor exactitud una «piedra real» en un «mundo real» abstracto fuera de su mente. El hecho de que *sintiera* la solidez de la roca al darle una patada le informó principalmente, según el materialismo, de la dinámica interna de su propio cerebro. El mundo «exterior» está privado de cualquiera de las cualidades de la sensación o percepción.

La noción de que la piedra que Johnson sintió no era la cosa real, sino una alucinación, es, como argumentaré brevemente, innecesaria y artificiosa. No sólo se opone a nuestra noción cotidiana de la realidad, sino que en cierto modo invierte la dirección lógica de la inferencia: trata de reconstruir lo *conocido* –esto es, lo que percibimos– a partir de lo fundamentalmente *des*conocido, a saber, un universo abstracto fuera de la mente. Al construir una visión razonable del mundo, debemos comenzar con los datos que están justo delante de nuestras narices: la experiencia misma. Postular un universo enteramente «en la sombra», fuera de la experiencia, sólo sería justificable si en su ausencia no pudiéramos dotar de sentido a la realidad. Sin embargo, como espero demostrar, somos perfectamente *capaces* de hacerlo. El mundo abstracto «en la sombra» que postula el materialismo no hace sino complicar e inflar nuestros modelos de la realidad añadiendo elementos innecesarios e indemostrables.

Supongamos, por lo tanto, que abandonamos esa noción inflacionaria y rechazamos un mundo «en la sombra» fuera de la mente. Lo que nos queda entonces es una concepción

Powered by CamScanner

de la realidad que refleja precisamente lo que la realidad parece ser: todo aquello que *experimentamos*. Adviértase cómo esto confirma por completo la intuición de Johnson: *¡la piedra que él sintió era, en efecto, la piedra real, no una alucinación de su cerebro!* Y, sin embargo, *ésa es precisamente la razón por la que Berkeley estaba en lo cierto al defender su idealismo*. Cuando uno evita crear una innecesaria e indemostrable «sombra» del mundo de la experiencia, el único mundo que le queda *es* el mundo de la experiencia, *el mundo de la mente*.

Según el materialismo, la mesa, la silla, las paredes, la ventana, el ordenador, los libros, el suelo, etcétera, que estás experimentando ahora mismo no son en verdad las cosas reales, sino meras copias alucinadas dentro de tu cabeza. El mundo real es algún reino abstracto, compuesto por campos magnéticos que interaccionan, que ni siquiera puedes visualizar. De acuerdo con el idealismo, por el contrario, la mesa, la silla, las paredes, la ventana, el ordenador, los libros, el suelo, etcétera, son todos auténticos. No estás creando copias mentales de nada, sino que estás teniendo acceso directo a lo que es verdaderamente real. Si el libro de papel o el lector electrónico que tienes ahora mismo en las manos lo sientes como algo real, es porque *es* real, no la copia construida por el cerebro en la que los materialistas quieren que creas.

Las implicaciones clave del idealismo

Es más fácil fundamentar mi argumentación a favor del idealismo si desde el principio se tiene una buena comprensión de cuáles son sus implicaciones. La implicación más importante es la siguiente: si el idealismo es correcto, en-

Powered by CamScanner

tonces *la mente no está dentro del cerebro, porque es el cerebro el que está dentro de la mente*. Si se recuerda nuestra discusión en el capítulo 2, esta inversión de la relación entre el cerebro y la mente se antoja una potencial explicación de las experiencias transpersonales, idea que exploraremos con más detalle en el capítulo 4.

Según el idealismo, toda la realidad –el universo entero– existe en la mente, aunque *en su totalidad no únicamente en tu mente egoica* (éste es un punto crucial que en breve discutiremos a fondo). La mente no es generada por configuraciones de materia y energía. Al contrario, las configuraciones de materia y energía surgen del dinamismo de la mente. Sólo existen en la medida en que son *experimentadas*. La mente es el fundamento de lo real.

Nótese que, cuando digo que todo existe *en la mente*, *no* estoy dando por supuesto que todo exista *en la cabeza de alguien*. Mi hipótesis es que *tu cabeza está en la mente, no la mente en tu cabeza*. La mente no está limitada ni circunscrita por ninguna estructura física, porque todas las estructuras físicas surgen de la mente. Como cualquier otro objeto que percibes, tu propio cuerpo es producto de la mente, de la misma manera que un cuerpo soñado en un sueño nocturno es producto de tu mente soñadora.

La suposición materialista de que tu mente está de algún modo dentro de tu cuerpo es inculcada por la educación occidental desde muy temprano. Cuesta mucho anularla, incluso temporalmente. No obstante, una suspensión temporal de esta suposición es justo lo que te estoy pidiendo, de modo que puedas interpretar correctamente mi argumentación, aun cuando al final no estés de acuerdo conmigo. A fin de cuentas, todo lo que sabes o has experimentado acerca de tu cuerpo han sido percepciones e ideas de tu mente. No hay nada de lo que llamas tu cuerpo que

Powered by CamScanner

no sea, o haya sido, un contenido de tu mente: imágenes percibidas en un espejo, sensaciones internas, olores, descripciones que oyes de otros, conceptos y teorías que has aprendido en la escuela, etcétera. Incluso si miraras hacia abajo ahora mismo y observaras tu cuerpo «directamente», eso seguiría siendo una percepción visual de tu mente. Incluso si dejaras a un lado el libro de papel o el lector electrónico que tienes en las manos ahora mismo y te palparas el rostro, la cabeza y las piernas, todo eso seguiría siendo un conjunto de sensaciones subjetivas de tu mente. Considéralo un momento y luego pregúntate: ¿qué es empíricamente más razonable, creer que la mente está en el cuerpo o que el cuerpo está en la mente?

En el capítulo 4 propondré que el cuerpo es un artefacto mental que fundamenta un punto de vista localizado dentro de la mente, de la misma manera que un cuerpo soñado fundamenta cierta perspectiva localizada dentro de un sueño nocturno. No obstante, es el sueño el que está en ti, no tú en el sueño. Pero no adelantemos acontecimientos...

Una mente

La educación y la cultura occidentales dan por sentado que la mente es personal y discontinua entre la gente, esto es, que tu mente es enteramente tuya y está fundamentalmente separada de la mente de cualquier otro. Sin embargo, si el idealismo es cierto y toda realidad está en la mente, entonces la hipótesis más simple es que sólo hay una mente: un medio irreductible en el que se despliega la danza de la existencia. De otro modo, uno tendría que postular que la mente ha surgido de manera irreductible incontables veces en la naturaleza, una vez por cada ser consciente. Desde

Powered by CamScanner

luego, se trata de un postulado tremendamente inflacionario. Así que persistiremos en la alternativa más cautelosa: hay sólo un medio irreductible de la mente, el único elemento ontológico primario de toda la realidad.

Mi hipótesis es que la mente es un medio amplio y continuo, ilimitado tanto en el espacio como en el tiempo; un lienzo donde se despliega la obra entera de la existencia, incluyendo el tiempo y el espacio mismos. Tu mente egoica –esa limitada consciencia despierta que identificas contigo mismo– no es, en este contexto, más que un segmento del lienzo amplio, universal, de la mente. Tu impresión de que tu mente está separada de todo lo demás, como argumentaré más adelante, es el resultado de un proceso de «filtrado» inducido por un rasgo específico, topológico y localizado del lienzo de la mente. Ya entraremos más adelante en detalles y cuestiones específicas de todo ello; todo lo que te pido ahora es una mente crítica pero abierta, y algo de paciencia.

La evidencia empírica del idealismo

En el capítulo 2 me refería a un artículo publicado en el 2007 en la revista *Nature*[7] que postula que no puede existir ninguna realidad física que no sea percibida subjetivamente en la mente. Como argumenté entonces, la implicación es que la mente no se puede reducir a materia, puesto que el artículo sugiere que la materia no puede existir sin que la mente esté allí en primer lugar. Concluí, por lo tanto, que la mente es un *elemento ontológico primario*: un aspecto fundamental, irreductible de la naturaleza, que no puede ser explicado por sí mismo en términos de ninguna otra cosa. En este capítulo estamos sustentando la defensa del idealismo, lo cual implica que *cualquier otra cosa* de la naturaleza puede explicarse

Powered by CamScanner

y describirse en términos de la mente, el único elemento ontológico primario.

El referido artículo de *Nature* del 2007 refuta las teorías más realistas de la naturaleza, salvo por un par de excepciones potenciales. La discusión técnica que contiene el artículo es bastante esotérica, pero la clave reside en lo que los físicos llaman «no contextualidad». No hay que dejarse abrumar por semejante término: la no contextualidad es muy simple. Significa en esencia que las propiedades de una entidad física no dependen del proceso de observación. Por ejemplo, si cierta teoría de la naturaleza implica que mesas y sillas tienen las propiedades que tienen –esto es, determinado tamaño, peso, color, textura, etcétera–, ya sean observadas o no, entonces la teoría es no contextual. Según las teorías no contextuales, cuando observas una mesa simplemente *descubres* cuáles son las propiedades de la mesa, pero no *cambias* esas propiedades por el mero hecho de observar la mesa. En pocas palabras: la no contextualidad implica que la naturaleza es lo que es, con independencia de lo que uno sepa acerca de ella. La observación simplemente te proporciona el conocimiento de lo que la naturaleza ya era en el momento inmediatamente anterior a tal observación. Claramente, *la no contextualidad es casi sinónimo de realismo*. Pensemos en ello: si la realidad existe fuera de la mente y con independencia de ella, ¿cómo puede el mero acto de observar con la mente una entidad física cambiar lo que *es* tal entidad física?

Pues bien, a riesgo de caer en una simplificación excesiva, podemos decir lo siguiente: el artículo de *Nature* refuta todas las teorías realistas de la naturaleza, *excepto un par que abandonan la no contextualidad*. Dicho de otro modo, el artículo de *Nature* implica o bien que (a) cierta forma de idealismo es correcta, o bien que (b) el realismo es correcto

Powered by CamScanner

pero *contextual*, en vez de *no* contextual. La opción (a) es la causa que yo defiendo. La opción (b), como he argumentado anteriormente, se antoja contradictoria, así que fijémonos en ella con más detenimiento para ver qué significa y hasta qué punto la podemos tomar en serio.

Para reconciliar la contextualidad –esto es, la noción de que el acto de observar cambia físicamente lo observado– con el realismo, uno ha de imaginarse el cuerpo humano como un dispositivo de medición objetivo que interacciona, *instantáneamente y a distancia*, con el mundo objetivo que lo rodea, *cambiando ese mundo en cuanto lo percibe*. Todo lo que ves se vuelve físicamente el resultado de tus propios procesos perceptivos en acción. Antes de que miraras, el mundo existía supuestamente en el estado A; en el instante en que miraste, sin embargo, el mundo cambió físicamente al estado B. Así, nunca ves realmente el mundo tal como era (estado A), sino aquello en lo que *devino* porque lo miraste (estado B).

De esta manera, los resultados empíricos del artículo de *Nature* nos muestran que el precio de preservar la noción de que el mundo existe objetivamente, fuera de la mente, ¡es otorgar a nuestros ojos el poder mágico de cambiar físicamente el mundo con una mera mirada! En comparación, Supermán es un debilucho. Además, nótese que éste es sólo un medio más artificioso de llegar a la *misma conclusión* que el idealismo, a saber: que *la realidad es el resultado de la mente en acción*.

Resumamos lo que se ha de aceptar si, a la vista de los resultados empíricos del artículo de *Nature*, aún se pretende rechazar el idealismo:

1. Se ha de aceptar que, cuando se observa el mundo a nuestro alrededor, se cambia físicamente ese mundo por el mero acto de observar.

Powered by CamScanner

2. Se ha de aceptar que esto ocurre *instantáneamente, sin atender a la distancia* entre nosotros y lo que observamos.

3. Y se ha de aceptar que existe un mundo independiente de nuestras observaciones (estado A), ***aunque fundamentalmente nunca puedas verlo, ni directa ni indirectamente***, pues sólo puedes ver aquello en lo que ***devino*** el mundo porque lo miraste (estado B).

¿Acaso no es tortuoso? Cuesta pensar en algo más fantástico. En efecto, el estado A es una mera abstracción teórica, siempre ajena al ámbito de la experiencia o de la verificación empírica directa. Integrar este estado inobservable en una teoría que se adecúe a los resultados experimentales requiere complicadas acrobacias matemáticas. Como arguyó Thomas Kuhn con elocuencia, una vez que la comunidad científica se decide por cierto paradigma del pensamiento, la mayor parte de la actividad científica se invierte en resolver problemas para refinar y reforzar el paradigma.[8] Como parte integral del paradigma vigente, los artificiosos ejercicios matemáticos destinados a producir una formulación viable del realismo no son más que rompecabezas imaginarios.

Lo que yo propongo es una alternativa mucho más simple: *no hay estado A*. En cualquier caso, si lo hubiera, *por definición*, nunca podríamos verlo. El estado A es sólo una abstracción mental de seres humanos inteligentes que se dedican a resolver acertijos. Además, carecemos del poder mágico de cambiar el universo de «ahí fuera» únicamente por el acto de mirarlo. Sí, la naturaleza es contextual, pero la contextualidad no requiere poderes de superhéroe: no es más que otra manera de decir que la realidad es el despliegue de la mente, esto es, el despliegue del observador en el proceso de observar.

Powered by CamScanner

¿Hay respaldo empírico para el realismo?

El artículo del 2007 publicado en *Nature*[9] contiene un fuerte respaldo empírico para el idealismo. Rescatar una forma precaria de realismo –y, por lo tanto, de materialismo– de sus resultados requiere una sorprendente renuncia a la intuición y la razón. Y, por si fuera poco, la cuestión del respaldo empírico también se puede invertir: ¿hay alguna evidencia empírica directa que respalde el realismo?

No puede haberla. Dado que el conocimiento existe sólo en la mente, cualquier cosa tocada por la punta del dedo del conocimiento, con independencia de lo ligera y sutil que sea, es «llevada» de inmediato al dominio de la mente. En lo fundamental, nunca podemos *saber* nada que supuestamente esté fuera de la mente. El idealismo es, por lo tanto, la metafísica por defecto, a menos que haya razones sustantivas para pensar lo contrario. Y, como pretendo demostrar en este libro, no las hay.

El realismo, por otra parte, es una abstracción *indemostrable*. Además, desde un punto de vista epistémico, es una abstracción *inútil*, como argumentaré en el capítulo 6. Si alguna vez hubo un candidato perfecto para ser desgajado limpiamente de la existencia por la navaja de Ockham,[10] debería ser la noción de que un universo entero indemostrable existe fuera de la mente.

La defensa lógica del idealismo

Además de la evidencia empírica a su favor, el idealismo también tiene una ventaja *lógica* cuando se compara con el materialismo. De hecho, creo que *el idealismo es una meta-*

Powered by CamScanner

física mucho más escéptica que el materialismo. En la presente sección me gustaría extenderme sobre ello.

El materialismo, para ser cierto, requiere los siguientes cuatro enunciados acerca de la realidad:

1. Tus percepciones conscientes existen.

2. Las percepciones conscientes de otras entidades vivas, diferentes de las tuyas, también existen.

3. Hay cosas que existen con independencia de la percepción consciente y fuera de ella.

4. Cosas que existen con independencia de la percepción consciente y fuera de ella generan percepción consciente.

Adviértase que los enunciados se ordenan según el número de suposiciones nuevas que requieren. En efecto, el enunciado 1 está muy próximo al famoso *cogito ergo sum*, «pienso, luego existo». Si puedes estar seguro de algo, es de que tus percepciones conscientes existen. Así pues, el enunciado 1 es la única certeza absoluta que podrás tener nunca.

El enunciado 2 requiere un pequeño salto de fe: establece que hay otras entidades conscientes, como otras personas o animales. Nunca puedes estar *absolutamente* seguro de que algo o alguien más sea consciente. Por lo que sabes, podría haber zombis inconscientes fingiendo que tienen conciencia de una manera muy convincente mediante su comportamiento externo, pero operando enteramente «a oscuras» en lo que respecta a sus vidas interiores.[11] Sin embargo, el salto de fe es aquí pequeño, ya que se limita a postular otras *instancias* de una categoría –a saber, la de las percepciones conscientes– que ya sabes que existe.

El enunciado 3, por otra parte, requiere un salto de fe mucho más significativo, ya que postula una *categoría* enteramente nueva –a saber, la de las cosas fuera de la percepción consciente– de la que nunca puedes tener evidencia directa alguna. En efecto, todo lo que puedes llegar a saber entra

Powered by CamScanner

en la consciencia en el mismo momento en que lo sabes, de modo que la creencia de que hay cosas fuera de la consciencia es una abstracción más allá del conocimiento.

El enunciado 4 es incluso peor. Postula que cosas que nunca puedes llegar a saber que existen son en realidad responsables de la única cosa de la que puedes saber a ciencia cierta que existe: tu propia consciencia. *Postula que las abstracciones generan lo que es concreto.* Es una afirmación de lo más extraordinaria, en la que se invierte por completo la dirección natural de la inferencia: normalmente, uno infiere lo desconocido de lo conocido, ¡no lo conocido de lo desconocido!

El idealismo sólo requiere que se mantengan los enunciados 1 y 2. En otras palabras, reconoce lo más cierto y luego sólo requiere un pequeño salto de fe. La dominante visión materialista del mundo, por otra parte, requiere que se mantengan los cuatro enunciados: un gigantesco salto de fe. Claramente, el idealismo es la metafísica más escéptica y cauta. El único motivo por el que hemos llegado a creer en los enunciados 3 y 4, como se ha discutido anteriormente, es que proporcionan una explicación para el hecho de que todos parecemos compartir un mundo común. Si tú y yo, sentados en la playa, describimos el mismo entorno, concluimos que debe haber un entorno exterior independiente de nuestras mentes –a saber, la playa– que los dos estamos contemplando al mismo tiempo. ¿Cómo podrían acaso ser tan semejantes nuestras percepciones conscientes? Pero, como se dilucidará en los capítulos 4 a 6, hay formulaciones elegantes y razonables del idealismo que pueden explicar perfectamente nuestra experiencia compartida de un mundo común sin recurrir a los enormes saltos de fe que conllevan los enunciados 3 y 4.

Una visión sobria y sana de la realidad debería ser extremadamente escéptica respecto de los enunciados 3 y 4.

Powered by CamScanner

Llevamos demasiado tiempo reemplazando la realidad con nuestros insensatos sistemas de abstracción. Nos hemos extraviado en una densa niebla de suposiciones irreales, dándolas por sentado sin un pensamiento crítico. Es hora de que despertemos a lo verdaderamente real: *a nuestra experiencia inmediata de la realidad*. Es hora de que nos demos cuenta de que los modelos de la física no nos informan acerca de la realidad de «ahí fuera», sino acerca de nosotros mismos; de cómo nuestra mente más profunda –nuestra mente colectiva, compartida, no egoica– fluye según ciertas pautas y regularidades.

El idealismo no es un solipsismo

Consideremos más cuidadosamente un aspecto que ya hemos mencionado brevemente: la noción errónea de que el idealismo implica en cierto modo lo que en filosofía se denomina «solipsismo». El solipsismo es la noción de que todo cuanto existe son mis propias experiencias conscientes. En otras palabras, la realidad es en puridad *mi* sueño privado. No hay otras entidades conscientes, como otras personas conscientes. Son producto de mi imaginación. Si yo fuera un solipsista, no creería en modo alguno que tú, querido lector, tienes una vida interior. Me limitaría a creer que tu apariencia y comportamiento externos, en la medida en que puedo percibirlos, son imaginados por mi propia mente.

Ahora bien, nótese que el solipsismo implica el reconocimiento del enunciado 1 de la sección anterior y el rechazo de los enunciados 2, 3 y 4. *Por lo tanto, no es idealismo*. El idealismo otorga realidad al enunciado 2. «¿Por qué?», te oigo preguntar. Después de todo, si en cualquier caso

Powered by CamScanner

ya estamos siguiendo este camino de escepticismo radical, ¿por qué otorgar realidad al enunciado 2? *Porque creer en el enunciado 2 es la explicación más simple para las observaciones.* Como ya hemos dicho, puedo explicarme a mí mismo buena parte de mi propio comportamiento externo por el hecho de que soy consciente, y lo mismo puedes hacer tú. Son tus sentimientos conscientes los que explican tus expresiones faciales, tus reacciones impulsivas, tu desagrado por ciertas personas y tu amor por otras, etcétera. Y tú indudablemente observas comportamientos externos similares en otros: sus expresiones faciales, reacciones impulsivas, agrados y desagrados, etcétera. Explicar estos comportamientos de otros mientras se supone que los otros *no* son conscientes –esto es, mientras se da por supuesto el solipsismo– requeriría explicaciones por completo diferentes. Claramente, ésta no es la alternativa más simple. Es más simple y elegante inferir que los otros *también* son conscientes y manifiestan su comportamiento externo por exactamente las mismas razones que tú manifiestas el tuyo, en particular dado que los otros poseen sendos cuerpos físicos enteramente análogos al tuyo.

Podrías argumentar que el comportamiento de otras personas es análogo al tuyo porque *proyectas* en ellas tu vida consciente, del mismo modo que todos los personajes de tus sueños nocturnos tienen reacciones parecidas a las humanas, por más que sean meras proyecciones de tu mente. De esta manera, otras personas seguirían siendo personajes de tu sueño solipsista privado, comportándose como tú lo haces porque tu mente «subconsciente» está proyectando sobre ellas tus propias pautas de comportamiento. Suena razonable, ¿verdad? En esta argumentación hay, sin embargo, una laguna. Seguro que has observado en otras personas muchos tipos de comportamiento que no podrías explicar ba-

Powered by CamScanner

sándote en tus propias experiencias, porque en el momento en que hiciste esas observaciones aún no habías tenido las experiencias que explicarían tales comportamientos. Por ejemplo, cuando era pequeño ya podía observar el peculiar comportamiento de los adultos enamorados sin haber experimentado nunca yo mismo ese sentimiento. Simplemente, no podía figurarme por qué había personas que actuaban como tontos en esas situaciones. Más tarde, cuando yo mismo experimenté el amor romántico, pude asociar de inmediato esa nueva experiencia personal a observaciones anteriores del comportamiento «tonto» de otros y explicarlas retroactivamente concediendo consciencia a esas otras personas. De niño, *no podría haber proyectado en otros una experiencia que aún no había tenido*. Por lo tanto, otra vez, lo más simple y razonable es aceptar el enunciado 2 de la sección previa. El idealismo es muy razonable y escéptico, pero difiere del solipsismo en que este último parece ser irrazonablemente escéptico.

El idealismo no es un pampsiquismo

El idealismo implica que toda la realidad está *en la mente*. Pero eso no comporta que piedras, mesas y sillas tengan su propia forma de consciencia. Uno no debería confundir la afirmación de que toda la realidad está *en la consciencia* con la idea de que todo *es consciente*. El idealismo no implica que las piedras y las sillas *experimenten* cosas subjetivamente de la manera en que tú lo haces.

Cuando digo que todo está *en* la mente, estoy diciendo que las cosas existen sólo en la medida en que se manifiestan ellas mismas en la mente de un observador consciente. Por ejemplo, cuando sueñas por la noche, todo lo que aparece

Powered by CamScanner

en tu sueño existe sólo en la medida en que está en tu mente. Las cosas que aparecen en tus sueños carecen sin duda alguna de una existencia independiente fuera de tu mente. Pero eso no quiere decir que toda persona o animal que aparece en tus sueños tenga un punto de vista consciente de sí mismo. No tienen necesariamente una vida interior subjetiva separada de la tuya.

El idealismo implica que la realidad, como un sueño, existe sólo en la medida en que está en la mente, *pero no que todo en ella sea consciente y tenga una vida interior propia.* Por ejemplo, al reconocer que otras entidades vivientes son conscientes –esto es, al conceder validez al enunciado 2 referido antes– no suscribo la noción de que las piedras, los molinos de viento, los termostatos caseros o los ordenadores son conscientes en sí mismos y de sí mismos, y que tienen sus propios puntos de vista individuales y subjetivos. Técnicamente hablando, mi formulación del idealismo no implica *pampsiquismo*, la idea –como hemos visto en el capítulo 1– de que objetos inanimados poseen alguna forma de vida interior individual, subjetiva.

Otros errores comunes sobre el idealismo

Cuando debatía mis ideas sobre el idealismo antes de comenzar a escribir este libro, me enfrenté a muchas críticas. Mientras que algunas eran válidas y serán abordadas en los siguientes capítulos, otras sólo reflejaban malentendidos del idealismo. Discutamos aquí un par de estas últimas para excluir potenciales malentendidos antes de entrar en el meollo del asunto.

El idealismo propone que toda la realidad está en la mente, por lo que uno puede decir metafóricamente que

Powered by CamScanner

todo está «hecho del» *sustrato* de la mente. Muchas personas concluyen entonces que esto implica la existencia de alguna suerte de «materia mental» en su sentido literal. Algunos incluso me preguntaron si había alguna evidencia empírica de la existencia de esta «materia mental» de la que supuestamente todo está compuesto. Pues bien, no hay tal materia. El idealismo no implica que el sustrato de la mente sea la materia de la existencia, siempre que definamos «materia» como alguna sustancia objetiva o corpórea que supuestamente existe con independencia de la percepción subjetiva y fuera de ella. Lo que dice el idealismo es precisamente *que no hay materia. Sólo* hay percepción subjetiva. La palabra «materia» no es sino una manera de describir ciertas modalidades y regularidades de la percepción. Cuando uno pregunta sobre la «materia» de la mente, está cayendo «subconscientemente» en suposiciones realistas, en la creencia de que la realidad está «ahí fuera», ¡incluso la misma mente!

Según el idealismo, toda la materia –todos los materiales, objetos, etcétera– existe *sólo en la medida en que* la mente la aprehende subjetivamente. El *sustrato* de la mente en sí mismo no es materia: *es el sujeto, no un objeto*. Es el medio del cual surgen las percepciones, pero en sí mismo no se puede percibir, exactamente por la misma razón por la que el ojo que ve no se puede ver a sí mismo sin un espejo, o –como lo expresa Alan Watts– por la que uno no puede morderse sus propios dientes.[11] Así pues, el sustrato de la mente no se puede medir, detectar ni analizar como si fuera algún tipo de materia, porque *es lo que mide, detecta y analiza* en primer lugar. El sustrato de la mente no es un material, sino aquello que imagina todos los materiales. ¿Está claro lo que trato de decir? Si no, que nadie se preocupe: todo esto quedará mucho más claro y explícito en el capítulo 6.

Powered by CamScanner

Nuestro lenguaje mismo está construido alrededor de dualidades como sujeto/objeto, verbo/sustantivo, pasado/futuro, etcétera. Por lo tanto, es imposible hablar de la mente sin objetivarla de alguna manera. Ruego que el lector esté alerta de ahora en adelante: siempre que parezca que estoy objetivando la mente, como si me refiriera a ella como un «medio» o un «sustrato», estaré hablando *metafóricamente*, debido a las limitaciones inherentes al lenguaje. El sustrato de la mente no es un objeto, ni un material. Es el sujeto siempre elusivo de donde surgen todos los «objetos» como figuras imaginadas.

Otro malentendido habitual con respecto al idealismo se refleja en la siguiente cuestión: si todo está en la mente, ¿por qué no podemos influir en la realidad a voluntad, del mismo modo que podemos influir en nuestros propios pensamientos y fantasías a voluntad? El malentendido aquí –uno muy perdonable– consiste en equiparar la mente en general con esa pequeña parte concreta, limitada, de la mente que llamamos ego. El ego incluso se puede *definir* como la parte de la mente con la que comúnmente nos identificamos y que sentimos que podemos controlar. Pero no hay nada en mi formulación del idealismo que restrinja la mente al ego; al contrario.

Cualquier cosa que habitualmente pienses que es tu propia mente debería considerarse, en el contexto de mi hipótesis, un segmento muy pequeño del amplio medio de la mente. Cómo este pequeño segmento se moldea a sí mismo para crear la ilusión egoica de la separación es algo que abordaremos en los capítulos 5 y 6. Por ahora, ten presente el siguiente ejemplo: probablemente aceptes que otras personas también son conscientes. Por lo tanto, has de aceptar que sus enteras vidas interiores se producen en otros segmentos de la mente que son externos a tu ego y sobre los

Powered by CamScanner

que no tienes ningún control. Ahora imagina que hay incluso más segmentos del medio de la mente que trascienden lo que nosotros asociaríamos con alguna entidad biológica encarnada dentro del espacio-tiempo. Esos segmentos tampoco quedan excluidos de mi formulación del idealismo. La mente en sí misma es insondablemente mayor que cualquiera de nuestros egos individuales. Por lo tanto, que el amplio medio de la mente pueda operar de una manera que se siente externa a tu ego y fuera de su influencia no debería representar sorpresa alguna para ti. Decir que todo está en la mente no implica que todo caiga dentro de la esfera de actuación y los antojos de tu voluntad egoica o de la mía.

Además, decir que toda la realidad se despliega en la mente no impide que esa realidad –al observarse de manera empírica– se despliegue según ciertas pautas y regularidades estables que hemos dado en llamar las «leyes de la naturaleza». En mi hipótesis, las leyes de la naturaleza representan las pautas y regularidades conforme a las cuales ciertos contenidos de la mente fluyen de manera preferencial, llevando cierto impulso mientras lo hacen. De hecho, mi formulación del idealismo es enteramente compatible con la noción de que, dadas ciertas regularidades, los contenidos de la mente pueden fluir con tal impulso que intentar cambiar el curso de su flujo sería como intentar detener un tren a toda velocidad con las manos y los pies. Esto reconcilia al idealismo con la conocida estabilidad y solidez de las leyes de la naturaleza. Veámoslo con más detenimiento.

El idealismo y las leyes de la física

Como hemos argumentado, el idealismo implica que el mundo es lo que percibes conscientemente: es el libro de

Powered by CamScanner

papel o el lector electrónico en tus manos; es la habitación a tu alrededor, con todos sus colores, texturas y profundidad; son los sonidos y los olores en el aire; es la sensación que tienes de estar en tu propia piel ahora mismo. En contraste, la visión materialista del mundo que impera en nuestra cultura es más bien abstracta: postula que, tras la «copia» del mundo que estás experimentando ahora mismo, hay un mundo «real», que *no* es el que estás experimentando. La dinámica de objetos y entidades vivientes de ese mundo «real» supuestamente se despliega de acuerdo con ciertas regularidades y pautas –las leyes físicas– que existen fuera de la mente. Cuando se despliega, deja una huella en los órganos sensoriales –como pisadas– que tu cerebro emplea entonces para llevar a cabo una reconstrucción del mundo dentro de tu cabeza. La reconstrucción es, supuestamente, lo que estás experimentando ahora mismo.

Una buena parte de la motivación para que nuestra cultura adopte el materialismo viene dada por las regularidades observadas según las cuales parece desplegarse la realidad: para la mayoría de las personas es difícil imaginar que lo que obedece a las «leyes físicas» es el despliegue de los contenidos de la mente misma –ese medio de otro modo voluble y más bien inestable que asociamos con el ego–. Además, el mundo «de fuera» se *siente* muy separado de nuestras mentes egoicas. No parece que ejerzamos ninguna influencia mental directa sobre el mundo, y a menudo nos sentimos a merced de fuerzas impersonales externas.

Como ya hemos visto, por lo común esta impresión se debe a que nos identificamos únicamente con una parte muy pequeña de nuestras mentes: con nuestra consciencia despierta egoica. Sin embargo, cada uno de nosotros tiene experiencia directa de los aspectos más amplios de la mente: cuando soñamos por la noche, es innegable que son nuestras

Powered by CamScanner

mentes las que construyen y proyectan todo el universo de nuestros sueños. Sin embargo, ese universo soñado se siente muy autónomo y fuera de nuestro control consciente. De hecho, si nos identificáramos con esos aspectos de nuestras mentes que producen sueños, nunca sentiríamos ansiedad durante nuestras pesadillas, puesto que sabríamos de inmediato que somos nosotros los que lo estamos inventando todo. Además, si tuviéramos el control de esos aspectos productores de sueños de nuestras mentes, para empezar nunca tendríamos sueños. De modo similar, las neurosis y psicosis –como algunas obsesiones, fobias y visiones esquizofrénicas– parecen surgir de una parte de la mente con la que no nos identificamos en modo alguno; una parte de la mente que se siente enteramente extraña, externa al ego. Así pues, no es tan difícil imaginar que *también* es una parte de la mente con la que no nos identificamos, y sobre la que no parecemos tener ningún control, la que proyecta el llamado «mundo externo». Y entonces tampoco es tan difícil concebir que los contenidos de esta parte de la mente se despliegan de acuerdo con pautas y regularidades estables.

Imaginemos la mente como la pantalla de un cine. Las imágenes proyectadas en la pantalla representan el conjunto de las experiencias subjetivas personales. El materialismo establece que esas imágenes poseen una fuente externa y son capturadas por «cámaras» –nuestros órganos sensoriales– empleadas para grabar la película que estás viendo. Para el idealismo, en cambio, sólo existe el cine: todas las imágenes que ves son generadas en la misma sala, como una animación por ordenador emitida en tiempo real, y no poseen ninguna fuente externa (en el capítulo 4 discutiremos el papel que desempeñan nuestros órganos sensoriales en el idealismo). Podemos identificar empíricamente ciertas pautas y regularidades en el despliegue de estas imágenes. *Las*

Powered by CamScanner

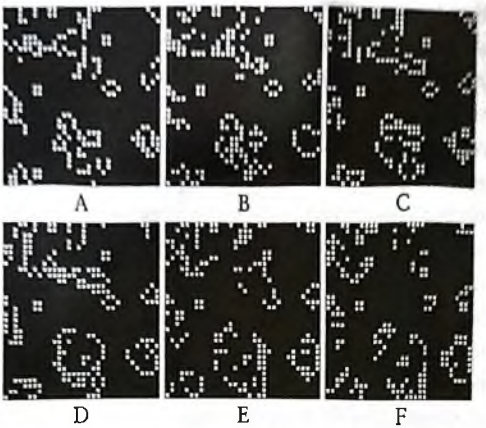

Fig. 2. El despliegue de un universo imaginado de acuerdo con pautas y regularidades estables.

llamadas «leyes físicas» son simplemente un modelo de estas pautas y regularidades observadas, de acuerdo con las cuales los «píxeles» de las imágenes parecen cambiar. En otras palabras, las «leyes» reflejan las regularidades observadas del comportamiento de los «píxeles» en las imágenes generadas por ordenador, en vez de representar reglas que gobernaran el modo en que se desarrollan los acontecimientos en un mundo externo abstracto.

Esto es más fácil de asimilar si tomamos como ejemplos imágenes completamente abstractas y estudiamos cómo se despliegan. Véase la figura 2. Está claro que la secuencia de imágenes abstractas no representa nada en un mundo exterior. No son «copias» de nada, sino realidades por derecho propio. La ventaja de emplear tales imágenes abstractas es que ayudan a evitar toda tu programación cultural, ya que no podrás encontrar en ellas ninguna pauta reconocible que tu mente suponga que representa un objeto externo.

Powered by CamScanner

Si te tomas algo de tiempo para estudiar cuidadosamente la secuencia de imágenes de la figura 2, es probable que en algún momento seas capaz de identificar pautas o regularidades conforme a las cuales grupos de píxeles parecen moverse y cambiar de un cuadrado a otro. Por ejemplo, hay tres grupos de píxeles claramente identificables a lo largo del borde derecho de cada cuadrado, que parecen preservar alguna coherencia de un cuadrado al otro. En cada cuadrado se pueden ver otros grupos que presentan cierta coherencia. La coherencia de esos grupos de píxeles a través de los cuadrados parece reflejar ciertas regularidades y pautas en el despliegue de las imágenes. *Sin embargo, nunca atribuiríamos tales regularidades y pautas a un mundo abstracto separado de las imágenes de la figura 2*. Está claro que cualesquiera regularidades son regularidades *de las imágenes mismas*. Las imágenes no son una copia isomórfica de algo más, sino un fenómeno autosuficiente.

Ahora traslada este pensamiento a tu percepción visual del mundo que te rodea tal y como es en este instante: mira a tu alrededor; trata de imaginar que acabas de nacer hace un momento y no sabes qué sillas, mesas, paredes, ventanas, libros u ordenadores hay. ¿Qué ves? Sólo píxeles. Así pues, los grupos y regularidades que observas son las pautas por las cuales estos píxeles parecen organizarse a sí mismos y cambiar con el tiempo. Ni siquiera se te ocurriría abstraer de estas pautas un mundo exterior a la mente donde ciertas leyes gobernaran el despliegue de los acontecimientos. Sólo pensarías: «¡Oh, así es como evolucionan estas imágenes!». *Eso* es idealismo, la más intuitiva –incluso manifiesta– visión del mundo desde la perspectiva de alguien aún no expuesto a la locura de la cultura occidental.

Los grupos de píxeles de la figura 2 son análogos a objetos macroscópicos como mesas y sillas. En vez de pensar en

Powered by CamScanner

mesas y sillas como objetos de un mundo abstracto exterior a tu mente, trata de pensar en ellas como grupos particulares y coherentes de píxeles en las imágenes que se despliegan *en el medio de tu mente*, tal y como sucede en la figura 2. Es posible que quieras tomarte unos segundos para realizar este ejercicio mental antes de seguir leyendo.

¿Ves el sutil cambio de perspectiva que estoy tratando que adoptes? Tendemos a revestir el mundo que nos rodea de una intrincada red de *conceptos* derivados del lenguaje. Vivimos dentro de un capullo conceptual tejido por nosotros mismos que nos aísla de la cruda realidad. Por ejemplo, ciertos estudios han mostrado que personas cuyos lenguajes categorizan los colores de un modo distinto a nuestros lenguajes occidentales también *ven* los colores de manera muy diferente.[1] Nuestro revestimiento conceptual de la realidad es a menudo tan denso que perdemos de vista los «píxeles» perceptivos en bruto que hay ocultos debajo: sólo vemos mesas y sillas de madera, no píxeles de varios tonos marrones en combinaciones asombrosamente ricas y fluidas.

Desde el mismo momento en que revestimos de conceptos los píxeles en bruto, proyectamos automáticamente en la realidad el conjunto entero de los atributos que nuestra cultura asocia con esos conceptos: se supone que mesas y sillas son objetos de un mundo *exterior a la mente*, así que cada vez que miramos a nuestro alrededor vemos objetos *exteriores a la mente*, en contraposición a los píxeles en bruto del tapiz de la mente. ¿Ves lo que quiero decir? Ya no vemos la realidad tal cual es, sino como nuestra educación y entorno cultural nos ha inculcado que la veamos. Te invito a que lo intentes y retires brevemente el revestimiento conceptual que bloquea tu visión de la realidad; así podrás ver en bruto los grupos de píxeles perceptivos en el medio de la mente.

Powered by CamScanner

Si eres capaz de ver la realidad de esa manera, libre de proyecciones conceptuales, aunque sólo sea por un momento, tal vez te sorprenda lo natural que te parecerá el idealismo. Si eres capaz de ver los «píxeles» de la experiencia perceptiva de la misma manera que los píxeles de la figura 2, habrás retirado parte del velo de la cultura.

Los científicos tratan de profundizar a su manera. No se dan por satisfechos con la identificación de las pautas aproximadas que parecen gobernar el comportamiento de objetos macroscópicos como mesas y sillas. Por el contrario, emplean microscopios y aceleradores de partículas para mirar en lo más profundo del corazón de la materia, para tratar de identificar las regularidades subyacentes más fundamentales de la naturaleza, a partir de las cuales uno podría construir potencialmente explicaciones para el comportamiento de *todos* los objetos y entidades. En la figura 2, esto sería análogo a mirar más allá de los grupos de píxeles y tratar de encontrar las pautas que gobiernan el modo en que cambian los *píxeles individuales* de un cuadrado a otro. Si lo haces cuidadosamente, encontrarás que en la figura 2:

1. Un píxel que es blanco en un cuadrado dado permanece blanco en el siguiente si y sólo si tiene dos o tres vecinos blancos.

2. Un píxel que es negro en un cuadrado dado se vuelve blanco en el siguiente si y sólo si tiene exactamente tres vecinos blancos.

Mira de nuevo la figura 2 y trata de demostrar que las dos reglas simples de arriba determinan plenamente la evolución de las imágenes de un cuadrado al otro. El comportamiento de los grupos de píxeles es un epifenómeno emergente derivado directamente de estas dos reglas simples. Esto es análogo a cómo objetos macroscópicos, tales como mesas y sillas, se supone que son un epifenómeno

Powered by CamScanner

emergente de las leyes que gobiernan el comportamiento de las partículas subatómicas microscópicas.

Lo que estoy intentando demostrar es que la figura 1 proporciona una analogía limpia para nuestros modelos científicos reduccionistas, incluyendo la emergencia de entidades y fenómenos macroscópicos a partir de leyes microscópicas. Sin embargo, *las imágenes de la figura 2 no son una «copia», o «representación», de ninguna otra realidad. Son un fenómeno autosuficiente por derecho propio.* Las dos reglas que subyacen a la evolución de los cuadrados de la figura 2 gobiernan el comportamiento de las *imágenes de píxeles*, no la dinámica de un «mundo exterior» supuestamente representado por esos píxeles. De modo similar, el idealismo implica que las pautas y regularidades observadas en la naturaleza, que hemos dado en llamar las «leyes físicas», se limitan a gobernar el despliegue de algunos de los «píxeles» del tapiz de la mente. No tienen nada que ver con un universo abstracto «en la sombra» fuera de la mente.

El idealismo en pocas palabras

Hemos visto que toda la realidad que podemos conocer es un flujo de percepciones, pensamientos, ideas y sentimientos subjetivos en la mente. Postulamos un mundo abstracto fuera de la mente sólo para explicarnos a nosotros mismos las pautas y regularidades de la experiencia –esto es, las denominadas «leyes de la naturaleza»– y las consistencias de estas experiencias entre los observadores. Por ejemplo, si hubiera otra persona sentada a tu lado ahora mismo y le pidiéramos que describiera dónde está, describiría una habitación muy similar a la que tú estás experimentando. Explicamos estas coincidencias de la experiencia diciendo

Powered by CamScanner

que hay un mundo exterior común –en este caso, una habitación– que tú y la otra persona ocupáis simultáneamente y que modula las experiencias de ambos. Pero hay otras maneras de explicar tanto las regularidades como las coincidencias de la experiencia entre observadores sin postular todo un universo «en la sombra» fuera de la mente. *Estos modelos alternativos se basan en la idea de que el flujo de contenidos de la mente obedece a ciertas pautas y regularidades*: las «leyes de la mente». En los capítulos siguientes profundizaré en uno de esos modelos mediante una serie de metáforas que culminarán en el capítulo 6.

Si mi formulación idealista es correcta, entonces toda la realidad está en la mente, incluyendo tu cuerpo y tu cerebro. Reconozco que tal idea puede sonar al principio descabellada. Después de todo, tú y yo hemos crecido en un entorno cultural donde, desde la más temprana infancia, se nos ha inculcado la noción opuesta. Crecimos para creer que la mente es un producto del cerebro, no al revés. Sin embargo, te pido que lo intentes y suspendas tu natural incredulidad y me concedas el beneficio de la duda. *No hay nada ilógico, inconsistente, incoherente o absurdo en la idea de que el medio de la realidad es la mente misma*. Simplemente no estás acostumbrado a ella. De hecho, es la idea más natural e intuitiva. En lo que resta de este libro investigaremos sistemáticamente cómo todos los aspectos sobresalientes de la realidad se pueden explicar a la perfección con esta hipótesis, sin desafiar ninguna observación empírica de la naturaleza. Como veremos, incluso los formalismos matemáticos que hay tras la vanguardia de la física teórica pueden trasladarse sin problemas a un marco idealista.

Powered by CamScanner

Capítulo 4

El cerebro como nudo de la mente

En el capítulo anterior hemos discutido la noción de que toda la realidad sea un fenómeno de la mente y en la mente. En vez de postular un mundo objetivo, abstracto, fuera de la mente –que se despliega según las leyes de la física y modula nuestras percepciones conscientes por medio de señales electromagnéticas capturadas por nuestros órganos sensoriales–, hemos discutido la hipótesis de que es el flujo de los contenidos de la mente el que obedece a ciertas pautas y regularidades. No se necesita ningún universo abstracto fuera de la mente: la realidad se puede explicar observando y modelando directamente el comportamiento de la mente. Ideas concretas acerca de cómo hacerlo se indicarán más adelante en este mismo capítulo y se abordarán por extenso en el capítulo 6. Ahora, sin embargo, hemos de afrontar un problema más inmediato y fundamental: la naturaleza y el papel que desempeñan el cerebro y los órganos sensoriales en el contexto de nuestra hipótesis idealista.

Powered by CamScanner

En el capítulo 2 hemos concluido que el cerebro es una suerte de filtro de la mente: selecciona y localiza el flujo de ciertos contenidos de la mente que de otro modo estarían sueltos y no localizados. El problema, desde luego, es el siguiente: si el propio cerebro existe en la mente, ¿cómo puede filtrar aquello que le da existencia? Un filtro de agua no está hecho de agua. Un filtro de café no está hecho de café. ¿Cómo puede un filtro de la mente «estar hecho» de mente? Suena a contradicción autorreferencial. Sin embargo, a menos que esta aparente contradicción se resuelva, el idealismo no se puede reconciliar con la hipótesis del filtro.

El primer paso para resolver este aparente conflicto es enfatizar que la palabra «filtro» se emplea en un sentido metafórico. Estrictamente hablando, aquí me refiero a que *el cerebro es la imagen de un proceso por medio del cual la mente limita y localiza el flujo de sus propios contenidos.* Considerémoslo por un momento: si hay un proceso de autolocalización que se produce en la mente y que de algún modo –es probable que parcialmente– resulta perceptible aun desde la perspectiva del ego, entonces este proceso necesariamente se aparecerá al ego de acuerdo con alguna forma. En otras palabras, habrá necesariamente una *imagen* en virtud de la cual el ego percibe este proceso, del mismo modo que el ego percibe el proceso de combustión en forma de llamas, o que el proceso de una descarga eléctrica en la atmósfera se percibe como un rayo, o que el proceso de coagulación de la sangre se percibe como coágulo, etcétera. Lo que afirmo aquí es que *el cerebro es la imagen de un proceso de localización de contenidos mentales.* Eso es el cerebro, primordialmente. Cualesquiera otras cualidades o propiedades que adjuntemos al concepto de «cerebro» sólo reflejarán

Powered by CamScanner

nuestra (mal)interpretación cultural de esa *imagen*. Además, mientras no tengamos buenas razones para creer otra cosa, hemos de suponer que esta imagen es *parcial*. No captura necesariamente toda la información relevante sobre el proceso que describe, de igual modo que los coágulos no capturan en su forma y color todas las informaciones relevantes sobre el proceso de coagulación.

Esperar que la mente se manifieste en el espacio-tiempo *sin* un cerebro es como esperar una combustión regular sin llamas o una coagulación sin coágulos. En vez de generar mágicamente la mente, el cerebro *es* la imagen parcial de la mente en el proceso de autolocalización. Por eso las observaciones de estados cerebrales parecen correlacionarse tan bien con estados mentales comunes: los estados cerebrales son parte de la *imagen del proceso* de la localización de la consciencia. La correlación se rompe cuando la consciencia se deslocaliza parcial o temporalmente.

No es de extrañar que, en el contexto de la visión del mundo que estamos construyendo, encontremos un «objeto» –una imagen– en el mundo empírico que parezca desempeñar el papel de filtro de los contenidos de la mente, aun cuando este proceso esté en la mente. Todo lo que concluimos en el capítulo 2 es consistente con la formulación del idealismo que hemos expuesto en el capítulo 3. En el capítulo 2 nos limitamos a emplear una metáfora dualista, en aras de la claridad, para describir un proceso que ahora trasladremos a un marco idealista sin pérdida o contradicción alguna.

Dado que la propia estructura de nuestro lenguaje, como producto de nuestra cultura, está masivamente influida por suposiciones realistas, carecemos de una terminología explícita e inequívoca para articular nuestra argumentación. Por lo tanto, necesitaremos seguir confiando en analogías y me-

Powered by CamScanner

táforas. En lo que resta de este capítulo, así como a lo largo de los dos siguientes, emplearé varias metáforas diferentes para transmitir y explorar las ideas clave de este libro. Estas metáforas parecerán a primera vista diferentes entre sí, incluso contradictorias, en cuanto a las imágenes que evocan. *Pero son consistentes entre sí cuando uno asimila las ideas y las intuiciones centrales que pretenden transmitir.* Como ocurre con toda metáfora, las imágenes particulares que emplean son meros *vehículos* para transportar un *significado* o *intuición* esencial subyacente. Intentaré ayudarte a separar el significado subyacente del mero vehículo mientras nos abrimos camino. De hecho, mi empleo de *varias y diferentes* metáforas es completamente deliberado: el significado esencial de las metáforas se puede destilar y separar del ruido de fondo de las imágenes comparando todo lo que tienen *en común*, en oposición a cómo *difieren*. *Su verdadero mensaje se encuentra precisamente en sus sutiles coincidencias*, mientras que sus diferencias superficiales deberían ser consideradas mero ruido metafórico, vehículos desechables para transportar ideas. Tenerlo en cuenta nos será de gran utilidad de ahora en adelante.

La metáfora del remolino

Pensemos en la mente como un arroyo. El agua puede fluir a lo largo del arroyo a través de su entera longitud; esto es, el agua no está localizada en el arroyo, sino que lo recorre sin impedimento. Ahora imaginemos un pequeño remolino en el arroyo: tiene una existencia visible e identificable; uno puede localizar un remolino y trazar aproximadamente sus límites; uno puede señalarlo y decir: «¡Ahí hay un remolino!». No parece haber duda alguna acerca de lo claro

Powered by CamScanner

Fig. 3. Un remolino en un arroyo es una metáfora de un cerebro en el medio de la mente.

y concreto que es el remolino como objeto identificable. Además, el remolino limita el flujo de agua: las moléculas de agua atrapadas en él no pueden atravesar libremente todo el arroyo, sino que quedan bloqueadas, girando alrededor de un lugar específico y bien definido. *El remolino localiza el flujo de agua en el arroyo.* Véase la figura 3. Además, las moléculas de agua que *no* se ven atrapadas en él son, por así decirlo, *«extraídas» del remolino mediante un filtrado*, puesto que la propia dinámica del remolino las mantiene lejos. En efecto, cualquiera que observe un remolino advertirá que, en sus bordes externos, parece «alejar» cualquier parte del flujo que no captura en su interior.

Sin embargo, no hay nada en el remolino salvo agua. El remolino es sólo una *pauta* específica del movimiento del agua que refleja, primero, una localización del agua dentro del arroyo y, segundo, un «filtrado» que descarta otras moléculas de agua. Cuando hablo del cerebro como una imagen en la mente, que refleja una localización de contenidos de

Powered by CamScanner

la mente, me refiero a un fenómeno análogo al remolino en el arroyo. *No hay nada para el cerebro salvo la mente, sin embargo, es una imagen concreta e identificable de la localización de la mente*, del mismo modo que un remolino es una imagen concreta e identificable de la localización de agua en el arroyo. Puedes señalar el cerebro y decir: «¡Aquí está el cerebro!». Además, así como se puede decir que el remolino «filtra» el agua y descarta las moléculas de agua que no se ven atrapadas en él, podemos decir que el cerebro «filtra» los aspectos de la realidad –esto es, las experiencias– y descarta aquellos que no caen dentro de sus límites.

Así pues, decir que el cerebro *genera* la mente es tan absurdo como decir que un remolino genera el agua. Decir que el cerebro es la *causa* de la consciencia es tan absurdo como decir que el rayo es la causa de la descarga eléctrica atmosférica. El rayo es simplemente el *aspecto* que adopta la descarga eléctrica atmosférica, no la causa. ¿Ves a qué me refiero? El cerebro es una *imagen* parcial del proceso de localización de la consciencia, *como si fuera vista desde la perspectiva de una segunda persona*, exactamente de la misma manera que las llamas son una imagen parcial del proceso de combustión, como si éste fuera visto desde fuera. Del mismo modo que las pautas y los colores de las llamas se correlacionan con las operaciones internas del proceso de combustión, la actividad medida del cerebro se correlaciona con la visión de la consciencia de la primera persona, esto es, con la experiencia directa.

Adviértase que entender el cerebro como una *imagen* parcial del proceso de localización de la consciencia elimina por entero el «difícil problema de la consciencia»: las correlaciones entre estados cerebrales y estados mentales se explican comprendiendo los primeros como una mera imagen parcial de los últimos, tal y como se perciben desde la pers-

Powered by CamScanner

pectiva de una segunda persona. No hay ningún intento de reducir la mente a una actividad cerebral objetiva «fuera de la mente», así que no se da en modo alguno ese «difícil problema». El cerebro y sus procesos, como *imágenes en la mente*, son exactamente de la misma naturaleza que cualquier otra experiencia subjetiva. No hay necesidad de derivar mágicamente la experiencia de algo exterior a la experiencia porque, para empezar, no hay necesidad de postular nada exterior a la experiencia. *El cerebro es una experiencia, una imagen en la mente de cierto proceso mental.*

En la metáfora del remolino, el *medio* de la mente queda representado por el agua. Los *contenidos* de la mente –esto es, las experiencias particulares subjetivas– quedan representados por *los movimientos particulares* de las moléculas de agua mientras fluyen. El flujo de cada molécula de agua en el arroyo representa una experiencia subjetiva coherente en el tiempo, ya esté la molécula atrapada en el remolino o no. Para simplificar, supondremos que todas las moléculas de agua del arroyo se están moviendo y que, como tales, representan experiencias. La metáfora deja abierta la posibilidad, sin embargo, de que sean parte del medio de la mente donde *no* hay experiencia: pensemos por ejemplo en un charco, donde el agua está en completo reposo. En este caso, aún tenemos el *medio* de la mente, pero no *comprende* ningún contenido. El *medio* de la mente –el agua misma– siempre implica el *potencial* para la experiencia subjetiva. Si el agua está en reposo, entonces sólo se tiene el potencial. Si el agua comienza a moverse, hay una experiencia real. Las *cualidades* de la experiencia quedan representadas por la *pauta* particular de este movimiento, como la trayectoria, la velocidad, la oscilación, etcétera. Adviértase también *que no hay nada en los contenidos de la mente salvo el medio de la mente*: todo es agua. En última instancia, la única cosa que

Powered by CamScanner

existe es el medio de la mente, o, para simplificar, la mente. Las experiencias particulares –esto es, los contenidos particulares de la mente– son sólo *la mente en movimiento*.

El remolino representa una localización parcial del flujo de las experiencias en el arroyo. Esta localización delimita una perspectiva centralizada, local: el mismo centro del remolino, el punto de vista desde el cual cada uno de nosotros es testigo de nuestro subconjunto personal de los contenidos de la mente. Después de todo, así es como experimentamos comúnmente la realidad: desde un particular punto de vista en medio del vórtice de experiencias que giran a nuestro alrededor. En general, sólo somos conscientes del flujo de moléculas de agua capturadas por nuestro propio remolino, no del arroyo más amplio que está fuera.

De hecho, por su misma estructura y dinámica, el remolino de la mente descarta en su proceso de «filtrado» la mayoría de las experiencias subjetivas que se despliegan en la naturaleza. En la metáfora, estas experiencias quedan representadas por el flujo de las moléculas de agua que *no* se ven atrapadas en el vórtice del remolino, sino que permanecen libres para fluir a lo largo de todo el arroyo. En la terminología de la psicología analítica, esto correspondería a nuestro «inconsciente colectivo»,[1] una extensa e insondable parte de los contenidos de la mente, compartidos por todos los humanos pero que por lo común no penetran en la consciencia despierta egoica.

Dejamos para el capítulo 5 la explicación de cómo y por qué las experiencias representadas por las moléculas de agua *no* capturadas en el remolino, *aunque aún estén en la mente*, se transforman en algo «inconsciente» desde el punto de vista del ego.

Powered by CamScanner

En el capítulo 2 hemos visto que se puede influir en la experiencia subjetiva, a veces de manera dramática, mediante la interferencia física en el cerebro. Encontramos ejemplos de ello en la intoxicación alcohólica, los fármacos psiquiátricos, el trauma cerebral como consecuencia de una lesión o enfermedad, etcétera. Todos estos factores alteran claramente las facultades cognitivas, el estado mental y, en general, el modo de experimentar la realidad. Una lesión o enfermedad cerebral puede llegar a alterar la experiencia subjetiva de manera permanente y conducir a la muerte física. Entonces, ¿cómo explicamos esto en el contexto de la metáfora del remolino?

Adviértase que un remolino es un proceso frágil que puede ser fácilmente interrumpido mediante una intervención física externa. Si río arriba el flujo de agua es interrumpido y se vuelve turbulento e irregular, las pautas del flujo dentro de un remolino río abajo se verán visiblemente afectadas. Si el cerebro es un remolino de la mente cuyas pautas de flujo determinan las cualidades de la experiencia subjetiva, entonces la interferencia física en el cerebro debería alterar, *efectivamente*, la experiencia subjetiva en la medida en que modifica esas pautas, esto es, en la medida en que interviene en el remolino. La interferencia externa en la función normal del cerebro es similar a un flujo turbulento río arriba.

Un remolino es, hasta cierto punto, un proceso autosuficiente: es su propia existencia la que crea algunas de las condiciones necesarias para que continúe existiendo; por ejemplo, los gradientes de presión en el flujo de agua que lo rodea. Por lo tanto, si el arroyo se vuelve turbulento, el remolino puede ser interrumpido y ser incapaz de mantenerse a sí mismo. Entonces se disipa y no vuelve a formarse

Powered by CamScanner

ni siquiera aunque el flujo se haya estabilizado de nuevo. Si lo trasponemos al caso del cerebro, cabe esperar con toda seguridad que una intervención física muy severa conduzca a un daño irreversible: el «remolino» que es el cerebro viviente se ve perturbado hasta el punto de no ser capaz de mantenerse a sí mismo.

Incluso cambios permanentes en el cerebro causados por una intervención física externa, pero que no conducen a la muerte, pueden situarse fácilmente en este contexto de la metáfora del remolino. Tomemos, por ejemplo, el caso de aquellas personas a las que se les ha seccionado físicamente el *corpus callosum* –la estructura que conecta los dos hemisferios del cerebro– mediante una intervención quirúrgica. Estas personas tienen dos centros separados de consciencia, como si se hubieran convertido en dos individuos diferentes.[2] En el contexto de la presente metáfora, se podría entender como una delicada (¡como lo es cualquier cirugía!) perturbación del flujo río arriba que causó río abajo la suave división de un remolino en dos vecinos más pequeños.

Otro aspecto que se ha de considerar es el siguiente: decir que el cerebro es como un remolino en el arroyo de la mente implica una correspondencia –un mapeo– entre las cualidades de la experiencia subjetiva y las pautas del flujo dentro de este remolino. Si un cerebro activo es una mera imagen parcial de estas pautas del flujo, la implicación puede antojarse análoga a la postura materialista de que la experiencia debe mapear uno a uno los parámetros mensurables de los procesos cerebrales. Sin embargo, en el capítulo 2 argumenté que este mapeo, aun estando superficialmente ahí en la forma de correlatos neuronales de consciencia de alto nivel, se rompe cuando observamos con mayor cuidado los detalles y circunstancias. Por lo tanto, uno puede pensar que la argumentación que he empleado en el capítulo 2 re-

Powered by CamScanner

futa la metáfora del remolino en la misma medida en que refuta el materialismo. Pero esto no es así por dos razones como mínimo.

La primera razón es que el materialismo invierte la situación tomando la *imagen* del fenómeno –esto es, del cerebro– como primaria, como la *fuente* del fenómeno, en vez de como uno de sus *resultados*. La peculiar consecuencia de esta inversión es que, para los materialistas, no hay nada en el fenómeno de la experiencia que no pueda ser visto en su imagen. En otras palabras, el mapeo entre experiencias y procesos neuronales ha de ser *completo* e *inequívoco*, puesto que los procesos neuronales no son vistos como meras imágenes, sino como la misma fuente de la experiencia. Esto es lo que intenté refutar en el capítulo 2. Adviértase que la postura materialista equivale a decir que no puede haber nada en la combustión salvo lo que es visible en las llamas que la acompañan, o que no puede haber nada en la descarga eléctrica atmosférica salvo lo que es visible en el rayo. Es como si los materialistas interpretaran el rayo como la fuente de la descarga eléctrica, en contraposición a cómo se muestra la descarga eléctrica. ¿Acaso no se aprecia la peculiar inversión del razonamiento? El cerebro no es la fuente de la experiencia localizada; es el aspecto de la experiencia localizada desde la perspectiva de una segunda persona.

La metáfora del remolino implica que el cerebro es una *imagen parcial* del proceso de localización de la consciencia, no la *única causa* de la experiencia consciente. A diferencia de una causa, una imagen *no* necesita ser completa o inequívoca, en el sentido de que no necesita capturar todo aspecto del proceso que refleja. Por ejemplo, cuando miramos a otra persona vemos una *imagen* que refleja los procesos vitales de esa otra persona. Pero no podemos ver cada aspecto de tales procesos: lo que está ocurriendo bajo

Powered by CamScanner

su piel, los detalles moleculares de su metabolismo, ni siquiera su apariencia de espaldas si la tenemos de frente. Así, mientras que la imagen *se correlaciona* a la perfección con los procesos vitales que refleja –al fin y al cabo, *podemos* ver si la persona está gravemente enferma, o enfadada, o hambrienta, o alborozada, o bronceada, etcétera–, no es completa a la hora de capturar cada uno de los aspectos de tales procesos vitales. Hay correlaciones de elevado nivel, pero no un mapeo uno a uno plenamente accesible.

Es cierto que, de acuerdo con el idealismo, todo lo que hay en la naturaleza debe estar en la mente. Así que tiene sentido que todas las cualidades de cualquier experiencia subjetiva deban estar disponibles en el amplio medio de la mente. Y, efectivamente, lo están, ¡al menos en la mente de la persona que tiene la experiencia! Pero el idealismo *no* requiere que todos los detalles de la experiencia de una persona estén *también* disponibles desde la perspectiva de una segunda persona, esto es, como una imagen perceptible por otra persona, por otro «remolino» de la mente. De hecho, la metáfora del remolino implica que lo que nosotros percibimos en la consciencia despierta ordinaria es una versión «filtrada» de las imágenes disponibles en el amplio medio de la mente. No es de extrañar, entonces, que el cerebro que podemos ver y estudiar, *como una imagen «filtrada» del estado consciente*, no sea más que una imagen *parcial* del proceso de localización de la consciencia. Por lo tanto, es del todo razonable esperar que se puedan encontrar *correlaciones* de alto nivel entre esta imagen incompleta, por una parte, y las cualidades de la experiencia subjetiva, por otra. Estas correlaciones se han encontrado empíricamente y, como hemos visto en el capítulo 2, los materialistas las emplean a menudo como evidencia de que la mente no es más que el cerebro. Pero, a diferencia del materialismo, la metáfora del

Powered by CamScanner

remolino *no* requiere una estricta y completa correspondencia biunívoca en todos los casos, puesto que acepta que esta imagen es incompleta. Y resulta que eso es precisamente lo que indica la evidencia.

La discusión anterior deja claro que una implicación de la metáfora del remolino, dado su aspecto de filtro, es que el mundo que percibimos en la consciencia despierta ordinaria no está necesariamente cerrado en términos causales; esto es, que podríamos ser fundamentalmente incapaces de explicar todo lo que ocurre en la naturaleza en términos de las cosas que percibimos de ordinario. De hecho, como argumenté en el capítulo 6 de mi anterior libro *Rationalist Spirituality* [Espiritualidad racionalista], la ciencia de hoy se halla muy lejos de mostrar que el mundo material está cerrado causalmente. Además, como he sostenido en el capítulo 1, no tenemos razones para creer que los aparatos perceptivos y cognitivos de nuestros cuerpos físicos hayan evolucionado para capturar *toda* la realidad. Es perfectamente concebible que haya universos enteros inaccesibles a la consciencia despierta ordinaria –comprendiendo el flujo de experiencias que nunca son capturadas en el remolino–, pero que ejerzan una sutil influencia causal en el mundo que vemos comúnmente. Si esto es así, uno puede especular con que esta influencia se exprese a través de los aspectos más delicados y sutiles de nuestra realidad física, como el metabolismo molecular y la función cerebral.

¿Conocer que habitualmente no percibimos todos los aspectos relevantes de la realidad significa que la formulación del remolino arroja dudas sobre sí mismo? ¿Significa que es tan contradictorio como el materialismo? No. Porque al hacer menos suposiciones sobre la realidad, la formulación del remolino es más robusta que el materialismo. *Además, el materialismo se basa casi por entero en la percepción y muy*

Powered by CamScanner

poco en la introspección. Por lo tanto, si uno no puede confiar en los datos perceptivos, no puede confiar en el materialismo. La formulación del remolino, por otra parte, se basa a partes iguales en la percepción y en la introspección. Valora los datos perceptivos de manera más crítica y dentro de un contexto más amplio. Toma en cuenta no sólo lo que es percibido, sino también al *perceptor* y el *proceso de percepción* como un sistema holístico e integrado. Esto lleva a preguntarse: ¿cómo se relaciona lo que veo con quien yo soy?, ¿quién soy yo en el contexto de lo que veo?, ¿qué significa «ver»?, ¿cómo se relaciona «ver» con quien yo soy?, ¿cómo se relaciona «ver» con lo que yo veo?, ¿qué conclusiones se pueden sacar con seguridad sobre la base de esta interacción? Y así sucesivamente. Esto se fundamentará y se aclarará en las siguientes secciones y capítulos.

La segunda razón de por qué mi argumentación del capítulo 2 no refuta la metáfora del remolino es que, en efecto, la metáfora, como el materialismo, implica una estrecha correlación entre las cualidades de la experiencia y los parámetros de los procesos neuronales, *pero sólo en estados ordinarios –esto es, sumamente localizados– de la consciencia*. En otras palabras, cuando la consciencia de un sujeto está bien localizada y el cerebro opera con regularidad, la metáfora del remolino requiere alguna correspondencia entre los estados mentales y los estados cerebrales, aunque, como se argumentó más arriba, no tanto o de manera tan estricta como el materialismo. Sin embargo, a diferencia del materialismo, la metáfora del remolino predice que esta correspondencia se rompe en una deslocalización parcial o temporal de la consciencia, causada por la reducción de la función cerebral. Después de todo, si la función cerebral es la imagen de la localización de la *consciencia*, entonces una *reducción* de la función cerebral ha de ser, desde luego, ¡la

Powered by CamScanner

imagen de una *des*-localización de la consciencia! Así pues, los ejemplos de experiencias transpersonales mencionados en el capítulo 2 se pueden explicar como una perturbación y una disolución parcial del remolino, lo que lleva a una liberación parcial del centro de la consciencia en la corriente más amplia de la mente. La muerte, en este contexto, sería una versión completa e irreversible de esta liberación.

La metáfora del nudo

Intentemos ofrecer otra analogía para ahondar en nuestra intuición en este asunto. Pensemos en el cerebro como si fuera un «nudo» que la mente ata consigo misma. De hecho, un remolino es una especie de nudo de un solo lazo que el agua ata consigo misma y mediante el cual restringe sus propios movimientos a lo largo de una trayectoria circular simple. Un nudo de un solo lazo es lo más simple que hay. Tal vez uno se podría imaginar el sistema nervioso de una lombriz intestinal *(C. elegans)*, con sus 302 neuronas, como un nudo de un solo lazo de la mente que es harto restrictivo en la consciencia. El flujo de la mente en ese lazo está atrapado en una de las trayectorias más simples que existen. Cuando los sistemas nerviosos se tornan más complejos, las restricciones del filtro se relajan; se añaden más lazos al nudo; emergen complejos enredos. Aunque el flujo de la mente sigue estando limitado al sistema de localización, ahora dispone de más espacio para ocuparlo con trayectorias más complejas.

Si extrapolamos esta línea de pensamiento, el sistema nervioso más amplio sería del tamaño del mismo universo, de modo que las trayectorias implicadas por los innumerables lazos de su «nudo» de complejidad insondable serían

Powered by CamScanner

coextensivas con los grados de libertad de toda la existencia. Pero esto equivale a decir que semejante sistema nervioso máximo *sería* el universo, del mismo modo que un remolino con el tamaño del arroyo *sería* el arroyo (uno circular). Esto nos lleva claramente a la conclusión del capítulo 2: el sistema nervioso más amplio –en cuanto a la libertad, la amplitud y la profundidad de la consciencia contenida en él– *no* es un sistema nervioso en absoluto, de igual modo que un remolino que *es* la corriente básicamente no existe sino como la corriente misma. La amplitud máxima de la mente se adquiere cuando su flujo no está limitado por el cerebro que lo captura y lo «filtra». ¿Significa esto que no tiene sentido vivir como seres humanos con una consciencia despierta filtrada? Ciertamente sí que lo tiene, y es extraordinariamente significativo. Pero dejemos este aspecto para los próximos capítulos.

Como la imagen de un remolino en el agua, un proceso por el cual la mente limita y localiza su propio flujo debería producir también una *imagen* en la mente. Por lo tanto, no es en absoluto sorprendente que exista algo como un cerebro. Si se contempla con cierta licencia poética, se verá que la misma estructura del cerebro evoca la idea de nudos complejos que de algún modo capturan el flujo de la mente en un laberinto cerrado. De hecho, podemos profundizar más en este análisis y no quedarnos en la mera apariencia y la interpretación poética: dado que sabemos algo sobre las correlaciones neuronales de la consciencia, podemos realizar algunas pruebas de cordura para ver si esta noción del cerebro, como una suerte de nudo que se autolimita en la fábrica de la mente, es consistente con las observaciones empíricas. Es lo que haremos en el capítulo siguiente. Por el momento, ruego un poco más de paciencia.

Powered by CamScanner

El cerebro es una parte integral de un sistema más grande e interdependiente al que llamamos cuerpo. Sin el resto del cuerpo el cerebro no podría realizar su función. Por lo tanto, no sólo el cerebro es una imagen parcial del remolino de la mente, sino *el cuerpo entero*. El cuerpo entero es parte integral del mecanismo de localización de los contenidos de la mente, es decir, del «filtro de la mente» del que hablamos en el capítulo 2.

Un momento. No podemos detenernos aquí. El cuerpo está inextricablemente conectado a su entorno. Extrae comida, agua, aire y luz solar de él. Deja sus desechos en él. No podemos considerar el cuerpo un sistema independiente y autosuficiente.

¿Ves adónde quiero ir a parar con esto? Todo –el universo entero– es sólo el flujo de los contenidos de la mente. El cuerpo –*como parte del universo y, por lo tanto, también como un contenido de la mente*– no está separado de la mente en general, del mismo modo que un remolino no está separado del arroyo. De hecho, el remolino no es más que una *pauta* local en el flujo. No puedes sacar un cuerpo del amplio medio de la mente, ¡exactamente por la misma razón por la que no puedes levantar un remolino y sacarlo del arroyo!

El agua que fluye alrededor del remolino, sin verse atrapada en él, forma corrientes y gradientes de presión sin los cuales el remolino se disolvería. Pese a no formar parte del remolino, estas corrientes son absolutamente necesarias para su existencia, de la misma manera que el entorno es absolutamente necesario para la existencia del cuerpo. *El remolino crece a partir del flujo más amplio del agua, del mismo modo que el cuerpo crece a partir del medio más amplio de la mente.* La realidad *es* la mente.

Powered by CamScanner

Revisemos e ilustremos ahora, con un experimento mental, algunos elementos clave de lo que ya hemos discutido. Imaginemos a un neurocientífico mirando la pantalla de un ordenador conectado de manera inalámbrica a un escáner cerebral. La pantalla muestra los procesos neuronales asociados a la vida interior de un voluntario,[1] esto es, *las correlaciones neuronales de la consciencia* de las que hablamos en el capítulo 2. Estos procesos neuronales son las imágenes de ciertas dinámicas internas –corrientes y ondulaciones– del remolino de la mente del voluntario mientras gira.

Imaginemos asimismo que se emplea una tecnología de escáner portátil que permite al voluntario llevar puesto el escáner cerebral las 24 horas del día, durante toda su vida. De esta manera, el neurocientífico puede ver *todos* los procesos neuronales que se desarrollan en todo momento dentro de la cabeza del voluntario: todas las dinámicas internas relevantes del remolino del voluntario. Lo que ve el neurocientífico corresponde al universo subjetivo del voluntario.

Sin embargo, es obvio que procesos neuronales mostrados en una pantalla de ordenador no pueden *ser* el universo en el que vive el voluntario. Después de todo, mientras el voluntario y el neurocientífico comparten el mismo universo, ¡hay mucho más en la realidad del neurocientífico que procesos neuronales en una pantalla de ordenador! Claramente, por lo tanto, debe de haber más en el universo en el que vive el voluntario que lo capturado por el escáner cerebral que lleva puesto.

El materialismo y la formulación idealista que propongo aquí tratan esta cuestión de manera completamente distinta. Fijémonos en ello.

Powered by CamScanner

El materialismo sostiene que los procesos electroquímicos que se desarrollan en el cerebro del voluntario no son más que una *copia parcial* –una representación interna incompleta– del universo real en el que vive el voluntario. Este universo real se encuentra fuera de la mente del voluntario y es mucho más amplio que los procesos neuronales mostrados en la pantalla del ordenador del neurocientífico. Es el universo real fuera de la mente el que es compartido por ambos, el voluntario y el neurocientífico.

Pero como estamos operando bajo el idealismo, no podemos emplear la misma argumentación. Bajo el idealismo, el mundo de tu consciencia despierta ordinaria no es una copia de algún universo abstracto fuera de la mente; *es el mundo real*. Para nosotros, en este libro, no hay otra realidad que lo experimentado en alguna parte del amplio medio de la mente, y lo experimentado *es* la realidad actual. Sin embargo, no hay duda de que los procesos neuronales que se muestran en una pantalla de ordenador no pueden ser toda la historia acerca del universo del voluntario.

La clave es advertir que, bajo el idealismo, hay una mera *correspondencia* entre los procesos neuronales y la vida interna del voluntario. Aclarémoslo con otro experimento mental.

Universos e imágenes

Imagina que estás hablando por videoconferencia con un amigo que se encuentra en la otra cara de la Tierra. Tu amigo ve en su pantalla de ordenador una imagen bidimensional de ti con una resolución relativamente baja. Sabe que la imagen *corresponde* a ti e incluso puede creer que la imagen *eres* tú. *Pero tú no eres la imagen, por mucho que fuerce*

Powered by CamScanner

la imaginación. Después de todo, tú te encuentras en la otra cara del planeta. Está claro, ¿no?

Ahora traslada esta idea a nuestro experimento mental anterior. Los procesos neuronales que ve el neurocientífico son sólo imágenes que *corresponden parcialmente* al mundo subjetivo del voluntario. Pero *no* son ese mundo subjetivo, del mismo modo que tú no eres la imagen de baja resolución que aparece en la pantalla del ordenador de tu amigo. *Los procesos neuronales son la manera en que se ve el mundo del voluntario desde el punto de vista del neurocientífico.* De igual modo que la mayoría de la información, matices y concreción de *tu persona* se pierden en la imagen mostrada en la pantalla del ordenador de tu amigo, así la mayoría de la información, matices y concreción del universo subjetivo del voluntario se pierden en la imagen que llamamos procesos neuronales.

Un proceso neuronal es una imagen, pero la imagen no es el fenómeno que representa. La imagen es sólo la apariencia del fenómeno cuando se observa desde el punto de vista de una segunda persona. El mundo del voluntario *aparece* ante el neurocientífico como cadenas de disparos neuronales, ya que el proceso de localización de la consciencia del voluntario ha de aparecerse a otros de alguna forma, de igual modo que la combustión ha de aparecer como llamas o la coagulación como coágulos. Pero esas cadenas de disparos neuronales *no son* el mundo del voluntario, de igual modo que un coágulo *no es* el proceso de coagulación. Las cadenas de disparos neuronales son sólo una imagen parcial del mundo del voluntario que mantiene cierta correspondencia con él.

Powered by CamScanner

El neurocientífico y el voluntario son dos personas diferentes que comparten el mismo espacio-tiempo. Cada uno tiene su propio «campo» de consciencia despierta. Por lo tanto, según la metáfora del remolino, *cada uno ha de corresponder a un diferente remolino en la más amplia corriente de la mente*. Véase la figura 4.

Lo mismo es aplicable a todo ser humano vivo: cada uno corresponde a un remolino diferente. Ahora bien, todo remolino representa el mundo subjetivo de su respectivo ser humano. Por lo común, el neurocientífico sólo es consciente de los contenidos de la mente atrapados en su propio remolino. De manera similar, el voluntario, por lo común, sólo es consciente de los contenidos de la mente atrapados en su remolino correspondiente.

Sin embargo, el neurocientífico puede ver los procesos neuronales del voluntario. Por lo tanto, los contenidos mentales que consisten en *imágenes* del mundo subjetivo del

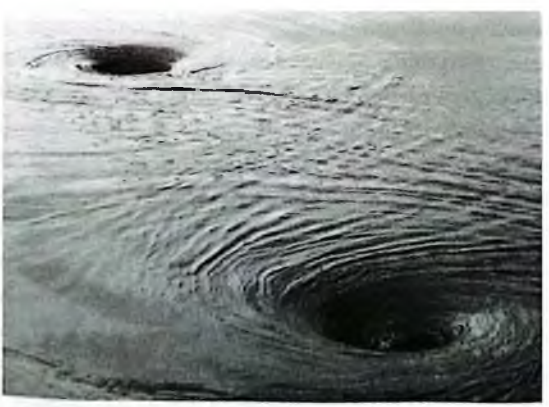

Fig. 4. Múltiples remolinos «comunicantes» en una corriente.

Powered by CamScanner

voluntario han de estar atrapados en el remolino del neurocientífico. No sólo eso: el neurocientífico podría ver al voluntario en persona, estrecharle la mano y hablar con él. Por lo tanto, contenidos mentales correspondientes a imágenes del cuerpo entero del voluntario y de sus acciones también han de estar atrapados en el remolino del neurocientífico. Está claro que *hay alguna forma de comunicación –transferencia de información– entre los remolinos de la mente.*

En el contexto de nuestra metáfora, una manera simple de visualizar cómo se produce esta comunicación es la siguiente: imagina que uno vierte constantemente un tinte en medio de un primer remolino de la corriente, formando así una línea teñida en el agua. Esta línea teñida gira unas pocas veces y adquiere una ondulación determinada por las pautas del flujo dentro del primer remolino. Con el tiempo, escapa del primer remolino, *llevándose consigo la ondulación*. Esta línea teñida ahora ondulada alcanza en algún momento un segundo remolino donde, de nuevo, se ve atrapada. Pero ahora sus ondulaciones influyen en las dinámicas internas del segundo remolino. De esta manera, *ha transportado información sobre las dinámicas interiores del primer remolino a un segundo remolino.* Lo que ocurre en el segundo remolino queda ahora parcialmente determinado por lo que ocurrió en el primero. He aquí una manera de pensar en cómo las personas se pueden ver y comunicar entre sí, además de asomarse a los cerebros de los otros con el fin de ver sus procesos neuronales: *ondulaciones liberadas en el amplio medio de la mente transportan información entre los remolinos*, esto es, entre las personas. Con un poco de imaginación, puedes ver los dos remolinos de la figura 4 «comunicándose» mediante líneas ondulantes que van del uno al otro.

En el actual lenguaje científico, estas ondulaciones se llaman fotones (luz), o vibraciones aéreas (sonidos), o mo-

Powered by CamScanner

léculas olfativas (olores), etcétera. En última instancia, todas ellas son perturbaciones de un campo electromagnético captadas por nuestros órganos sensoriales. La diferencia consiste en que el materialismo ve estos fotones, vibraciones aéreas y moléculas olfativas como entidades objetivas que existen fuera de la mente y son independientes de ella. Según la metáfora del remolino, en cambio, son sólo *ondulaciones –perturbaciones– del mismo medio de la mente*, capaces de transportar información entre diferentes remolinos de la corriente. Desde la perspectiva de las matemáticas, las cosas se podrían modelar exactamente de la misma manera que en el materialismo: según las ecuaciones del electromagnetismo de Maxwell, por ejemplo. Pero la *interpretación* ontológica de este modelado es radicalmente distinta en el idealismo y en el materialismo.

De acuerdo con la metáfora del remolino, los estímulos que recibes desde el mundo «exterior» a través de tus órganos sensoriales –en forma de visiones, sonidos, olores, etcétera– son ondulaciones que se propagan a través de la corriente más amplia de la mente y penetran en el remolino de tu consciencia despierta personal, influyendo así en sus dinámicas internas. Uno puede discernir estas ondulaciones «externas» en la corriente más amplia de la figura 4 cuando penetran en múltiples remolinos. *Tus órganos sensoriales son imágenes parciales de los particulares puntos de entrada de tu remolino a través de los cuales pueden pasar estas ondulaciones.* Lo que ves no son fotones de un mundo exterior a la mente, sino ondulaciones de la corriente más amplia de la mente que tú atrapas y que luego giran alrededor del nudo de tu vida interior.

Tu misma presencia y tus mismas acciones, como un nudo de la consciencia en el amplio medio de la mente, causan perturbaciones en ella de igual modo que tú causas

Powered by CamScanner

pequeñas ondas en el agua si pisas un charco. Como ondas de agua que se propagan desde su punto de origen, las perturbaciones causadas por tu presencia y tus acciones en el medio de la mente también se propagan a lo largo y ancho. Otras personas te perciben a través de estas perturbaciones –estas *ondulaciones*– que se propagan desde tu ubicación y terminan alcanzando otros remolinos y siendo capturadas por ellos. Las ondulaciones que liberas portan información sobre ti, de la misma manera que la línea teñida de la corriente que abandona el primer remolino porta información sobre éste. Pero ellas *no son* tú, de igual modo que la línea teñida de la corriente que abandona el primer remolino *no es* el primer remolino.

Así, a diferencia de lo que implica el materialismo, un proceso neuronal *no es* la experiencia subjetiva con la que se correlaciona, sino sólo una *imagen parcial de ella* liberada como ondulaciones en la corriente más amplia de la mente. Hay cierta *correspondencia* entre ambos, en el sentido de que también hay una correspondencia entre las huellas dejadas por un animal y el paso del animal. Pero las huellas no son el paso, así como los procesos neuronales que ve el neurocientífico *no son* las experiencias del voluntario. Cuando materialistas como Daniel Dennett[4] dicen que las experiencias de una persona *son* las cadenas de disparos neuronales que se producen en su cerebro, *están confundiendo las huellas con el paso, la imagen impresa con el fenómeno.*

¿Equivale una región «externa» de la mente a un mundo externo?

Según la metáfora del remolino, lo que normalmente consideramos el mundo «externo» es un conjunto de on-

Powered by CamScanner

dulaciones globales que se propagan a través de la corriente más amplia de la mente, las cuales penetran en nuestros respectivos remolinos a través de los puntos de entrada que denominamos órganos sensoriales. Véase de nuevo la figura 4. Árboles, estrellas, las otras personas, tu perro: todos son procesos mentales dinámicos que causan perturbaciones en el amplio medio de la mente –en forma de esas ondulaciones globales–, de la misma manera que un barco en movimiento deja una estela a su paso. Para anticipar un tema que exploraremos a fondo en el capítulo 6, la razón por la que parece que compartimos el mismo mundo es que esas ondulaciones, como olas propagándose en múltiples direcciones, penetran en múltiples remolinos al mismo tiempo, inyectando la misma información –o similar– en cada uno de ellos. Las ondulaciones son estímulos procedentes de una parte del medio de la mente que es *externa* a aquello que, según pensamos, somos nosotros mismos. Tal vez te preguntes entonces si no es exactamente eso lo que dice el materialismo, si no confirma eso la existencia de un universo externo que aprehendemos a través de estímulos capturados por nuestros órganos sensoriales.

La respuesta es un «no» categórico. Ruego en este punto un poco de paciencia, porque es crucial. No estoy poniendo en duda la intuición general de que existe un mundo fuera de nuestra *consciencia despierta personal*, un mundo con el que no nos identificamos y sobre el que no parece que tengamos ningún control. Esto es obvio incluso para una observación casual, así que sería estúpido negarlo. *Pero lo que sí niego es que ese mundo exista fuera de la mente*. La metáfora del remolino muestra que hay estímulos globales –originados en regiones del medio de la mente externas a nuestros respectivos remolinos– que penetran en nuestra consciencia despierta ordinaria en forma de ondulaciones.

Powered by CamScanner

Pero eso no requiere la existencia de un mundo abstracto desprovisto de cualidades, fundamentalmente exterior a la propia mente e independiente de ella. ¿Acaso no es crucial la diferencia?

Profundicemos un poco en este punto porque es importante. Pensemos en ello en los términos de un sueño normal: en un sueño tienes un «avatar» soñado –un personaje– con el que te identificas, pero también ves un mundo aparentemente externo con árboles, edificios e, incluso, otras personas. No obstante, no te identificas con ese mundo «externo» de tus sueños. De hecho, durante el sueño, crees que lo *habitas* del mismo modo que crees que habitas el mundo «real». Sin embargo, está claro que el mundo soñado lo genera una parte de tu mente con la que no te identificas y sobre la que no tienes control alguno durante el sueño. En resumen: hay una parte de tu mente con la que te identificas como un avatar en tu sueño y otra parte, en apariencia separada de tu mente, que genera el «mundo externo» del sueño, en el que vive tu avatar. Hasta aquí todo bien, ¿no?

Pues bien, *está claro que hay una forma de comunicación entre estas dos partes de tu mente cuando estás soñando.* Después de todo, tu avatar soñado *experimenta* el mundo aparentemente externo del sueño e *interacciona* con él. Por lo tanto, en todo sueño normal hay dos regiones de la mente que *se comunican*: una en la que piensas como si fueras tú mismo y otra que sientes externa a ti. El propósito de la metáfora del remolino es ilustrar que *puede estar ocurriendo lo mismo en este preciso instante*, en tu realidad despierta, mientras lees esto. La realidad despierta es en sí misma un sueño generado por la mente. Como en todo sueño, hay una parte de la corriente de la mente con la que te identificas y que sientes que puedes controlar –el remolino–, y otra parte en la que no piensas como si fueras tú mismo

Powered by CamScanner

–la corriente más amplia que *rodea* al remolino– pero que se comunica contigo a través de ondulaciones que terminan atrapadas en tu remolino. Las estructuras del remolino que están configuradas para capturar estas ondulaciones entrantes *se nos aparecen* como piel, ojos, orejas, narices y lenguas. Nuestros órganos sensoriales son *la imagen en la consciencia* de las estructuras del remolino que están abiertas a la corriente más amplia de la mente, permitiendo así la entrada de ondulaciones. De igual modo que la mayoría de las moléculas de agua de la corriente nunca son capturadas por el remolino, la mayoría de las ondulaciones del amplio medio de la mente nunca son capturadas por nuestros órganos sensoriales.

Por lo tanto, así es: la metáfora del remolino implica que hay regiones «externas» del medio de la mente, en el sentido de que hay regiones con las que no te identificas. *Pero esto no implica que haya un universo abstracto «en la sombra» fuera de la mente, por la misma razón que el mundo «externo» de tus sueños no implica que algo suceda fuera de tu mente soñadora.* Si piensas que es una diferencia menor con respecto al materialismo, ¡piensa otra vez! Las implicaciones son dramáticamente distintas.

Por ejemplo, si la realidad es una suerte de sueño compartido, *entonces es tu cuerpo el que está en el sueño, no el sueño en el cuerpo.* Por lo tanto, no hay absolutamente ninguna razón para pensar que tu consciencia terminará cuando tu cuerpo se disuelva en una sopa entrópica; al menos, no más razones que para creer que mueres físicamente cuando tu avatar en un sueño muere dentro del sueño. Cuando tu avatar muere en un sueño, el tú real simplemente se despierta en otro estado mental. Pero si tu consciencia fuese sólo un epifenómeno de la materia en un universo fundamentalmente exterior a la mente, como el materialismo quiere que

Powered by CamScanner

creas, entonces todo se terminaría cuando murieras. Además, mi formulación del idealismo puede explicar el fenómeno de la consciencia des-localizada discutido por extenso en el capítulo 2, mientras que el materialismo no puede hacerlo. Como veremos más adelante, mi formulación del idealismo también puede explicar los fenómenos psíquicos, al contrario que el materialismo. Hay, por lo tanto, una enorme diferencia práctica entre el materialismo y lo que estoy intentando explicar con estas metáforas, una diferencia de gran relevancia para la visión del mundo de una persona.

No estoy sugiriendo que la razón para creer en mi argumentación es que proporciona consuelo con respecto a la vida después de la muerte o a fenómenos psíquicos interesantes. Eso sería deshonestidad intelectual. Las razones para creer en lo que propone este libro son: que tiene pleno sentido; que está bien fundamentado por la evidencia empírica; que es consistente con todas las observaciones y, de hecho, explica más de ellas que la alternativa materialista; y, por último, que es el modelo metafísico más simple. Acabo de decir lo que ya dije más arriba con objeto de aclarar que, aunque la metáfora del remolino reconoce que hay una región del medio de la mente que cada uno de nosotros *siente* como externa –precisamente como demuestran los sueños comunes–, eso no es lo mismo que el materialismo, por mucho que forcemos la imaginación.

La cultura lo entiende justo a la inversa

Adviértase que las metáforas del remolino y del nudo implican algo muy próximo a nuestro sentido de la realidad ordinario, cotidiano: el mundo que vemos es el mundo *real*,

Powered by CamScanner

no una suerte de copia alucinada. Y el «mundo de fuera» está, de hecho, fuera de la parte de la mente con la que nos identificamos. Sin embargo, el primer impulso de la gente ante las definiciones básicas del materialismo y del idealismo es invertir las implicaciones: piensan que el idealismo conlleva que la realidad está dentro de nuestra cabeza y que el materialismo dice que el mundo que experimentamos está fuera de nosotros. *Pues bien, ¡es exactamente al revés!* Es el materialismo el que establece que el mundo que experimentamos está enteramente dentro de nuestra cabeza, con las estrellas y todo lo demás. Y es el idealismo el que establece que es nuestra cabeza la que está dentro del mundo que experimentamos. ¿Acaso no resulta clara la inversión? No me explico cómo nuestra cultura –en particular la élite intelectual– ha podido invertir la lógica de la situación de manera tan dramática.

Irónicamente, el intuitivo atractivo del materialismo se basa en una especie de perverso juego intelectual de «robar y cambiar»: nuestra cultura atribuye erróneamente al materialismo la cualidad intuitiva del idealismo, y al idealismo el absurdo del materialismo. Nada más y nada menos.

Reflexiona un poco sobre ello

Pese a mi afirmación de que el idealismo es la única metafísica consistente con nuestras intuiciones más innatas sobre la realidad, uno no debería subestimar lo profundamente arraigado que está el materialismo en nuestro pensamiento. Por lo tanto, te invito a reflexionar en los próximos días sobre las metáforas discutidas en este capítulo. Tienes que permitir que calen hondo, de modo que puedas tomarlas por su *esencia*, no por su apariencia superficial. Después

Powered by CamScanner

de todo, ¡ni los cuerpos humanos se parecen a remolinos ni los remolinos tienen ojos, orejas o nariz! Se necesita algo de tiempo para encontrar la manera correcta de emparejar las imágenes metafóricas con las formas de la experiencia cotidiana, hasta que asimiles lo que las metáforas están tratando realmente de transmitir. Es cuestión de nutrir una determinada *manera de pensar* sobre todo lo que percibes y sientes, a la luz de las ideas desarrolladas en este capítulo. La dificultad radica en escapar de la manera de pensar que la educación y la cultura ya te han impuesto, a la que has tenido toda una vida para acostumbrarte y dar por hecho.

Una nueva metafísica no requiere una nueva física

Llegados a este punto es preciso un comentario final. Como he mencionado más arriba, este capítulo trata de desarrollar una nueva *manera de pensar* sobre la realidad, un ejercicio al que daremos continuidad en los siguientes capítulos. Este libro no pretende ofrecer novedades científicas, sino nuevas maneras de *interpretar* la ciencia desde una perspectiva ontológica. Al fin y al cabo, la ciencia misma –como se discutió en el capítulo 1– es ontológicamente neutral y no implica ninguna interpretación particular de sus modelos. El modelado de las ecuaciones de Maxwell se aplica igual de bien a los campos electromagnéticos en un mundo fuera de la mente que a las «ondulaciones» de la corriente de la mente.

Tampoco es necesaria una nueva ciencia, puesto que la visión del mundo postulada en este libro no contradice los modelos científicos actuales. Sólo contradice lo que muchos científicos, y la élite intelectual en general, *hacen con esos*

Powered by CamScanner

modelos en lo que atañe a la construcción de sus visiones del mundo.

En consecuencia, no se debe esperar de mí que ofrezca una alternativa a la física. Las ideas planteadas en este libro no invalidan, en modo alguno, nuestras observaciones y modelos existentes de las pautas y regularidades de la naturaleza. No contradicen la teoría física, sino que ofrecen un marco interpretativo en cuyos términos podemos considerar la teoría física. Bajo este marco, las pautas y regularidades capturadas por los modelos de la física son las pautas y regularidades del tapiz de la mente misma, conforme fluye y gira.

Powered by CamScanner

Capítulo 5

Una metáfora mercurial

Como se ha mencionado en el capítulo precedente, la metáfora del remolino, tal y como la hemos expuesto, tiene una debilidad: si toda realidad es un conjunto de experiencias que fluyen en la corriente de *una* mente, *¿por qué los puntos de vista localizados correspondientes a cada remolino «olvidan» todo lo que está fuera de sus respectivos remolinos?* Al fin y al cabo, ¡todo está ocurriendo dentro de la misma mente! De hecho, un mecanismo de localización similar a un remolino sólo permite explicar *diferencias en nuestro modo de experimentar*, por una parte, los contenidos de la mente que penetran en el remolino a través de los órganos sensoriales y, por otra, aquellos que *no* lo hacen. Pero no basta para explicar nuestra *falta de experiencia* de los últimos. Por lo tanto, para validar la argumentación necesitamos extender un poco la metáfora. Pero antes quiero asegurarme de que estás convencido de que aquí hay, efectivamente, un problema que es necesario resolver.

Las diferencias potenciales entre nuestra manera de experimentar los contenidos de la mente que fluyen dentro

Powered by CamScanner

o fuera del remolino se deben a las respectivas diferencias en las trayectorias de flujo, que representan las cualidades de la experiencia. Estas diferencias bastan para explicar el surgir de perspectivas locales sobre la realidad, correlacionadas con ubicaciones en el espacio y el tiempo, así como la ilusión de la identidad personal. Pero no bastan para explicar nuestra incapacidad para experimentar, *de algún modo que trascienda nuestros órganos sensoriales*, qué está ocurriendo *fuera* de nuestros respectivos remolinos. Como todas las experiencias están *en una y la misma mente*, la metáfora del remolino implica que, en principio, todos deberíamos tener una forma de *percepción extrasensorial* –cualitativamente diferente de la percepción a través de los órganos sensoriales– de *todas* las experiencias que fluyen en la corriente más amplia. La metáfora entraña *que, en principio, todos deberíamos tener una clarividencia completa, no local, de cuanto ocurre en el transcurso del tiempo, del espacio y del más allá, mientras conservamos un fuerte sentido de la identidad individual y gozamos de percepción local a través de nuestros órganos sensoriales*. Sin embargo, es un hecho incontestable que por lo común no tenemos una clarividencia total a través de la percepción extrasensorial, siendo esto lo que precisa de explicación.

Aquí hay una analogía que nos será de ayuda para aclarar aún más el problema: todos somos conscientes *al mismo tiempo* de *ambos*, tanto del foco central localizado de nuestra visión como de nuestra más amplia visión periférica no local. Se puede verificar por uno mismo en este preciso instante: fija la mirada en un objeto relativamente cercano, como puede serlo tu mano extendida frente a tu rostro. Serás capaz de ver *al mismo tiempo* las *dos cosas*: tu mano –enfocada– y la pared u objetos que haya detrás de tu mano –desenfocados–. El centro de tu mirada es análogo a la pers-

Powered by CamScanner

pectiva que se tiene desde el centro del remolino, mientras que tu visión periférica es análoga a la percepción extrasensorial de las experiencias no localizadas que fluyen en la corriente más amplia de la mente. ¿Por qué hemos perdido la última? Una localización de ciertos contenidos de la mente los lleva a una suerte de «foco», pero eso no explica nuestra amnesia en relación con todo el resto. *¿Por qué, como puntos de vista localizados de la mente, nos hemos vuelto ciegos a nuestra «visión periférica» de cuanto está fuera del remolino?* ¿Por qué nos hemos vuelto «inconscientes» de mucho de lo que está ocurriendo en la mente?

El presente capítulo tiene como objetivo principal responder a todas estas preguntas. El capítulo anterior explicaba la relación entre nosotros mismos y lo que percibimos comúnmente como el mundo *«exterior»*. En este capítulo, por otra parte, el desafío consiste en explicar las diferentes cualidades y niveles de lo que comúnmente percibimos como el mundo *«interior»*: nuestras vidas internas subjetivas, incluyendo lo que la psicología analítica llama el «ego», lo «inconsciente personal» y lo «inconsciente colectivo».

Para evitar confusiones, en adelante me ceñiré a la siguiente convención terminológica: emplearé sistemáticamente el término «mente» en el amplio sentido idealista, refiriéndome al medio unificado de toda la existencia. Cuando quiera referirme en concreto al segmento de mente correspondiente a un individuo, ya sea animal o humano, emplearé el término tradicional «psique». Por descontado, la mente incluye a la psique, pero lo contrario no es cierto. Como se habrá advertido, escribo sistemáticamente el término «inconsciente» entre comillas. El motivo se aclarará a continuación.

Powered by CamScanner

Asociamos intuitivamente nuestras psiques a los contenidos de la consciencia. Todo aquello de lo que no soy consciente –tendemos a pensar– no está dentro del alcance de mi psique. La consciencia parece ser el *sine qua non* de la psique, incluso un sinónimo de ella. Sin embargo, desde finales del siglo XIX la psicología analítica habla de una parte «inconsciente» de la psique.[1] El consenso moderno sobre esta cuestión implica que, de hecho, la mayoría de nuestras psiques son «inconscientes».[2]

Si hay algo en la psique pero no está en la consciencia, ¿dónde está exactamente? La neurociencia materialista ofrece una explicación: los procesos «inconscientes» son procesos neuronales que, por el motivo que sea, no se tornan conscientes pero aún existen como fenómenos materiales en el cerebro. En consecuencia, la psique se define como el conjunto de los procesos electroquímicos que se producen en el sistema nervioso, aunque sólo un subconjunto, de algún modo, se vuelve mágicamente consciente. Si por un momento ignoramos la necesidad de un paso mágico, esta visión se antoja lógica: todos sabemos por experiencia que muchos procesos neuronales parecen caer fuera de nuestra consciencia despierta, como aquellos que se ocupan del latido del corazón, controlan la respiración aunque no estemos pensando en ella, regulan la digestión, etcétera. Sin embargo, para que esta explicación funcione, un proceso neuronal necesitaría existir fundamentalmente *fuera* de la mente y luego, de alguna manera, *causar* la mente. Como hemos visto en los capítulos previos, esto no es razonable.

¿Cómo explicamos entonces lo «inconsciente» en nuestra formulación idealista? ¿Cómo puede la psique de un individuo –un mero punto de vista localizado del amplio medio de

Powered by CamScanner

la mente– desconectarse aparentemente de otras experiencias que se desarrollan en la misma mente de la que es parte?

No puede. Y aquí está lo que argumentaré más adelante: *en verdad no hay un inconsciente real.* Como hemos visto en el capítulo 3, muchos materialistas sugieren absurdamente que la consciencia es una suerte de ilusión, una sugerencia que se contradice a sí misma de inmediato, al negar la misma consciencia donde la supuesta ilusión debería existir en primer lugar. Pues bien, me permito sugerir que *es lo inconsciente lo que es una ilusión*, aunque extraordinariamente poderosa. Adviértase que, a diferencia de la sugestión materialista, mi postura no incurre en ninguna contradicción: es la consciencia la que está teniendo la ilusión de lo «inconsciente». Argumentaré que nuestra intuición de que la consciencia es el *sine qua non* de la mente es de hecho correcta: no hay nada en la mente que no esté en la consciencia, aun cuando la consciencia pueda engañarse a sí misma sobre lo que realmente contiene. Si estoy en lo cierto, entonces tiene sentido que tú, yo y el resto del mundo seamos todos conscientes de cuanto se despliega en el teatro de la existencia ahora mismo, mientras lees estas palabras. *Todos somos conscientes, en todo momento, de absolutamente todo cuanto existe en el tiempo, el espacio y más allá.*

Al principio, esto puede parecer absurdo. Pero lo que se percibe como absurdo radica más en las ambigüedades y falta de precisión del lenguaje ordinario que en la realidad. Una vez que hayamos deconstruido cuidadosamente mi afirmación anterior, contemplado qué significa y definido un nuevo lenguaje para hablar sobre ello con mayor precisión, verás que en modo alguno es absurdo, ni siquiera irrazonable. De hecho, podrás llegar a pensar en ello como algo de lo más natural, que puedes relacionar fácilmente con tus experiencias personales en la vida cotidiana.

Powered by CamScanner

La consciencia egoica es autorreflexiva

Hagamos ahora un pequeño ejercicio de introspección. Considera tu consciencia del libro de papel o lector electrónico que tienes en las manos en este preciso instante: a la percepción del libro mismo se suma que *tú también sabes conscientemente que lo estás percibiendo.* Es evidente que no sólo eres consciente del libro, sino también de que eres consciente de ello. Y puedes repetir este ejercicio de manera recurrente: ¿acaso no eres consciente *también* de que eres consciente de que eres consciente del libro? Desde luego que sí. Creo que ya has adivinado adónde quiero ir a parar: eres consciente de que eres consciente... de que eres consciente de cualquier cosa de la que eres consciente. Cada nivel de consciencia despierta se vuelve un *objeto* aparente de la consciencia despierta a un nivel más elevado, en una recursión potencialmente infinita de consciencia despierta autorreferencial.

La capacidad de tornar la propia aprehensión consciente en un objeto de la aprehensión consciente es lo que caracteriza fundamentalmente nuestro estado ordinario de consciencia. De hecho, afirmo que esto es lo que define lo que la psicología llama el «ego»: el ego es la parte de nuestra psique que es recursiva y autorreferencialmente consciente. Douglas Hofstadter exploró esta relación entre la recursión autorreferencial y el ego en su libro *Yo soy un extraño bucle.*[3] Aunque Hofstadter lo hizo desde una perspectiva materialista, sus observaciones son provechosas para la argumentación que estoy intentando desarrollar aquí. Es más, creo que trasladar su argumentación a un marco idealista resolvería las principales contradicciones y dificultades de su postura, incluyendo el «difícil problema de la consciencia» del que es víctima.

Powered by CamScanner

Hay una manera muy intuitiva de visualizar este proceso de consciencia despierta recursiva y autorreferencial: dos espejos uno frente al otro. Cada espejo refleja la imagen del otro, incluyendo su propia imagen reflejada en el otro. Véase la figura 5. Cada reflejo se puede ver como un paso en la recursión de la consciencia despierta, donde una imagen se vuelve ella misma parte de otra imagen a un nivel superior, y esta imagen parte de otra imagen a un nivel superior, y así sucesivamente. *Cada imagen es a la vez consciencia despierta en su propio nivel y un objeto de la consciencia despierta en un nivel superior.* Me permito sugerir que la consciencia egoica es análoga a estos dos espejos confrontados: nuestra consciencia despierta ordinaria es *recursivamente autorreflexiva*.

¿Qué es realmente lo «inconsciente»?

En consecuencia, cualquier contenido de la mente que caiga dentro del campo de la autorreflexión del ego se *amplifica* en gran medida. Como la imagen de la figura 5, cualquier experiencia que cae dentro del ámbito del ego es reflejada recursivamente en los espejos de la consciencia despierta, hasta que crea una insondable huella mental de gran intensidad. Propongo que la mayoría de las cosas de las que eres consciente comúnmente, como el libro de papel o el lector electrónico que tienes ahora mismo en las manos, están amplificadas de este modo. No te das cuenta porque te has acostumbrado a esos niveles de amplificación mental hasta el punto de tomarlos como la norma. Es como el adolescente que está habituado a escuchar música tan alta que un nivel de volumen razonable en la televisión desafía su capacidad auditiva. Su noción de lo que constituye un volumen normal ha cambiado.

Powered by CamScanner

Fig. 5. Amplificación a través de una autorreflexión recursiva.

Powered by CamScanner

Ahora bien, si esto es así, ¿qué ocurre con las experiencias que fluyen en el amplio medio de la mente pero *no* caen en el ámbito del ego? No se ven en modo alguno amplificadas. *Por lo tanto, desde el punto de vista del ego, se vuelven prácticamente imperceptibles.* Así es, en mi opinión, como hemos dado en hablar de un segmento «inconsciente» de la psique. No hay un inconsciente; sólo hay regiones del medio de la mente cuyas experiencias, por no caer dentro del campo de la autorreflexión egoica, se tornan *confusas* debido a todo lo que sí cae dentro del ámbito del ego.

Aquí hay otra analogía que sirve de ayuda para desarrollar una intuición al respecto. Cuando al mediodía miras al cielo y está despejado, lo ves todo de color azul. No puedes ver las estrellas que, por la noche, están inequívocamente allí. *Sin embargo, las estrellas siguen estando allí* y su luz sigue alcanzando tus ojos, del mismo modo que por la noche. No puedes verlas porque las *ofusca* el resplandor más brillante del sol refractándose en la atmósfera. Los fotones procedentes de estrellas distantes siguen estando allí, intercalados entre los fotones mucho más numerosos que emanan de la refracción atmosférica. Mi opinión es que las experiencias «inconscientes» que fluyen a lo largo de la corriente más amplia de la mente siguen estando ahí, en la consciencia, en todo momento, *intercaladas entre los contenidos amplificados de la consciencia despierta egoica*, lo mismo que los fotones de las estrellas distantes al mediodía. Los contenidos de lo «inconsciente» encajan, por así decirlo, en los diminutos huecos que dejan *entre sí* los contenidos insondablemente más fuertes de la consciencia despierta autorreflexiva. En cierto modo, están delante de nuestras narices en todo momento.

Así pues, lo inconsciente en realidad no existe. Pero el resultado, en la práctica, es casi idéntico: el «resplandor» de

Powered by CamScanner

los contenidos de la mente que caen dentro del campo de la consciencia despierta autorreflexiva ofuscan todo lo demás, haciéndolo prácticamente invisible, justo como las estrellas al mediodía. Las experiencias de lo «inconsciente» no son débiles; son ondulaciones normales de la mente. Sólo que, al verse difuminadas en comparación con la amplificación autorreflexiva, casi desaparecen en los intersticios del flujo de las experiencias egoicas.

Adviértase que esta explicación elimina cualquier diferencia *absoluta* entre segmentos conscientes e «inconscientes» de la mente. Todo se convierte en un asunto de amplificación *relativa*. No hay duda de que este punto es crucial: como hemos visto en el capítulo 2, explicar cómo la consciencia puede surgir de algo verdaderamente inconsciente es un problema insoluble. Requiere un paso mágico. En el marco del materialismo, este problema se expresa en el «difícil problema de la consciencia».[4] Incluso bajo el idealismo, si admitiéramos la existencia de ambos segmentos, el consciente y el inconsciente, persistiría un problema análogo: ¿mediante qué paso mágico un contenido mental inconsciente podría volverse repentinamente consciente? La cuestión desaparece, sin embargo, bajo la noción de que lo «inconsciente» es, de hecho, consciente. *Aparece* como inconsciente sólo por una diferencia relativa en la amplificación con respecto a otros contenidos mentales.

No es difícil obtener alguna intuición directa de que esta noción es verdadera. Todos hemos tenido experiencias que sabemos que fueron conscientes, pero que ahora sentimos como inconscientes. Por ejemplo, ¿has conducido alguna vez a casa desde el trabajo, enfrascado en tus problemas, y de repente te has encontrado en casa sin tener ni idea de cómo has llegado hasta allí? Obviamente eras consciente de estar conduciendo, pues de otro modo no habrías logrado llegar a casa.

Powered by CamScanner

Pero no eras plenamente consciente, de manera *autorreflexiva*. En cambio, sí eras consciente de manera autorreflexiva de tus problemas, que ofuscaron la experiencia de conducir e hicieron que *pareciera* inconsciente. Aquí tenemos otro ejemplo: durante los últimos minutos no has sido consciente de estar respirando. Pero en el mismo momento en que lees esto, tu respiración –el aire entrando y saliendo, los movimientos del diafragma, los pulmones llenándose, etcétera– penetra rápidamente en tu campo de consciencia despierta autorreflexiva. ¿No eras realmente consciente de tu respiración hace un momento? ¿O lo que ocurría es que no eras consciente *de que* eras consciente de tu respiración?

Estos dos ejemplos ilustran sólo un nivel muy leve de ofuscación de los contenidos mentales. En cualquier caso, la conducción y la respiración ya estaban al borde de la consciencia despierta autorreflexiva, por eso hemos encontrado enseguida la respuesta, como acabas de hacer con respecto a tu respiración. Sin embargo, al extrapolar esta línea de pensamiento es fácil ver que, si la ofuscación se volviera lo bastante fuerte, nunca resolveríamos el problema. De hecho, quizá sea precisamente eso lo que está ocurriendo ahora mismo con respecto a tu «inconsciente».

Un océano de mercurio

¿Cómo acomodamos estos nuevos conocimientos a nuestra metáfora del remolino? Tal y como hemos visto en el capítulo anterior, la metáfora del remolino nos permite explicar la formación de puntos de vista localizados en el medio de la mente como vórtices en el flujo de la experiencia. Esto, a su vez, explica el surgimiento de la ilusión de la individualidad. Pero ahora necesitamos extender la me-

Powered by CamScanner

Fig. 6. Mercurio líquido, similar a un espejo.

táfora para incorporar los conocimientos que hemos adquirido en la sección previa y explicar, finalmente, por qué estos puntos de vista localizados se vuelven aparentemente amnésicos en relación con todo aquello que no cae dentro de sus respectivos vórtices.

Tomaremos un indicio de la idea de los espejos confrontados y *postularemos que la mente, como medio, es inherentemente reflexiva.* Este postulado está bien fundado en la introspección, como hemos discutido anteriormente. Para incorporar a nuestra metáfora la reflexividad inherente a la mente, reemplazaremos el agua por azogue, esto es, mercurio. El mercurio, aunque líquido, es reflexivo como un espejo. Véase la figura 6.

En vez de como una corriente de agua, pensaremos en el medio de la mente como un océano de mercurio. De manera análoga a lo que hemos hecho antes, moldearemos *experiencias* como ondulaciones –ondas– en este océano de mercurio. Las pautas particulares adoptadas por estas ondas representan las cualidades de las experiencias subjetivas particulares en el medio de la mente. Véase la figura 7. De nuevo, como antes, si el océano de mercurio está en

Powered by CamScanner

Fig. 7. Ondas en un océano de mercurio.

completo reposo –esto es, sin ondas–, entonces sólo hay el *potencial* para la experiencia.

En el océano de mercurio aún se pueden formar remolinos. La mayoría corresponden a entidades conscientes que no han perdido toda la conexión con sus mentes «inconscientes». Uno podría preguntarse, por ejemplo, en qué medida los insectos sociales –como las abejas, las termitas o las hormigas– pueden acceder a una región más amplia de la mente que la que conlleva su remolino individual. Después de todo, no está muy claro cómo es posible que las colonias de hormigas, que comprenden millones de individuos separados, se comporten como si estuvieran coordinadas por una especie de «supermente» global que se extiende entre los individuos.[5] No hay duda de que las hormigas individuales tienen sus propios puntos de vista y perspectivas localizados sobre la realidad. Tampoco hay duda de que están equipadas con órganos sensoriales para permitir ciertas ondulaciones del amplio medio de la mente en sus

Powered by CamScanner

respectivos remolinos. Pero a esto se añade que uno podría especular con que tengan acceso –a través de medios extrasensoriales– a un marco mental más amplio del cual sólo son una parte. Todas estas especulaciones pueden ser perfectamente acomodadas a la metáfora del remolino, como hemos discutido en el capítulo anterior.

Pero ahora necesitamos incorporar a la metáfora el tipo de consciencia *autorreflexiva* que experimentamos como humanos. Vamos allá: adviértase que, aunque un remolino comienza con una pauta circular más o menos plana de movimiento de agua (véase de nuevo la fig. 3, pág. 111), cuando este movimiento adquiere un impulso suficiente el centro del remolino se hunde en sí mismo como un cono hueco giratorio. Véase la figura 8. Como estamos postulando que el medio de la mente es inherentemente reflexivo –con el remolino formándose ahora en un océano de mercurio líquido, en vez de agua–, *las superficies internas de este cono estarán una frente a la otra y se comportarán exactamente igual que los espejos confrontados de la figura 5* (pág. 146): reflejarán la parte del océano de mercurio directamente situada al otro lado. Se tiene la intensa sensación de que la formación de este cono hueco viene dada por la evolución natural de un remolino cuando recibe un impulso.

Como hemos mencionado, las experiencias son ondas en la superficie del mercurio, movimientos del medio de la mente. Cuando se forma un cono hueco, estas ondas aún pueden propagarse a través de las superficies internas del cono. Cuando se propagan, estas imágenes se *reflejan* en la parte opuesta del cono. Además, los mismos reflejos se reflejan en el otro lado, y así sucesivamente, de igual modo que los dos espejos confrontados de la figura 5.

Supongamos que la *reflexión* de las ondas *también* es registrada por la mente como una *experiencia*, no sólo las

Powered by CamScanner

Fig. 8. El cono de un remolino representa
la consciencia despierta egoica.

Powered by CamScanner

ondas mismas. Así pues, lo que obtienes en el interior del cono hueco es una recursividad –potencialmente infinita– de ondas reflejadas, análoga a la recursividad de la consciencia despierta reflejada del ego. *Un cono hueco que en el océano de mercurio gira en el centro de un remolino es, por lo tanto, una manera de pensar en nuestra consciencia despierta autorreflexiva egoica.* Cuanto más rápido es el movimiento giratorio, más se hunde el cono; cuanto más se hunde, más verticales se vuelven sus superficies internas; y cuanto más verticales se vuelven éstas, más óptimamente se confrontan como los espejos, incrementando la amplificación autorreflexiva. La consciencia despierta egoica viene dada por la evolución natural del proceso de localización de la mente, incrementándose conforme obtiene un mayor impulso.

Las ondas que se propagan por las superficies interiores del cono son las experiencias originales, primarias, de la realidad, como si se las viera desde la perspectiva del ego. Así pues, tu percepción consciente primaria del libro de papel o lector electrónico que en este momento tienes en las manos –así como la de la habitación en la que te encuentras, los otros objetos que ves, etcétera– son ondas que viajan a lo largo del interior del cono giratorio de la mente al que llamas tu ego. Tu consciencia despierta de que estás percibiendo conscientemente el libro es una imagen de esas ondas reflejada en otra superficie interna del cono. Tu consciencia despierta de tu consciencia despierta de que estás percibiendo conscientemente el libro es un reflejo del reflejo de las ondas primarias en una superficie opuesta. Supongo que te haces una idea.

Téngase en cuenta que hay una diferencia clara, pero difícil de precisar, entre nuestra percepción consciente primaria de algo y la consciencia despierta *de* esa percepción

Powered by CamScanner

consciente. Por ejemplo, tu consciencia despierta de que estás percibiendo conscientemente el suelo bajo tus pies en este preciso instante no es exactamente la misma que la percepción consciente primaria del suelo tal como lo experimentaría, pongamos por caso, un gato. Sin embargo, hay una clara *correspondencia de forma* entre las dos. Después de todo, ser consciente de que estás percibiendo conscientemente el libro en tus manos se siente como algo muy distinto a ser consciente de que estás percibiendo conscientemente el suelo. Todo esto queda integrado en la metáfora del cono de mercurio giratorio: la percepción consciente primaria es una onda real en una superficie interna del cono. La consciencia despierta *de* esta percepción consciente ya no es una onda, sino una *imagen reflejada* de la onda en la superficie opuesta. Sin embargo, hay una obvia correspondencia de forma entre una onda y su reflejo, y ambos son registrados por la mente como experiencias que se refuerzan mutuamente.

En suma, la idea que subyace a la metáfora del cono de mercurio giratorio es que la mente debería ser pensada como un medio inherentemente capaz de reflejarse a sí mismo como un espejo. Las experiencias ocurren cuando la mente se *mueve*, como en el movimiento de las ondas. El papel de la ciencia consiste en encontrar un modelo de pautas y regularidades del comportamiento de tales ondas. Cuando las ondas que se propagan en el medio de la mente se autolocalizan, como cuando forman un remolino plano, surge en la mente un punto de vista individual, pero se preserva la conexión con el medio más amplio. Esto podría representar, por ejemplo, las psiques de insectos sociales como las hormigas. La autorreflexión aparece cuando el medio de la mente adopta cierta configuración topológica de modo que segmentos diferentes de su superficie queden confrontados.

Powered by CamScanner

Entonces, ambos, las ondas *y sus reflejos*, son registrados como experiencias y surge la consciencia despierta egoica. Esto queda representado por el remolino que acumula tanto impulso giratorio que su centro se hunde en sí mismo formando un cono hueco. El cono localiza el flujo de ondas exactamente de la misma manera que la periferia del remolino, pero *también* crea superficies reflexivas confrontadas. De acuerdo con esta metáfora, nuestros egos corresponden a estos conos giratorios reflexivos en el medio de la mente.

Un fundamento empírico para la metáfora de los espejos confrontados

Si estas ideas son correctas, entonces las correlaciones neuronales de la experiencia egoica son *la imagen parcial*, como si fuera vista desde la perspectiva de una segunda persona, de una configuración autorreflexiva del flujo de la mente. Por lo tanto, es justo esperar que una revisión de los datos neurocientíficos arroje correspondencias entre la metáfora de los espejos confrontados –según la cual las experiencias conscientes rebotan de un lado a otro entre dos superficies mentales reflexivas– y observaciones empíricas. Y el caso es que hay numerosas correspondencias.

En un artículo publicado en mayo del 2011 en la revista *Science*,[6] neurocientíficos de Bélgica informaron de un experimento innovador para identificar los procesos neuronales que se correlacionan con la experiencia consciente. Ya se sabía que la corteza frontoparietal es un área del cerebro asociada a la consciencia. Pero resulta que no basta con que un proceso neuronal se produzca en la corteza frontoparietal para que sea consciente. Se necesita algo más. Los científicos belgas observaron mediante su experimento que, a menos

Powered by CamScanner

que haya una suerte de *flujo de información de ida y vuelta entre la corteza frontoparietal y las áreas sensoriales de nivel inferior*, los procesos neuronales no se volverán conscientes. El estudio incluyó tanto un grupo de control formado por personas sanas como pacientes en estado vegetativo. Los investigadores escribieron que «la única diferencia significativa entre los pacientes en estado vegetativo y las personas sanas del grupo de control era un deterioro de la conectividad retroactiva desde la corteza frontal hasta la temporal».[7] Así, *la consciencia egoica parece estar asociada a un flujo de información de ida y vuelta entre diferentes áreas cerebrales, de manera análoga a las imágenes que rebotan de un lado a otro entre dos espejos confrontados*. En los pacientes en estado vegetativo, este flujo de ida y vuelta estaba en cierta manera roto, lo que se correspondía con una pérdida de la consciencia egoica.

Fijémonos con más detalle en la asociación que estoy sugiriendo entre los procesos cerebrales que implican un flujo de información de ida y vuelta y la metáfora del cono giratorio. Si se considera un cono de mercurio hueco como dos semiconos uno frente al otro, a la manera de dos espejos confrontados, lo que se obtiene es un flujo recursivo de reflejos –esto es, de información– entre ambos. Además, las superficies respectivas no están completamente planas debido a las ondas que se propagan sobre ellas, de modo que cada reflejo queda perturbado –esto es, modulado– por tales ondas. Por lo tanto, *la información de una de las mitades del cono de mercurio es modulada de manera recursiva y reflejada por la otra mitad del cono*. Análogamente, como hemos visto, en las correlaciones neuronales de la consciencia egoica hay un flujo recursivo de información entre dos regiones del cerebro. La información recibida por una primera región cerebral es modulada por la actividad neu-

Powered by CamScanner

ronal que se produce en ella y luego enviada a una segunda región cerebral. La actividad neuronal que se produce en la segunda región cerebral, a su vez, sigue modulando la información recibida y envía el resultado de vuelta a la primera región cerebral, y así sucesivamente. Por lo tanto, *la información producida por un proceso neuronal es modulada recursivamente y reflejada por otro proceso neuronal.* Ésta es la semejanza de forma –el isomorfismo– entre la metáfora del cono de mercurio y los resultados empíricos enunciados en el estudio belga. La metáfora es una *manera de visualizar e interpretar* los resultados del estudio.

Pero el estudio belga no es el único. Un artículo similar publicado en noviembre del 2011 en la revista *Scientific American Mind* parece confirmar sus resultados. Informa sobre un estudio franco-neerlandés y resume sus conclusiones como sigue: «La actividad en cierta región [cerebral] no es suficiente para generar consciencia [...], sino que [...] *diferentes regiones han de intercambiar información* antes de que pueda surgir la consciencia».[8] Una vez más, se sostiene que la consciencia egoica está asociada a un flujo recursivo de información de ida y vuelta en el cerebro, análogo a los dos espejos confrontados.

Incluso el influyente estudio de Giulio Tononi[9] al que hicimos breve referencia en el capítulo 2 indica que las correlaciones neuronales de la consciencia egoica presentan, efectivamente, esta estructura recursiva y autorreflexiva: procesos neuronales de ciclo cerrado parecen necesarios, según Tononi, para integrar suficiente información con objeto de producir los valores elevados indispensables de Φ. Y un proceso neuronal de ciclo cerrado es análogo a los espejos confrontados, en el sentido de que la información puede fluir recursivamente, de un lado a otro, *sólo dentro de un ciclo cerrado.*

Powered by CamScanner

Adviértase que mi crítica anterior a la teoría de Tononi se basaba en que no ofrece un marco causal para explicar la consciencia tomando como fundamento la materia, algo que efectivamente no hace. Pero resulta que *el trabajo de Tononi proporciona un apoyo empírico sugerente para la hipótesis que estoy planteando.* Las observaciones empíricas que subyacen al trabajo de Tononi evocan la noción de la consciencia egoica como un proceso recursivo y que se autoamplifica. Después de todo, bajo la formulación idealista que estamos empleando, la «información» no es más que otra palabra para «contenidos de la mente» u «ondas». Por lo tanto, un ciclo cerrado de flujo de información es análogo a un flujo de reflejos de ondas recursivo, de ida y vuelta. Los reflejos de ondas en espejos confrontados son una *manera de ver e interpretar* el flujo de información de ciclo cerrado.

Continuaré especulando, porque éste es un terreno fructífero. La variable Φ de Tononi, que representa la cantidad de información integrada por un proceso neuronal, es directamente proporcional a la cantidad de ondas atrapadas en el cono giratorio de un remolino, así como a lo bien confrontadas que se encuentren las superficies internas del cono, esto es, a lo verticales que estén. Así pues, los procesos neuronales se tornan «conscientes» cuando Φ supera cierto umbral, porque en ese umbral *se alcanza suficiente amplificación de suficiente contenido mental para que nuestro adolescente con problemas de audición registre una impresión en el ego.* Todo lo que no esté registrado en el ego se sigue experimentando, pero no se puede recordar *desde* el ego, de igual modo que no pudiste recordar tu viaje de vuelta a casa. *Lo que Tononi está midiendo no es la consciencia, sino una forma específica de ella: la consciencia autorreflexiva.* Cuando Φ atraviesa su umbral medido em-

Powered by CamScanner

píricamente, lo que ocurre no es el surgimiento *mágico* de la consciencia a partir de materia muerta, sino una transición de la consciencia del llamado nivel «inconsciente» –esto es, el nivel de contenidos mentales no amplificados– al nivel autorreflexivo. Considero que las observaciones empíricas de Tononi y el conjunto de los conocimientos sobre las correlaciones neuronales de la consciencia (egoica) son coherentes con la interpretación ontológica que estoy presentando aquí, e incluso la sugieren.

Conos giratorios y el mundo «externo»

De acuerdo con la metáfora del cono, todos los objetos y los fenómenos de lo que comúnmente llamamos el mundo «externo» son, *en la medida en que los experimentas*, meras ondas que se propagan *dentro* del cono giratorio de la mente que llamas tu ego. Todo lo que normalmente ves, oyes, hueles, saboreas o sientes a través de la piel no son más que estas ondas atrapadas. La autorreflexión recursiva amplifica enormemente estas ondas, ofuscando todo lo que ocurre *fuera* del cono, de igual manera que el resplandor del sol al mediodía ofusca las estrellas distantes.

La metáfora del cono también puede explicar elegantemente la consistencia de la realidad entre los individuos, es decir, el hecho de que todos parezcamos compartir el mismo mundo «externo»: cada remolino se forma en el amplio medio de la mente, por lo que tiene puntos de contacto con éste a lo largo de su borde. Metafóricamente hablando, estos puntos de contacto corresponden a nuestros órganos sensoriales: piel, ojos, nariz, oídos y lengua. Una manera alternativa de decir lo mismo es establecer que el borde de un remolino es una *manera de ver* nuestros órganos senso-

Powered by CamScanner

riales. Así pues, las ondas que se propagan en ese medio más amplio que es el océano de mercurio pueden penetrar en el remolino a través de sus puntos de contacto y quedar atrapadas dentro de su flujo circular interno. Algunas de estas ondas atrapadas se dirigirán al centro del remolino y caerán dentro de su cono giratorio. Estas ondas corresponden a las percepciones de las que solemos ser conscientes, como las letras de esta página mientras las lees en este preciso instante. Otras ondas atrapadas en el remolino permanecerán circulando en su periferia y nunca llegarán al centro. Estas ondas corresponden a las percepciones subliminales, que, al no amplificarse, permanecen bajo el umbral de la conciencia despierta egoica, como la sensación del aire que pasa por tu nariz justo antes de que leas esto.

Ahora, imagina que en algún lugar de este medio común hay una fuente de perturbaciones que genera ondas con ciertas pautas. Las pautas de estas ondas representan *información*. Las ondas se propagan entonces ampliamente, *portando la misma información a través de amplias áreas del medio*. Por último, alcanzan los bordes de diversos remolinos en el amplio océano de mercurio, *inyectando aproximadamente la misma información en cada uno de ellos*, salvo por ciertas diferencias idiosincráticas relacionadas con la posición de cada remolino y la particular configuración de su borde. Es esta información común la que, en última instancia, encuentra el camino hasta el cono giratorio situado en el centro de cada remolino, entra en el campo de la consciencia autorreflexiva y hace surgir la percepción de un entorno compartido. Así es como cada uno de nosotros percibe aproximadamente el mismo mundo «externo» –esto es, la misma *corriente de información entrante* que penetra en nuestros órganos sensoriales–, aparte de ciertas idiosincrasias relacionadas con nuestras posiciones particulares

Powered by CamScanner

en el espacio-tiempo y con la manera particular que tienen nuestros aparatos perceptivos de filtrar la realidad.

Como antes, es importante tener en cuenta que aquí estamos hablando de *metáforas*. Las *verdaderas* imágenes de la realidad no son los bordes de los remolinos de mercurio, sino personas, piel, ojos, narices, etcétera. La imagen real del universo no es un océano de mercurio, sino el cielo, los planetas, las estrellas, etcétera. Lo que estoy sugiriendo *no* es que intentes reemplazar estas imágenes reales por otras metafóricas, *sino que intentes pensar en las imágenes reales de acuerdo con lo que sugieren las metáforas.* Trata de pensar en un cuerpo humano como un remolino en el medio común de la mente que percibimos como el universo, manteniendo puntos de contacto con él en forma de piel, ojos, oídos, nariz y lengua. Trata de pensar en el cuerpo como la imagen exterior de un proceso por el cual los contenidos de la mente se localizan. Trata de pensar en ciertos procesos neuronales de ciclo cerrado en el cerebro como un sistema de espejos confrontados, lo cual amplifica cualquier onda que lo penetre. Trata de pensar en esta amplificación como la ofuscación del resto del universo, de ahí que te resulte tan difícil percibir cualquier contenido de la mente que no encuentre el modo de llegar al cono giratorio situado en el centro de tu remolino. Personas, estrellas, árboles, perros y gatos: todos son *procesos dinámicos de la mente* que liberan ondulaciones a su paso, las cuales terminan penetrando en otro proceso particular de la mente al que resulta que llamas «yo». No hay nada fuera de la mente. La mente no está en ti; tú estás en la mente. Cuando ese proceso semejante a un vórtice termine por disiparse en algún momento, el sujeto de tu vida interior –ese que, en última instancia, es el único *yo* que ha habido– seguirá existiendo porque es lo único que existe. No se irá a ninguna parte porque no

Powered by CamScanner

tiene ningún lugar al que ir. Pero percibirá la realidad de una manera diferente, menos localizada y probablemente menos autorreflexiva. Esto no es pseudociencia espiritual o mágica. Así es precisamente la naturaleza, hasta donde la razón y la observación nos permiten inferir.

Reconocer las ondas ofuscadas de la mente

Según la neurociencia y la psicología actuales, la mente «inconsciente» es un espacio mental ajeno fuera de los límites de tu sentido de la identidad. Puedes percibir *los efectos* de lo «inconsciente» –e incluso comunicarte con él a través de los sueños lúcidos, las visiones y la imaginación activa–,[1c] pero no reconocerlo como parte de tu consciencia. Sin embargo, si mi hipótesis es correcta, lo «inconsciente» es una parte integral de tu sí-mismo consciente, sólo que tu ego acostumbra a ofuscarlo hasta dejarlo irreconocible. Así pues, ¿hay alguna manera de que puedas ratificar mi hipótesis basada en tus propias experiencias, más allá de los ejemplos un tanto superficiales de conducir y respirar planteados anteriormente? Yo creo que sí.

Si la visión preponderante de lo «inconsciente» es correcta, entonces, dondequiera que surja previamente material «inconsciente» en la consciencia egoica *por vez primera*, debería ser *siempre* registrado por el ego como si fuera información nueva, a la manera de las noticias de última hora. Sin embargo, si mi hipótesis es correcta, ocasionalmente debería ocurrir otra cosa. *Cuando ciertas ondas del amplio océano de la mente penetran en nuestros conos giratorios de la consciencia despierta autorreflexiva por vez primera, al menos ocasionalmente deberíamos registrarlas como memorias familiares, no como información nueva.* Al fin y

Powered by CamScanner

al cabo, estaban en la consciencia todo el tiempo, aunque ofuscadas. Como sueños olvidados y de repente recordados, deberían ser reconocidas ocasionalmente como experiencias familiares.

Ahora bien, ¿cuántas veces has sentido, al aprender una nueva información o al adquirir un nuevo conocimiento, *que en cierto modo lo habías sabido todo el tiempo*? Te dices: «¡Maldición! No sé cómo, pero *siempre* lo he sabido». Es una sensación enigmática y desconcertante, porque en absoluto podíamos haber conocido esa información antes. El reconocimiento de que, de algún modo, *siempre* hemos sabido un nuevo conocimiento o pieza de información es, desde mi punto de vista, un sello distintivo de lo «inconsciente». Y muestra que, de hecho, el conocimiento de lo «inconsciente» ha estado *en la consciencia todo el tiempo*, aun cuando *autorreflexivamente* no fuéramos conscientes de ello. El conocimiento siempre ha estado ahí, difuminado en los intersticios de la consciencia despierta egoica. Entonces, cuando un suceso desencadena de repente su inserción en el campo de la autorreflexión, súbitamente nos *volvemos conscientes de que todo el tiempo hemos sido conscientes* de ese conocimiento. Creo que este tipo de experiencia personal, compartida por todos, apoya mi hipótesis de que no hay inconsciente, sino sólo contenidos de la mente que están ofuscados por el resplandor de la consciencia despierta autorreflexiva.

Hay ejemplos históricos documentados de repentinas incursiones del conocimiento en el campo de la consciencia despierta autorreflexiva que se relacionan con la índole de experiencias personales que he intentado describir anteriormente. Así, hace sólo seis siglos, en el Renacimiento, los europeos se volvieron autorreflexivamente conscientes de la *perspectiva tridimensional*. Algunos autores se refieren

Powered by CamScanner

a este desarrollo como el «descubrimiento» de la perspectiva.[11] Es obvio que todo ser humano dotado de visión ha estado viendo la perspectiva desde la aurora de nuestra especie, así que no pudo ser descubierta en el siglo XV. Basta con mirar el mundo que nos rodea para verla en todas partes. Lo que ocurrió es que, en ese período, los artistas europeos *se volvieron conscientes por vez primera de que eran conscientes* de la perspectiva. La perspectiva tridimensional no era nueva en la consciencia, sino en el campo de la autorreflexión. Después de que entrara en este campo, se reconoció de inmediato como algo que la gente *siempre* había sabido, pero que no había sabido *que* sabía. Para el pensamiento humano común es fundamental que no sólo sepamos algo, sino que *sepamos que lo sabemos*. Después de todo, ¿de qué sirve saber algo si no sabes que lo sabes? Reflexiona acerca de esto un momento. *Una falta de consciencia despierta autorreflexiva es para nosotros, los humanos, un equivalente práctico de la verdadera falta de consciencia*. De ahí que los psicólogos hablen de una psique «inconsciente», cuando de hecho la consciencia es el *sine qua non* de la psique. Por eso muchos no logran distinguir el conocimiento del conocimiento *autorreflexivo* y terminan por establecer, pongamos por caso, que la perspectiva fue «descubierta» en el siglo XV, como si no hubiera estado antes en la consciencia. Sin embargo, hay una clara diferencia entre estas dos modalidades de la aprehensión consciente, como he intentado ilustrar. Es cierto que todos podemos llegar a ser conscientes de universos enteros que, más allá de la realidad consensuada, se despliegan delante de nuestras narices en los intersticios de la consciencia despierta egoica; universos que un día descubriremos con asombro que siempre habíamos conocido.

Powered by CamScanner

La misma noción de lo que constituye la verdad es puesta en tela de juicio bajo una metafísica idealista, ya que no hay ningún mundo fuera de la mente para determinar la validez de percepciones, impresiones o pensamientos. Así pues, ¿qué es la verdad según la visión del mundo que estamos desarrollando aquí? No podíamos responder antes a esta pregunta, pero ahora, por fin, ya disponemos de las herramientas necesarias para abordarla.

Bajo el materialismo, la noción de la verdad es determinada por lo que se conoce como la «teoría de la verdad como correspondencia».[12] Supón que, una tarde de invierno, miras por la ventana y ves un pájaro enorme de varios colores volando por el cielo. Se lo describes a un vecino, que entonces cuestiona la validez de tu información. Podría decir, por ejemplo, que en el área donde vivís no hay pájaros tan grandes ni de tantos colores en esa estación del año. Generalizando, siempre puede haber alguien que cuestione si tus percepciones son verdaderas o una mera alucinación creada por tu psique. ¿Cómo se resuelve entonces la cuestión? Sucede lo siguiente: tu percepción se considera verdadera si *corresponde* exactamente a un objeto, acontecimiento o fenómeno que ocurre fuera de la mente, mientras que se considera falsa si no es posible encontrar una correspondencia adecuada. Así, la imagen del pájaro en tu mente es verdadera si realmente hubo un pájaro volando fuera de la mente. Ésta es, en pocas palabras, la teoría de la verdad como correspondencia.

Sin embargo, en el capítulo 3 hemos visto lo absurdo que resulta inferir todo un universo indemostrable «en la sombra», fuera de la mente. La consecuencia directa de tal conclusión es que la teoría de la verdad como correspondencia está vacía.

Powered by CamScanner

Ahora cabe preguntar: si el idealismo está en lo cierto, ¿qué significa cuestionar la verdad de cualquier enunciado? Después de todo, la metafísica idealista implica que el único determinante necesario y suficiente de la realidad es la experiencia subjetiva. En otras palabras, *sólo la experiencia subjetiva es real* y *toda experiencia subjetiva es real*. Como lo que llamamos alucinación es incuestionablemente una experiencia subjetiva, hemos de reconocer que bajo el idealismo es real. ¿Significa eso que hemos de renunciar a toda discriminación entre hecho y fantasía? ¿Hemos de abandonar toda esperanza de distinguir la ilusión de la realidad empírica? En absoluto. Pero es necesario que reformulemos nuestro fundamento para esta discriminación de manera más madura y mejor sustentada que apoyándonos en la ingenua e ilusoria teoría de la verdad como correspondencia.

Definir un nuevo lenguaje puede ayudarnos a romper con las suposiciones y los hábitos del pensamiento en este punto. Así, en vez de hablar de *percepciones verdaderas* y *percepciones falsas*, hagámoslo de *realidad personal* y *realidad colectiva*. La idea es alejarse de la necesidad de categorizar una experiencia como verdadera o falsa, dado que bajo el idealismo todas las experiencias son verdaderas. Lo que *realmente* nos interesa es determinar el grado en el que una experiencia es puramente personal e idiosincrática, como las denominadas alucinaciones, o colectiva y compartida por diversos individuos, como los denominados hechos empíricos. Cuando decimos que la visión de una persona fue una mera alucinación, lo que en realidad estamos tratando de decir es que *sólo esa persona tuvo la visión*; que cualquiera que hubiese estado cerca de esa persona cuando tuvo la visión no habría compartido las percepciones correspondientes.

Con la metáfora del cono giratorio, las experiencias que tienes comúnmente son ondas moviéndose a lo largo de las

Powered by CamScanner

superficies internas de tu cono. Algunas de esas ondas pueden haber procedido originalmente del amplio mar de mercurio exterior a tu remolino y haberlo penetrado a través de sus puntos de contacto, esto es, tus órganos sensoriales. Estas ondas del amplio océano corresponden, como hemos visto, al «mundo externo» e inyectan una información similar en muchos conos diferentes. Los comúnmente denominados *hechos empíricos* corresponden a ondas dentro de tu cono que se originaron fuera y que contienen información colectiva inyectada también en muchos otros conos. Por lo tanto, estas ondas representan una *realidad colectiva*.

Pero es posible que, entre las ondas que se mueven a lo largo de la superficie interna de tu cono giratorio de la mente, algunas hayan sido creadas internamente, dentro de tu propio remolino, mediante una excitación local de la superficie de mercurio. Como tales, no contienen información compartida con otros conos, sino que son por entero idiosincráticas. Además, ondas que originalmente penetraron en tu remolino desde el exterior pueden sufrir una intensa perturbación por la interferencia de excitaciones locales internas. En todos estos casos, lo que experimentas son *realidades personales*, lo que solemos llamar fantasías, alucinaciones, sueños, visiones, imaginación, etcétera.

Lo que hay que tener en cuenta es que el único criterio de discriminación es el grado en el que la experiencia es, o puede ser potencialmente, compartida de manera consistente por los conos, esto es, por puntos de vista autorreflexivos de la mente. No tiene razón de ser hablar de lo que es «verdadero» o lo que es «falso» en un sentido absoluto, pues no hay un sistema de referencia externo, fuera de la mente, que fundamente el «valor de verdad» de algo. Toda realidad es experiencia y toda experiencia es real. Lo único que resulta útil saber es hasta qué punto una experiencia es compartida

Powered by CamScanner

en realidad o, al menos, en potencia. Me he extendido más sobre este asunto, con formulaciones distintas, en mis libros *Dreamed up Reality* [Realidad inventada] y *Meaning in Absurdity* [El sentido de lo absurdo].

Lo «inconsciente colectivo», lo «inconsciente personal» y la memoria

La psicología analítica reconoce dos niveles distintos en nuestras psiques «inconscientes»: lo «inconsciente personal» y lo «inconsciente colectivo». Mucho de lo que hemos discutido se aplica directamente a lo «inconsciente colectivo»: consiste en las ondas del amplio océano de la mente que se ofuscan por la consciencia despierta autorreflexiva. De hecho, entre las ondas que se propagan en el amplio océano, aquellas que logran penetrar en los conos explican nuestro mundo compartido. El resto son los contenidos de lo «inconsciente colectivo».

La cuestión es si nuestras metáforas también pueden acomodarse a lo «inconsciente personal»:[13] el depósito de los contenidos mentales que son personales pero que no están dentro del campo de la consciencia despierta autorreflexiva. Estos contenidos mentales no son compartidos por diferentes individuos –esto es, por diferentes remolinos–, sino que pertenecen a una sola persona. Comprenden experiencias personales que estuvieron una vez en la consciencia despierta autorreflexiva, pero que se han olvidado o reprimido. Está claro que hay una estrecha relación entre lo «inconsciente personal» y la memoria. De hecho, lo «inconsciente personal» contiene todas aquellas experiencias que potencialmente podemos recordar y rememorar, pero que no están ahora mismo en la consciencia despierta egoica. Todos

Powered by CamScanner

tus recuerdos potenciales –imágenes de la infancia, sucesos pasados, sentimientos reprimidos, etcétera– están «almacenados» en tu propio «inconsciente personal».

El primer paso consiste en comprender cómo la metáfora del cono giratorio de mercurio explica nuestra capacidad de olvidar y después recordar: cualesquiera ondas que una vez fluyeron a lo largo de las superficies internas del cono, pero que han escapado de él, se ofuscan y, por lo tanto, se «olvidan». Siguen siendo ondas en el océano de la mente y, como tales, *permanecen en la consciencia*. Pero, como han dejado de ser autorreflexivas, se ven relegadas por los contenidos mentales amplificados que fluyen dentro del cono. Si, como resultado de cualquier cambio en la estructura o la dinámica del remolino, esas ondas «olvidadas» vuelven a entrar en el cono, son entonces «recordadas», ya que de nuevo son amplificadas como imágenes en espejos confrontados.

Si la estructura de la mente sólo comprendiera una superficie más amplia y conos giratorios, no habría espacio para un «inconsciente personal»: cualesquiera ondas que se escaparan de un cono aterrizarían directamente en la superficie más amplia que constituiría lo «inconsciente colectivo». Pero un cono giratorio no es más que el centro de un remolino. Alrededor de cada cono está la periferia de su remolino, que no se hunde en sí mismo como el cono, pero que sigue localizando el flujo de la mente en una trayectoria circular. El cono corresponde a nuestra consciencia despierta autorreflexiva, o ego. A su vez, *la periferia del remolino, que rodea el cono, corresponde a nuestro «inconsciente personal»*. Lo «inconsciente personal» no es autorreflexivo, pero está localizado. Las ondulaciones que una vez se propagaron en el cono, pero que desde entonces permanecen «olvidadas», pueden quedar atrapadas en la periferia del remolino. Mientras no abandonen la circulación

Powered by CamScanner

local –en vez de desviarse hacia el amplio medio de la mente–, pueden penetrar de nuevo en el cono y ser «recordadas». Este es, en pocas palabras, el mecanismo de una memoria normal.

Olvidar y recordar son procesos en los que contenidos de la mente entran y salen del campo de la consciencia despierta autorreflexiva, pero nunca abandonan realmente la consciencia. Incluso cuando son olvidados, los contenidos mentales personales pueden permanecer «cerca», localizados en el vórtice que rodea el flujo de la mente, y potencialmente volver a entrar en el campo egoico si las condiciones son las apropiadas. Nuestro esfuerzo por recordar se puede contemplar como un intento de manipular la configuración del remolino de la mente con objeto de reintroducir en el cono mental los contenidos que circulan en la periferia del remolino.

Una vez más, es fundamental que no te concentres demasiado en las imágenes metafóricas particulares que estoy empleando aquí, sino que intentes dar un paso atrás para asimilar la *manera de pensar* que estoy tratando de transmitir. Un sistema humano viviente cuerpo-cerebro es la imagen *real* –pero parcial– de los «remolinos» y «conos» que estoy discutiendo en estas páginas. Está claro que un sistema cuerpo-cerebro, al menos a primera vista, no se parece en lo más mínimo a un remolino con un cono en su centro. El propósito de la metáfora es suscitar una comprensión de cómo están formados los diferentes segmentos de la psique humana y de cómo operan bajo el idealismo. En un primer segmento, los contenidos mentales son amplificados por autorreflexión recursiva, ofuscando todo aquello que esté presente en todos los demás segmentos. La imagen real de este proceso es la de los procesos neuronales de ciclo cerrado, en los que la información se transmite de un lado a otro

Powered by CamScanner

en el cerebro. Estos contenidos mentales amplificados a veces pueden escapar de este primer segmento y aterrizar en un segundo segmento de la psique, donde permanecen localizados, circulando en los bordes de la consciencia despierta egoica, pero sin amplificación autorreflexiva. Los procesos neuronales que no se correlacionan con la consciencia egoica ordinaria pueden ser imágenes parciales de esta circulación local. Y, más allá de estos dos segmentos personales, la psique humana está fundamentalmente conectada con el amplio medio de la mente, la matriz de toda existencia.

La compensación de la autorreflexión

La consciencia autorreflexiva es una forma asombrosa e inapreciable de la aprehensión consciente. Nos permite convertir nuestros pensamientos en *objetos* del pensamiento, esto es, *pensar en nuestros propios pensamientos y evaluarlos críticamente*. Sin ella, seríamos incapaces de autoevaluarnos, realizarnos y madurar como individuos. Actuaríamos de acuerdo con pautas fijas e inmutables, incapaces de «dar un paso fuera de nosotros mismos» y ver dónde se extravían nuestros pensamientos y acciones. Nos cuestionaríamos tan poco nuestro propio comportamiento como los animales, que se mueven únicamente por su instinto. A través de la consciencia despierta autorreflexiva también podemos observar nuestros propios sentimientos y pasiones y luego preguntarnos: «¿Por qué me siento así?, ¿qué hay en mi fuero interno que me hace sufrir?, ¿cuáles son las motivaciones que subyacen a mis reacciones viscerales?», y así sucesivamente. *Permite la autoindagación.*

Por si fuera poco, la consciencia despierta autorreflexiva es lo que permite la filosofía: nos proporciona las herra-

Powered by CamScanner

mientas para reflexionar acerca de quiénes somos, qué papel desempeñamos en la vida y qué significado podría tener todo esto. Sin la consciencia despierta autorreflexiva no te harías las preguntas internas que te han impulsado a leer este libro. Tendrías pensamientos y sentimientos, de acuerdo, pero estarías a su merced, de igual modo que un perro o un gato están a merced de sus instintos; serías «incapaz de dar un paso fuera de ti mismo» para evaluar tu propio comportamiento, aprender de él y potencialmente cambiarlo. En vez de ser un observador del flujo de la mente que aprende de ello, estarías inmerso en dicho flujo, que te arrastraría como lo haría un tsunami con una muñeca de trapo.

Está claro que es imposible subestimar el valor de la consciencia despierta autorreflexiva. Sin embargo, debemos pagar un precio, pues es la consciencia despierta autorreflexiva la que ofusca cuanto no cae dentro de su campo de acción. *Es la consciencia despierta autorreflexiva la que crea lo «inconsciente»*, haciendo que nos volvamos amnésicos de un universo entero de experiencias cuya insondable amplitud nos es imposible estimar siquiera. Toda la riqueza y originalidad de esas experiencias olvidadas pasan de largo. ¿Cuánta admiración, cuánto asombro, cuánta excitación estarían a nuestro alcance si aún pudiéramos ver las estrellas al mediodía?

Jean Gebser vio un aspecto de esta compensación en su tratamiento del «descubrimiento» de la perspectiva en el siglo XV. Vinculó tal acontecimiento seminal a la coalescencia del ego: «El mundo imperspectívico se remite al anónimo "se" o al "nosotros" (clan); el perspectívico, al yo».[14] Después dice que la perspectiva «fija tanto al que contempla como a lo contemplado; su consecuencia positiva es que concreta tanto al hombre como al espacio; la consecuencia negativa es que sitúa al hombre en un sector parcial, de

Powered by CamScanner

modo que sólo ese sector parcial es visible: desgaja del todo sólo aquel fragmento [...] que puede abarcar su mirada o su pensamiento y olvida los "sectores" que tiene a su lado, encima o posiblemente detrás».[1]

La consciencia despierta autorreflexiva representa una compensación de proporciones cósmicas. Mientras que el valor que derivamos de ella es nuestra propia *humanidad*, perdemos mucho por su causa. ¿Podría haber un medio para reconciliar la consciencia despierta autorreflexiva con una restauración del acceso al universo de la mente que hemos olvidado, que permanece «inconsciente»? Más adelante retomaremos esta cuestión. Pero exploremos primero otra extensión de la metáfora que nos permitirá completar nuestra interpretación metafísica de la realidad.

Powered by CamScanner

Capítulo 6

La metáfora de la membrana oscilante

Cuando estamos ocupados con nuestros quehaceres cotidianos, a menudo pasamos por alto la desconcertante variedad y riqueza de los diferentes estados mentales en los que nos podemos encontrar: ensoñaciones diurnas; contemplación; flujo creativo; ebriedad; encantamiento erótico; indiferencia o apatía; concentración; éxtasis; trances meditativos y de otro tipo; círculos mentales de preocupaciones, obsesión o ansiedad; juicio y autoexamen introvertido de la consciencia; proyección externa extrovertida, etcétera. No hay en el lenguaje suficientes combinaciones de palabras para captar todos los matices, las sutilezas y, en general, las formas de nuestros estados mentales potenciales.

De hecho, la parte de nuestras experiencias cotidianas que es común a la gente resulta ser, tras una inspección cuidadosa, sorprendentemente pequeña en comparación con aquello que es único para nosotros. Dos personas sentadas en la misma sala de cine, que ven la misma película al mismo tiempo, pueden tener experiencias totalmente distintas, casi como si hubieran visto películas diferentes. Se me ocurrió

Powered by CamScanner

cuando, a principios de los noventa, vi la obra maestra de Kieślowski *La doble vida de Verónica*: yo estaba convencido, y sigo estándolo, de que no hubo dos personas en esa sala de cine que vieran la misma película, no sólo a nivel emocional sino también perceptivo.

Nuestros estados mentales particulares colorean y conforman el conjunto de nuestras experiencias. Vivimos bajo la ilusión de que todos compartimos el mismo mundo porque *nuestro lenguaje ha evolucionado para seleccionar precisamente los pocos aspectos de nuestras experiencias que son comunes y compartidos, mientras ignora aquellos que son completamente personales e idiosincráticos*. Por alguna razón, tendemos a perder la consciencia despierta autorreflexiva de cualquier cosa de la que no podemos hablar o que somos incapaces de articular en palabras para nosotros mismos. Pero, si prestas la suficiente atención, advertirás que cada uno de nosotros parece vivir en un entorno mayormente privado: unos en una realidad de colores brillantes, formas redondas, excitación y misterio; otros en una gris e insulsa realidad de indiferencia, desesperanza y silencioso desasosiego existencial; otros en un mundo de ángulos agudos, líneas rectas, fuertes contrastes, ruidos, orden y jerarquía, etcétera. Nuestros mundos están determinados por nuestros estados mentales únicos.

Cualquier metáfora que pretenda proporcionar imágenes que den sentido a la mente y a la realidad ha de tener suficientes grados de libertad para capturar toda esta rica variedad. Las metáforas del remolino, del nudo y del cono de mercurio han sido muy útiles hasta aquí, pero no proporcionan suficientes grados de libertad a este respecto. Es un objetivo clave de este capítulo extender esas metáforas de modo que podamos capturar la desconcertante variedad de estados mentales.

Powered by CamScanner

Otro importante objetivo de este capítulo es proporcionar un marco en el que podamos delinear nuestra actual comprensión de las leyes de la física de manera más directa y específica. Después de todo, una metáfora para la mente y la realidad debería ser capaz de captar plenamente las pautas y regularidades de la naturaleza, tal y como son entendidas hoy en día por la física.

Los fundamentos de la vibración

Para lograr estos objetivos necesitaremos emplear la noción de *vibración*. Todos estamos familiarizados intuitivamente con la vibración: un teléfono móvil vibra cuando suena, las cuerdas del piano y de la guitarra vibran cuando se tocan, el suelo vibra cuando hay un terremoto. La vibración tiene que ver con el movimiento oscilatorio repetitivo de un medio que presente cierta elasticidad, ya sea una cuerda de guitarra, un teléfono móvil o la misma tierra. Antes de continuar, revisemos unos pocos aspectos clave de la teoría de vibraciones, de modo que estemos equipados para comprender lo que sigue.[1] Introduciré asimismo algunos términos que se emplearán después. Siempre podrás regresar a esta sección para revisar el significado de estos términos si los olvidas. No se empleará ningún término que no se haya explicado antes.

Como cualquier movimiento, la vibración puede producirse en una, dos, tres y, teóricamente, incluso en más dimensiones del espacio. La forma más simple de vibración es la que ocurre en una dimensión única, como las oscilaciones de la cuerda de una guitarra. Imagina una cuerda de guitarra fijada por ambos extremos: cuando se pulsa, comienza a vibrar. Sus extremos están en una posición fija porque se

Powered by CamScanner

encuentran sujetos por la propia estructura de la guitarra o por los dedos de quien la toca, pero la cuerda se comba por el medio hacia arriba y hacia abajo debido a la elasticidad del material. La línea superior de la figura 9 muestra las dos configuraciones extremas de la cuerda mientras se comban hacia arriba y hacia abajo: la *envolvente* de la vibración de la cuerda.

La *frecuencia* de la vibración es una medida de la rapidez con que la cuerda se mueve hacia arriba y hacia abajo. Cuanto más rápido es el movimiento, más elevada es la frecuencia. Cada cuerda tiene un conjunto de *frecuencias naturales* de vibración determinado por la elasticidad de la cuerda, su longitud y la tensión que se le aplica. Las frecuencias naturales corresponden a las velocidades específicas con las que la cuerda «quiere» vibrar de manera natural. En una guitarra, las cuerdas entorchadas son más gruesas y tienen frecuencias naturales más bajas, mientras que las cuerdas planas, más delgadas, tienen frecuencias naturales más altas.

La línea superior de la figura 9 ilustra el *modo fundamental de vibración* de una cuerda de guitarra, correspondiente a su frecuencia natural más baja. Cuando la cuerda vibra con una frecuencia natural más alta, la forma de la envolvente cambia, como queda ilustrado por las otras líneas de la figura 9. Por ejemplo, en la segunda línea empezando por arriba, una mitad de la cuerda se comba hacia arriba y la otra hacia abajo, y viceversa. El punto del centro nunca se mueve; no porque esté fijo, sino porque las ondas que se propagan a lo largo de la cuerda se anulan mutuamente en ese punto. En la tercera línea desde arriba, el tercio medio de la cuerda se comba hacia arriba, mientras que los dos tercios laterales se comban hacia abajo, y viceversa. Hay dos puntos a lo largo de la cuerda que no se mueven nunca. Y así sucesivamente. Cada *modo natural de vibración* corresponde a una

Powered by CamScanner

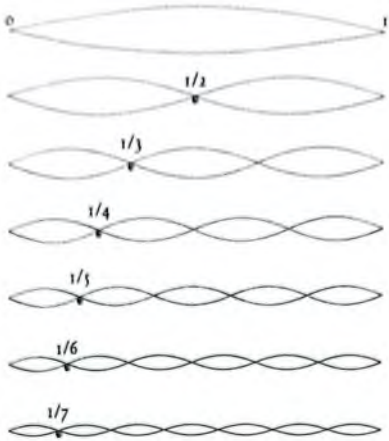

Fig. 9. Diferentes modos de vibración de una cuerda.

envolvente diferente y a una frecuencia natural diferente. La figura 9, por lo tanto, ilustra siete modos naturales de vibración diferentes de una cuerda de guitarra. Cada envolvente correspondiente es una ilustración gráfica de la *pauta de vibración* asociada.

Todas estas ideas sobre la vibración se pueden extender fácilmente a dos dimensiones, como las vibraciones de la piel de un tambor. En vez de diferentes segmentos de una cuerda combándose hacia arriba y hacia abajo según una pauta unidimensional, lo que obtienes son diferentes regiones de una *membrana* combándose hacia arriba y hacia abajo según una pauta bidimensional. La figura 10 ilustra varios modos naturales de vibración de una membrana cuadrada no fijada en los bordes. Las imágenes son generadas esparciendo sal sobre la membrana negra mientras vibra. Los granos de sal se concentran a lo largo de las líneas donde la membrana permanece estática, sin combarse, de manera análoga a los pun-

Powered by CamScanner

tos que nunca se mueven en la figura 9. Está claro que por la mera vibración se pueden formar pautas increíblemente variadas, sofisticadas y matizadas.

Como en el caso de las cuerdas, los modos específicos de vibración de una membrana –que se pueden visualizar en las pautas de la figura 10– dependen de la *estructura* de la membrana, en particular de su forma (circular, cuadrada, triangular, irregular, etcétera). En general, *los modos de vibración de cualquier objeto dependen de la estructura del objeto*. Además, la complejidad de los modos de vibración depende del «margen de maniobra» que tenga la membrana para vibrar, el cual viene dado por las condiciones limítrofes, por ejemplo si los bordes están fijos o no. Más en general, el «margen de maniobra» es una función de cuántos *grados de libertad* tiene la membrana para vibrar.

La membrana cuadrada de la figura 10 es libre, en principio, para vibrar en las tres dimensiones del espacio que vemos comúnmente. Imagina, sin embargo, que hubiera dimensiones del espacio extra, ocultas, en las que la membrana pudiera vibrar. Esto concedería a la membrana más *grados de libertad* para vibrar y, por lo tanto, para producir *más pautas complejas* de vibración. Tal hipótesis se puede definir y simular matemáticamente de manera muy precisa. Aunque sólo podemos ver una *proyección* de las pautas de dimensiones superiores de la vibración sobre el espacio normal tridimensional, las proyecciones mismas pueden llegar a ser mucho más ricas y complejas que las pautas vistas en la figura 10.

Además, en un espacio con más de tres dimensiones, la membrana misma podría tener más de dos dimensiones. La palabra «membrana» se refiere a una estructura que tiene menos dimensiones que el espacio que ocupa: una membrana normal tiene dos dimensiones, una menos que las tres di-

Powered by CamScanner

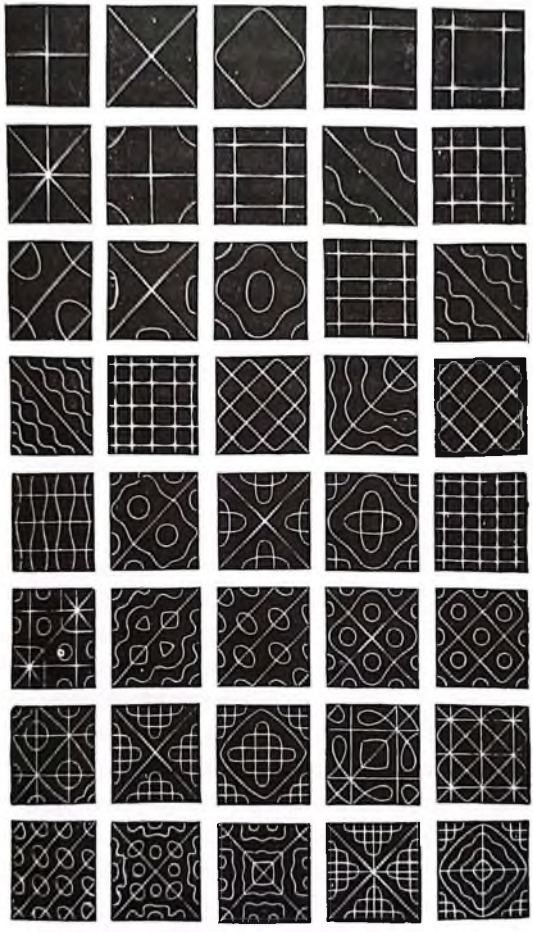

Fig. 10. Diferentes modos de vibración de una membrana.

Powered by CamScanner

mensiones comunes del espacio. Pero, a título de ejemplo, en un espacio de diez dimensiones, algo parecido a una membrana podría tener tres, cuatro o incluso más dimensiones. Eso permitiría *aún más complejidad y variedad* en las pautas de vibración resultantes. La razón por la cual estoy enfatizando estas nociones puramente teóricas se aclarará más adelante.

Independientemente de cuántas dimensiones tenga el medio, o del número de dimensiones espaciales en las que pueda vibrar, las nociones básicas son siempre las mismas: un *medio elástico* vibra según ciertos *modos naturales*, cada uno de los cuales corresponde a una *frecuencia natural* y a una *envolvente* de vibración. La envolvente es una ilustración gráfica de la *pauta de vibración*, como se muestra en las figuras 9 y 10 para una y dos dimensiones respectivamente. Los modos particulares de vibración de un medio elástico dependen de su *estructura*.

La última noción que necesitamos revisar es la de *resonancia*. Afortunadamente, es una noción muy intuitiva: imagínate empujando a un niño en un columpio. El columpio se mueve reiteradamente hacia delante y hacia atrás, lo que en esencia es sólo una *vibración* lenta. Para que el columpio se distancie y se eleve necesitas empujarlo al mismo ritmo al que de manera natural «quiere» que lo balanceen. Si empujas demasiado rápido o demasiado lento, perturbarás la vibración del columpio en vez de contribuir a impulsarla. Pero si lo empujas correctamente, tus propios movimientos *resonarán* en los movimientos del columpio, amplificándolos. Esto es, en esencia, la resonancia.

Para expresarlo de manera más formal: ***la resonancia ocurre cuando el estímulo aplicado a un sistema vibratorio tiene la misma frecuencia que uno de los modos de vibración naturales del sistema***. El columpio tiene un modo natural

Powered by CamScanner

de vibración, esto es, cierto ritmo al que de manera natural «quiere» oscilar. Si le aplicas un estímulo con esa misma frecuencia, y en el momento apropiado, se balanceará incrementando su altura. Siempre que el ritmo sea el apropiado, ni siquiera necesitarás aplicar mucha fuerza. La energía que aplicas cada vez que lo empujas contribuye *de manera acumulativa* al balanceo. Pero si aplicas el estímulo con la frecuencia equivocada, la aplicación de energía entrará en conflicto con el movimiento del sistema.

Una ilustración dramática del poder de la resonancia es el derrumbamiento en 1940 del puente Tacoma Narrows original del estado de Washington, en Estados Unidos, debido a un viento moderado de 68 kilómetros por hora. Resulta que el viento tenía una frecuencia que se adaptó casi perfectamente al modo natural de vibración del puente, así que *resonaron*. La energía del viento comenzó a alimentar lentamente, pero de manera *acumulativa*, la vibración del puente, de igual modo que una persona empujando suavemente un columpio al ritmo apropiado. El puente comenzó entonces a balancearse cada vez con más fuerza, para horror de los automovilistas, que salieron despavoridos de sus vehículos y corrieron para abandonar el puente. Al final la estructura entera se vino abajo. Todo el suceso fue grabado en vídeo. Por fortuna, no hubo víctimas mortales.

A través de la resonancia, el puente adquirió y amplificó la vibración del viento. Éste es el aspecto clave en lo que atañe a la resonancia que necesitaremos más adelante: *un sistema puede adquirir y amplificar la vibración de un estímulo externo si ambos resuenan*, de manera muy semejante a un piano que comienza a vibrar cuando un diapasón apropiado suena cerca.

Powered by CamScanner

Ahora que disponemos de suficientes fundamentos, extendamos sin más dilación nuestra metáfora. Tómese la metáfora del océano de mercurio como punto de partida. *Pero ahora, en vez de un océano de mercurio líquido, imaginemos una membrana reflexiva, como el papel de aluminio.* Véase la figura 11. El medio de la mente es ahora una membrana delgada, semejante a un espejo, con cierta rigidez, pero también con algo de elasticidad. Naturalmente, no podemos percibir experiencias como ondas, puesto que la membrana no es un fluido. *Imaginemos ahora que las experiencias son vibraciones de la membrana.*

Las cualidades de la experiencia corresponden a las pautas de vibración específicas de la membrana. Cuando presencias el poder del mar, semejante experiencia es una pauta de vibración específica de la membrana de la mente. Cuando ves con horror cómo estalla una guerra a tu alrededor, tal experiencia es *otra* pauta de vibración *distinta* de la membrana de la mente. Cuando hueles el café, ésa es otra pauta de vibración. Y así sucesivamente. Como hemos visto en la figura 10, las vibraciones de una membrana pueden adoptar una desconcertante variedad de pautas sumamente complejas.

Sin embargo, las pautas que *percibimos* a nuestro alrededor son imágenes tridimensionales que no pueden ser capturadas por los modos de vibración de una membrana bidimensional, con independencia de lo complejas que puedan llegar a ser. Cuando se tiene en cuenta la necesidad de que la membrana de la mente modele toda la *emoción* humana y todas las *pautas de pensamiento*, que trascienden los grados de libertad del espacio ordinario, queda claro que para nuestra metáfora no basta con una estructura bidimensional que vibre en el espacio tridimensional.

Powered by CamScanner

Fig. 11. Una membrana de papel de aluminio como metáfora del medio de la mente.

Por lo tanto, necesitamos imaginar el medio de la mente como una membrana con *más* de dos dimensiones que vibre en *más* de tres dimensiones del espacio. Sólo entonces podremos conseguir suficientes grados de libertad para representar toda la experiencia humana. Tal membrana sustentaría modos de vibración arbitrariamente más complejos y matizados que los mostrados en la figura 10. De hecho, una membrana lo bastante compleja que vibre con suficientes grados de libertad posiblemente soportará pautas equivalentes a cualquier cosa y a todo lo que podemos percibir o sentir: paisajes, océanos, personas, arte, ira, amor, pertenencia, etcétera.

Si esta metáfora es correcta, entonces todo lo que ves, oyes o percibes de otra manera a tu alrededor en este preciso instante son meras vibraciones compuestas del medio de la mente, análogas a las pautas de la figura 10, pero mucho más complejas y matizadas. Además, cualquier cosa que sientas o pienses ahora mismo es *también* una pauta de vibración de la membrana de la mente. Cuando la mente vibra, lo hace según pautas que registramos como vista, sonido, tacto, olor, textura, calor, angustia, miedo, temor, orgasmo, pensamiento, idea, comprensión, etcétera. Todo esto no son más que manifestaciones del medio de la mente cuando *vibra*.

Powered by CamScanner

Naturalmente, al igual que antes, *no hay nada en la realidad salvo el medio de la mente misma*. Ahí no existe nada salvo la membrana. Cuando la membrana está en reposo, no hay experiencia como tal, sino sólo el *potencial* para la experiencia. Después de todo, la membrana *puede* comenzar a vibrar. Cuando la membrana vibra, entonces surge la experiencia. Pero ¿qué es la vibración sino el medio que vibra? No hay nada en una cuerda de guitarra que vibra que no sea la misma cuerda. Así pues, las experiencias –los «contenidos» de la mente– no son sino la mente misma manifestando cierto *comportamiento* en forma de vibraciones. Los «contenidos» de la mente no son entidades ontológicas separadas. Cuanto hay es el medio de la mente misma. De modo que no permitas que el realismo entre a hurtadillas: esta membrana no es algo fuera de la mente; no es «materia»; *es la mente misma como testigo*. Y el testigo atestigua sus propias vibraciones. Estas vibraciones son experiencias subjetivas de la índole que tú estés teniendo ahora mismo, mientras lees estas palabras.

Es fundamentalmente imposible para nosotros investigar, analizar o medir de manera directa la membrana de la mente, porque es la membrana de la mente la que investiga, analiza y mide. Cuanto podemos investigar son las *vibraciones* de la membrana, porque son *experiencias*. La membrana es el sujeto. Sus vibraciones son las experiencias del sujeto, que incluyen la ilusión de los objetos. Para el ojo que ve es imposible verse a sí mismo sin un espejo. Pero en el caso de la membrana de la mente no hay espejo, ya que la membrana es todo lo que hay. A menos que... pueda doblarse sobre sí misma, como hace una ola para formar un bucle hueco. Véase la figura 12. Al doblarse sobre sí misma, la membrana de la mente puede «mirarse en el espejo». El bucle así formado tiene superficies internas reflexivas confrontadas que producen el efecto recursivo autorreflexi-

Powered by CamScanner

Fig. 12. Una ola doblándose sobre sí misma.

vo mostrado en la figura 5 (pág. 146). Así pues, el bucle hueco de la membrana de papel de aluminio es enteramente análogo al cono de mercurio hueco del capítulo anterior.

Sin embargo, dos espejos vacíos confrontados reflejan sólo el vacío; no hay imagen que reflejar. A menos, desde luego, que las *vibraciones* de la mente creen *pautas*, como en la figura 10 (pág. 181), que *puedan* ser reflejadas recursivamente dentro de un bucle. Todo el proceso mental que ocurría en mi psique mientras escribía este libro ha sido un intento por parte de mi mente de «verse» e investigarse a sí misma a través del bucle de la membrana reflejada que es mi ego. Todo el proceso mental que está ocurriendo en *tu* psique mientras lees estas palabras es también un intento por parte de la mente de «ver» y comprenderse a sí misma a través del bucle de la membrana reflejada que es tu ego. Tú y yo somos ejemplos de un intento viviente por parte del «ojo» de la mente de crear, fuera de sí misma, un espejo en el cual pueda contemplarse y responder las cuestiones fundamentales: ¿qué soy yo?, ¿qué está ocurriendo? Uno

Powered by CamScanner

sólo puede imaginarse la insoportable «comezón» que estas cuestiones crean en las esferas más profundas de lo «inconsciente»; una comezón que parece desprender suficiente energía mental para que la membrana de la mente pueda contraerse en una topología –un bucle– que promete la vaga posibilidad de obtener respuestas.

El individuo y el mundo que surgen de la membrana

Ahora necesitamos trasladar a esta metáfora de la membrana vibratoria nuestra anterior discusión sobre cómo los egos forman una realidad compartida, colectiva y aparentemente externa y consiguen acceso a ella. Antes hemos visualizado esta realidad externa como ondas globales que se propagan en el amplio océano de mercurio e inyectan información similar en múltiples remolinos de mercurio. Aquí la metáfora será algo diferente pero más poderosa.

Toda entidad consciente individual –digamos una persona o un animal– puede visualizarse como un segmento de la membrana de la mente que, a la manera de una *protuberancia*, se eleva desde la membrana inferior más amplia mientras permanece conectada a ella. Véase la figura 13 para un par de ejemplos ilustrativos. Tales protuberancias son *estructuras* locales –todavía no necesariamente dobladas sobre sí mismas– con sus propias características y restricciones limítrofes.

Como hemos visto, cada una de estas protuberancias tendrá sus propios *modos de vibración*, determinados por su estructura particular y por cómo esté conectada a la más amplia membrana inferior. Estos modos de vibración contienen *frecuencias naturales* y *pautas de vibración* específicas, análogas a las de la figura 10 (pág. 181), pero mucho más

Powered by CamScanner

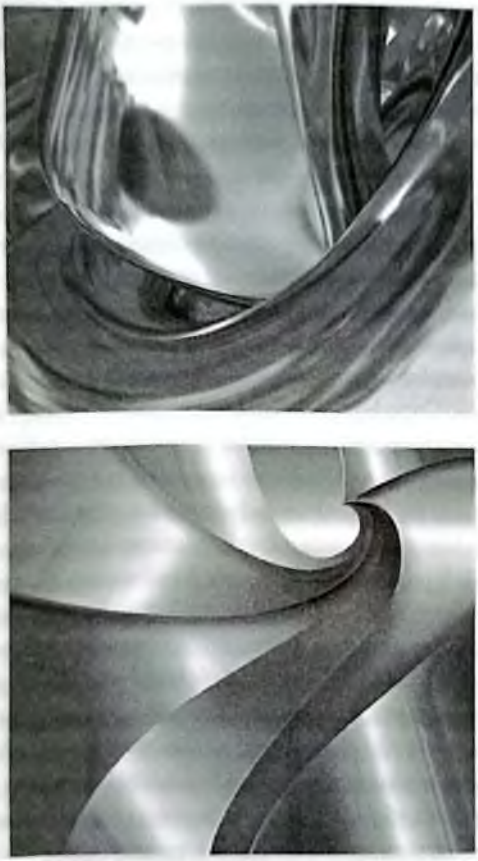

Fig. 13, A y B. Diferentes protuberancias surgiendo de la membrana de la mente.

Powered by CamScanner

complejas y abarcando muchas más dimensiones que sólo dos. Así pues, algunas de las pautas de vibración de cada protuberancia pueden ser individuales y únicas, al venir dadas por la estructura particular de la protuberancia. Puesto que las pautas de vibración representan experiencias, cada protuberancia puede tener sus propias experiencias individuales e idiosincráticas. Cada protuberancia corresponde, así, a una *psique individual.*

Todas las protuberancias permanecen conectadas a la membrana subyacente y constituyen partes integrantes de ella, de igual modo que tus brazos permanecen conectados a tu cuerpo y constituyen partes integrantes de él. Por lo tanto, cuando la membrana subyacente vibra, estas vibraciones más amplias afectan a lo que ocurre dentro de cada protuberancia. Como hemos visto, si la membrana subyacente vibra con una frecuencia que se acomoda a los modos naturales de vibración de una protuberancia, *entonces la protuberancia resonará con la membrana subyacente*. Las vibraciones de la membrana subyacente influirán de manera acumulativa en las de la protuberancia, tal y como las vibraciones del viento lo hicieron en el balanceo del puente Tacoma Narrows original. En otras palabras, *la protuberancia resonante adquirirá y amplificará las vibraciones de la membrana subyacente.*

Aquí tenemos otra analogía: cuando hay un terremoto, un edificio vibra junto con el movimiento del suelo. Pero cuando la estructura del edificio *resuena* con la frecuencia del terremoto, adquiere y amplifica de manera acumulativa esos movimientos, temblando con más violencia que el mismo suelo. Es como si el terremoto estuviera empujando al edificio como si éste fuera un columpio y lo hiciera precisamente al ritmo adecuado. Los ingenieros tratan de evitar esta resonancia *cambiando la estructura* del edificio con amortiguadores de inercia, de modo que no se produzca ningún

Powered by CamScanner

efecto acumulativo. Ahora bien, los edificios se elevan del suelo de igual manera que las psiques, como protuberancias, se elevan de la membrana subyacente de la mente. Cuando la estructura de una protuberancia es tal que resuena con las vibraciones de la membrana subyacente, entonces adquiere y amplifica de manera acumulativa estas vibraciones, como el edificio que resuena durante un terremoto.

Como psiques individuales que surgen del único medio de la mente, todos nosotros «vibramos junto» con el medio, sea cual sea la pauta de vibración que se esté desarrollando allí. Esto es análogo al modo en que cada edificio se mueve junto con el suelo durante un terremoto, con independencia de si hay resonancia o no. Pero, *en ausencia de cualquier resonancia*, estas vibraciones pueden ser prácticamente imperceptibles. En otras palabras, debido a que estas vibraciones subyacentes no resonantes son una constante –siempre en el trasfondo de la experiencia, como el ruido de los coches que pasan por una autopista próxima–, es del todo esperable que las entidades más conscientes las ignoren en presencia de aquellas vibraciones que sí resuenan y, por lo tanto, «saltan de repente» del trasfondo.

Tal noción evita un problema que teníamos con la metáfora previa: dado que la ofuscación autorreflexiva constituía el único mecanismo del que disponíamos para explicar por qué la mayoría de los contenidos de la mente se vuelven aparentemente inconscientes, la implicación era que entidades conscientes sin ego, como la mayoría de los animales, deberían ser capaces de percibirlo todo en el universo –a través de medios extrasensoriales–. La observación nos dice que éste no parece ser el caso, aun cuando algunos animales a menudo desplieguen una sensibilidad no local mayor que la de los humanos.[4] Ahora podemos explicar esta percepción limitada también en el caso de entidades sin ego: la estructura

Powered by CamScanner

particular de una protuberancia de la membrana de la mente –digamos, de un animal– determina sus modos de vibración y, por lo tanto, con qué pautas de vibración de la membrana subyacente resonará y se amplificará. *Sólo las pautas amplificadas son entonces registradas en la consciencia ordinaria.* Y todo esto ocurre sin ninguna autorreflexión.

En suma, ahora tenemos *dos mecanismos distintos* para explicar por qué las entidades de la consciencia parecen «olvidar» las experiencias que se despliegan en el amplio medio de la mente. El *primero* se da cuando una protuberancia de la membrana resuena con ciertas vibraciones que se producen en la superficie inferior, como un edificio con las vibraciones del suelo a consecuencia de un terremoto. Cualesquiera pautas de vibración que resuenen se amplifican, quedando registradas en la consciencia ordinaria, y, por lo tanto, «ofuscan» todo lo que *no* resuena. Esto ocurre con independencia de si hay alguna consciencia despierta autorreflexiva –esto es, un ego– o no. El *segundo* mecanismo independiente se da cuando una parte de la protuberancia se dobla sobre sí misma, creando el efecto recursivo de los dos espejos mostrado en la figura 5 (pág. 146). Esto amplifica, *aún más*, ciertas pautas de vibración y se corresponde con un *segundo nivel* de ofuscación.

Como se ha sugerido, un ego se forma cuando *una parte* de esta protuberancia de la membrana de la mente se dobla sobre sí misma, formando un bucle hueco. En la figura 13 B (pág. 189) puedes ver –si te permites ponerle un poco de imaginación– el inicio de este proceso de doblamiento en la esquina superior derecha. De algún modo, el bucle egoico surge de la protuberancia de la misma manera que la protuberancia surge de la membrana más amplia. La estructura particular del bucle determina sus modos de vibración y, por lo tanto, qué pautas vibratorias de la protuberancia sub-

Powered by CamScanner

yacente resuenan con él. *Las pautas que no resuenan no penetran en el bucle.* Llamemos *estructura psíquica* al sistema que comprende el surgimiento de la protuberancia y el bucle doblado sobre sí mismo en la parte superior.

Si crees que la metáfora se está volviendo demasiado complicada y que pierde contacto con la realidad empírica, de la que pretende dar una explicación, te ruego un poco de paciencia. Pronto quedará muy claro cómo todo esto nos ayuda a comprender el mundo de nuestro interior y el que nos rodea.

Dado que la membrana es reflexiva como un espejo, las superficies internas confrontadas del bucle hueco crean reflejos recursivos, exactamente de la misma manera discutida en el capítulo previo. La única diferencia es que las imágenes ahora reflejadas no corresponden a ondas, como en la figura 7 (pág. 151), sino a pautas de vibración, como las de la figura 10 (pág. 181). El resto de la justificación del capítulo precedente sigue siendo válido: nuestros órganos sensoriales son imágenes parciales de los puntos de contacto entre la estructura psíquica y la membrana subyacente de la mente, a través de la cual se puede producir la resonancia; la misma presencia de una protuberancia altera la dinámica vibratoria en sus inmediaciones, dejando una huella vibratoria en la más amplia membrana de la mente y, por lo tanto, permitiendo que otros perciban nuestra presencia y nuestras acciones en el mundo; las pautas de vibración dentro de una estructura psíquica particular también pueden «filtrarse» en la más amplia membrana al resonar con el medio subyacente, permitiendo por lo tanto que se produzca una comunicación entre protuberancias, etcétera.

Ahora debemos pensar no en *ondas* sino en *pautas de vibración*. Dado que la noción de vibración es más poderosa, todo lo que hemos discutido bajo la imagen de ondas

Powered by CamScanner

se relaciona directamente con las vibraciones. Al fin y al cabo, todas las ondas son vibraciones, aun cuando no todas las vibraciones sean ondas. Por lo tanto, no perdemos nada del poder explicativo de la metáfora del océano de mercurio mientras hacemos una transición a la metáfora de la membrana vibratoria. Sólo ganamos. Para evitar aburrirte, me abstendré de repetir todas las discusiones previas bajo este nuevo contexto metafórico.

Mi argumentación establece que las estructuras psíquicas de *todos* los seres humanos resuenan con ciertas pautas particulares de vibración de la membrana subyacente. Llamamos a esta pauta particular el «mundo exterior». Las semejanzas en la estructura psíquica de todos nosotros –correspondientes a las similitudes en el ADN– nos permiten a todos «sintonizarnos» con el mismo subconjunto de las pautas de vibración más amplias. *Nuestras realidades experienciales están determinadas por nuestras estructuras psíquicas, por lo que las semejanzas de nuestras estructuras psíquicas permiten que surja una realidad experiencial compartida entre los humanos.* El cuerpo físico –en particular, el cerebro– no es sino una *imagen parcial* de estas estructuras psíquicas. Sin embargo, nuestros cuerpos y cerebros no necesitan ser idénticos para permitirnos compartir un mundo. De hecho, nuestro mundo compartido no es, claramente, más que una pequeña parte del conjunto de nuestras experiencias: nuestros sueños, sentimientos y pensamientos, así como lo que proyectamos en la realidad, son todos privados. Por lo tanto, modestas semejanzas de la estructura psíquica –reflejadas en cuerpos y cerebros modestamente similares– podrían crear ya la impresión de un mundo compartido. A fin de cuentas, incluso los animales parecen compartir un entorno con nosotros.

Así que ampliemos esta discusión e incluyamos entidades conscientes sin ego. Como hemos visto, cada entidad

Powered by CamScanner

consciente corresponde a una protuberancia particular de la membrana de la mente. Especies diferentes –digamos, por ejemplo, gatos y hormigas– corresponden a protuberancias con diferentes estructuras que, por lo tanto, resuenan con diferentes modos de vibraciones subyacentes. Aunque a todas luces hay un pequeño subconjunto que se superpone y es compartido por todas las especies, esencialmente cada especie vive en una realidad experiencial propia. El pequeño subconjunto superpuesto explica por qué hay *correspondencias cruzadas* entre las realidades de diferentes especies que en apariencia comparten el mismo mundo. Por ejemplo, algo intenso parece ocurrir en la realidad de mi gato cuando, en mi realidad, le piso accidentalmente el rabo. Pero ¿cuánto de mi realidad comparte *realmente* mi gato?

Desde una perspectiva teórico-informativa, las correspondencias cruzadas requieren que se comparta relativamente poca información entre las especies: meros punteros o indicadores. Por ejemplo, en los juegos online en grupo, toda la realidad virtual del juego se representa gráficamente de manera local, dentro de la consola de cada jugador. A través de la red sólo se comparten punteros e indicadores de bajo ancho de banda para mantener sincronizadas las diferentes representaciones gráficas. Si un programador así lo quisiera, podría escribir el código de un juego en grupo donde cada jugador estuviera inmerso en una realidad virtual completamente distinta, compartiendo tan sólo correspondencias cruzadas, de modo que los jugadores pensaran que siguen jugando al mismo juego. Un jugador podría estar disparando y recibiendo disparos en una selva, mientras que otro estaría arrojando y esquivando cuchillos en un callejón, y no obstante los dos seguirían siendo capaces de «matarse» el uno al otro. El perdedor sabría con certeza que fue «matado» por un cuchillo en un callejón, mientras

Powered by CamScanner

que el ganador estaría seguro de que «mató» a su oponente con una bala en una selva. El suceso abstracto de «atacar» o «matar» sería en este caso una correspondencia cruzada, pero la mayor parte de la realidad virtual experimentada por cada jugador sería privada e idiosincrática.

El lenguaje, en cuanto instrumento de comunicación, ha evolucionado para capturar únicamente estas abstractas correspondencias cruzadas. Como resultado, nos convencemos ingenuamente *con palabras* de que todos vivimos en el mismo mundo. Pero no puedes saber a ciencia cierta qué experimenta de verdad otra persona cuando informa, por ejemplo, que está viendo el color verde. Podría estar viendo un color completamente distinto, siempre que emplee de manera consistente la palabra «verde» para todo lo que tú consideras que es verde. Incluso lo que esa persona llama «visión» podría ser, por lo que sabes, un sentido diferente. Mientras las correspondencias cruzadas, *tal y como se reflejan en el lenguaje*, sean consistentes con lo que tú llamas visión, no te darás cuenta de ello.[3]

Nadie puede estar seguro del grado de coincidencia de las experiencias que tienen las personas, por no hablar de cómo es y cómo se siente el mundo de, digamos, una rana. Después de todo, *lo que tú llamas una «rana» es sólo una imagen parcial: una pauta vibratoria impresa en la más amplia membrana de la mente por otra protuberancia, la cual resuena dentro de tu propia protuberancia.* De esta manera, la realidad que cuenta es el conjunto de las pautas de vibración contenidas en cada estructura psíquica: nuestras propias realidades privadas. Es necesario que llegue relativamente poca información, a través de la resonancia, desde la más amplia membrana de la mente, con objeto de crear la ilusión lingüística de un mundo compartido.

Powered by CamScanner

Aunque la formulación de la metáfora del océano de mercurio en el capítulo anterior se puede trasladar directamente a la metáfora de la membrana vibratoria, quiero discutir de manera más explícita un punto en particular. En el capítulo anterior hicimos un mapa de la psique de la manera siguiente: (a) los contenidos de lo «inconsciente colectivo» corresponden a ondas del amplio océano de la mente; (b) lo «inconsciente personal» corresponde a la periferia de un remolino en el océano; y (c) el ego corresponde a un cono giratorio hueco en el centro del remolino. En el presente capítulo el mapa de la psique es análogo, pero ligeramente distinto: (a) los contenidos de lo «inconsciente colectivo» corresponden a pautas vibratorias de la membrana subyacente; (b) lo «inconsciente personal» corresponde a la protuberancia estructurada que surge de la membrana, como ilustra la figura 13 (pág. 189); y (c) el ego corresponde a un segmento de la protuberancia que se dobla sobre sí mismo, formando un bucle hueco. La estructura psíquica comprende los apartados (b) y (c).

Adviértase que, de acuerdo con la formulación idealista que se ha planteado, hay una equivalencia fundamental entre las experiencias que asociamos con el mundo empírico –paisajes, árboles, edificios, otras personas y animales, etcétera– y los contenidos de lo «inconsciente colectivo»: tanto las primeras como estos últimos corresponden a las amplias pautas vibratorias de la membrana subyacente.[4] *La diferencia es que la estructura del ego humano –el bucle– es tal que las vibraciones a las que llamamos «mundo empírico» resuenan de manera consistente con él, mientras que las vibraciones que asociamos con lo «inconsciente colectivo» no lo hacen.* Dicho de otro modo, el bucle egoico sólo resuena con, y por

Powered by CamScanner

lo tanto percibe, un pequeño subconjunto de las vibraciones subyacentes de la membrana más amplia. Y resulta que a este pequeño subconjunto lo llamamos «mundo empírico». El resto se descarta por un proceso de «filtrado». Si los contenidos de lo «inconsciente colectivo» también resonaran con nuestros egos, los consideraríamos parte del mundo empírico, de igual modo que las montañas y los edificios.

Adviértase asimismo que aquí la metáfora del «filtro», discutida en el capítulo 2, cobra vida de manera mucho más robusta que antes. Los contenidos de lo «inconsciente colectivo» no pasan el «filtro» de la estructura de cada bucle egoico. De hecho, las radios electrónicas analógicas sintonizan cierta estación –descartando las otras mediante un filtrado– precisamente ajustando la *estructura* de su sistema de circuitos de manera que sólo *resuene* con la señal vibratoria que corresponde a la estación elegida. El sistema de circuitos que se ocupa de este proceso recibe el nombre de «*filtro* paso banda».

Papiroflexia de la mente

Si esta metáfora es correcta, abre un espacio para una variedad potencialmente infinita de estructuras en lo que respecta a las protuberancias. Como en la papiroflexia, es concebible que la membrana de la mente sobresalga y se doble sobre sí misma según una vasta, potencialmente infinita, disposición de formas. Como hemos visto, cada forma corresponderá a un conjunto específico de frecuencias y pautas naturales de vibración, que resonarán de maneras diferentes con la membrana subyacente. En consecuencia, puede surgir una desconcertante variedad de realidades experienciales. Algunas de las protuberancias tendrán vastos modos

Powered by CamScanner

sobrepuestos de vibración, que por consiguiente compartirán grandes porciones de sus respectivas realidades. Otras carecerán de modos sobrepuestos, por lo que sus realidades experienciales quedarán completamente separadas.

Tal vez un físico moderno estaría tentado de desplegar las metáforas de las «dimensiones extra» o de los «universos paralelos» para describir esta situación, pero tales metáforas son aquí inapropiadas: implican segmentos de espacio fuera de la mente, esto es, realismo. Aquí, en cambio, estamos hablando de diferentes segmentos del medio de la mente misma, que opera en franjas de frecuencia separadas. Estoy seguro de que ya puedes imaginar de qué modo las nociones de extraterrestres, reinos espirituales y entidades no físicas –si tienen alguna validez– se prestan a ser interpretadas bajo esta metáfora de manera bastante directa y no sobrenatural. Pero dejemos la especulación sobre todo esto para el siguiente capítulo.

Aún hemos de insistir en un aspecto antes de pasar a la siguiente sección: la vasta variedad de estructuras de las protuberancias en general –y de los bucles egoicos en particular–, lo que da cuenta de las enormes diferencias en la personalidad, el carácter, el temperamento, las capacidades intelectuales, las inclinaciones y, en general, las predisposiciones psicológicas entre los miembros de una especie. *Variaciones en la anatomía y la función cerebrales: así es como se nos muestran por lo común estas diferencias*, siendo la anatomía y la función cerebrales *imágenes parciales* de las estructuras en cuestión. De hecho, no sólo las protuberancias pueden presentar incontables formas, como se sugirió en la figura 13 (pág. 189), sino que los bucles egoicos también se pueden cerrar en una vasta variedad de formas. Por ejemplo, la figura 14 ilustra dos diferentes topologías de bucle: una semejante a un cono y la otra a un dónut. Adviér-

Powered by CamScanner

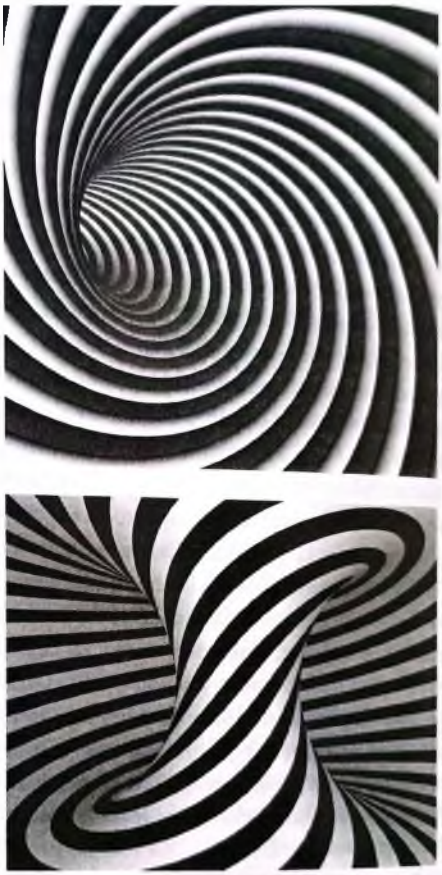

Fig. 14, A y B. Diferentes topologías de bucles.

Powered by CamScanner

tase que ambas pueden dar lugar al efecto de doble espejo mostrado en la figura 5 (pág. 146).

Vivir con una paradoja

Antes de proseguir hemos de abordar un elemento de gran complejidad en toda esta historia. Ya no se puede posponer más.

La idea central de este libro ha sido la afirmación de que *sólo existe la experiencia*. Sin embargo, estoy proponiendo un «medio de la mente» metafórico –visualizado en la forma de una corriente de agua, un océano de mercurio o una membrana de papel de aluminio– del que se origina en última instancia la experiencia. Por lo tanto, es justo establecer que el medio de la mente en sí mismo *no* es una experiencia. Un momento..., ¿acaso no es experiencia todo lo que existe? Aquí parece haber una contradicción. Intentemos aclarar este aspecto.

Todo lo que podemos saber que existe es la experiencia, así que mantengamos nuestra conclusión original: sólo hay experiencia, en la medida en que *podemos* saberlo. Ahora bien, puesto que la experiencia se ha modelado como el *movimiento* del medio de la mente, la consecuencia necesaria es que *el medio de la mente en sí mismo debe estar vacío –una vacuidad– en el sentido de que fundamentalmente trasciende toda experiencia y conocimiento*. He aquí una manera de pensar en ello: imagina que el único sentido que has tenido nunca es el del oído. Así, no podrías ver, tocar, oler ni saborear nada desde el nacimiento. Ahora imagina una cuerda de guitarra. La única manera que tendrías de registrar la existencia de la cuerda de guitarra sería si vibrara, de modo que pudieras oír el correspondiente sonido.

Powered by CamScanner

Pero si la cuerda de guitarra no estuviera vibrando, caería fundamentalmente fuera de tu capacidad de conocerla o experimentarla alguna vez, o incluso de formarte un concepto de ella. *La cuerda de guitarra en reposo se volvería, en un sentido importante, un vacío.* La misma idea se aplica al medio de la mente: su existencia sólo se puede registrar por sí misma cuando vibra, y aun entonces *únicamente en forma de vibraciones*. De otro modo es un vacío.

Sin embargo, en cierto sentido este vacío realmente no puede ser *nada*, ya que implica un *potencial latente* para moverse. La existencia surge cuando este potencial *se concreta en movimiento real*. Entonces podemos decir que todo lo que existe es *el movimiento del vacío*. Dado que el sujeto de todas las experiencias es el medio de la mente, se vuelve también únicamente real en forma de experiencia: el único sujeto universal existe sólo en la medida en que tiene experiencias.

Así, por un lado, se puede decir con plena validez que sólo existe la experiencia, pues el medio de la mente es meramente un *potencial*, no una realidad. Se concreta en existencia sólo cuando se mueve y, en ese punto, *no es nada salvo las experiencias correspondientes*. Por otro lado, se puede hablar metafóricamente con plena validez de un «medio de la mente», siempre que sea una referencia a un *potencial*, no a una realidad. Al hacerlo así, estoy tratando de transmitir una imagen metafórica mediante la cual se pueda visualizar este potencial.

Aunque es probable que la aclaración anterior te haya sido de ayuda para «tragarte» la paradoja, no creo que sea realmente satisfactoria. De la misma manera que no hay nada en la vibración de una cuerda de guitarra que no sea la cuerda misma, *en última instancia no hay nada en la experiencia –y, por lo tanto, en la existencia– que no sea el vacío que vibra.* Así pues, todo es un vacío, o, como lo expresa brillantemente

Powered by CamScanner

Adyashanti, «el vacío danzando».[5] *La existencia no es más que la perturbación del vacío y, por lo tanto, está fundamentalmente vacía.* Al mismo tiempo, obviamente, la existencia *no* está vacía: ¡basta con mirar alrededor!

Si te sirve de consuelo, ten en cuenta que *todas las visiones del mundo, incluyendo el materialismo, contienen paradojas análogas cuando se trata del origen último de todas las cosas.* La teoría del *big bang*, por ejemplo, conlleva esta contradicción de otro modo: ¿cómo es posible que todo, en forma de explosión, surgiera de un vacío absoluto? ¿Qué había allí que pudiera explotar? Uno se ve de inmediato confrontado con la contradicción de que, no habiendo *nada* en el principio, al menos tenía que haber un *potencial*, con ciertas propiedades y atributos, que pudiera conducir a una explosión.[6] Además, según el materialismo moderno, no sólo es el pasado remoto lo que conlleva contradicciones: con objeto de dar sentido a lo que ocurre *hoy* en la naturaleza, la teoría de campos cuánticos necesita postular que innumerables partículas subatómicas surgen constantemente de la... nada.[7] Así, o algo *puede* surgir mágicamente de la nada, o hemos de aceptar la paradoja de que todo lo que es permanece de algún modo *vacío*. En este sentido, el llamado «campo cuántico» de la física moderna es análogo a la membrana de la mente: ambos están y nunca dejan de estar *vacíos*, aunque de algún modo *se vuelven todo* cuando se excitan.[8] Ambos son hasta cierto punto modelos intelectuales precarios –*metáforas*– para algo que fundamentalmente trasciende el intelecto. Regresaremos a esto en breve.

No hay forma de evitar alguna variante de esta paradoja bajo una metafísica coherente –ya sea materialista, idealista o de cualquier otra índole–, siempre y cuando pretenda llegar honesta y diligentemente hasta sus últimas consecuencias.

Powered by CamScanner

Llegados a este punto necesitamos abordar otro aspecto crítico que ha sido dejado fuera de la discusión hasta ahora. Estamos barriendo la casa antes de que, en breve, demos un gran paso adelante.

En todas las metáforas descritas, siempre hay un elemento de *movimiento*: el flujo del agua, las ondas de mercurio y las vibraciones de la membrana. Pero poner algo en movimiento requiere *acción energética* de alguna índole: el agua fluye por la atracción gravitatoria, las ondas se forman por perturbaciones en la superficie, las vibraciones se han de iniciar e impulsar de alguna manera. Así pues, en el contexto de todas estas metáforas, *¿qué es lo que hace moverse a la mente?*

Adviértase que la respuesta a esta cuestión no puede ser un fenómeno de la experiencia, ¡puesto que la experiencia ya es la mente en movimiento! Cualquiera que sea la *causa primera* del movimiento de la mente, no puede ser en sí misma un movimiento de la mente. Por lo tanto, no podemos encontrar la causa primera en la física, la biología, la psicología o en cualquier otra área del *conocimiento*. La dificultad aquí es la misma que se encuentra tras la imposibilidad de describir el medio mismo de la mente: dado que todo conocimiento es un *movimiento* del medio de la mente, no se puede conocer directamente lo que pone la mente en movimiento. *Pero podemos obtener una intuición de ello indirectamente, observando sus efectos más inmediatos en la experiencia y luego tratando de inferir su invisible fuente.*

Nuestras vidas ordinarias implican cadenas insondablemente complejas de causa y efecto: una cosa lleva a otra, que a su vez lleva a otra... y a otra, a lo largo de los contornos de un patrón floreciente y en pleno despliegue al que llamamos

Powered by CamScanner

«leyes de la naturaleza». Pero en la misma raíz de la cadena de causalidad parece haber algo inefable, tentadoramente próximo a la experiencia, aunque más allá de ella: el *libre albedrío*.

Si tomas una decisión, como elegir cerrar tu mano en un puño, tienes la fuerte sensación de haber sido libre para hacerlo. Pero habitualmente esa sensación viene sólo *después* de haber tomado la decisión –*inmediatamente* después– en forma de una certeza genuina de que *podrías* haber tomado una decisión distinta. *La experiencia directa del libre albedrío*, sin embargo, permanece ambigua: antes de tomar la decisión no está allí, y a continuación la experiencia siguiente parece ser ya la de *haber tomado* la decisión. La experiencia de *tomar* la decisión parece perdida en una suerte de limbo intermedio que se desvanece, demasiado elusiva y resbaladiza para captarla en acción. Es como si el libre albedrío estuviera fuera del tiempo, mientras que sólo sus efectos se insinúan en el tiempo.

Sin embargo, el libre albedrío puede estar tan tentadoramente próximo a la experiencia que muchas personas no tienen ninguna duda de que *sienten* que *toman* realmente la decisión. Personalmente, y a pesar de haberle prestado toda mi atención, nunca he logrado «captar» satisfactoriamente esta elusiva experiencia de manera inequívoca. No puedo probar que no esté allí, pero espero haber suscitado dudas suficientes en torno a ella para que dejes la puerta abierta a la posibilidad de que la *decisión misma esté fuera de la experiencia*. Nosotros sólo experimentamos realmente el preludio y las consecuencias inmediatas de la decisión, pero nunca la *toma* de una decisión. Cuando los científicos materialistas dicen que el libre albedrío es una ilusión, probablemente tengan en mente ese carácter elusivo. Aunque coincido con ellos en este aspecto particular, *no* niego la validez de la cer-

Powered by CamScanner

teza genuina subsiguiente de que *podríamos* haber tomado una decisión distinta. Mi posición aquí es sutil, así que ruego un poco de paciencia para evitar malentendidos.

Aunque soy consciente de que éste es el elemento más complejo de toda mi argumentación –al basarse más en la introspección que en la lógica–, *sostengo que el libre albedrío es la causa primera de todos los movimientos de la mente; el libre albedrío del único sujeto de toda la existencia. El libre albedrío nunca se puede experimentar directamente: es la fuerza impulsora detrás de la experiencia y, por lo tanto, nunca es una experiencia en sí misma.* Pero podemos *inferir* su existencia de la *sensación retroactiva del libre albedrío* que tenemos inmediatamente *después* de *tomar* una decisión. Esta sensación de libre albedrío es, por decirlo así, el «eco» de la causa primera reverberando dentro de nuestras estructuras psíquicas.

El libre albedrío es la «energía mental» que pone a la membrana de la mente en movimiento. De algún modo está relacionado con la noción empírica de la «energía psíquica» de la psicología analítica.[9] Siendo así, puede desempeñar dos papeles: (a) hacer vibrar la membrana, y (b) reconfigurar la topografía y la topología de la membrana, creando respectivamente protuberancias y bucles doblados sobre sí mismos con varias formas. Adviértase que las vibraciones y las contorsiones topográficas/topológicas son fundamentalmente una y la misma cosa: movimientos de la membrana. La diferencia entre ellas es sólo relativa: las vibraciones son movimientos más bien rápidos y repetitivos, mientras que las reacomodaciones topográficas/topológicas son movimientos más bien lentos y discretos. De esta manera, *fundamentalmente hay un solo proceso desplegándose bajo la influencia de la causa primera: el movimiento de la mente.* Podemos *interpretar* este singular proceso, para facilitar la

Powered by CamScanner

visualización, como una aleación de vibraciones y contorsiones topográficas/topológicas.

No se debería considerar la causa primera como otro elemento ontológico primario separado del medio de la mente, *sino como una propiedad intrínseca del medio de la mente*. Su energía es la energía mental inherente al medio, del mismo modo que los físicos consideran hoy que el universo posee cierta cantidad inherente de energía física. Lo que ocurre es que el medio de la mente lleva consigo el potencial de mover. Si no fuera así, no habría experiencia. El medio de la mente sigue siendo el único elemento ontológico primario de toda la existencia, ya que él solo concreta la causa primera.

Una implicación de lo que acabo de sostener es que el libre albedrío es fundamentalmente inexplicable, pues se trata de un proceso que no podemos experimentar directamente. Esto puede sonar a excusa. Pero si el término tiene algún significado, *el libre albedrío no ha de tener ninguna explicación, pues de otro modo no sería libre*. Una explicación siempre conlleva una cadena de causa y efecto que se despliega en el fenómeno que se está explicando. Si el libre albedrío se pudiera explicar, consistiría en el mero despliegue de la causalidad, lo cual contradice el significado del término. Por lo tanto, el libre albedrío es, *por definición*, algo que no se puede explicar ni modelar. Mi manera de encajar la noción del libre albedrío en la metáfora de la membrana es, por lo tanto, coherente y consistente con su significado. De hecho, la metáfora incluso explica *cómo* es posible que el libre albedrío sea verdaderamente *libre*, aportando algo de sentido a lo que de otro modo sería una abstracción escurridiza.

Powered by CamScanner

Restricciones topográficas/topológicas autoimpuestas

Si lo que pone en movimiento a la membrana de la mente es el libre albedrío del único sujeto de toda la existencia –esto es, la membrana misma–, entonces debería ser capaz, en principio, de ajustar libremente su realidad experiencial de acuerdo con sus deseos, simplemente vibrando en armonías más apropiadas. Pero nosotros, puntos de vista localizados de esta única mente, experimentamos sobre todo *limitación*. El sello distintivo de la vida humana, más que la experiencia que *podemos* tener, parece ser toda la carga de experiencias que deseamos pero que *no podemos* tener. O, peor aún, las experiencias que tememos pero que no podemos evitar. Las pautas y regularidades representadas por las leyes de la física también ponen firmes limitaciones a lo que las experiencias pueden desplegar (no puedes volar agitando los brazos) e incluso imponen otras experiencias con independencia de nuestra voluntad (si saltas de una ventana, caerás). De algún modo, la limitación surge de la flexibilidad ilimitada para crear la experiencia.

Al contrario de lo discutido anteriormente, esto no es una paradoja. Se le puede encontrar un sentido. Como hemos visto, hay un solo proceso activo en la mente: el *movimiento*. Con objeto de entender este proceso, resulta útil dividirlo en *vibración* y *reconfiguración estructural*. Ahora bien, cuando la mente adquiere cierta estructura local en forma de una protuberancia o un bucle, esta estructura define los *modos particulares de vibración* que soporta. En otras palabras, cada estructura local puede vibrar según ciertas pautas, *pero no según otras*. Hay, por lo tanto, un sentido en el cual un aspecto del movimiento de la mente –a saber, la reconfigu-

Powered by CamScanner

ración estructural– crea limitaciones y restricciones para el otro aspecto del movimiento de la mente –a saber, la vibración–. *Cuando estos dos aspectos son tomados juntos como un solo proceso del movimiento, no hay limitación. Pero tomados por separado, como subprocesos diferentes, un subproceso limita al otro.*

Es de justicia decir que, cuando la mente se reconfigura a sí misma estructuralmente, el *movimiento* correspondiente de la membrana es registrado, sin duda, como una experiencia. Pero esto debe ocurrir únicamente de manera muy suave y lenta, ya que no vemos a personas y a animales –las *imágenes parciales* de estas estructuras mentales– cambiar de forma o envejecer en un instante. La experiencia correspondiente ha de ser, por lo tanto, prácticamente imperceptible. Sin embargo, cuando cierta configuración estructural se establece, limita los modos de vibración que soporta en su interior. Por lo tanto, *la mayoría de las experiencias vitales están vinculadas a modos de vibración sustentados por estructuras particulares de la membrana de la mente*. Dado que nuestros egos no son nada salvo esas estructuras, nuestras vidas parecen caracterizarse en mucho mayor medida por la *limitación* que por la libertad experiencial.

No obstante, esta limitación es sólo una ilusión generada por la localización de la mente: sólo existe desde la perspectiva de la estructura psíquica humana, no desde la perspectiva del proceso global unificado del movimiento mental. *Al explorar su propia libertad de movimientos, la mente en general termina creando estructuras locales a través de su superficie. Y entonces, como consecuencia directa de este acto de libertad creativa, surgen limitaciones locales en cuanto a los modos de vibración que soporta cada estructura.* Lo que se nos aparece como limitación es en realidad *un resultado natural y necesario* de la expresión de la libertad creativa.

Powered by CamScanner

De hecho, si la más amplia membrana de la mente permaneciera plana, su estructura sólo soportaría pautas limitadas de vibración, análogas a las mostradas en la figura 10 (pág. 181). Es precisamente contorsionándose en múltiples configuraciones estructurales locales como la mente crea una variedad ilimitada de pautas localizadas de vibración, ampliando en gran medida la riqueza de la experiencia, que de otro modo no sería posible. Por lo tanto, desde el amplio punto de vista de la membrana en general, todo el proceso es un medio para crear variedad y diversidad. *La limitación local es la expresión de la libertad global.* Es una lástima, aunque del todo natural y probablemente inevitable, que nosotros, psiques limitadas, «perdamos contacto» con la visión más amplia. De otro modo nos ahorraríamos mucha tristeza y ansiedad.

¿Puede el ego trascender sus limitaciones?

Postular que la causa primera –la acción energética del libre albedrío– está centralizada en algún lugar o distribuida de manera desigual sobre la membrana de la mente requeriría nuevos supuestos injustificados. Por el contrario, debemos considerar que el libre albedrío es una propiedad distribuida uniformemente por toda la membrana de la mente. Pero entonces podrías preguntar: «Si el libre albedrío se distribuye de manera uniforme, ¿lo tiene el ego? Y dado que el libre albedrío se aplica tanto a la vibración como a la reconfiguración estructural, ¿por qué el ego no puede cambiar su propia estructura a voluntad?». Si el ego pudiera hacer tal cosa, la psique sería capaz de trascender el espacio, el tiempo y la realidad empírica como un todo.

Powered by CamScanner

¿Quién no querría algo así? Sin embargo, no muchos de nosotros parecen capaces de hacerlo. ¿Qué es lo que falla entonces?

Lo primero que debemos considerar es que el ego, cuya imagen parcial, como hemos visto, son procesos neuronales de ciclo cerrado en el cerebro, está alojado en una estructura mayor –a saber, el resto del cuerpo– que *no* está bajo el pleno control de la voluntad egoica. Puedes moverte y emplear tu cuerpo dentro de ciertos límites, pero no, por ejemplo, volverte más alto o delgado a voluntad, o parar el dolor con una orden, o evitar toda enfermedad, etcétera. De hecho, *el resto del cuerpo es una imagen parcial de lo «inconsciente personal» –esto es, de la protuberancia subyacente–, no del bucle egoico* per se. Por eso decimos que «tenemos» un cuerpo, en vez de decir que «somos» un cuerpo. Que esté alojado en este cuerpo plantea severas restricciones relativas a los límites del ego: hasta dónde puede llegar, incluso en principio, para modificarse a sí mismo mediante el ejercicio de su propia voluntad egoica. Además, el cuerpo mismo –incluyendo el ego– está alojado en una región aún más amplia de la mente que llamamos el universo. Esta región más amplia opera según pautas y regularidades –esto es, las «leyes de la naturaleza»– que también están fuera del control de la voluntad egoica. Así, el abanico de posibilidades que tiene el ego para modificarse a sí mismo es, para empezar, limitado, ya que está insertado en un contexto que no puede controlar plenamente y que impone estrictas restricciones relativas a los límites del ego mismo.

Dicho esto, hay evidencias de que ciertas personas *pueden* desarrollar capacidades psíquicas más allá de lo ordinario. Hay evidencias de que algunos de nosotros *podemos* adquirir lo que la cultura ha venido en llamar «iluminación»: un estado de la mente que permite ver una realidad más pro-

Powered by CamScanner

funda, más allá de las habituales limitaciones egoicas. Hay evidencias de que algunos *somos capaces* de trascender la plaga de las neurosis egoicas. Y no cabe duda de que a muy pocos de nosotros no nos gustaría lograrlo. Así que ¿por qué no todos tenemos esa capacidad?

Aquí está la respuesta: el ego *son* las pautas limitadas de la vibración que conlleva cierta estructura de bucle. El ego *son* las pautas del pensamiento, del sentimiento y de la percepción que surgen dentro de esta estructura particular. Así pues, es justo decir que *el ego es la estructura*. Por lo tanto, desde la perspectiva del ego, cambiar demasiado la estructura significa *morir*, en la medida en que implica cesar de ser lo que se es. Aunque en principio debería tener la libertad para llevar a cabo esta acción, el ego no quiere. *Precisamente porque tiene libre albedrío, no quiere*. Para no sufrir, quizá a menudo pienses que deseas ser «diferente», pero eso no significa que tu ego quiera convertirse en algo distinto. Lo que *realmente* quieres es detener el sufrimiento como *tú mismo*, no abandonar tu actual sentido de la identidad. ¡Después de todo, no ayuda si es *otro* el que deja de sufrir!

Otro aspecto que se ha de considerar es hasta qué punto se puede alterar la estructura egoica sin que esta alteración se convierta en el proceso que llamamos muerte física. Al fin y al cabo, sabemos empíricamente que la estructura psíquica –cuya imagen parcial es el cuerpo, incluyendo el cerebro– es un sistema muy delicado. Un cambio significativo en la estructura egoica entrañaría un cambio significativo en la imagen que llamamos cerebro. Y todos sabemos que un cambio demasiado significativo en esa imagen –me abstendré aquí de descripciones gráficas– se correlaciona con la muerte física. En otras palabras, grandes perturbaciones en la *imagen parcial* que llamamos cerebro reflejan grandes perturbaciones en el «remolino» de la psique (¿recuerdas?),

Powered by CamScanner

tal vez hasta el punto de que no podría mantenerse por más tiempo a sí misma y se disiparía.

Así pues, ¿significa todo esto que la mayoría de nosotros estamos condenados a la prisión egoica, con todas sus trampas y servidumbres, hasta la muerte física? No necesariamente.

El ego no tiene ningún problema en hacer uso de su libre albedrío –su porción de la energía mental de la causa primera– para intentar mejorar sus propios pensamientos y sentimientos. Al fin y al cabo, todos queremos tener mejores sentimientos y pensamientos más elevados, *sin dejar de ser quienes somos*. En la metáfora, esto corresponde a elegir en qué modos de vibración, entre los muchos sustentados por su estructura de bucle, quiere vibrar el ego. Esto no implica ninguna reconfiguración estructural y, por lo tanto, ninguna amenaza para el ego. Todo lo que está tratando de hacer es convertirse en la mejor versión de *sí mismo* que puede llegar a ser. La lectura de este libro tal vez refleje un intento por parte de tu ego de hacer precisamente eso.

Pero ahora un efecto interesante e inesperado se cuela en la imagen, fuera de la pantalla de radar del ego: *las vibraciones pueden afectar dramáticamente a la configuración de las estructuras donde se producen*. El puente Tacoma Narrows original es un claro ejemplo: después de que las vibraciones resonantes hicieran su trabajo, el puente acabó teniendo un aspecto algo diferente. De hecho, en teoría siempre hay pautas resonantes de vibración que pueden cambiar e incluso destruir cualquier estructura que las aloje.[10]

Por lo general, uno dispersa su energía mental excitando múltiples modos de vibración que *interfieren* en el bucle egoico. Las vibraciones resultantes, por lo tanto, nunca alcanzan niveles disruptivos: las diferentes pautas se anulan parcialmente entre sí. Sin embargo, cada bucle egoico tiene la libertad y la voluntad potencial, *dentro de los modos de*

Powered by CamScanner

vibración a los que está vinculado, de canalizar su energía en una sola pauta resonante. Cuando uno enfoca sus pensamientos y sentimientos de esta manera, no hay cancelación, sino una *acumulación creciente* de vibración. El resultado es similar al continuo empleo de toda nuestra fuerza para empujar un columpio al ritmo adecuado: al final ocurrirá algo perturbador (y no querrás que haya un niño sentado en el columpio en ese momento), como ocurrió con el puente Tacoma Narrows original.

Aun cuando el ego aplique su libre albedrío para excitar únicamente vibraciones –no reconfiguraciones estructurales–, el proceso terminará por alterar la estructura de la psique individual. Y cuando lo haga, la psique tendrá una *nueva* estructura y, por lo tanto, ¡sustentará *nuevos modos de vibración*! Sin intención de hacerlo directamente, el ego se habrá transformado en algo distinto. Que este cambio sea positivo o negativo depende del proceso. La energía mental se puede concentrar en ciertos modos de vibración, por ejemplo a través de la meditación. En este caso, los cambios tienden a ser positivos *por designio*, dado que el individuo elige dónde poner el foco. Pero en otros casos, como en un trastorno obsesivo-compulsivo (TOC), el refuerzo puede que no vaya en la dirección deseada.

Si estas consideraciones son correctas, nuestros pensamientos y sentimientos individuales pueden cambiar potencialmente nuestras estructuras psíquicas y alterar el conjunto de restricciones a las que por lo general están vinculadas nuestras experiencias. Dado que los cerebros son *imágenes parciales* de estas estructuras, es imaginable que nuestros pensamientos y sentimientos puedan cambiar la anatomía y el «cableado» de nuestros cerebros, un efecto que la neurociencia ha venido en llamar «neuroplasticidad autodirigida». Ciertamente, hay una sólida evidencia empí-

Powered by CamScanner

rica de que este efecto ocurre. Por ejemplo, se han realizado experimentos en los cuales pacientes de TOC han sido capaces de alterar físicamente su propia anatomía cerebral y «cableado» neuronal –curándose ellos mismos– limitándose a concentrar sus pensamientos.[11] Otros estudios han arrojado resultados análogos.[12]

Tal y como comenté en mi anterior libro *Rationalist Spirituality*, es difícil dar sentido a esos resultados desde la perspectiva del materialismo, que termina recurriendo a explicaciones artificiales y promisorias. Como ha expuesto el Dr. Jeffrey Schwartz, del Instituto de Neuropsiquiatría de la UCLA, «la exigencia de que los datos se comprendan únicamente desde la perspectiva de los mecanismos causales basados en el cerebro es una restricción severa y contraria a la intuición».[13] En contraste, el efecto observado resulta natural y explicable de manera muy intuitiva bajo la interpretación idealista descrita en este libro.

La membrana y las leyes de la física

Por fin estamos preparados para dar un paso importante: el intento de reconciliar nuestra metáfora idealista de la membrana con nuestra comprensión actual de las leyes de la física. Después de todo, las pautas y regularidades de la naturaleza captadas por la física son hechos empíricos; no pueden ser negadas. Cualquier visión idealista del mundo ha de reconocer y ser capaz de integrar de manera coherente estas pautas y regularidades en su marco ontológico. En otras palabras, la física debe conservar *todo el sentido* bajo nuestro idealismo. Y no cabe duda de que con la metáfora de la membrana vibratoria la física tiene todo el sentido. Veamos cómo.

Powered by CamScanner

La física actual sufre una suerte de trastorno de personalidad escindida: implica dos modelos muy diferentes y conflictivos de la naturaleza. El primer modelo, denominado «modelo estándar» de la física de partículas, explica el mundo microscópico de las moléculas, átomos y partículas subatómicas. El segundo modelo es la «relatividad general» de Einstein, que explica el mundo macroscópico de las lunas, planetas, estrellas y galaxias. Se ha verificado que los dos modelos son correctos en sus respectivos dominios, con un grado exquisito de confianza y precisión. Y nuestra comprensión implica que ambos deberían aplicarse en todo tiempo y lugar. En otras palabras, la relatividad general debería aplicarse a escala atómica y el modelo estándar a escala cósmica.

El problema estriba en que ambos modelos se contradicen mutuamente. No pueden ser simultáneamente verdad en todas partes.[14] Por lo tanto, es obvio que hay algo equivocado o incompleto en nuestra comprensión actual de la física. El mismo Einstein murió tratando de resolver este problema: tratando de unificar la relatividad general con la física subatómica. Fracasó.[15] Pero en torno a los años ochenta se descubrió una prometedora nueva vía.

Como hemos visto, el modelo estándar implica una desconcertante variedad de «bloques de construcción fundamentales» para explicar la naturaleza: docenas de partículas subatómicas fundamentales, cada una considerada un elemento ontológico primario por méritos propios. En otras palabras, las partículas subatómicas fundamentales del modelo estándar son irreductibles: son lo que son porque así es la naturaleza. El gran conocimiento adquirido a principios de los ochenta fue el siguiente: podemos imaginarnos que cada partícula subatómica fundamental es, de hecho, una *cuerda vibratoria* inimaginablemente pequeña. Las partícu-

Powered by CamScanner

las manifiestan propiedades o comportamientos diferentes simplemente porque *sus cuerdas subyacentes vibran según modos diferentes*. Algunos modos de vibración crean la propiedad de la masa, otros la del giro, la de la carga eléctrica, etcétera. De esta manera, el único elemento ontológico primario de la naturaleza son las cuerdas mismas. Todas las partículas se pueden reducir a cuerdas que vibran de modos diferentes.[16] *El universo entero se supone que es una suerte de sinfonía generada por la vibración de cuerdas fundamentales. Todo es vibración.*

Hasta 1995 surgieron problemas y contradicciones en las muchas tentativas matemáticas para dar sentido a este modelo vibratorio de la realidad. Pero entonces se produjo un descubrimiento: una nueva teoría postuló que, en vez de incontables cuerdas idénticas pero separadas –una por cada partícula subatómica–, todo nuestro universo estaba hecho de *una única membrana que vibra en diez dimensiones espaciales*.[17] El «margen de maniobra» –esto es, los grados de libertad– que proporcionaban estas diez dimensiones era requerido por el modelo matemático con objeto de acomodar suficientes modos de vibración para dar cuenta de toda la variedad de fenómenos de la naturaleza. De las diez dimensiones exigidas por las matemáticas, sólo podemos ver tres. Las otras siete se postulan como invisibles. Las cuerdas originales se ven ahora como pequeñas *secciones* de esta membrana universal cuyas vibraciones hacen surgir toda la existencia. La teoría se llamó «teoría M», donde «M» puede referirse a «membrana». Es la vanguardia de la física en el presente.[18]

Las correspondencias entre la teoría M y la membrana vibratoria de la mente son obvias. Pero no debemos olvidar que la mayoría de los físicos son realistas y, por lo tanto, *interpretan* que la membrana existe objetivamente, fuera

Powered by CamScanner

y con independencia de la mente. Sin embargo, el modelo matemático de la teoría M no implica esa interpretación ontológica: se limita a modelar los modos de vibración de la membrana. Por lo tanto, *sostengo que la membrana de la teoría M no es más que ciertos aspectos de la membrana vibratoria de la mente*. Lo que hacen los teóricos de esta hipótesis es modelar las pautas y regularidades de *algunas* de las dinámicas de la mente: aquellas que asociamos con el mundo empírico «exterior». Pero ignoran el resto de las dinámicas de la membrana de la mente: las pautas vibratorias que corresponden a nuestro mundo interior de sentimientos, conocimiento, pasión, etcétera, así como la suma total de lo «inconsciente» personal y colectivo.

Como he argumentado, una nueva visión del mundo no necesita contener una nueva física. Sólo necesita proporcionar un marco para una nueva *interpretación* de la física existente. Al tomar la membrana hiperdimensional de la teoría M para representar aspectos del *medio de la mente*, confío en hacer precisamente eso.

Llegados a este punto es necesario hacer algunas observaciones. La teoría M no es una teoría completa, en el sentido de que su elaboración matemática aún no se ha completado. Las dimensiones adicionales requeridas agravan el problema de manera significativa y los físicos necesitan tiempo para resolverlo. Otra crítica que se le hace a menudo a la teoría M es que no es una teoría propiamente científica. El aspecto discutido aquí es la *falsabilidad*: cualquier teoría científica propiamente dicha debe hacer predicciones *únicas* que se puedan verificar empíricamente y que o bien confirmen, o bien falsen la teoría. Pero la mayoría de las predicciones de la teoría M son idénticas a las del modelo estándar y a las de la relatividad general, *como deben serlo*, ya que las predicciones de ambos, del modelo estándar y la

Powered by CamScanner

relatividad general, se han confirmado profusamente por vía experimental. Las pocas predicciones que son específicas de la teoría M no parecen caer dentro de las posibilidades de la verificación experimental en un futuro previsible.[19] Así, muchos científicos proclaman, con buenos motivos, que la teoría M no es falsable; que, en el mejor de los casos, sólo se puede demostrar que es internamente consistente.

Sea como fuere, el asunto aquí es que la teoría M ofrece una vía para resolver una contradicción fundamental en la física. Ya sea una teoría falsable o no, *potencialmente puede dotar de sentido a algo que hoy sabemos que es inconsistente: el modelo estándar y la relatividad general no pueden ser correctos simultáneamente*. Uno no debería subestimar la importancia de esto. Y resulta que la manera más prometedora de resolver esta contradicción es imaginar que todos los fenómenos empíricos son *las vibraciones de una membrana en diez dimensiones espaciales; una misteriosa correspondencia con la membrana de la mente mediante la cual podemos explicar el ego y lo «inconsciente»*.

La teoría M se centra en modelar las pautas y las regularidades del mundo empírico. En otras palabras, modela sólo *nuestras percepciones compartidas de un entorno común: los modos de vibración de la membrana más amplia que resuenan con todos los bucles humanos egoicos*. Ignora las pautas vibratorias idiosincráticas que surgen dentro de cada ego, así como lo «inconsciente». Así pues, la membrana de la teoría M captura sólo algunos aspectos de la membrana vibratoria de la mente. Las matemáticas de la teoría M sólo modelan una *parte limitada de las dinámicas de la mente*. Deja al margen el tapiz de la emoción, la pasión, el discernimiento, etcétera. Aunque *podemos* importar todas las matemáticas de la teoría M a la membrana de la mente, esto no resuelve el problema por completo, sino sólo una parte.

Powered by CamScanner

Tal vez un día los físicos y los psicólogos se dejen inspirar por la colaboración entre Carl G. Jung y Wolfgang E. Pauli[20] y se den cuenta de que ambos están abordando aspectos diferentes de exactamente el mismo problema: los físicos intentan modelar los movimientos de la mente correspondientes al denominado «mundo exterior», mientras que los psicólogos tratan de comprender los movimientos de la mente correspondientes al denominado «mundo interior». *Ambos campos están trabajando con diferentes modos de vibración de la membrana de la mente.* El día en que nuestra élite intelectual se dé cuenta de ello será el día en que desaparezca el «difícil problema de la consciencia», ya que su carácter artificial se volverá evidente por sí solo.

El papel de las metáforas

Ahora estarás pensando que, en la visión idealista del mundo desarrollada en este libro, la membrana vibratoria de la mente no es más que una metáfora. La membrana de la teoría M, por otra parte, debería ser algo real, concreto, y no sólo una metáfora.

Bien, es correcto que la membrana de la mente es sólo una metáfora. Después de todo, como ya hemos argumentado, el medio de la mente en sí mismo no puede conocerse directamente porque es aquello que conoce. *¡Pero la membrana de la teoría M es también sólo una metáfora!* La única realidad que podemos observar son supuestamente las oscilaciones de esta membrana. La membrana en sí misma está más allá de la verificación empírica. Los físicos hablan de una membrana simplemente porque han encontrado una *correspondencia de forma* –un isomorfismo– entre las pautas de la vibración de una abstracta membrana imaginaria

Powered by CamScanner

moviéndose con rapidez en diez dimensiones espaciales y los fenómenos observados en el laboratorio. En otras palabras, la realidad se comporta *como si* hubiera una membrana subyacente a todo. Esto no quiere decir necesariamente que haya *literalmente* una membrana ahí fuera. Es una herramienta modeladora, una metáfora, incluso una ficción conveniente.

Hablando de manera más general, cuando los físicos postulan entidades o campos más allá de la observación directa sólo están creando modelos metafóricos. En la filosofía de la ciencia, esta visión general se llama *antirrealismo* y es una visión bastante bien aceptada.[21]

Emplear las palabras correctas

Para concluir este capítulo, definamos finalmente, con más precisión, qué significan diversas palabras en el contexto de la visión del mundo que ya ha quedado expuesta en gran medida en el presente volumen:

Mente: se refiere al medio de toda existencia en cuanto fenómeno subjetivo, así como a su propiedad inherente del libre albedrío. En este libro, la mente se ha visualizado metafóricamente como una corriente de agua, un océano de mercurio y una membrana de papel de aluminio hiperdimensional.

Consciencia: sinónimo de mente.

Libre albedrío: la causa primera y la «energía» que pone a la mente en movimiento. El libre albedrío es una propiedad irreductible de la mente, distribuida uniformemente. No se puede explicar en términos de causalidad.

Experiencia: un movimiento particular de la mente. Las cualidades de una experiencia quedan determinadas por la

Powered by CamScanner

pauta de este movimiento. En este libro hemos visualizado metafóricamente los movimientos de la mente como ondulaciones, ondas y vibraciones.

Contenidos de la mente: un conjunto de experiencias.

Información: sinónimo de experiencia. La información sólo surge de un contraste entre estados diferentes, como encendido y apagado, blanco y negro, cero y uno, etcétera. De manera similar, la experiencia sólo surge de un movimiento de la mente que crea un contraste entre configuraciones diferentes, como el combado hacia arriba y hacia abajo de la cuerda de la figura 9 (pág. 179). Ambos términos, por lo tanto, son isomórficos. Adviértase también lo intuitivo que resulta equipararlos: si no hay información, ¿qué hay para experimentar? El filósofo David Chalmers llegó a especular una vez con la posibilidad de que la experiencia consciente estuviera intrínsecamente asociada a la información.[22] Su extensa argumentación corrobora la equivalencia propuesta aquí.

Consciencia despierta: una forma autorreflexiva de la aprehensión consciente. Cuando eres consciente de una experiencia, no sólo tienes la experiencia, también sabes que estás teniendo la experiencia. Naturalmente, la consciencia despierta es ella misma una forma especial de la experiencia, así que puedes ser consciente de que eres consciente... de ser consciente de algo.

Pensamiento: un tipo particular de experiencia que surge de manera autónoma dentro de una estructura psíquica individual.

Percepción: un tipo particular de experiencia dentro de una estructura psíquica individual, pero que originalmente surge fuera de la estructura psíquica. La percepción es generada y modulada por pautas de vibración que proceden del amplio medio de la mente. Estas vibraciones más am-

Powered by CamScanner

plias inyectan información similar en múltiples estructuras psíquicas.

Lo inconsciente: en realidad no existe. La palabra es una designación errónea para contenidos de la mente que no están (suficientemente) amplificados porque caen fuera de las protuberancias o bucles doblados sobre sí mismos en la membrana de la mente.

Adviértase que la elección de palabras en casos como éste es siempre algo arbitraria. Podría haber elegido palabras diferentes para designar los conceptos que acabo de describir. *El elemento clave son los conceptos, no mi particular elección de las etiquetas.* Por ejemplo, puedes sentir que términos como «consciencia despierta», «mente» o «pensamiento» deberían ser empleados de manera distinta. A fin de cuentas, otros autores les asignan significados diferentes. Puedes incluso pensar –tal vez correctamente– que mi definición de estos términos no hace justicia al empleo mayoritario. Admito que mi elección quizá no sea óptima, pero lo he hecho lo mejor que he podido para alcanzar un compromiso equilibrado. Lo que pido es que no juzgues los *conceptos* sobre la base de sus *etiquetas*, ni malinterpretes mi argumentación asignando implícitamente a las palabras un significado diferente al que yo he pretendido atribuirles.

A veces autores diferentes pueden tratar de decir exactamente lo mismo, pero su respectiva elección de las palabras conduce a contradicciones aparentes. Para darte un ejemplo ilustrativo de los peligros del empleo de las palabras, considera lo siguiente: algunos autores de tendencia zen, a los que respeto, pueden decir que la «mente es irreal», lo que aparentemente contradice el punto central de este libro. Sin embargo, dado el significado que parecen asignar a las palabras «mente» e «irreal», en realidad podrían estar tratando de llegar a la misma conclusión que yo. *A lo que*

Powered by CamScanner

ellos llaman «mente» yo lo llamo «pensamiento»: un movimiento de la mente que surge de manera autónoma dentro de una psique individual. Y dado que bajo el idealismo no hay una «teoría de la verdad como correspondencia», ningún pensamiento posee anclaje alguno en una realidad fuera de la mente. Lo que mis compañeros de tendencia zen pueden querer decir con la afirmación «la mente es irreal» es que «ningún pensamiento corresponde a una realidad fuera de la mente». ¡Y esto es del todo consistente con el mensaje del presente libro! ¿Ves lo sutiles y peligrosas que pueden llegar a ser las palabras cuando se sacan de contexto?

Te animo a que mires más allá de las etiquetas cuando consideres las ideas de este libro a la luz de una bibliografía más amplia.

Powered by CamScanner

Capítulo 7

Reinterpretar la realidad

El núcleo de la visión idealista del mundo que se desarrolla en este libro se ha expuesto en los capítulos anteriores. Lo que queda por hacer es reinterpretar la realidad y los fenómenos de la vida y de la naturaleza a la luz de lo argumentado. Si toda la realidad está en la mente, ¿tiene todavía sentido hablar de un pasado cosmológico y de un *big bang*? ¿Qué son la vida y la muerte? Si el cuerpo es una imagen de un proceso en la mente, ¿por qué un cadáver permanece –al menos temporalmente– en la realidad consensuada después de la muerte física? ¿Qué pensar de las realidades paralelas, de la idea de un alma, de los fantasmas y apariciones, de los estados alterados de consciencia y de los fenómenos psíquicos desde la perspectiva de nuestra nueva visión del mundo? En este capítulo trataremos de estos y de otros temas.

Powered by CamScanner

La membrana despierta: una historia cosmológica

Me gusta imaginar la historia cosmológica de la mente como sigue:[1] en el comienzo de todo, la membrana de la mente estaba en reposo. Ni se movía ni vibraba. Su topografía y topología eran tan simples como es posible: una membrana completamente plana sin ninguna ondulación, protuberancia o bucle de ningún tipo. Así pues, no sólo no había ninguna autorreflexión, sino tampoco experiencias, dado que la experiencia consiste en vibraciones de la membrana. Sólo existía un abismo infinito de vacío experimental; la naturaleza dormía profundamente y sin sueños. Sin embargo, ese vacío infinito no era *nada*, pues el *potencial para algo* era inherente a él.

En algún momento, una parte de la membrana se movió, como con un espasmo involuntario. Al instante, este movimiento fue registrado por el único sujeto de la existencia como una *experiencia* muy leve. Resulta significativo que una experiencia concrete su propio sujeto –es decir, le confiera existencia–. La membrana se dio cuenta en ese momento de que había *algo*. No es difícil imaginar que esa comprensión condujera a una suerte de sorpresa y agitación que de inmediato se tradujo en más movimientos espasmódicos, en más experiencias. Al poco, la membrana de la mente estaba vibrando como si hirviera. Y cuanto más vibraba, mayor era la agitación y más se incrementaban las vibraciones, etcétera, en una reacción en cadena de experiencia creciente. La metáfora de una gran explosión y una expansión inflacionaria –un *big bang*– no parece aquí tan inapropiada.

Pero como no había bucles en el medio de la mente, tampoco había una consciencia despierta autorreflexiva. La exis-

Powered by CamScanner

tencia seguía siendo un confuso torbellino de experiencias instintivas en el que el sujeto estaba inmerso. El sujeto *era* su propio flujo incontrolable de pasiones e imágenes, sin capacidad alguna para sustraerse a él y reflexionar sobre lo que estaba ocurriendo; sin capacidad alguna para encontrar un sentido a su propia situación. Como un hombre asustado en medio de un campo de fichas de dominó gigantes en precario equilibrio, el sujeto no era consciente de que era su propio movimiento instintivo entre las fichas caídas lo que causaba que cayeran en número creciente. El único sujeto de la existencia era aún prisionero de su propio desarrollo instintivo. Amor, odio, felicidad, terror, color y oscuridad se transformaban unos en otros de manera incontrolable, como una tormenta. Pero todo seguía siendo uno.

En algún momento, las sacudidas de la membrana causaron que una pequeña parte de su superficie se doblara sobre sí misma y apareciera un bucle hueco. De repente, hubo un indicio de una consciencia despierta autorreflexiva. Y con eso bastó: en la mente surgió por vez primera la idea de «yo soy». Y las cuestiones «¿qué soy yo?» y «¿qué está ocurriendo?» se siguieron de inmediato. Se produjo un *despertar* fundamental y se descubrió un *creod*: una vía de desarrollo hacia la consciencia despierta autorreflexiva. A partir de entonces llevaron la voz cantante un refinamiento y una expansión todavía algo caóticos de ese *creod*. Doblamientos y bucles comenzaron a emerger por todas partes a lo largo y ancho de la membrana, en un precario intento por replicar y expandir el acontecimiento original. Y hoy aún podemos estar viviendo ese proceso.

Los críticos del idealismo a menudo se preguntan por qué las mentes conspirarían para urdir la evidencia empírica del relato del *big bang* y de toda la historia cosmológica que precedió al advenimiento de la consciencia, pues se supone

Powered by CamScanner

que todo ha estado siempre solo en la mente. Esta crítica, por descontado, es falaz desde el principio al considerar que es necesario algún tipo de conspiración o acuerdo entre mentes separadas: sólo hay un medio de la mente del que derivan en última instancia todas las observaciones empíricas. Otra noción falaz de esta crítica es la idea de que la mente *surgió* en algún punto de nuestro pasado cosmológico. Da por supuesto que la mente surgió en organizaciones particulares de la materia en algún momento, lo cual es un axioma del materialismo. Bajo el idealismo, sin embargo, fue la materia la que surgió en la mente como una modalidad particular de la experiencia. La mente nunca surgió, porque siempre estuvo allí. Por lo tanto, la crítica se basa en múltiples premisas falaces. Así que la cuestión que plantea carece de sentido.

No obstante, sigue mereciendo la pena considerar la intuición básica que subyace a esta crítica mal concebida: ¿por qué sugieren las pautas y regularidades de la experiencia, por extrapolación, un complejo pasado que precede a la consciencia despierta autorreflexiva? La respuesta podría ser la propia historia cosmológica imaginada más arriba: hubo, en efecto, un pasado en el que la mente aún no tenía bucles o pliegues. La *imagen parcial abstraída* de este pasado cosmológico, tal y como queda reconstruida por el ego humano de acuerdo con los símbolos preferidos de una cultura o período particulares, adopta la forma de un *big bang*, o una colisión de membranas hiperdimensionales en la teoría M,[2] o la separación del padre Cielo de la madre Tierra,[3] entre muchos otros mitos de la creación.[4] De hecho, cualquier informe histórico de un remoto pasado cosmológico es, en esencia, un *símbolo* autorreferencial en la mente para la misma historia de la mente. Es una *imagen* –una metáfora– más o menos útil construida por la psique, basada

Powered by CamScanner

en su propia *interpretación y extrapolación* de las pautas y regularidades que puede observar empíricamente.

¿Tiene alguien todas las respuestas?

Una noción ubicua en muchas religiones y tradiciones espirituales es la idea de que, aunque nosotros, los seres humanos, somos ignorantes y estamos confusos mientras vivimos inmersos en la escuela de la vida, hay seres superiores que poseen todas las respuestas a los misterios de la existencia. Estos seres están supuestamente *fuera* del juego: se limitan a mirar, sabiéndolo todo, mientras nosotros pasamos por las pruebas de la educación. Y –así se cree también– hay un *plan*, o currículo, para todas nuestras tribulaciones. Así pues, se supone que la locura de la vida es sólo aparente, porque hay un gran orden subyacente a todo. Cuando morimos físicamente, se cree que nuestras almas son bienvenidas por esos seres y reciben entonces las respuestas que no hemos podido averiguar nosotros solos por las malas en el transcurso de la vida.

Está claro que no es una narrativa que nos conforte y tranquilice. Pero ¿es verdad? No puedo responder, porque sinceramente no creo conocer la respuesta. Lo que sí puedo hacer es ofrecer algunos pensamientos y consideraciones relevantes en el contexto de la narrativa.

Es imaginable que otras estructuras psíquicas capaces de tener un ego en el tejido de la mente, correspondientes a bucles más amplios que tal vez presenten una topografía o topología más compleja, ya hayan acumulado conocimientos y comprensiones que superan con creces nuestras posibilidades como seres humanos. De hecho, la simple probabilidad muestra que esto no es sólo imaginable, sino

Powered by CamScanner

lo más probable. Sin embargo, es una cuestión enteramente diferente que la existencia de estos seres implique que haya respuestas a todas las cuestiones que *nosotros* tenemos. Nuestra filosofía puede ser más completa que la de las ballenas o los elefantes, pero ¿tenemos respuestas a las cuestiones que se plantean las ballenas y los elefantes? ¿Podemos intuir siquiera esas cuestiones? ¿Hacen nuestras propias percepciones que las percepciones de ballenas y elefantes sean redundantes? No sabiendo mucho de las realidades en las que viven, no me atrevo a responder afirmativamente a estas preguntas.

La estructura psíquica humana define nuestra realidad experiencial determinando qué modos de vibración resuenan con nosotros. Para que la estructura psíquica de otro ser capaz de tener un ego pudiera entender todas *nuestras* cuestiones y formular preguntas que tuvieran sentido para *nosotros*, debería sustentar como mínimo todos los modos naturales de vibración que sustenta la estructura psíquica humana. La probabilidad de algo así no es necesariamente elevada. Y si estos seres existieran de algún modo, da la sensación de que considerarían nuestra existencia redundante: cualesquiera conocimientos que en potencia pudiéramos añadir a la mente, a través de nuestras muchas tribulaciones, para empezar ya estarían en la mente. Además, si estos seres pudieran comunicarse con nosotros, ¿por qué no iban a decirnos simplemente todas las respuestas? ¿Por qué dejarían que pasáramos tantos sufrimientos mientras nos esforzamos en encontrar las respuestas por las malas?

Creo que no deberíamos ignorar la posibilidad de que, en la fase actual del despliegue universal, *nadie en parte alguna* tenga todas las respuestas.[1] Somos la expresión de la mente en su intento por dar sentido a lo que está ocurriendo. Que este intento aún se encuentra en un estado algo caótico

Powered by CamScanner

parece claro echando un vistazo a la historia contemporánea. Somos el mismo proceso que intentamos comprender y controlar. Tal vez haya seres que sepan *más* de lo que nosotros sabemos, pero no necesariamente seres que sepan *lo que* nosotros sabemos, así que nuestras contribuciones son originales.

La vida, la muerte, el amor y el mal son todos parte del potencial inherente a la mente. Que muchos de nosotros se rebelen contra ciertos aspectos de la existencia es también parte integral de la mente en su intento por encontrar un sentido a su propia naturaleza y potencial. ¿Por qué los seres humanos sufren y mueren? ¿Por qué existe el mal? ¿Por qué hay tanta desigualdad e injusticia? Tal vez nadie lo sepa realmente. Tal vez estemos todos yendo todavía de acá para allá, derribando cosas torpemente en nuestra lucha, mientras las fichas de dominó caen por todas partes a nuestro alrededor. Y es posible que *sólo nosotros* tengamos la oportunidad de encontrar un sentido a esto a medida que avanzamos por la vida. En cualquier caso, ¿qué podemos hacer aparte de intentar comprender lo que está ocurriendo?

Adviértase, sin embargo, que si esta posibilidad resulta ser cierta, *¡entonces nuestras vidas están llenas de sentido de la manera más fuerte que cabe imaginar!* Esto implica que no somos simples estudiantes obligados a buscar en vano, por las malas, respuestas ya conocidas por otros. Al contrario, *somos investigadores a la vanguardia del conocimiento*. No estamos recibiendo conocimiento, sino generándolo. Nuestro sufrimiento no es en vano: es una parte de lo que ocurre cuando tratamos de averiguar qué está ocurriendo, porque nosotros *somos* lo que está ocurriendo. Somos como un médico desesperado que realiza *en sí mismo* una cirugía exploratoria –sin anestesia– para descubrir cómo funciona su cuerpo y, con suerte, poder dominarlo. Pero el médico

Powered by CamScanner

siente cada corte de su bisturí y cada pellizco de sus pinzas. En su agonía, le tiembla el pulso y a veces –tal vez demasiadas veces– corta más de lo necesario.

Somos el caos, el desorden, la sangría y la injusticia. Somos la armonía, el gozo, la salud y la compasión. Somos toda la obra, pero todavía no entendemos cómo y *por qué* se desarrolla de la manera en que lo hace. Somos una fuerza impersonal de la naturaleza –como un volcán o una supernova– revolviéndose violentamente por el desasosiego mientras se despierta. La existencia está destinada a ser devastada, por la misma razón por la que puedes caerte de la cama si te revuelves violentamente en un estado semidespierto.

Vida, alma y cuerpo

Según la visión del mundo desarrollada en este libro, no hay un alma separada del cuerpo. Sólo hay movimientos de la mente. Por lo tanto, *el cuerpo es una imagen parcial en la mente de un proceso de la mente*. El proceso en cuestión es una forma de autolocalización de la consciencia, del mismo modo que un remolino es un proceso de autolocalización del agua. En el lenguaje común llamamos *vida* a este proceso de autolocalización. Así, el final de la vida implica la disolución del remolino, la disolución de la imagen del cuerpo. La consciencia no deja de existir, sino que se deslocaliza y fluye más libremente. La imagen del cuerpo desaparece exactamente de la misma manera que un remolino cuando el agua deja de fluir en círculos. El agua no deja de existir; simplemente comienza a fluir sin restricciones.

Pero aquí hay un pequeño problema. Si el cuerpo es una imagen de un proceso de localización de la consciencia,

Powered by CamScanner

entonces cuando ese proceso se detiene también tendría que desaparecer la imagen, de igual modo que el remolino. *Pero después de morir un cuerpo todavía permanece un tiempo en la realidad empírica*, siendo ésta la razón de que celebremos entierros, cremaciones y otros rituales similares. El cuerpo no desaparece al instante como el remolino. ¿Cómo es posible? La vieja metáfora dualista del alma no se ve afectada por este problema: dado que el alma habita en el cuerpo, no hay contradicción en el hecho de que un cuerpo quede atrás una vez que el alma lo ha abandonado, de igual modo que una casa se queda atrás cuando sus ocupantes la abandonan. ¿Quiere esto decir que el dualismo es una visión del mundo mejor que la desarrollada en este libro?

Lo cierto es que no. El problema aquí, como es habitual, radica en que sin darnos cuenta hacemos suposiciones realistas en un contexto idealista. Sí, el cuerpo es meramente la imagen parcial de un proceso, al igual que el remolino. *Pero esa imagen no existe en una suerte de realidad objetiva fuera de la mente. La imagen misma existe en la mente.* Por lo tanto, la cuestión correcta es: ¿en qué parte de la mente existe la imagen de un cuerpo? Cuando ves mi cuerpo, *mi imagen del cuerpo existe en tu estructura psíquica.* Cuando miro mi propio cuerpo, mi imagen del cuerpo también existe en *mi* estructura psíquica. Tras mi muerte física, mi estructura psíquica –al menos la parte correspondiente al ego– se deshace, de modo que la imagen de mi cuerpo no puede seguir existiendo en ella. *Pero nada impide que la imagen de mi cuerpo siga existiendo –esto es, por un tiempo– en tu estructura psíquica y en otras partes del medio de la mente.*

Alan Watts hablaba de un cadáver como de un eco *residual* de algo que la mente ya no está haciendo.[6] De hecho, como se discutió en el capítulo 4, la imagen del cuerpo

Powered by CamScanner

corresponde a ondulaciones impresas por un remolino de la mente en la corriente más amplia, que terminan por penetrar en otros remolinos. Una vez que la fuente de las ondulaciones –esto es, el remolino original– se ha desvanecido, las ondulaciones que habían quedado impresas mantienen algo de impulso fluyendo en el amplio medio de la mente, donde pueden continuar penetrando en los restantes remolinos. Estas ondulaciones ya no pueden ser renovadas por nuevas excitaciones de la fuente original, de modo que al final se desvanecen. La imagen parcial de este desvanecimiento es la descomposición física, la putrefacción.

La analogía con el eco es casi perfecta: un eco persiste como ondulaciones de aire después de que la fuente original haya dejado de emitir el sonido, pero su impulso se desvanece lentamente con la ausencia de nuevas excitaciones. Se vuelve más débil y distorsionado, y termina por desaparecer. Los intentos de preservar un cadáver se pueden entender como técnicas para mantener el impulso del eco. Puede ocurrir que uno intente conservar las ondulaciones existentes entrando en el amplio medio de la mente incluso después de que su fuente original se haya desvanecido. La imagen parcial de este proceso en nuestra percepción ordinaria es la momificación, el embalsamamiento, etcétera.

El cadáver es sólo un eco, pero el cuerpo viviente es inherente a la estructura psíquica de la misma manera que las llamas, como una imagen, son inherentes a la combustión. El cuerpo viviente no es una simple morada del alma, sino una imagen verdadera –aunque *parcial*– de la entidad consciente. No es un caparazón artificial o una barrera distorsionadora que oculta y encubre una entidad interna, sino la manera auténtica en que se manifiesta la entidad consciente en la realidad consensuada. Así pues, no carece de validez pensar en una persona según su imagen física: la imagen física es

Powered by CamScanner

tan honesta para la entidad consciente como las llamas para la combustión. Sin embargo, es ridículo pensar en la imagen física como la historia *completa* de una persona, del mismo modo que es incorrecto pensar que las llamas son todo lo que hay en la combustión. Exploremos algo más este último aspecto.

Imágenes parciales

A lo largo de este libro he insistido en calificar nuestra percepción ordinaria de los fenómenos de la naturaleza como imágenes *parciales*. Por ejemplo, he insistido en que el cuerpo es una imagen *parcial* de los procesos de localización de la consciencia. La razón para ello ya se ha discutido en el capítulo 2: no tenemos absolutamente ningún motivo para creer que la evolución favoreciera un sistema nervioso capaz de capturar una visión completa y no distorsionada del mundo, sino todo lo contrario. En los capítulos 4 a 6, esta argumentación se ha verificado bajo un marco idealista: no todas las ondulaciones o vibraciones del amplio medio de la mente pueden penetrar en la psique. Con la metáfora de la membrana vibratoria, por ejemplo, sólo los modos de vibración que resuenan con la estructura del bucle egoico son percibidos por el ego. Todo lo demás se descarta en el proceso de filtrado.

Por lo tanto, lo que llamamos realidad consensuada no es más que una visión parcial de lo que en verdad está ocurriendo. Las restricciones ordinarias de espacio y tiempo –esto es, nuestra incapacidad para vislumbrar y revivir el pasado– son ellas mismas consecuencias del proceso de filtrado. ¿Cuánto es descartado? Imposible decirlo. Pero es del todo razonable esperar que *la mayor parte* de lo que está ocurriendo per-

Powered by CamScanner

manezca invisible para el ego. Así pues, el cuerpo que vemos podría ser tan sólo una proyección pequeña y aplanada de algo mucho más complejo. Este complejo «hipercuerpo» se correspondería con el patrón completo de vibración emitido por la estructura psíquica en la membrana más amplia de la mente; esto es, el conjunto completo de las ondulaciones impresas por un remolino en la corriente. Pero por lo común no podemos ver el patrón completo porque nuestras estructuras egoicas sólo resuenan con ciertos modos de vibración.

Con estas consideraciones en mente, no deberíamos esperar que podamos encontrar alguna vez, en el cerebro humano, correlatos neuronales específicos e inequívocos para cada uno de los aspectos de la experiencia subjetiva. Las pautas de la actividad cerebral que podemos medir son, como el resto de la naturaleza, imágenes *parciales* de los procesos mentales que representan. Cuando miremos el cerebro activo de una persona, siempre encontraremos correspondencias entre lo que vemos ahí y las experiencias subjetivas contadas por la persona. Pero lo que vemos no es la historia completa. Simplemente no hay motivos para esperar que alguna vez descubramos un mapeo uno a uno completo, detallado, entre cada cualidad de cada experiencia y un parámetro específico de la actividad cerebral mensurable.

Detrás de cada fenómeno –desde los cerebros hasta el rayo, desde el fuego hasta las galaxias– vemos que puede haber procesos insondablemente más complejos, ricos y matizados que las imágenes parciales que somos capaces de aprehender. El ego no puede ver la realidad empírica como lo que realmente es. Si esto es correcto, entonces la ciencia –al menos tal y como la conocemos hoy– nunca será capaz de encontrar una conclusión causal completa. En otras pala-

Powered by CamScanner

bras, la ciencia nunca será capaz de explicar cada fenómeno de la naturaleza –no sólo en principio, sino en detalle– sobre la base de lo que podemos medir comúnmente. Como argumenté en mi anterior libro *Meaning in Absurdity*, siempre habrá misterios sin explicación, piezas que faltan del rompecabezas.

Estados alterados de consciencia

Lo que acabamos de discutir suscita cuestiones interesantes: ¿podemos hacer algo para ver más de lo que *realmente* está ocurriendo?, ¿podemos alterar de algún modo nuestras estructuras psíquicas para que el proceso de filtrado descarte menos elementos de la realidad?, ¿podemos deslocalizar de algún modo, parcial y temporalmente, nuestra consciencia con objeto de trascender las restricciones ordinarias de espacio y tiempo?

Como hemos visto en el capítulo 6, el ego es incapaz de alterar directamente su propia estructura topográfica/topológica porque *es* esa estructura. Tiene un reflejo de autoconservación análogo a nuestra incapacidad de, digamos, aguantar la respiración hasta morir o asfixiarnos con nuestras propias manos. Pero no todos los cambios en la estructura del bucle egoico necesitan ser iniciados por el ego mismo: la amplia membrana de la mente, correspondiente a lo «inconsciente colectivo», no se identifica con el ego y, por lo tanto, no está vinculada a ningún reflejo egoico de autoconservación. Lo mismo cabe decir de las protuberancias correspondientes a nuestro «inconsciente personal» (cuyas imágenes parciales, excepto por las partes de nuestros cerebros activos que corresponden al ego, son el resto de nuestros cuerpos físicos). Así, las dinámicas de

Powered by CamScanner

lo «inconsciente» pueden alterar fundamentalmente la estructura del ego de cualquiera, de igual modo que una tormenta puede causar daños en tu casa con independencia de que te guste o no. Son sólo manifestaciones impersonales de una fuerza de la naturaleza. Cuando esto ocurre, el ego afectado percibirá estos cambios no como si fueran una acción propia, sino como una intervención externa que les es impuesta. Experiencias místicas espontáneas, las llamadas «abducciones»[7] y ciertos tipos de agudos colapsos mentales –por ejemplo, algunos de aquellos que el psiquiatra Stanislav Grof ha llamado «emergencias espirituales»–[8] se pueden considerar casos de una interferencia vibratoria repentina desde lo «inconsciente». Algunas dolencias psíquicas crónicas –como ciertos tipos de demencia, neurosis y psicosis– tal vez reflejen una incursión más gradual de lo «inconsciente». Incluso podría pensarse que afecciones físicas mundanas del cerebro –como infecciones, inflamaciones, aneurismas, etcétera– se originan en lo «inconsciente personal». En muchos de estos casos, las alteraciones de la estructura psíquica se pueden ver, como una imagen parcial, en forma de cambios anatómicos o funcionales en el cerebro.

Hay también técnicas para alterar deliberadamente –aunque de manera temporal– la propia estructura psíquica: pensemos en las drogas psicoactivas, la hiperventilación, las ordalías, las centrifugadoras de fuerza g, la estimulación magnética transcraneal y otros procedimientos discutidos en el capítulo 2. Permiten a un ego audaz evitar su propio reflejo de autoconservación con objeto de debilitarse temporalmente. Dudo en emplear la alegoría siguiente, pero es la más clara y evocadora de todas: con estas técnicas un ego puede asfixiarse parcialmente a sí mismo con una soga, en vez de intentarlo en vano con sus propias manos. La soga permite al ego evitar su propio reflejo de autoconservación.

Powered by CamScanner

Todas estas técnicas tienen algo en común: debilitan el bucle egoico y, por lo tanto, reducen la autorreflexión. Uno podría visualizarlo como una apertura o un aflojamiento temporal y parcial del bucle: las superficies reflejadas opuestas ya no se confrontan de manera óptima. Las pautas vibratorias han dejado de reflejarse de manera óptima y la amplificación correspondiente se ha reducido. *La amplificación autorreflexiva menor reduce el nivel de ofuscación y permite que los contenidos, que de otro modo serían «inconscientes», se vuelvan discernibles; una suerte de eclipse egoico que permite a las estrellas ser visibles al mediodía.* Bajo un escáner funcional del cerebro, como hemos visto, la imagen parcial de este proceso es una reducción de la actividad cerebral, lo que corresponde al aflojamiento del bucle egoico. De hecho, el estudio mencionado anteriormente sobre las sustancias psicodélicas (como la psilocibina) muestra que gran parte de la reducción observada en la actividad cerebral se produce en la «red neuronal por defecto»,[9] un área del cerebro asociada al ego.

Los ejemplos de experiencias transpersonales no locales discutidos en el capítulo 2 se pueden explicar como se ha descrito anteriormente: un aflojamiento o debilitamiento del bucle egoico, que reduce la ofuscación y, a su vez, permite que contenidos «inconscientes» se vuelvan discernibles. La precognición, la clarividencia, la telepatía y todas las modalidades de fenómenos psíquicos también podrían explicarse de la misma manera.

¿Qué ocurre en realidad después de la muerte?

La respuesta simple es: nadie vivo lo sabe. Pero podemos hacer inferencias bien fundamentadas de lo poco que sabe-

Powered by CamScanner

mos sobre la vida. De hecho, la metafísica discutida en este libro se puede extrapolar tentativamente al estado después de la muerte.

Es razonable asumir que *el proceso mental que llamamos muerte física «hace que lo inconsciente se vuelva más consciente», ya que elimina una fuente de ofuscación: a saber, el bucle egoico.* Al fin y al cabo, la muerte física es la imagen parcial del proceso por el cual se desenmaraña el bucle egoico. Por lo tanto, es razonable esperar que nos lleve a *recordar* todo lo que ya sabemos pero no podemos rememorar. Desde la perspectiva del ego, esto puede parecer como si recibiéramos toda índole de nuevas respuestas. *Pero fundamentalmente no añadiría ningún conocimiento original a la mente.* La sensación de novedad aquí es la mera ilusión de un ego sufriendo su disolución. Una vez que el ego se ha ido y se ha recordado todo, la sensación de novedad desaparecerá. Una manera de imaginarnos esto es lo que ocurre cuando nos despertamos de repente después de un intenso sueño nocturno: durante unos segundos, estamos asombrados por recordar quiénes somos realmente y qué está ocurriendo («¡oh, es un sueño!, ¡mi vida real es diferente!»). Mientras estamos aún semidormidos, registramos este recuerdo como un conocimiento *novedoso* acerca de nosotros y de lo que *realmente* está ocurriendo. Pero la sensación de novedad se desvanece en cuanto regresamos al estado consciente habitual. Al fin y al cabo, continuamos sabiendo lo que ya sabíamos de todos modos pero habíamos olvidado durante el sueño. *La única verdadera novedad eran las experiencias del sueño*, no lo que recordamos al despertar. Tal vez la vida y la muerte sean por entero análogas al sueño y al despertar respectivamente.

La cuestión, por supuesto, es si la consciencia despierta autorreflexiva desaparece completamente con la muerte físi-

Powered by CamScanner

ca. Esto depende de los detalles topográficos y topológicos de la estructura psíquica humana, que son desconocidos. Si el ego es el único bucle en la estructura psíquica humana, entonces la muerte física elimina toda autorreflexión. Pero es posible que la estructura psíquica contenga un bucle subyacente, parcial y no tan firmemente cerrado por debajo del bucle egoico. Digo esto porque muchas experiencias cercanas a la muerte parecen sugerir que cierto grado de autorreflexión e identidad personal sobreviven a la muerte.[10] En este caso, el ego sería un bucle estrecho encaramado sobre otro bucle parcial. Si suponemos que la muerte física implica la disolución de sólo el bucle egoico superior, entonces nuestra conciencia despierta «recaería» en el bucle parcial subyacente, manteniendo cierto grado de autorreflexión. El resultado sería un mayor acceso a lo «inconsciente» –debido a una menor ofuscación–, pero manteniendo un sentido de la identidad separada. Esto, por supuesto, es sumamente especulativo.

Aun cuando el ego fuera el único bucle de nuestra estructura psíquica, seguiría habiendo otra vía interesante de especulación en lo que respecta a la conservación de una forma de identidad en el estado después de la muerte. Hacia el final de su vida, Jung comparó el cuerpo físico con la parte visible de una planta cuando crece en primavera, mientras que el núcleo del individuo sería la raíz (rizoma), que permanece invisible y bajo tierra.[11] La analogía de Jung se puede vincular estrechamente con la metáfora de la membrana: la raíz es la protuberancia subyacente que se corresponde con lo «inconsciente personal». Esta protuberancia, podemos especular, permanece en gran medida invisible en la realidad ordinaria consensuada porque su «huella» vibratoria en la membrana más amplia es descartada en gran medida por el proceso de filtrado que lleva a cabo el ego. El cuerpo físico que vemos se correspondería con sólo una

Powered by CamScanner

pequeña porción de la protuberancia, cuya mayor parte permanecería invisible. El ego está en la parte visible de la planta, que surge en primavera y muere en invierno. Su imagen parcial en la realidad consensuada ordinaria son procesos neuronales de ciclo cerrado en el cerebro.

La muerte física no implica necesariamente la completa *disolución* de la protuberancia subyacente, sino tal vez sólo la de algunas partes periféricas junto con el bucle egoico. A lo largo de la vida, las experiencias egoicas podrían filtrarse –a través de la resonancia– en lo «inconsciente colectivo» y acumularse allí. De esta manera, nuestra historia personal –un elemento clave para nuestra identidad como individuos– también podría sobrevivir en gran medida a la muerte. Si esto es así, entonces la muerte física tal vez nos retrotraería al mundo de lo «inconsciente personal»: el mundo de nuestros recuerdos y sueños. Pero eliminaría la consciencia despierta autorreflexiva, de modo que quedaríamos inmersos en el sueño sin ser capaces de pensar críticamente acerca de lo que está ocurriendo y no podríamos plantearnos preguntas como: «¿Qué está ocurriendo?», «¿cómo he acabado aquí?». Simplemente reviviríamos nuestros recuerdos y atravesaríamos nuestro propio paisaje onírico más allá del tiempo, el espacio e, incluso, la lógica.

Entre todas estas especulaciones, creo que sólo se puede afirmar una cosa con gran confianza: la muerte física *no* implica el final de la consciencia, puesto que la consciencia es el tejido de toda la existencia. Además, es razonable esperar que la muerte física reduzca la autorreflexión y, como consecuencia de ello, incremente nuestro acceso a contenidos de lo «inconsciente» debido a la menor ofuscación. Este último punto es otro indicio de la utilidad de la vida ordinaria: nos proporciona una mayor capacidad para reflexionar acerca de la existencia y de nuestra condición en ella.[51]

Powered by CamScanner

El asunto de los fantasmas y apariciones es muy delicado. Cualquier tratamiento apropiado de esta materia requiere una definición muy precisa de lo que se quiere decir con las palabras «fantasma» y «aparición». Muchos imaginan a los fantasmas como entidades cuasi físicas que pueden interaccionar con la materia en el espacio-tiempo de manera similar a un cuerpo físico: empujando objetos, haciendo ruidos, dando pasos, etcétera. Según la visión del mundo desarrollada en este libro, tal concepción de los fantasmas es difícil –si no imposible– de sustentar. Me voy a permitir extenderme sobre el asunto.

Como hemos visto, la participación de una estructura psíquica en la realidad consensuada es un proceso que tiene una imagen: un cuerpo físico. La concepción y el nacimiento son las imágenes de las fases tempranas del proceso por el cual una protuberancia de la mente altera su configuración de modo que resuene con las pautas vibratorias más amplias correspondientes a la realidad consensuada. La muerte es la imagen de la fase final del mismo proceso. Por lo tanto, esperar que una estructura psíquica participe en la realidad consensuada sin pasar por la concepción y el nacimiento, o sin tener un cuerpo físico correlacionado, es como esperar una combustión sin llamas, una descarga eléctrica atmosférica sin rayo, o una coagulación sin coágulos. *El cuerpo es simplemente la imagen de la participación.* Es difícil ver, por lo tanto, cómo o por qué uno debería esperar que una imagen diferente –a saber, un fantasma o una aparición– se asocie a una estructura psíquica interaccionando físicamente dentro de la realidad consensuada.

Esto no quiere decir, sin embargo, que entidades vivientes no puedan comunicarse de algún modo con estructuras

Powered by CamScanner

diferenciadas en el tejido de la mente que (ya) no participan en nuestra realidad consensuada. Al fin y al cabo, toda comunicación es un proceso de resonancia. Una persona muerta podría ser una mera estructura diferenciada que ya no resuena con las pautas de vibración que llamamos el mundo empírico. *Pero aún seguirá resonando con otras pautas.* La cuestión, entonces, es si una persona viva puede sintonizar, a través de estados alterados de consciencia, con las pautas vibratorias emitidas por una persona fallecida. No parece imposible, aunque continuar especulando al respecto sólo se justificaría si hubiera suficiente evidencia empírica para demostrar que el fenómeno existe.

La idea de que la comunicación con los difuntos –si es que ocurre– ha de establecerse a través de alguna forma de resonancia mental, en oposición a la manifestación (cuasi) física del difunto en la realidad consensuada, es apoyada por las conclusiones de uno de los mayores expertos en la materia: el profesor Erlendur Haraldsson. En su libro *The Departed Among the Living* [Los difuntos entre los vivos], Haraldsson dice: «Así pues, sólo puede haber una conexión cognitiva o telepática entre las personas vivas y los muertos. La persona fallecida moldea la percepción en la mente de la persona viva».[13]

Culturas tradicionales

Es asombroso cómo las culturas tradicionales de todo el mundo parecen haber sido sistemáticamente no materialistas. Los nativos norteamericanos, las grandes culturas de América Central y del Sur, los indios amazónicos (como los zuruahás mencionados en el capítulo 1), los aborígenes australianos, las tribus siberianas y africanas, etcétera, todos

Powered by CamScanner

sostuvieron –y la mayoría aún sostienen– sólidas visiones no materialistas del mundo. Hoy nos explicamos casualmente esta circunstancia con la arrogante suposición de que nuestra civilización occidental es filosóficamente superior y sabe más. Las culturas tradicionales –nos gusta pensar– estuvieron, y siguen estando, infestadas de superstición e ignorancia. Sin embargo, sospecho que esta explicación es demasiado simple y fácil. Descarta la cuestión en vez de responderla. Después de todo, si el materialismo es realmente cierto, cuesta ver por qué seres humanos idénticos a nosotros desde un punto de vista anatómico han insistido, a lo largo de miles de años, en basar toda su cultura y sociedad en creencias que nunca han tenido un fundamento empírico.

Me atrevo a ofrecer aquí una explicación distinta. A diferencia de todas las culturas tradicionales, la civilización occidental ha alcanzado un grado de progreso tecnológico y social que permite niveles sin precedentes de salud física y comodidad. Comemos más que bien, vivimos en casas climatizadas, nos movemos en vehículos protegidos, desarrollamos tratamientos eficaces para numerosas enfermedades crónicas, etcétera. En cambio, los miembros de las sociedades tradicionales estaban a menudo expuestos al clima, a la malnutrición, a un esfuerzo físico extremo y a dolencias crónicas. Sugiero que tal nivel de exposición debía de comprometer lo suficiente la función cerebral para inducir estados alterados de consciencia de manera regular. Para decirlo en pocas palabras, las personas de estas culturas estaban regularmente expuestas a lo que ellas mismas llamaban «el otro mundo», una parte de la realidad que es desechada por el cerebro si funciona con normalidad. Sus experiencias trascendentes no locales no debían de ser personales e idiosincráticas, sino que estaban validadas a un nivel colectivo, ya que la mayoría de los miembros de la sociedad también

Powered by CamScanner

las experimentaban. Esa manera de compartir las experiencias trascendentes aseguraba en la mayoría de las culturas tradicionales el establecimiento de una ontología no materialista como la visión oficial del mundo. Su ontología no se basaba en la superstición, sino en una observación *empírica* compartida, registrada a partir de entonces de acuerdo con imágenes alegóricas y narrativas propias de cada cultura.

En Occidente, el acceso espontáneo a esas experiencias trascendentes se ha vuelto casi imposible. Los estados alterados de consciencia ya no tienen un impulso colectivo, pues nuestras vidas protegidas aseguran niveles óptimos de actividad y función cerebrales. Los casos aislados de personas que tienen experiencias trascendentes no locales son comparativamente escasos y muy distantes entre sí, lo suficiente para ser tratados como anomalías descartables. A esto se debe, en primer lugar, que lo más plausible para nosotros sea adoptar una visión materialista de la naturaleza.

Adviértase que, incluso en Occidente, las visiones del mundo no materialistas eran la norma antes de los avances tecnológicos y sociales que tanto han mejorado nuestra salud y comodidad. Los europeos medievales vivían en un mundo mágico poblado por hadas, elfos, ángeles y demonios. Si uno se remonta en la historia hasta la época del antiguo Imperio romano, o incluso antes, la visión del mundo que prevalecía entre los europeos era el paganismo, casi la antítesis del materialismo.

Realidades paralelas y consciencia inclusiva

La realidad experiencial en la que vivimos depende de nuestras estructuras psíquicas: las pautas de vibración de la membrana más amplia que resuenan con nuestras estruc-

Powered by CamScanner

turas psíquicas determinan nuestras experiencias empíricas compartidas. Así, sería concebible que hubiera seres capaces de tener un ego cuyas estructuras psíquicas fueran tan diferentes de las nuestras que ninguna pauta de vibración de la membrana más amplia pudiera resonar tanto con sus estructuras psíquicas como con las nuestras. Nuestros mundos respectivos, por lo tanto, serían enteramente distintos y estarían separados. Además, sería imaginable que ninguna de las pautas vibratorias que estos seres transmitieran a la membrana más amplia de la mente resonara con nuestras estructuras psíquicas, y viceversa. Por lo tanto, no seríamos capaces de percibir nada sobre su existencia, como tampoco ellos percibirían nada acerca de nosotros. A efectos prácticos, estos seres no ocuparían el mismo marco espacio-temporal que nosotros. Estaríamos viviendo en *realidades paralelas*.

Es divertido especular con la posibilidad de que haya seres conscientes cuyo mundo esté separado del nuestro pero tan cerca que, a través de un estado ligeramente alterado de la consciencia, podamos establecer un grado de resonancia –una forma de comunicación– con él. Las tradiciones del mundo están llenas de referencias mitológicas que podrían encajar en este escenario: hadas, elfos, genios, nixes, gnomos, silfos, grises, ángeles, demonios, etcétera.

La visión del mundo desarrollada en este libro ofrece otra manera de especular con la existencia de realidades paralelas. Imagina que una región de la membrana de la mente se diferencia en dos pasos. En un primer paso, un área *grande* de la membrana sobresale según cierta topografía que sustenta pautas específicas de vibración. Llamemos *estructura base* a esta primera protuberancia. En un segundo paso, *múltiples* estructuras psíquicas –cada una correspondiente a un ser consciente– sobresalen a su vez de la *estructura base*. Hay,

Powered by CamScanner

por lo tanto, un sentido en el que los modos específicos de vibración sustentados por la estructura base determinan la realidad empírica –la física– compartida por las estructuras psíquicas que sobresalen de ella: cualesquiera modos de vibración que no estén sustentados por la estructura base no pueden ser parte de la realidad empírica de los respectivos seres conscientes. Cabe imaginar incontables estructuras base en la membrana más amplia de la mente que contuvieran sendas realidades paralelas particulares, con una física y una lógica distintivas e internas. Todo nuestro universo podría ser sólo una de esas miríadas de estructuras base.

Es interesante advertir que, como cualquier protuberancia, *una estructura base es ella misma una entidad consciente con su propio «inconsciente»*. De esta manera, todo nuestro universo podría ser la imagen parcial de una entidad consciente: un *Anima Mundi* o un demiurgo platónico. De modo similar, dado que el cuerpo humano es una suerte de microcosmos compuesto por billones de células vivas individuales, el mismo razonamiento se puede aplicar a su propio nivel: tu cuerpo tal vez sea la imagen parcial de una estructura base de la que emergen billones de protuberancias de nivel microbiano. En este caso, tu cerebro correspondería a un segmento de esta estructura base que se ha doblado sobre sí mismo, dando lugar a un ego «unido» al amplio microcosmos de tu cuerpo. Finalmente, lo que es aplicable tanto al nivel cósmico como al humano también puede serlo a niveles intermedios: tómese, por ejemplo, la hipótesis «Gaia» de James Lovelock, según la cual nuestro planeta es un organismo vivo que se autorregula.[14] La Tierra sería entonces la imagen parcial de una estructura base de la que emergen todas las protuberancias de plantas y animales.

La idea general que subyace a todas estas especulaciones es que las estructuras de membrana pueden emerger de

Powered by CamScanner

otras estructuras de membrana de manera inclusiva: protuberancias que surgen de protuberancias que, a su vez, surgen de protuberancias, y así sucesivamente, como fractales. Los grados de libertad con los que la topografía de la mente podría organizarse a lo largo de estos niveles incluidos unos en otros –los matices, detalles y complejidades de la organización– trascienden, casi por definición, nuestra capacidad humana para visualizarlos. Así pues, la metáfora de la membrana es formidable en su potencial capacidad explicativa.

Powered by CamScanner

Capítulo 8

Reflexiones finales

En este capítulo me gustaría compartir algunas ideas acerca de la visión del mundo que he expuesto en esta obra y de su relación con el estado actual de nuestra cultura. En cierto sentido, es una crítica personal del resto del libro. Los aspectos que intentaré demostrar son sutiles y podrían malinterpretarse fácil y desfavorablemente. Además, el tono intuitivo del capítulo se presta a ser tachado de vago, en detrimento del libro en su conjunto. Sin embargo, creo que sus potenciales beneficios superan los riesgos. Después de todo, no estoy intentando ganar un concurso de belleza, sino transmitir ideas de la manera más honesta y abierta posible. El juez, si hay alguno, lo eres sólo tú.

Antes de entrar en las partes más delicadas y matizadas, comencemos por lo más sencillo.

Complejos disociativos

Una idea central de este libro es la noción de que segmentos localizados de la mente en su totalidad pueden

Powered by CamScanner

verse inmersos en la ilusión de ser separados del resto de la membrana más amplia. La ilusión nace de la amplificación autorreflexiva de ciertos contenidos mentales en detrimento de otros. El ego se vuelve ciego a la membrana más amplia de la mente, identificándose únicamente con los contenidos amplificados en su propio campo de autorreflexión.

Sin embargo, hablando de ello con amigos, he podido comprobar que algunos no se sienten cómodos con esta idea. Les parece contraintuitivo que segmentos diferentes de *la misma mente* puedan llegar a convencerse de que son entidades separadas. Después de todo, experimentamos nuestras propias psiques principalmente como espacios mentales unificados singulares. Es difícil para la mayoría de las personas imaginar que sus psiques pueden romperse en identidades aparentemente separadas e independientes. Por lo tanto, ¿cómo podría ocurrir eso en la mente en general?

Pero *nosotros sabemos con certeza empírica que la fragmentación de la psique humana en múltiples identidades aparentemente separadas ocurre todo el tiempo*. De hecho, la psicología nos informa de innumerables casos del fenómeno del «trastorno de identidad disociativo», en el que una persona puede desplegar múltiples identidades y personalidades aparentemente desconectadas entre sí.[1] Cada una de estas identidades no se identifica con las otras, considerándose a sí misma una identidad separada, un centro de consciencia separado. Sin embargo, está claro que todas ellas son partes –*complejos disociativos*– de una sola psique más amplia. De algún modo, estos complejos olvidan, por una disociación, de qué forman parte. Y aunque puedan «turnarse» para manifestarse a través del sistema ego-cuerpo, hay razones para creer que existen de manera concurrente en la psique, en todo momento, viviendo vidas paralelas.[2]

Powered by CamScanner

Cuando digo que cada ser consciente es un segmento de una membrana más amplia de la mente que, de algún modo, se ve disociado de su verdadera identidad, estoy refiriéndome al mismo proceso subyacente que el de los complejos de disociación psíquicos. No hay nada que, en esencia, carezca de precedentes al respecto. Todo lo que estoy haciendo es extrapolar ese fenómeno bien conocido a un nivel transpersonal e, incluso, transespecie. *Sostengo que cada uno de nosotros es un complejo disociativo del único medio de la mente subyacente a toda la existencia.* La factibilidad de esta idea básica no requiere nada que no se sepa ya que ocurre en el espacio mental.

Hay una manera fácil de visualizar todo esto: sitúa el dedo índice en posición vertical justo delante de la nariz, casi tocándola. Sí, venga, hazlo. Verás su imagen borrosa e indefinida, incluso si lo miras bizqueando. Ahora intenta cerrar un ojo y mirarlo sólo con el otro. Aparece algo más nítido y mejor definido que antes. Míralo ahora con el otro ojo, cerrando el primero. Puedes cambiar de ojo varias veces. Advertirás que cada ojo tiene una visión completamente distinta del dedo: uno lo ve desde la izquierda, mientras que el otro lo ve desde la derecha; dos puntos de vista diferentes del mismo objeto. Ahora bien, *ambos puntos de vista son experiencias de la misma mente*, a saber: de tu psique. Digamos, por una cuestión de énfasis, que las experiencias de cada uno de tus ojos, aunque diferentes, son meros puntos de vista particulares de la misma mente. ¿Ves adónde quiero ir a parar?

Puedes notar claramente estos puntos de vista diferentes cambiándolos *en el tiempo*, esto es, alternando el ojo derecho y el izquierdo. Ahora imagina que este cambio pudiera producirse no sólo en el tiempo, sino también *en el espacio*. Esto equivaldría a una disociación de tu psique, de modo

Powered by CamScanner

que un complejo escindido experimentaría el punto de vista de tu ojo derecho, mientras que el otro complejo escindido experimentaría el punto de vista de tu ojo izquierdo, *al mismo tiempo*. Todo complejo escindido creería ser una entidad separada que observa la realidad de un dedo vertical situado frente a una nariz. De algún modo, esto es lo que creo que son nuestras psiques personales: puntos de vista particulares de una sola mente –al igual que cada uno de tus ojos es un punto de vista particular de tu psique– que se disocian en las dimensiones del espacio, en vez de cambiar de perspectiva en el tiempo.

El motivo por el que te resulta difícil ver claramente tu dedo cuando tienes los dos ojos abiertos es que tu psique intenta unir los diferentes puntos de vista de cada ojo en una sola imagen. Inténtalo de nuevo para experimentarlo: si prestas atención, puedes ver las dos imágenes superpuestas de tu dedo, lo que genera confusión. Cuando el objeto visto está lo bastante lejos, tus dos ojos ven imágenes casi idénticas, de modo que tu mente las puede reconciliar fácilmente en una imagen única compuesta. Puedes experimentarlo si alejas poco a poco el dedo de la cara, cambiando de ojo mientras lo haces, hasta que la imagen del ojo izquierdo y la del ojo derecho son casi la misma. Pero cuando el objeto está muy cerca, el ojo izquierdo y el derecho se vuelven muy diferentes y la reconciliación, contradictoria. A eso se debe que sea mejor cerrar un ojo cada vez para ver más claramente el dedo frente a la nariz: cerrar un ojo evita el precario intento de tu mente de reconciliar puntos de vista muy distintos, eliminando, por lo tanto, la contradicción aparente.

Metafóricamente hablando –de hecho, más metafóricamente que antes–, cuando la mente intenta «mirarse a sí misma» lo que obtiene son estas imágenes superpuestas tan

Powered by CamScanner

contradictorias y difíciles de reconciliar. Después de todo, la mente está muy próxima a sí misma; ¡no puede distanciarse de sí misma como tú haces al alejar el dedo de la cara! Pero, al disociarse en puntos de vista egoicos separados, la mente puede terminar obteniendo una visión de sí misma más clara y menos contradictoria –aunque más limitada–, de la misma manera que tú obtienes una visión más clara de tu dedo si cierras un ojo cada vez.

Dualismo de sustancias

La sociedad occidental moderna parece haber convergido en una dicotomía metafísica sumamente polarizada: mientras que el materialismo es el paradigma dominante en virtud de su profunda influencia en los valores y la organización de la sociedad, el *dualismo de sustancias* es visto como la única alternativa preponderante en la forma de las visiones religiosas o espirituales del mundo. Como hemos discutido anteriormente, el dualismo de sustancias es la noción de que, aparte de la materia, también hay un alma inmortal que interacciona misteriosamente con la materia. La materia y el alma son vistas como tipos diferentes y separados de «cosas», irreductibles entre sí.

Esta polarización del debate metafísico entre materialismo y dualismo de sustancias es una victoria cultural para el materialismo. Al fin y al cabo, ¿qué evidencia empírica hay para la existencia de un alma casi espectral flotando en el espacio-tiempo? ¿Es acaso la explicación más simple postular otro tipo de «cosa» que fundamentalmente trascienda toda verificación empírica? Adviértase, además, que el dualismo de sustancias también implica realismo, de ahí que no se cuestione un error clave del materialismo. En efecto, de

Powered by CamScanner

acuerdo con el dualismo de sustancias, tanto el alma como el cuerpo se supone que existen *objetivamente*, fuera de la mente. Precisamente porque el dualismo de sustancias es percibido como la única alternativa, el materialismo se ve perpetuado como la única metafísica coherente desde el punto de vista de la élite intelectual; una situación social trágica que refleja una profunda falta de imaginación metafísica.

Pero ¿acaso el dualismo de sustancias carece de todo valor?

Yo creo que sí tiene valor, pese a todo lo que acabo de decir. En cierto sentido, el dualismo de sustancias está más cerca de la realidad que el ingenuo materialismo: predice correctamente que la consciencia no termina con la muerte física e, incluso, proporciona un marco metafórico para comprender un «inconsciente personal» perdurable en la forma de un «alma» invisible. Bajo el materialismo no hay espacio para ninguna de estas cosas. Además –y me apresuro a admitirlo–, el dualismo de sustancias es mucho más fácil de asimilar que el idealismo. Ésta es la razón por la que, en el capítulo 2, empleé una metáfora dualista para presentar la «hipótesis del filtro». Así pues, está claro que hay un valor social en el dualismo de sustancias, dado el lamentable estado en el que se encuentra hoy nuestra metafísica.

Iré incluso más allá: el dualismo de sustancias puede sumarse al idealismo como una metáfora más fácil de digerir para las verdades idealistas. En otras palabras, hay una manera de interpretar los aspectos clave de la formulación idealista de este libro mediante analogías dualistas. Una de estas analogías ya ha sido mencionada en el párrafo anterior: el alma es análoga a un «inconsciente personal» perdurable. Pero podemos sistematizar aún más la analogía, ya que, de hecho, la visión del mundo desarrollada en este libro

Powered by CamScanner

incorpora cierta forma de dualidad. Me voy a permitir extenderme sobre este aspecto.

Como hemos visto, el libre albedrío es una propiedad de la mente en general. Se distribuye uniformemente a través de la membrana. Sin embargo, debido a la amplificación autorreflexiva, sólo nos identificamos con una pequeña parte de la mente. *El ego sólo reconoce como su propia voluntad el libre albedrío en acción dentro de este pequeño campo de amplificación.* La fuerza –la causa primera– que pone en movimiento el resto de la membrana de la mente es vista por el ego como ajena y completamente fuera de su control. De esta manera, todas las pautas de vibración que vienen de fuera del campo de amplificación autorreflexiva son consideradas por el ego como fenómenos externos: el «mundo exterior». Y aquí es donde nace una dualidad: *yo versus el mundo, dentro versus fuera, el «pequeño yo» versus el resto.* No es una dualidad fundamental, en el sentido de que no implica diferentes tipos de «cosas», como materia y alma. *Pero es una dualidad de la actitud mental.* Cuando la mente no se identifica con partes de sí misma, crea la entera ilusión de un mundo externo, el cual se encuentra en el corazón del realismo, del materialismo e, incluso, del dualismo de sustancias.

La imagen del cuerpo, desde luego, constituye la ilusión. El cuerpo no es sino una imagen en la mente de un proceso de localización de la mente, de igual modo que un remolino es una imagen en el agua de un proceso de localización del agua. El cuerpo no implica más que la mente y sus movimientos, exactamente de la misma manera que un remolino no implica más que el agua y sus movimientos. *Pero nosotros podemos mirar hacia abajo y ver nuestro propio cuerpo.* Aunque el ego, correspondiente a procesos de información de ciclo cerrado que fluyen en el cerebro, no se identifica

Powered by CamScanner

a sí mismo con todo el cuerpo –incluso decimos «tengo un cuerpo», en vez de «soy un cuerpo»–, reconoce el cuerpo como la *atalaya* y plataforma de sus interacciones con el mundo. Así, de hecho, todo ocurre *como si* el ego, igual que un alma, *habitara* el cuerpo. Un remolino que pudiera mirarse a sí mismo y reconocer sus propios límites también sería presa de la misma ilusión de dualidad: se vería separado del resto de la corriente de agua, incluyendo a otros remolinos vistos en la distancia pero que claramente no constituyen su propia plataforma y atalaya. Por mucho que sea una ilusión, esta dualidad es en gran medida cierta, aun cuando no lo sea *en última instancia*. Es cierta en el sentido de que, a muchos niveles, proporciona una metáfora precisa para lo que está ocurriendo. Muchas cosas ocurren *como si* fuéramos almas conscientes que habitan cuerpos físicos.

Así, podemos establecer las siguientes correspondencias entre el dualismo de sustancias y la formulación idealista de este libro: el alma se corresponde con el segmento de la estructura psíquica que puede permanecer diferenciado después de que el bucle egoico se desenrede con la muerte física, esto es, con la protuberancia subyacente de la membrana de la mente de la que surge el bucle egoico. El libre albedrío del alma corresponde a la operación de la causa primera *dentro de la estructura psíquica*. El «mundo externo» corresponde a las vibraciones de la membrana de la mente que originalmente, por la causa primera, se ponen en movimiento fuera de la estructura psíquica humana y luego penetran en ella a través de la resonancia. El cuerpo físico es la imagen parcial del proceso de reconfiguración topológica por medio del cual el alma se vuelve (más) autorreflexiva.

Con estas correspondencias en mente, me parece justo emplear metáforas dualistas cuando uno habla sobre la naturaleza fundamental de la realidad y de la identidad

Powered by CamScanner

humana. De hecho, mi primer libro, *Rationalist Spirituality*, a pesar de establecer desde un principio mi posición idealista, emplea metáforas dualistas para transmitir la mayoría de las ideas. En gran medida, las cosas funcionan *como si* las personas tuvieran un alma, separada del cuerpo y del resto del mundo, que sobrevivió a la muerte física.

¿Qué es lo que sobrevive?

Una cuestión que uno se plantea de inmediato es la siguiente: muy bien, mi consciencia sobrevivirá a mi muerte física. Pero mi ego no. Y yo me identifico con mi ego, no con los segmentos «inconscientes» de mi psique. Por lo tanto, lo que sobrevive no soy realmente yo. A efectos prácticos, en realidad moriré. ¿No es así?

La clave es separar el ego del sentido del «yo» que subyace a todas nuestras experiencias. De hecho, *la experiencia implica intrínsecamente este sentido del «yo»*: un sujeto que experimenta. Por lo tanto, el sentido del «yo» es inherente a todos los puntos de la membrana de la mente, con independencia de la topografía o topología, dado que las experiencias pueden desarrollarse en cualquier parte de la membrana. El ego, por otra parte, corresponde a una narrativa –una historia– consistente en recuerdos, autoimágenes proyectadas, valores, vínculos, construcciones conceptuales, modelos explicativos, etcétera. Corresponde al conjunto particular de modos vibratorios que se amplifica dentro del bucle egoico. Pero el *testigo* de esta historia, que termina creyendo por error que él mismo *es* la historia, no es el ego. Es ese sentido del «yo» que está distribuido por toda la membrana y es inherente a la experiencia. Podríamos llamarlo el «yo amorfo», puesto que existe incluso en ausencia

Powered by CamScanner

de todas las narrativas de las cuales surge la forma. Es un testigo sin identidad, como un recién nacido.

Hay un ejercicio mental tradicional que lo ilustra con fuerza. Consiste en preguntarte quién eres y luego ir eliminando sistemáticamente toda respuesta que se te ocurra. ¿Soy yo mi nombre? No, porque podría cambiármelo legalmente mañana mismo y ello no impediría que conservara mi sentido de la identidad. ¿Soy una profesión? No, porque podría haber estudiado algo diferente, o conseguir otro trabajo, y continuaría siendo yo. ¿Soy mi cuerpo? Bueno, si hoy perdiera un miembro o me sometiera a un trasplante de corazón, mañana mi sentido de la identidad seguiría siendo el mismo, así que esto tampoco puede ser. ¿Soy un código genético? No, porque podría tener un gemelo idéntico con el mismo código genético y yo no sería él. ¿Soy mi particular historia vital, como queda codificada en mi cerebro? Bueno, ¿acaso no tendría el mismo sentido del «yo» aunque hubiera tomado decisiones diferentes o tenido experiencias diferentes en el pasado? Y así sucesivamente. Es posible eliminar cada respuesta imaginable. La conclusión de este ejercicio es que nuestro sentido interno del «yo» es, en lo fundamental, independiente de cualquier historia con la que queramos revestirlo. Por lo tanto, es enteramente indiferenciado e *idéntico* en cada persona. Carece de forma. Este yo desvestido, desnudo, «amorfo», es inherente a la membrana de la mente en general, el único sujeto de la existencia. No sólo cada persona tiene el mismo sentido interno del «yo», sino que sostengo que todo ser consciente lo tiene: gatos, perros, peces, etcétera. En los niveles más profundos, libres de narrativa, han de sentir exactamente igual que nosotros.

Otra manera de verlo es considerar que siempre has disfrutado del mismo sentido del «yo» a lo largo de tu vida, aun cuando todo lo demás haya cambiado: tu cuerpo ha

Powered by CamScanner

cambiado, tus ideas y opiniones han cambiado, tus recuerdos han cambiado, la imagen de ti mismo ha cambiado, el mundo a tu alrededor ha cambiado, etcétera. Aunque muy pocos átomos de tu cuerpo –si es que hay alguno– sean hoy los mismos que cuando eras un niño, sigues creyendo que eres la misma persona. Esto ocurre porque ha habido una *continuidad* en el sentido del «yo» desde los tiempos en que eras un niño hasta ahora. El testigo sin forma sigue siendo el mismo. Es esta continuidad del «yo amorfo» lo que te hace pensar que eres la misma persona, aun cuando todo lo relativo a ti haya cambiado.

He aquí el aspecto clave: la metafísica desarrollada en este libro implica que hay una preservación ininterrumpida del «yo amorfo» a través del proceso que llamamos muerte. Después de todo, si este sentido interno del «yo» es inherente a la membrana de la mente, no hay razón para creer que un cambio en la topografía o en la topología de la membrana lo elimine o interrumpa. *Debe haber una continuidad de tu sentido del «yo» más fundamental incluso cuando tu ego es desmantelado y «tu historia» ya no se identifica con él.* Aunque, mientras se produce la muerte física, te darás cuenta de que no eres y nunca has sido verdaderamente las narrativas de tu ego, nunca perderás contacto con el desnudo sentido del «yo» que sientes ahora mismo. Por lo tanto, *exactamente por la misma razón por la que crees que eres la misma persona que eras de niño, sentirás inequívocamente que eres tú el que sobrevive a la muerte física.* Además, puesto que especulo con que la topografía de la mente correspondiente a lo «inconsciente personal» pueda preservarse en gran medida, es probable que aún *recuerdes* tus narrativas egoicas y tu historia personal. Sabrás exactamente quién pensabas que eras. En cierto sentido, despertarás en «casa» sin olvidar el sueño que estás teniendo ahora mismo.

Powered by CamScanner

Las palabras son etiquetas categoriales. Por ejemplo, la palabra «silla» es la etiqueta para una categoría de cosas en las que nos sentamos. Las categorías establecen diferencias relativas entre cosas. Por ejemplo, sólo tiene sentido hablar de la categoría de «silla» porque hay innumerables otras cosas que *no* son sillas: mesas, árboles, personas, planetas, estrellas, etcétera. Si todo en la naturaleza fueran sillas, entonces no tendría sentido crear la categoría de «silla», puesto que no establecería diferencias relativas entre cosas. Ciertamente, ¿por qué molestarse siquiera en emplear la palabra «silla» en ese caso? No proporcionaría información alguna. Para decirlo de forma más rigurosa, *las palabras sólo son útiles si etiquetan subconjuntos discernibles de la realidad.*

Y aquí es donde se puede hacer una crítica aparentemente válida de lo articulado en este libro: puesto que estoy argumentando que todo –absolutamente todo– es mente, ¿por qué molestarse en emplear la palabra «mente»? Se puede decir que la palabra misma carece de utilidad. En cierto sentido, cabe afirmar que mi articulación del idealismo anula la propia categoría de «mente» y le resta todo valor. Para esto, sin embargo, hay tres respuestas.

La primera respuesta no podría ser más directa: los materialistas (de hecho, todos los realistas) han inventado una categoría separada de las cosas que *no* son mente. Han inventado todo un universo de cosas y fenómenos que, supuestamente, *no* son mente. Dado que estoy defendiendo mi causa contra la suya, es del todo válido que emplee la palabra «mente» para diferenciar mi metafísica de la suya. Con esta insistencia en emplear dicha palabra pretendo dejar claro que *rechazo* el indemostrable y abstracto universo

Powered by CamScanner

de cosas y fenómenos fuera de la experiencia subjetiva que han inventado.

La segunda respuesta es algo más sutil, pero reviste mayor importancia, así que ruego un poco de paciencia. En cierto sentido, estoy haciendo hincapié en el realismo dentro del marco del idealismo al incorporar las pautas y regularidades de la experiencia empírica. De hecho, los realistas tienden a pensar en la mente como algo voluble, inestable y en gran medida sometido al control de la voluntad egoica. Al ignorar lo «inconsciente colectivo», no logran ver que la mente también puede moverse según pautas y regularidades estrictas, completamente fuera del control de la voluntad egoica. Ahora bien, al proclamar que grandes expansiones de la mente se comportan según pautas y regularidades estrictas, estoy reconociendo y poniendo un énfasis decisivo en el realismo. Las propiedades y características que por lo común atribuimos al mundo de la materia –solidez, continuidad, impulso, tangibilidad, etcétera– no son rechazadas, sino incorporadas a la dinámica de la mente como experiencias reconocidas. En otras palabras, la formulación idealista de este libro reconoce la solidez, la continuidad, el impulso y la tangibilidad de la materia en la medida en que son *experimentados*. Lo que rechaza es la noción de que estas experiencias estén causadas por cosas y fenómenos de un mundo abstracto fuera de la mente.

Por lo tanto, es justo decir que mi visión del mundo no rechaza ninguna de las propiedades o características de la materia que cualquier ser humano haya experimentado alguna vez, ya sea con instrumentación o sin ella. En realidad, no rechaza nada que sepamos acerca de la materia. Así pues, *mi metafísica, mucho más que una proclamación del dominio de la actividad mental, es un intento de eliminar la separación artificial entre la mente y la materia que ha*

Powered by CamScanner

conducido al «difícil problema de la consciencia». No obstante, prefiero seguir etiquetándolo como «idealismo» y emplear la palabra «mente», a fin de establecer un claro contraste con el paradigma materialista dominante, en particular por lo que se refiere a la supervivencia de la consciencia más allá de la muerte física. No ha lugar a la ambigüedad: mi visión del mundo implica de manera directa e ineludible que tu consciencia sobrevivirá a tu muerte física. Mi empleo de la palabra «mente» para caracterizar la naturaleza subyacente a la realidad contribuye a dejarlo claro.

Por último, la tercera respuesta: después de leer lo anterior, algunos pensarán que estoy respaldando ciertas corrientes del materialismo que proclaman que la mente es una propiedad fundamental e irreductible de los *procesos materiales*.[3] Después de todo, también implican que la materia no puede ser separada de la mente. Pero adviértase que estas corrientes materialistas del pensamiento requieren el pampsiquismo: la noción de que partículas materiales inanimadas o sus disposiciones poseen puntos de vista individuales, circunscritos y conscientes propios. Estas corrientes de pensamiento implican que hay algo como ser un objeto inanimado en sí mismo. Sin embargo, como argumenté anteriormente, no hay razón empírica alguna para adoptar el pampsiquismo.

Además, el pampsiquismo acepta muy sutilmente que la materia es más primaria que la mente: según esto, la mente es una propiedad de la materia. *La materia es vista como el sustrato de la mente*, aun cuando la mente sea considerada intrínseca a la materia. Por mi parte, yo adopto una posición simétrica: considero que la materia es una *modalidad* particular del movimiento de la mente. Si bien mi punto de vista hace que la materia sea igualmente inseparable de la mente, *considero que la mente es el sustrato de la materia,*

Powered by CamScanner

no al revés. Esta sutil pero crucial diferencia es otra de las razones por las que he adoptado la etiqueta de «idealismo» y continúo empleando la palabra «mente», aun cuando, como ya he argumentado, lo haga con ciertas reservas.

Si mi visión del mundo es correcta, todo lo que percibimos, pensamos o sentimos es una vibración *de* la mente. *Pero debemos dejar de buscar la «cosa» que vibra*. No la encontraremos, porque no hay tal «cosa». En última instancia, como ya hemos visto, deberíamos abandonar de una vez por todas la palabra «mente», junto con el concepto que representa, puesto que la mente es lo que es. *El medio de la mente es lo que percibe*. La mente no está fuera de nosotros, sino que nosotros mismos somos la mente. El ojo que ve no se puede ver a sí mismo directamente. La necesidad de dar sentido al idealismo midiendo de alguna manera la «materia» de la mente es comprensible, pero ingenua y contraproducente. Surge de una vuelta a los delirios realistas. Para comprender la naturaleza subyacente a la mente, uno tiene que volverse hacia dentro, hacia la introspección, y alejarse de la medición.

El realismo es el culpable

De hecho, es el supuesto incuestionable del realismo –que se refleja en un énfasis abrumador en la medición– lo que extravía la intuición de los materialistas. El caso en cuestión: el filósofo materialista Daniel Dennett a menudo pone de manifiesto su fuerte intuición de que, en última instancia, no hay un «difícil problema de la consciencia». No ve la necesidad de crear distintas categorías ontológicas para el cerebro y la mente, intuyendo, en cambio, que fundamentalmente son de la misma naturaleza.[4] ¡Sí, tiene razón!

Powered by CamScanner

El problema es que, al suponer implícitamente el realismo, Dennett se ve obligado a sacar una conclusión absurda de su correcta intuición: si realmente la materia está «ahí fuera» y el «difícil problema» no existe, entonces la consciencia *sólo* puede ser la materia «ahí fuera». En otras palabras, ¡la consciencia ha de ser una ilusión! Dennett rechaza correctamente una escisión fundamental de categorías entre materia y mente, pero lo hace postulando que la mente no es *nada*, en vez de contemplar la alternativa empíricamente obvia de que la mente lo es *todo*. Ambas posturas evitan la escisión categórica, pero sólo una no es absurda a primera vista. El problema es que el realismo sólo permite la opción absurda. ¿Ves el dilema?

No hay, ciertamente, un «difícil problema»: el cerebro no es en modo alguno fundamentalmente distinto a la mente. Pero en vez de significar que la mente no es más que el cerebro, ¡lo que esto significa es que *el cerebro no es más que la mente*! Es la mente el marco más amplio, que abarca el cerebro pero también el resto de la existencia. Nuestras cabezas están en la mente, no la mente en nuestras cabezas. El cerebro es una mera imagen en la mente de un proceso de la mente.

Hay muchos otros aspectos de la visión materialista del mundo que se basan en una intuición y deducción sólidas y en una observación empírica precisa. No podría ser de otro modo, pues de lo contrario el materialismo nunca habría suscitado el consenso entre la élite intelectual. Pero esto mismo –una intuición y deducción sólidas y una observación empírica precisa– a menudo obliga a los materialistas a llegar a conclusiones absurdas, debido a la suposición no examinada, pero omnipresente, del realismo.

Por ejemplo, los materialistas deducen correctamente que los procesos que obedecen a pautas y regularidades

Powered by CamScanner

estrictas se producen de continuo fuera de cualquier ego individual. Después de todo, cuando cierras la puerta de tu garaje detrás de ti por la noche, está claro que algún proceso *mantiene las pautas* de las cosas que has dejado en el garaje –incluido tu coche– mientras duermes, dado que puedes regresar a esa misma pauta a la mañana siguiente. Esto no se puede negar. Pero, debido a la suposición del realismo, los materialistas tienen que asociar la pauta a un universo *fuera de la mente* misma. Si se renuncia a la suposición del realismo, la deducción original conduce a una conclusión completamente distinta, y mucho más cuidadosa: el proceso que mantiene la pauta es un proceso *mental* que ocurre para trascender la consciencia despierta egoica, de igual modo que los procesos mentales responsables de generar los sueños o las visiones esquizofrénicas trascienden el ego. Que se pueda mantener una pauta –e incluso desarrollarla– con independencia del ego no significa que esa pauta no siga siendo puramente mental. De hecho, todo un universo fenoménico se despliega fuera del ego, *pero no fuera de la mente*. Tal universo transegoico sigue siendo una experiencia, pero la experiencia de un segmento de la mente amplio, no personal y no autorreflexivo.

El materialismo es un castillo razonable construido sobre cimientos podridos. Sus defensores suelen ser personas racionales e inteligentes que comienzan todo su proceso de pensamiento desde una premisa ridícula: el realismo. Es esa suposición inicial –no su forma de pensar, por lo demás sólida– la que obliga a los materialistas a hacer de tripas corazón para afrontar los aspectos menos agradables de su metafísica. Sorprende cuánto del pensamiento materialista conduciría a una interpretación ontológica sólida de la realidad si se eliminara la premisa del realismo.

Powered by CamScanner

A lo largo de este libro me he esforzado en transmitir mis ideas mediante metáforas. De hecho, las metáforas son poderosas herramientas para pintar sutiles, complejos y matizados paisajes mentales que resultan difíciles, si no imposibles, de comunicar literalmente. Mientras que las descripciones literales buscan caracterizar *directamente* una idea, las metáforas lo hacen *indirectamente*, tomando prestado un significado *esencial subyacente* de otra idea o paisaje mental conocido. Por ejemplo, yo he intentado caracterizar la mente tomando prestado el significado esencial subyacente de la imagen de las membranas vibratorias.

Las metáforas emplean vehículos desechables –en este caso, la imagen de una membrana vibratoria– para describir una nueva idea Gestalt. El vehículo mismo no se ha de tomar literalmente: la mente, por supuesto, no es *literalmente* una membrana vibratoria. Es sólo el *significado esencial subyacente* que rodea a la imagen de una membrana vibratoria, útil para caracterizar la mente. Una vez que se ha transmitido este significado esencial, uno tiene que descartar el vehículo como si fuera un embalaje desechable, para que no sobreviva a su utilidad y se convierta en una trampa intelectual.

El vehículo de la metáfora puede tener una existencia literal: las membranas vibratorias parecen existir literalmente. Pero no es algo necesario, ni siquiera importante. A menudo se utilizan pasajes de libros y películas de fantasía como poderosos vehículos metafóricos, aun cuando no tengan ninguna existencia literal. Por ejemplo, yo podría haber aludido a la película de 2010 *Origen* para ilustrar metafóricamente mi visión idealista de que el mundo es similar a un sueño compartido. Esta metáfora habría sido

Powered by CamScanner

muy poderosa, como probablemente hubieras reconocido de haber visto la película. Sin embargo, *Origen* es cien por cien ficción y los sucesos que cuenta nunca han tenido una existencia literal. La existencia literal del vehículo metafórico carece de importancia para el poder evocador de la metáfora.

Con esto como trasfondo, te invito a un pequeño experimento mental. *De igual manera que el ojo que ve no se puede ver a sí mismo directamente, la mente nunca se puede entender a sí misma literalmente.* Una aprehensión literal –esto es, *directa*– de la naturaleza de la existencia es fundamentalmente imposible, siendo éste el perenne deseo cósmico. Las vibraciones de la mente –esto es, las experiencias– no pueden revelar nunca la naturaleza subyacente del medio que vibra, de la misma manera que uno no puede *ver* la cuerda de una guitarra si se limita a escuchar los sonidos que ésta produce cuando alguien la toca. Sin embargo, las vibraciones de la mente incorporan y reflejan las potencialidades intrínsecas de su medio subyacente, de igual modo que se pueden hacer inferencias válidas sobre la longitud y la composición de una cuerda de guitarra partiendo únicamente del sonido que produce. El sonido de un medio vibratorio es una *metáfora* de la naturaleza subyacente esencial del medio. El medio, obviamente, *no es* el sonido, pero su esencia *se refleja* indirectamente en el sonido que produce.

Así pues, *la realidad consensuada no es más que una metáfora de la naturaleza fundamental de la mente.* Nada –ninguna cosa, suceso, proceso o fenómeno– es literalmente cierto, sino un vehículo evocador.[3] Como hemos visto, esto no sólo basta para que la mente capture su propio significado esencial, sino que significa que *sólo este significado esencial es en última instancia verdadero.* Todo lo demás es

Powered by CamScanner

puro embalaje: vehículos desechables para evocar la esencia subyacente de la mente. La plétora de fenómenos que llamamos naturaleza y civilización no entraña más realidad que una obra de teatro. Sirven a un propósito como portadores, pero no son esenciales en sí mismos y por sí mismos. «Todo el mundo es un escenario. Y todos los hombres y mujeres, meros actores», dice Shakespeare.[6]

Un mundo metafórico no es un lugar menos real, ¡al contrario! *Es un mundo donde sólo significados esenciales son en última instancia verdaderos.* Es un mundo de pura significancia y pura esencia. Es un mundo donde no hay frivolidad, donde nada es «precisamente así». *Todos los fenómenos están sugiriendo algo acerca de la naturaleza de la mente.* Comprender esto nos permite quitar la capa de aburrimiento que nos impide desarrollar una relación más próxima, rica y madura con la vida. Nos obliga a intentar absorber el significado subyacente de cada desarrollo, cada día y cada encuentro. La vida se vuelve apasionante. La metáfora cósmica se despliega ante nosotros en todo momento. ¿Qué está tratando de decir? La pérdida de un trabajo, una nueva relación romántica, una enfermedad súbita, un ascenso, la muerte de una mascota, un gran éxito personal, un amigo en apuros... ¿Cuál es el significado subyacente de todos estos sucesos en el contexto de nuestras vidas? ¿Qué están diciendo acerca de nuestros verdaderos yoes? Éstas son las cuestiones que debemos afrontar constantemente en un mundo metafórico.

Hemos de considerar la vida de la misma manera que muchas personas consideran sus sueños nocturnos: cuando se despiertan, no atribuyen una verdad *literal* al sueño que acaban de tener. Hacer tal cosa sería equivalente a cerrar los ojos a aquello que el sueño trata de transmitir. En vez de eso, se preguntan: «¿Qué *significaba en realidad*?». Saben

Powered by CamScanner

que el sueño no era una representación *directa* de su significado, sino una sutil sugerencia metafórica de *algo más*. Y así puede ser la realidad despierta. Por lo tanto, es este inefable *algo más* –según creo– lo que hemos de tratar de buscar en la vida. ¿Ves lo que estoy intentando decir?

En un mundo metafórico, todas las imágenes de la realidad consensuada son *símbolos*, no hechos literales. Goethe sabía esto, porque escribió en el *Fausto*:

> Todo lo transitorio
> no es más que un *símbolo*.[7]

¿Qué no perece en la vida? ¿Qué no es transitorio en la vida? Goethe continúa diciendo:

> Lo indescriptible
> aquí se hace.[8]

Sí. Lo indescriptible se hace –o se revela a sí mismo– a través de los símbolos transitorios de la vida. Piensa en la doble hélice de ADN que se abraza a sí misma; el mágico colapso de dualidades durante el acto sexual; el derretimiento de partes propias en forma de lágrimas; la misteriosa puerta de los ojos; el autosacrificio vivificante de la lactancia materna; el poder fáustico de la tecnología; la extraña escisión de la experiencia empírica en cinco sentidos diferentes; el milagro del nacimiento y la finalidad de la muerte. ¿Qué significa todo esto? ¿Qué están tratando de evocar estas imágenes por debajo de sus pedestres apariencias literales? *No son fenómenos «precisamente así», sino que representan algo inefable, algo que no se puede transmitir de ningún otro modo que a través de la metáfora que llamamos nuestra realidad cotidiana.*

Powered by CamScanner

No se nos puede decir qué significa todo esto. Hemos de vivirlo y, de algún modo, «conseguirlo». No hay otra manera. Hemos de *prestar atención* a cómo estos símbolos se entretejen en la narrativa mental a la que llamamos vida. Ahí, concluía Henry Corbin en su estudio sobre las antiguas tradiciones persas, radica el significado último de todo. Escribió: «"Venir a este mundo" [...] significa [...] entrar en el plano de una existencia que en relación con aquélla [la Realidad verdadera] es meramente una existencia metafórica. [...] *Por tanto, entrar en este mundo tiene sentido sólo para reconducir lo que es metafórico al ser verdadero*».[9]

Quizá Laozi, hace unos dos mil quinientos años, lo expresó mejor en su descripción del Dao, que bien podría ser una descripción de la membrana de la mente:

> Hay algo informe pero incompleto
> que existió antes del cielo y de la tierra.
> ¡Qué quieto! ¡Qué vacío!
> Dependiente de nada, inmutable,
> omnipresente, infalible.
> Uno puede pensar en ello como la madre de todas las cosas
> bajo el cielo.
> No conozco su nombre.
> *Pero yo lo llamo «Significado»*.[10]

Hong Zicheng dejó claro dónde se puede ver el significado del Dao y cómo se relaciona con la mente. Escribió, en el siglo XVI: «Tanto el gorjeo de los pájaros como el chirrido de los insectos son *murmullos de la mente*. El brillo de las flores y los colores de la hierba no son otra cosa que las pautas del Dao».[11]

No hay duda de que una vez supimos con nitidez intuitiva aquello que ya no podemos recordar. En la cultura

Powered by CamScanner

actual tomamos el embalaje por el contenido, el vehículo por la preciosa carga. Atribuimos realidad a fenómenos físicos, mientras que consideramos sus *significados* como fantasías inconsecuentes. Al sacar la «realidad» de la mente, el materialismo ha enviado al exilio la importancia de la naturaleza. Con la patética sonrisa del orgullo estampada en nuestros estúpidos rostros, desenvolvemos cuidadosamente el paquete y procedemos a arrojar su contenido, mientras almacenamos con orgullo la caja vacía en el altar de nuestra ontología. ¡Qué enorme cantidad de cajas vacías hemos acumulado! Ídolos de la estupidez, eso es lo que son; recordatorios públicos de un estado de cosas que resultaría ridículo si no fuera trágico.

El significado de todo esto se está desplegando delante de nuestras narices, todo el tiempo, pero no podemos verlo. No prestamos ninguna atención. Nos han enseñado desde niños a desviar la mirada para que no se nos considere tontos. Así que ahora parecemos vivir en una suerte de trance colectivo, extraviados en un laberinto que probablemente no se había visto nunca en la historia. Sentimos el enorme vacío y sinsentido de nuestra condición en las profundidades de nuestras psiques. Pero, como un hombre desesperado debatiéndose en arenas movedizas, nuestras reacciones sólo empeoran las cosas: perseguimos metas más ficticias y acumulamos cosas más ficticias, precisamente aquellas que más nos *distraen* de observar lo que realmente está ocurriendo. Y, cuando por fin nos damos cuenta de lo absurdo de esas reacciones, recurrimos a «gurús» que reparten respuestas en forma de píldoras, en vez de prestar atención a la vida, el único maestro auténtico, que está hablando continuamente con nosotros. No hay un atajo literal para aquello que la metáfora de la vida está intentando transmitir. *No hay verdades literales.* El significado de todo esto no se puede

Powered by CamScanner

comunicar directamente. No hay respuestas secretas escritas con palabras en algún raro libro antiguo. La metáfora es el único camino que conduce a las respuestas, basta con tener paciencia y prestar atención. Mira a tu alrededor: ¿qué está tratando de decir la vida?

Un *telos* universal

Cuestiones como ésta suscitan de inmediato otras: ¿hay un gran propósito –un *telos*– tras la existencia? Los seres humanos no dejan de hacerse preguntas sobre el significado de la vida. ¿Podría ser todo esto un mero accidente? Si no es así, ¿hacia dónde va todo? ¿Qué papel hemos de desempeñar en el despliegue de la existencia? Ya he tratado estas cuestiones en mi libro *Rationalist Spirituality*. Pero aquí quisiera situar tales ideas en el contexto de la metáfora de la membrana.

Para mí, la idea de que la vida y toda la existencia son una metáfora de algo que reviste una importancia crucial –aunque innombrable y no literal– es lo bastante convincente para tratar de vivir mi propia vida según esta noción. Intento comprender qué significado esencial subyace a los acontecimientos de mi vida: los buenos y los malos, los grandes y los aparentemente insignificantes. Dicho esto, es fácil ver cómo una búsqueda constante de significado tras los sucesos cotidianos puede conducirnos, si no somos cuidadosos, por el camino más errado y absurdo. La psique humana tiende a buscar pautas y a menudo cree encontrarlas donde no las hay, como rostros en las nubes. Otro paso en falso, fácil de dar, es intentar descubrir algo trascendente pero *literalmente* verdadero tras la metáfora de la vida, una falacia recurrente, por ejemplo, en el movimiento New

Powered by CamScanner

Age. Cuando nos empeñamos en buscar una esencia *literal* detrás de la metáfora –ya sean las intervenciones discretas de los hermanos espaciales de las Pléyades o el lanzamiento del dado neodarwinista–, nos volvemos ciegos a su esencial e inefable significado subyacente.

Pero uno no debería tirar a la basura las frutas frescas con las podridas: aunque el significado subyacente de los sucesos puede ser demasiado sutil para interpretaciones literales, ingenuas y culturales, *existe y es importante*. En la historia reciente, creo que han sido el psiquiatra Carl G. Jung y el premio Nobel de física Wolfgang E. Pauli quienes han estado más cerca de descodificar la metáfora de los sucesos empíricos.[12] No obstante, sospecho que incluso la psicología analítica de Jung dista mucho de desvelar por completo el misterio. A fin de cuentas, el trabajo de interpretar la metáfora es personal y depende de cada uno individualmente.

Sea como fuere, es razonable afirmar que el propósito de la existencia tiene mucho que ver con nuestra observación e intento de dar sentido al significado subyacente de la metáfora de la vida, a un nivel tanto intelectual como intuitivo. Además, creo que aún hay otro aspecto importante para el *telos* de la existencia, que tiene que ver con el coste de la autorreflexión. Como vimos anteriormente, la autorreflexión obtenida con la formación del bucle egoico entraña la «pérdida» de todo aquello que no cae dentro del bucle: crea lo «inconsciente» ofuscando los contenidos mentales. No obstante, *es la autorreflexión la que nos da una oportunidad de interpretar la metáfora de la vida*. Sin ella estaríamos inmersos en el despliegue de la experiencia, como animales instintivos. No tendríamos ninguna manera de dar sentido a lo que está ocurriendo.

En cierta medida, *la mente nos ha encomendado que echemos la vista atrás y tratemos de sacar algo en limpio de*

Powered by CamScanner

lo que vemos. Por lo que sabemos, somos los únicos capacitados para ello. Pero ¿qué hacemos en vez de eso? ¡Apartamos la mirada! No nos gusta enfrentarnos a la oscuridad en nuestro interior, así que aturdimos nuestras psiques con cualquier distracción imaginable, asegurándonos de que lo «inconsciente» *siga siendo* «inconsciente», en vez de llevarlo al campo de la autorreflexión. Tampoco nos gusta enfrentarnos a la oscuridad que vemos en el mundo empírico, así que nos decimos a nosotros mismos: «¡Eso no soy yo!». Y, al no identificarnos con ello, perdemos cualquier oportunidad de sacar algo en limpio de todo el sufrimiento y el mal que nos rodean. La tragedia a la que nos enfrentamos es que todo este sufrimiento quizá no sirva para nada, pues quienes tienen encomendado interpretarlo están apartando la mirada en vez de tratar de dar un sentido a la metáfora. En vez de preguntar: si toda esta oscuridad también es parte de mí, ¿qué significa?, nos dedicamos a ver telebasura. Está claro, por lo tanto, que, *además de crear lo «inconsciente», la consciencia autorreflexiva tiene otro coste: la ilusión de separación que causa impide que nos confrontemos con nuestra plena naturaleza y aprendamos algo de ella.*

Estas consideraciones apuntan a un *telos* para la topología de la membrana: si toda la membrana pudiera doblarse sobre sí misma para formar *un único bucle que abarcara toda la mente* –una suerte de esfera cósmica de la mente–, no habría ninguna contrapartida. La autorreflexión sería omniabarcante, en el sentido de que todas las vibraciones de la mente –todos los contenidos mentales– caerían dentro del campo de la autorreflexión. No habría «inconsciente». Tampoco habría una ilusión de separación: este único bucle de la mente se identificaría con todo lo bueno y todo lo malo, toda la dicha y todo el sufrimiento, todas las polaridades y todas las perspectivas. La *plena* naturaleza de la

Powered by CamScanner

mente penetraría *inevitablemente* en el campo de su propia contemplación autorreflexiva.

Podemos especular con que, a través de la evolución de la vida en todas sus formas, conocidas y desconocidas, la mente en general está tratando de encontrar su camino a este único bucle.

Uno podría preguntar ahora: ¿por qué la membrana de la mente no hace uso de su libre albedrío para formar de inmediato este bucle global único? ¿Por qué no ha ocurrido ya? ¿Por qué todas estas tribulaciones? La respuesta es más bien simple: para que la mente en general *supiera* que debe configurarse a sí misma como un solo bucle, *ya habría de tener la autorreflexión global que únicamente un solo bucle podría proporcionar*. Sin ella, la autorreflexión sólo está presente en egos localizados, cuyo libre albedrío no puede cambiar la topología de la mente más allá de sí mismos. ¿Ves que se trata del dilema del huevo y la gallina? Para decirlo de manera más simple: la mente en general no sabe que debería formar un solo bucle, aunque tendría el poder de hacerlo si lo supiera. Y los egos locales no tienen el poder para reconfigurar la membrana más amplia, aunque algunos de ellos sepan que un solo bucle es la meta que se ha de perseguir.

No hay ningún atajo para este dilema. De hecho, ni siquiera estoy seguro de que pueda ser resuelto. La mente en general, a través de nosotros y de otros seres vivientes, ha de intentar encontrar el camino hasta esta última topología: una esfera cósmica de la mente cuyas superficies internas reflejadas permitan que cada pensamiento y cada experiencia en toda la existencia se reflejen a sí mismos de manera recursiva. Y, aun cuando alcance esa fase, todavía quedará el reto de interpretar su propia metáfora por sí misma. Si de algún modo esto se logra, sabrá qué es y qué

Powered by CamScanner

está ocurriendo. Mientras no lo haga, tendremos que seguir luchando y afrontando el misterio.

Observaciones finales

Ahora, sin avergonzarme por ello, volveré a enfatizar un punto sobre el que ya me he extendido y que es extremadamente importante. En mis muchas metáforas, he trazado analogías entre cerebros y remolinos, egos y bucles de membranas, fotones y ondas de un océano de mercurio, etcétera. Todas estas imágenes metafóricas –remolinos, bucles, ondas– eran vehículos *desechables*. Las verdaderas imágenes de la realidad son cerebros, egos y fotones. ¡No conozco ningún cerebro que se parezca a un remolino! Remolinos, bucles y ondulaciones *son sólo maneras de pensar* en cerebros, egos y fotones: *maneras de verlos*. Mis metáforas no aspiran a reemplazar las imágenes verdaderas de la realidad, sino a transmitir cierta *manera de pensar* en ellas.

Y como toda la realidad es una metáfora para una verdad inefable, acabamos encontrándonos en la extraña situación de tener que emplear metáforas para aclarar una metáfora. ¿No es una locura? Por supuesto que no. En primer lugar, no es de extrañar que la naturaleza, simplemente por ser lo que es, proporcione imágenes metafóricas apropiadas –sueños nocturnos, remolinos, mercurio líquido, membranas vibratorias, etcétera– con las que, como partes de la naturaleza, podríamos orientarnos. Después de todo, como discutimos anteriormente, la naturaleza es una metáfora de sí misma. Y, en segundo lugar, si la meta es comprender la metáfora suprema de la realidad, precisamos emplear todos los medios a nuestro alcance para desembarazarnos de todas las interpretaciones insensatas de la realidad que han

Powered by CamScanner

oscurecido nuestra propia visión por tan largo tiempo. ¿Qué oportunidad tenemos de sacar algo en limpio de la metáfora suprema si seguimos viviendo bajo la asombrosa abstracción de que la realidad está fuera de la mente? Al negar todo el significado de la realidad, el materialismo ha hecho que sea imposible encontrar significado en la realidad. Éste no es un estado de la cuestión sostenible. Por lo tanto, albergo la esperanza de que este libro contribuya –por poco que sea– a remediar el atroz estado cultural en que nos encontramos. Necesitamos superar lo demencial de la situación presente.

¿Que si creo que la *manera de pensar* expuesta en este libro da con la verdad?, ¿que mi metafísica es completa? Por supuesto que no. Tal creencia sería de una arrogancia e ingenuidad excepcionales. Lo que creo es que *la visión del mundo discutida aquí es un paso concreto y sólido hacia delante si se compara con el paradigma dominante. Como espero haber demostrado, aclara todos los aspectos de la realidad cuya explicación se atribuye el materialismo, y mucho más*. Por eso estoy absolutamente convencido de que mi formulación del idealismo está significativamente más próxima a la verdad que la insensatez del materialismo. Es una visión del mundo más completa, razonable, cuidadosa y escéptica. Ahí radica el valor de este libro, tal y como yo lo veo. Precisar la verdad completa es, como mínimo, un proyecto a muy largo plazo, y eso si es factible. Todo lo que podemos esperar es dar pequeños pasos en la dirección correcta. Desconocemos lo largo que es el camino y qué retos y peligros nos aguardan. Ni siquiera sabemos si el camino lleva a alguna parte. Pero ¿qué otra cosa podemos hacer sino intentar solventar nuestros errores una vez que se han vuelto notorios?

Es hora de que el cuento de hadas materialista sea expuesto como lo que es. Su atractivo se basa en el hecho de

Powered by CamScanner

que *garantiza* que todos nuestros problemas y sufrimientos llegarán, *inevitablemente*, a un final definitivo. Nos proporciona una salida segura cuando las cosas se vuelven insoportables: una suerte de botón del pánico. Nos quita el peso de toda responsabilidad, en tanto en cuanto implica que la vida carece de sentido *de todos modos*. Nos da permiso para ser estoicos. Y, por si fuera poco, la sociedad nos retrata como chicas y chicos duros, valientes y lo bastante cándidos para mirar cara a cara a los hechos difíciles, si nos limitamos a declarar nuestra creencia en un cuentecillo tan reconfortante. Quién lo hubiera dicho.

Seamos honestos: el cuento de hadas del materialismo ha cumplido un propósito válido en una época más ingenua e infantil que la actual, pero ya ha dejado de ser útil. Ya no vivimos en la realidad del siglo XIX. Las experiencias colectivas de la humanidad moderna a principios del siglo XXI exigen una visión del mundo madura, adulta.

Powered by CamScanner

Epílogo

La sabiduría y el amor se nos revelan, por lo tanto, como las dos fuerzas cósmicas que aparentemente están separadas en la naturaleza pero surgen de la misma potencia y fuente.

Giordano Bruno

Cuando Bernardo Kastrup me pidió amablemente que escribiera un epílogo para su libro, aún se encontraba en el proceso de redactar los últimos capítulos, pulir y anotar el manuscrito y prepararlo para su editor. Nuestras conversaciones comenzaron en agosto del 2012 y han continuado hasta forjar una de las relaciones más extraordinarias que he experimentado en toda mi vida profesional y personal. Bernardo estaba interesado en hablar con un psicoterapeuta transpersonal influido por Jung, y yo en intercambiar ideas con este pensador notable, intelectualmente diverso y vigoroso, una generación más joven que yo.

Me licencié en Historia a finales de los años sesenta del siglo pasado, en un período tumultuoso de cambios sociales y culturales. Esta apertura a una visión expandida del mundo se vio amplificada por mi pasión por comprender otros tiempos y lugares en los que la humanidad se había enfrentado al mundo de manera similar a través de diferentes metáforas, culturas e idiomas. Pese a estas diferencias, la mayoría de los «seres humanos ilustrados» de la historia estaban esencialmente de acuerdo con lo que Aldous Huxley

Powered by CamScanner

llamó la «filosofía perenne», la filosofía de la «mente en general», el manantial que fluye muy por debajo del mundo de las apariencias superficiales.

La filosofía perenne es una convergencia inspirada en verdades espirituales o cosmológicas de la mente, notablemente similares y mesuradas, que se han mantenido vigentes y vitales a lo largo de los siglos hasta las últimas cosmologías cuánticas del siglo XXI. Los científicos de hoy, «callando y calculando» la espuma cuántica, curiosamente parecen ciegos a esto. Para mí está claro y es obvio que la ciencia preponderante no tiene ni idea de la naturaleza de la consciencia. La actual metodología científica ni siquiera puede preguntarse las cuestiones básicas para comenzar a estudiar la naturaleza de la consciencia. La postura científica estándar es que «obviamente» la mente es producida por el cerebro y todos los aspectos de la consciencia se pueden reducir a una actividad electromecánica entre neuronas. Quienquiera que ose sugerir algo diferente es «obviamente» un supersticioso, un farsante o un pseudocientífico. Sin embargo, nadie –ningún científico, filósofo o autodesignado guardián de la «verdad» de los medios de comunicación– puede ni siquiera comenzar a explicar cómo la actividad cerebral puramente física podría producir experiencias subjetivas. En este «siglo del cerebro», aparentemente la única manera aceptable de hablar de la consciencia o de la mente es en el lenguaje de la ciencia cognitiva materialista o neurociencia. El mero atisbo de una alternativa conlleva la censura.

La decisión de contactar con Bernardo la tomé en el contexto de mi propio viaje personal y profesional, durante el cual reflexioné sobre las cuestiones anteriores. Esta decisión se basó principalmente en lo que sentí como un impulso personal por mi parte. Como psicólogo transpersonal en ejercicio, me tomaré la libertad de emplear una terminología junguiana: mi acercamiento a Bernardo fue un arque-

Powered by CamScanner

tipo que exigía materializar, dentro de la constelación de mi propio viaje, la validación, la tutoría y el aliento de un científico más joven con inclinaciones metafísicas que estaba pasando por la angustia del colapso de las apariencias. Su yo personal racional comenzaba a encontrar las fuerzas inconscientes impersonales, arracionales, más profundas, que estaban brotando de sus honduras interiores.

Mi intuición era que Bernardo estaba experimentando una transformación, un desprendimiento de su yo personal anterior y un encuentro con un poderoso reino interior inconsciente. Como el angustioso viaje interior del chamán, el yo personal experimenta una forma de muerte o aniquilación cuando emerge el inconsciente, poderoso e impersonal sí-mismo. Es ésta una experiencia desconcertante. Uno se puede sentir muy solo al cruzar una frontera ontológica lejos del mundo familiar y habiendo perdido el lenguaje que describe la realidad familiar. El «ser» se despliega impersonalmente y uno experimenta la vida como un misterio. Todos los sistemas de creencias anteriores se tornan disfuncionales. Sin ancla y sin soporte vital, uno pierde la sensación de tener el control, dándose cuenta de que, para empezar, nunca lo ha tenido. Se despierta y descubre que no es más que el espacio donde se sueña la historia de la vida y la identidad. Atraviesa la agonía de un reino del infierno que lentamente va dando paso a la consciencia despierta, subjetiva y carente de una historia personal y, por último, al sentimiento liberador de que somos el espacio de la experiencia humana interconectada, impulsada por el amor incondicional y la compasión. El lenguaje del «otro mundo» surge en forma de metáforas parecidas al sueño.

Sentí el fuerte impulso de comunicarme con Bernardo y, en retrospectiva, puedo considerarlo un deseo inconsciente de validar su obra y animarle a participar en la «metafísica

Powered by CamScanner

de la tercera revolución científica». Esta revolución no es probable que ocurra en las universidades e institutos de investigación que forman parte del poder establecido y que requieren conformidad en el pensamiento. Este giro radical en la manera que tienen los científicos de concebir e interpretar los fenómenos naturales requiere nuevos pensadores interdisciplinarios como Bernardo. Requiere un cambio de enfoque del análisis a la síntesis. Requiere libertad respecto de las restricciones institucionales, así como la capacidad de perseguir un amplio espectro de conocimiento horizontal. De todo esto emergerá una nueva base conceptual para explicar el origen de la vida, la evolución de la creciente complejidad y la milagrosa potencia organizadora de la naturaleza, que ha conducido a una vida sintiente y autoconsciente, a la consciencia y al asombroso misterio del «yo soy». Todo apunta al orden inmanente que Gregory Bateson llama «la mente más amplia».

Este epílogo, en cierto sentido, cierra el círculo desde la filosofía antigua del «como arriba, así abajo», hasta las concisas y actualizadas metáforas de la naturaleza de la consciencia, la mente humana y el cerebro que emplea Bernardo. Él ha traído una nueva forma de ver la antigua idea de la «mente infinita». Aunque escrito en un tono personal y desenfadado, este libro es de un gran esfuerzo filosófico. Captura ideas generales de manera accesible para un amplio público. Mi contribución aquí ha sido intentar relacionar esas ideas generales con la extraordinaria vida interior de Bernardo cuando escribió este libro.

La cita que abre este epílogo es de Giordano Bruno, nacido en Nola, en el antiguo Reino de Nápoles. Bruno tuvo una vida trágica que terminó el 17 de febrero de 1600 en el Campo de' Fiori de Roma, donde fue quemado en la hoguera después de que el papa Clemente VIII le hubiera

Powered by CamScanner

declarado hereje. Las numerosas acusaciones contra él incluían la herejía en asuntos de teología dogmática y guardaban relación con algunas de las doctrinas fundamentales de su filosofía y cosmología. Bruno defendía que Copérnico y Galileo no habían ido lo bastante lejos al limitarse a reemplazar una cosmología geocéntrica por otra heliocéntrica. Él creía en un «universo infinito acéntrico que alberga tal vez una infinitud de planetas semejantes a la Tierra». Su gran fuerza y horrible muerte fueron el resultado de su vehemente creencia en la libertad de pensamiento, su extraordinaria memoria, su agudo intelecto y su capacidad para comprender a una amplia diversidad de filósofos, matemáticos y cosmólogos de la Antigüedad.

Su antaño herética cosmología es hoy indispensable para la ciencia contemporánea. Vincula lo inconmensurablemente grande con lo infinitesimalmente pequeño. De hecho, la cosmología de Bruno unió el pensamiento oriental y el occidental al formular con precisión tres de las suposiciones clave de la cosmología contemporánea: la unidad del universo; su uniformidad, homogeneidad e isotropía; y la aplicabilidad universal de sus leyes. Comparto la historia de Bruno en este epílogo por razones obvias.

Bernardo acaba de emprender su viaje a través de la frontera ontológica. Experimenta directamente la aprehensión del corazón, o el movimiento del «hacer» al «ser» infinito. Mi encuentro con él me ha dado esperanzas para nuestro futuro como seres humanos que deben encontrar un camino de regreso al significado y al encanto de la experiencia directa.

Hasta la vista,
RICK STUART
State College (Pensilvania)
Mayo del 2015

Powered by CamScanner

Capítulo 1: La actual visión del mundo y sus implicaciones

1. Poz (2005).

2. Insisto en escribir las palabras «subconsciente» e «inconsciente» entre comillas porque, como explicaré y justificaré más adelante, no creo que haya ningún contenido de la mente que *en realidad* recaiga fuera de la consciencia.

3. Kuhn (1996).

4. Russell (2007).

5. Aun en el caso de la teoría de cuerdas (Davies y Brown, 1992), según la cual las partículas subatómicas se pueden explicar en términos de cuerdas vibratorias, siguen siendo *las diferencias relativas entre los modos de vibración y estas cuerdas* lo que explica la naturaleza. La naturaleza fundamental de las cuerdas mismas se deja al margen.

6. El profesor Austin Hughes escribió de manera convincente sobre esto (Hughes, 2012).

7. Hawking ha afirmado cosas como las siguientes: «Al haber una ley como la de la gravedad, el universo se puede crear y se creará a sí mismo de la nada» (Hawking y Mlodinow, 2010, pág. 227). Esto es incoherente, puesto que la ley de la gravedad *no* es nada. Se ha llevado a cabo una gran cantidad de deconstrucciones de las

Powered by CamScanner

afirmaciones de Hawking. Por ejemplo, el físico Paul Davies ha escrito: «El multiverso trae un montón de equipaje, como un espacio y un tiempo generales para albergar todos esos *bangs*, un mecanismo generador de universos para desencadenarlos, campos físicos para poblar los universos de materia y una selección de fuerzas para hacer que las cosas ocurran. Los cosmólogos adoptan estos rasgos contemplando "metaleyes" generalizadas que impregnan el multiverso y producen reglas específicas con base en un universo-por-universo. Las propias metaleyes permanecen inexplicadas: entidades trascendentes eternas, inmutables, que simplemente existen y se han de aceptar como dadas» (Davies, 2010).

8. En este libro empleo el término «material» en un sentido físico moderno, que incorpora las nociones de la física cuántica, no como el materialismo de bola de billar del siglo XIX.

9. Zee (2010), pág. 29.

10. Chalmers (2003).

11. Levine (1999).

12. Miller (2005).

13. Oerter (2006), cap. 10.

14. A esto se le llama «emergencia débil» (Chalmers, 2006).

15. Véase la definición de «emergencia fuerte» en Chalmers (2006).

16. Véase, por ejemplo, el intento prolijo pero irremediablemente errado de Daniel Dennett (Dennett, 1991).

17. Strawson (2006), pág. 5.

18. Strawson (2006).

19. Para simplificar, no estoy haciendo una distinción entre pampsiquismo y «panexperimentalismo», que es una versión ligeramente más moderada del estricto pampsiquismo. En aras de la claridad, considero que el término pampsiquismo abarca el panexperimentalismo.

20. Chalmers (1996), págs. 293-297.

21. Esto se relaciona con lo que Chalmers ha denominado «monismo tipo-F» (Chalmers, 2003).

22. Strawson (2006), pág. 5.

23. Eagleman (2011), págs. 44-51.

24. *Ibid.*

Powered by CamScanner

25. Lehar (1999).

26. La argumentación que voy a desarrollar aquí es, en un sentido restringido, análoga a la argumentación evolutiva de Plantinga contra el naturalismo (Plantinga, 1993, cap. 12). Sin embargo, no toca las entidades sobrenaturales y profundiza en la noción básica de Plantinga con la idea de un procesamiento sensorial previo que distorsiona la realidad.

27. Kastrup y Seixas (1997) y Seixas *et al.* (1995).

Capítulo 2: Abordar el problema mente-cuerpo

1. Dennett (1991).

2. En una entrevista, Koch dice: «Yo adopto el punto de vista de que en última instancia [...] la consciencia es algo real; es ontológicamente diferente. Es diferente del cerebro que la origina. Así, cuando me duele un diente tengo una sensación de dolor. Esto es diferente del mecanismo neuronal que causa el dolor. Son dos cosas distintas. No son lo mismo. Están relacionadas y la manera en que se relacionan entre sí es a través de esta idea de información». Pero más adelante sostiene: «Tenemos muchos, muchos ejemplos de [esta] bella relación, muy específica, a veces incluso causal, entre la [...] biofísica [...] del cerebro y nuestra percepción consciente. [...] Por lo que sé, cuando muera se habrá acabado [...] una vez que mi cerebro se disuelve, mi consciencia se disuelve. Es un desafortunado hecho de la vida» (Koch y Tsakiris, 2012).

3. Para más detalles, recomiendo el exhaustivo volumen de Eric Kandel sobre neurociencia (Kandel *et al.*, 2012, partes II y III).

4. En realidad, es una simplificación exagerada decir que los neurotransmisores son o bien excitadores, o bien inhibidores. Hay más matices. Pero, para los propósitos de este libro, esta simplificación es legítima y adecuada.

5. Christof Koch ha escrito extensamente sobre los correlatos neuronales de la consciencia (Koch, 2004).

6. Metzinger (2000).

7. Pascual-Leone *et al.* (2002).

8. Tononi (2004a).

Powered by CamScanner

9. *Ibid.*
10. Véase por ejemplo Gross (2002).
11. Keim (2013); la cursiva es mía.
12. Dresler *et al.* (2011).
13. Hameroff (2006).
14. Chalmers (2006).
15. Shermer (2011).
16. Koch realizó esta declaración durante una charla (Koch, 2011).
17. Tononi (2004b).
18. *Ibid.*
19. Krebs y Weitzman (1987).
20. Oerter (2006).
21. Gröblacher *et al.* (2007).
22. Bergson (1912).
23. Jung (1991).
24. Jung (2009).
25. Jung (1991), págs. 50-51.
26. *Ibid.*
27. *Journal of Transpersonal Psychology.*
28. Neal (2008).
29. Shuman (2007), pág. 80.
30. Whinnery y Whinnery (1990).
31. Rhinewine y Williams (2007).
32. Taylor (1994).
33. Retz (2007).
34. Strassman *et al.* (2008).
35. Carhart-Harris *et al.* (2012), pág. 1.
36. *Ibid.*, pág. 2.
37. *Ibid.*, pág. 1.
38. Blanke *et al.* (2002).
39. Taylor (2009).
40. Urgesi *et al.* (2010).
41. Piore (2013), Lythgoe *et al.* (2005), Treffert (2006) y Treffert (2009), pág. 1354.
42. Lammle (2010).
43. Lythgoe *et al.* (2005).
44. Lammle (2010).

Powered by CamScanner

45. Miller *et al.* (1998) y Miller *et al.* (2000).
46. Treffert (2009), pág. 1353.
47. Peres *et al.* (2011).
48. DiSalvo (2012).
49. Alexander (2012), Moorjani (2012) y Sudman (2012).
50. Kelly, Greyson y Kelly (2009).
51. Ustinova (2009).
52. Lilly y Gold (1996).
53. Eliade (2009).
54. Véase, por ejemplo, Koch y Tsakiris (2012). Dado que algunas de las argumentaciones del Dr. Koch eran críticas con afirmaciones mías realizadas en una entrevista anterior, escribí una refutación a sus comentarios (Kastrup, 2012).
55. Persinger (2010).
56. Véase, por ejemplo, Shermer (1999).
57. Carhart-Harris *et al.* (2012).

Capítulo 3: La mente como el medio de la realidad

1. Jung (2002), pág. 7.
2. Okasha (2002), pág. 58.
3. *Ibid.*
4. Esto no es hasta tal punto blanco o negro como lo describo aquí, ya que pueden matizarse distintas versiones del idealismo. Pero, para simplificar, me ceñiré a esta definición del idealismo como una metafísica que implica que toda la realidad está únicamente en la mente.
5. Fogelin (2001).
6. Boswell (1820), pág. 218; la cursiva es del original.
7. Gröblacher *et al.* (2007).
8. Kuhn (1996), cap. 4.
9. Gröblacher *et al.* (2007).
10. La «navaja de Ockham» es una de las mejores prácticas heurísticas de la ciencia. Postula que la mejor explicación de un fenómeno es aquella que requiere el menor número de suposiciones nuevas. A menudo se interpreta libremente en el sentido de que la mejor explicación es la más simple.

Powered by CamScanner

11. Se trata de una noción seria en filosofía, conocida como «zombis filosóficos» o «*p-zombies*» (Kirk, 2011).

12. Watts (2009), pág. 16.

13. Roberson *et al.* (2005 y 2006).

Capítulo 4: El cerebro como nudo de la mente

1. Jung (1991).

2. Iacoboni, Rayman y Zaidel (1996).

3. Estrictamente hablando, la pantalla muestra *mediciones* –representaciones– de los procesos neuronales. Pero en aras de la argumentación, imaginemos que el neurocientífico puede ver *directamente* los procesos neuronales *reales*, no sólo representaciones.

4. Dennett (1991).

Capítulo 5: Una metáfora mercurial

1. Ffytche (2011), parte 3.

2. Augusto (2010).

3. Hofstadter (2008).

4. Chalmers (2003).

5. Gordon (1999).

6. Boly *et al.* (2011).

7. *Ibid.*, pág. 858.

8. Peck (2011); la cursiva es mía.

9. Tononi (2004b).

10. Aquí me refiero a la «imaginación activa» en el sentido junguiano (Jung, 1997).

11. Gebser (1986), pág. 2. [Trad. esp.: *Origen y presente*, Atalanta, Vilaür, 2011, pág. 25.]

12. Read (1995), págs. 7-15.

13. Jung (1991), pág. 3.

14. Gebser (1986), pág. 3. [Trad. esp.: *op. cit.*, pág. 27.]

15. *Ibid.*, pág. 18. [Trad. esp.: *op. cit.*, pág. 52.]

Powered by CamScanner

1. Para más detalles técnicos, véase Tongue (2001).

2. Véase, por ejemplo, Sheldrake (2011).

3. Véase, por ejemplo, Chalmers (1996), págs. 266-274.

4. El mismo Jung vio claramente esta correspondencia. Escribió: «Hasta donde podemos ver, lo inconsciente colectivo es idéntico a la Naturaleza, en la medida en que la propia Naturaleza, incluida la materia, nos es desconocida. No tengo nada en contra de la conjetura de que la psique es una cualidad de la materia o la materia el aspecto concreto de la psique, siempre que la "psique" se defina como lo inconsciente colectivo» (Jung, 2002, pág. 82).

5. Adyashanti (2006).

6. El físico Paul Davies habla de este potencial como «metaleyes» (Davies, 2010).

7. Zee (2010), págs. 17-25.

8. *Ibid.*

9. Jung (2001), págs. 17-37.

10. Douglas Hofstadter incluye en su magnífico libro *Gödel, Escher, Bach* un pequeño cuento titulado «Contracrostipunctus» que ilustra a las mil maravillas este aspecto (Hofstadter, 1980, págs. 75-81).

11. Schwartz y Begley (2004).

12. Un análisis de muchos de estos estudios se puede encontrar en Schwartz, Stapp y Beauregard (2005).

13. Schwartz, Stapp y Beauregard (2005), pág. 1311.

14. Greene (2003), cap. 5.

15. Folger (2004).

16. Greene (2003), cap. 6.

17. *Ibid.*, cap. 12.

18. *Ibid.*

19. Véase, por ejemplo, Smolin (2007).

20. Jung y Pauli (2001).

21. Okasha (2002), cap. 4.

22. Chalmers (1996), cap. 8.

Powered by CamScanner

1. Lo que sigue debería ser tomado como un «mito educativo», mitad filosofía, mitad arte, pero en cualquier caso enteramente especulativo en su naturaleza. Se ha inspirado en un ensayo que escribió uno de mis lectores, Michael Larkin, sobre la metáfora de la membrana. El ensayo se titula *Of the Universe and Loops* [Del universo y los bucles] y está disponible en la página web www.bernardokastrup.com.

2. Musser y Minkel (2002).

3. Leeming (2010), vol. 2, págs. 346-347.

4. Leeming (2010).

5. En su autobiografía, Jung describe un sueño que tuvo uno de sus discípulos, una mujer de sesenta años, dos meses antes de morir. En su sueño, la mujer ya había muerto y, en el más allá, se esperaba que pronunciara una conferencia a otros que habían fallecido antes. Los otros muertos estaban ansiosos por tener noticia de las experiencias y conocimientos que ella, la recientemente fallecida, traía consigo de su vida (Jung, 1995, pág. 336). Como deja claro el resto de su texto, Jung tomó este sueño como un signo de que la vida humana produce conocimiento original, único, pero universalmente relevante. Haciéndose eco en cierto modo de esta visión, y probablemente sin conocer la obra de Jung, Natalie Sudman, en la descripción metafórica de su experiencia cercana a la muerte, también sugirió que las entidades no físicas aguardaban ansiosamente los conocimientos que les llevamos después de haber pasado nosotros mismos por la vida (Sudman, 2012, cap. 4).

6. Watts (2009), pág. 79.

7. Mack (1999).

8. Grof y Grof (1989).

9. Carhart-Harris *et al.* (2012), págs. 4-5.

10. Alexander (2012), Moorjani (2012) y Sudman (2012), así como Kelly, Greyson y Kelly (2009).

11. Jung (1995), pág. 18.

12. Jung, tras más de cincuenta años de experiencia clínica estudiando lo «inconsciente colectivo», creía que sólo a través de la vida –esto es, a través de la autorreflexión egoica– podemos llegar

Powered by CamScanner

a obtener ciertas respuestas a los misterios de la existencia (Jung, 1995, págs. 338-340 y 343).

13. Haraldsson (2012), pág. 67.

14. Lovelock (2005).

Capítulo 8: Reflexiones finales

1. American Psychiatric Association (2000), págs. 526-529.

2. Jung (2001), pág. 113.

3. Estas corrientes del materialismo se pueden clasificar bajo el «monismo tipo-F» de Chalmers (Chalmers, 2003).

4. Dennett (2003).

5. Patrick Harpur ha escrito un libro maravilloso (Harpur, 2009) sobre la naturaleza de la verdad no literal y la realidad como metáfora.

6. William Shakespeare, *Como gustéis*, acto II, escena 7.

7. Goethe (1839), pág. 207; la cursiva es mía.

8. *Ibid.*

9. Citado en Cheetham (2012), pág. 59 [trad. esp.: *El mundo como icono*, Atalanta, Vilaür, 2019, pág. 83]; la cursiva es mía.

10. Citado en Jung (1985), pág. 97; la cursiva es mía. La traducción empleada por Jung varía ligeramente para dar cuenta de la lectura realizada por Richard Wilhelm del término «Dao» (que a menudo también se transcribe como «Tao»).

11. Zicheng (2006), pág. 105; la cursiva es mía.

12. Jung (1985), así como Jung y Pauli (2001).

Powered by CamScanner

Adyashanti (2006), *Emptiness Dancing* [2004], 2.ª ed., Sounds True, Inc., Boulder (Colorado). [Trad. esp. de M.ª del Mar Cañas: *La danza del vacío*, Gaia, Madrid, 2008.]

Alexander, E. (2012), *Proof of Heaven: A Neurosurgeon's Near-Death Experience and Journey into the Afterlife*, Simon & Schuster, Nueva York. [Trad. esp. de Manuel Mata Álvarez-Santullano: *La prueba del cielo: el viaje de un neurocirujano a la vida después de la vida*, Planeta, Barcelona, 2013.]

American Psychiatric Association (2000), *Diagnostic and Statistical Manual of Mental Disorders-IV (Text Revision)*, American Psychiatric Publishing, Inc., Arlington (Virginia). [Trad. esp. de Tomàs de Flores i Formenti *et al.*: *DSM-IV-TR: Manual diagnóstico y estadístico de los trastornos mentales*, Elsevier-Masson, Barcelona, 2001.]

Augusto, L. M. (2010), «Unconscious Knowledge: A survey», en *Advances in Cognitive Psychology*, vol. 6, núm. 6, págs. 116-141.

Bergson, H. (1912), *Matter and Memory* [1896], George Allen & Co., Londres. [Trad. esp. de Pablo Ires: *Materia y memoria: ensayo sobre la relación del cuerpo con el espíritu*, Cactus, Buenos Aires, 2006.]

Blanke, O. *et al.* (2002), «Stimulating illusory own-body perceptions: The part of the brain that can induce out-of-body ex-

Powered by CamScanner

periences has been located», en *Nature*, vol. 419, núm. 6904, págs. 269-270.
Boly, M. *et al.* (2011), «Preserved Feedforward But Impaired Top-Down Processes in the Vegetative State», en *Science*, vol. 332, núm. 6031, págs. 858-862.
Boswell, J. (1820), *The Life of Samuel Johnson, LL. D.* [1791], vol. 1, J. Davis, Military Chronicle and Military Classics Office, Londres. [Trad. esp. de Miguel Martínez-Lage: *Vida de Samuel Johnson*, Acantilado, Barcelona, 2007.]
Carhart-Harris, R. L. *et al.* (2012), «Neural correlates of the psychedelic state as determined by fMRI studies with psilocybin», en *Proceedings of the National Academy of Sciences of the United States of America*, vol. 109, núm. 6 (23 de enero del 2012), págs. 2138-2143. Disponible online: https://www.pnas.org/content/109/6/2138 [Acceso el 14 de febrero del 2013.]
Chalmers, D. (1996), *The Conscious Mind: In Search of a Fundamental Theory*, Oxford University Press, Oxford. [Trad. esp. de José Ángel Álvarez: *La mente consciente: en busca de una teoría fundamental*, Gedisa, Barcelona, 1999.]
— (2003), «Consciousness and its Place in Nature», en S. Stich y F. Warfield (eds.), *Blackwell Guide to the Philosophy of Mind*, Blackwell, Malden (Massachusetts), págs. 102-142.
— (2006), «Strong and Weak Emergence», en P. Clayton y P. Davies (eds.), *The Re-Emergence of Emergence*, Oxford University Press, Oxford, págs. 244-254.
Cheetham, T. (2012), *All the World an Icon: Henry Corbin and the angelic function of beings*, North Atlantic Books, Berkeley (California). [Trad. esp. de María Tabuyo y Agustín López: *El mundo como icono: Henry Corbin y la función angélica de los seres*, Atalanta, Vilaür, 2019.]
Davies, P. (2010), «Stephen Hawking's big bang gaps», en *The Guardian*, 4 de septiembre del 2010, Londres. Disponible online: http://www.guardian.com/commentisfree/belief/2010/sep/04/stephen-hawking-big-bang-gap [Acceso el 14 de febrero del 2013.]
— y Brown, J. (eds.) (1992), *Superstrings: A Theory of Everything?*, Cambridge University Press, Cambridge (Reino Unido). [Trad.

Powered by CamScanner

esp. de Tomás Ortín: *Supercuerdas: ¿una teoría de todo?*, Alianza, Madrid, 1995 (2.ª ed.).]

Dennett, D. (1991), *Consciousness Explained*, Penguin Books, Londres. [Trad. esp. de Sergio Balari Ravera: *La conciencia explicada: una teoría interdisciplinar*, Paidós, Barcelona, 1995.]

— (2003), «Explaining the "Magic" of Consciousness», en *Journal of Cultural and Evolutionary Psychology*, vol. 1, núm. 1, págs. 7-19.

DiSalvo, D. (2012), «When You Inject Spirit Medium's Brains with Radioactive Chemicals, Strange Things Happen», en *Forbes*, 18 de noviembre del 2012. Disponible online: https://www.forbes.com/sites/daviddisalvo/2012/11/18/when-you-inject-spirit-mediums-brains-with-radioactive-chemicals-some-really-strange-things-happen/ [Acceso el 15 de febrero del 2013.]

Dresler, M. *et al.* (2011), «Dreamed Movement Elicits Activation in the Sensorimotor Cortex», en *Current Biology*, vol. 21, núm. 21, págs. 1833-1837.

Eagleman, D. (2011), *Incognito: The Secret Lives of the Brain*, Canongate, Londres. [Trad. esp. de Damián Alou: *Incógnito: las vidas secretas del cerebro*, Anagrama, Barcelona, 2013.]

Eliade, M. (2009), *Rites and Symbols of Initiation: The Mysteries of Birth and Rebirth* [1958], Spring Publications, Nueva York. [Trad. esp. de Miguel Portillo: *Nacimiento y renacimiento: el significado de la iniciación en la cultura humana*, Kairós, Barcelona, 2010.]

Ffytche, M. (2011), *The Foundation of the Unconscious: Schelling, Freud and the Birth of the Modern Psyche*, Cambridge University Press, Cambridge (Reino Unido).

Fogelin, R. (2001), *Routledge Philosophy GuideBook to Berkeley and the Principles of Human Knowledge*, Routledge, Londres.

Folger, T. (2004), «Einstein's Grand Quest for a Unified Theory», en *Discover Magazine*, 30 de septiembre del 2004. Disponible online: https://www.discovermagazine.com/the-sciences/einsteins-grand-quest-for-a-unified-theory [Acceso el 19 de febrero del 2013.]

Gebser, J. (1986), *The Ever-Present Origin, Part One: Foundations of the Aperspectival World and Part Two: Manifestations*

Powered by CamScanner

of the Aperspectival World [1953], Ohio University Press, Athens (Ohio). [Trad. esp. de J. Rafael Hernández Arias: *Origen y presente*, Atalanta, Vilaür, 2011.]

Goethe, J. W. (1839), *Goethe's Faust, Part II* [1832], Sampson Law, Londres. [Trad. esp. de José Roviralta Borrell: *Fausto*, Alianza, Madrid, 2014.]

Gordon, D. (1999), *Ants at Work: How an Insect Society Is Organized*, The Free Press, Nueva York.

Greene, B. (2003), *The Elegant Universe: Superstrings, Hidden Dimensions, and the Quest for the Ultimate Theory*, W. W. Norton & Company, Nueva York. [Trad. esp. de Mercedes García Garmilla: *El universo elegante: supercuerdas, dimensiones ocultas y la búsqueda de una teoría final*, Crítica, Barcelona, 2006.]

Gröblacher, S. *et al.* (2007), «An experimental test of non-local realism», en *Nature*, vol. 446, núm. 7138, págs. 871-875.

Grof, S. y Grof, C. (eds.) (1989), *Spiritual emergency: When personal transformation becomes a crisis*, Tarcher, Nueva York. [Trad. esp. de Andrea Ferrari: *Emergencia espiritual: las crisis de transformación espiritual*, Planeta, Buenos Aires, 1992.]

Gross, C. G. (2002), «Genealogy of the "Grandmother Cell"», en *Neuroscientist*, vol. 8, núm. 5, págs. 512-518.

Hameroff, S. R. (2006), «Consciousness, neurobiology and quantum mechanics: The case for a connection», en J. A. Tuszynski (ed.), *The Emerging Physics of Consciousness*, Springer, Berlín, págs. 193-241.

Haraldsson, E. (2012), *The Departed Among the Living: An Investigative Study of Afterlife Encounters*, White Crow Books, Guildford (Reino Unido).

Harpur, P. (2009), *The Philosopher's Secret Fire: A History of the Imagination* [2002], The Squeeze Press, Glastonbury (Reino Unido). [Trad. esp. de Fernando Almansa Salomó: *El fuego secreto de los filósofos: una historia de la imaginación*, Atalanta, Vilaür, 2020 (6.ª ed.).]

Hawking, S. y Mlodinow, L. (2010), *The Grand Design: New Answers to the Ultimate Questions of Life*, Bantam Books, Londres. [Trad. esp. de David Jou i Mirabent: *El gran diseño*, Crítica, Barcelona, 2010.]

Powered by CamScanner

Hofstadter, D. R. (1980), *Gödel, Escher, Bach: An Eternal Golden Braid*, Penguin Books, Londres. [Trad. esp. de Mario Arnaldo Usabiaga Bandizzi y Alejandro López Rousseau: *Gödel, Escher, Bach: un eterno y grácil bucle*, Booket, Barcelona, 2015.]
— (2008), *I Am a Strange Loop*, Basic Books, Nueva York. [Trad. esp. de Luis Enrique de Juan Vidales: *Yo soy un extraño bucle*, Tusquets, Barcelona, 2008.]
Hughes, A. L. (2012), «The Folly of Scientism», en *The New Atlantis*, núm. 37 (otoño del 2012), págs. 32-50.
Iacoboni, M., Rayman, J. y Zaidel, E. (1996), «Left brain says yes, right brain says no: Normative duality in the split brain», en S. R. Hameroff, A. W. Kaszniak y A. C. Scott (eds.), *Toward a Scientific Basis of Consciousness*, The MIT Press, Cambridge (Massachusetts), págs. 197-202.
Journal of Transpersonal Psychology, Association for Transpersonal Psychology, Palo Alto (California).
Jung, C. G. (1985), *Synchronicity: An Acausal Connecting Principle* [1952], Routledge, Londres. [Trad. esp. de Dolores Ábalos: «Sincronicidad como principio de conexiones acausales», en *Obra completa*, vol. 8: *La dinámica de lo inconsciente*, Trotta, Madrid, 2004.]
— (1991), *The Archetypes and the Collective Unconscious* [1955], Routledge, Londres. [Trad. esp. de Carmen Gauger: *Obra completa*, vol. 9/1: *Los arquetipos y lo inconsciente colectivo*, Trotta, Madrid, 2002.]
— (1995), *Memories, Dreams, Reflections* [1961], Fontana Press, Londres. [Trad. esp. de M.ª Rosa Borràs: *Recuerdos, sueños, pensamientos*, ed. de Aniela Jaffé, Seix Barral, Barcelona, 2001.]
— (1997), *Jung on Active Imagination*, ed. de J. Chodorow, Routledge, Londres.
— (2001), *On the Nature of the Psyche*, Routledge, Londres. [Trad. esp. de Dolores Ábalos: «Consideraciones teóricas acerca de la esencia de lo psíquico», en *Obra completa*, vol. 8: *La dinámica de lo inconsciente*, Trotta, Madrid, 2004.]
— (2002), *The Undiscovered Self*, Routledge, Londres. [Trad. esp. de Carlos Martín Ramírez: «Presente y futuro», en *Obra completa*, vol. 10: *Civilización en transición*, Trotta, Madrid, 2001.]

Powered by CamScanner

— (2002), *The Earth Has a Soul: C. G. Jung on Nature, Technology & Modern Life*, ed. de M. Sabini, North Atlantic Books, Berkeley (California).
— (2009), *The Red Book: Liber Novus* [1957], W. W. Norton & Company, Nueva York. [Trad. esp. de Romina Scheuschener y Valentín Romero: *El libro rojo*, El hilo de Ariadna, Buenos Aires, 2019 (3.ª ed.).]
— y Pauli, W. (2001), *Atom and the Archetype: The Pauli/Jung Letters, 1932-1958* [1992], ed. de C. A. Meier, Princeton University Press, Princeton (Nueva Jersey). [Trad. esp. de Rosa Álvarez Ulloa: *Wolfgang Pauli y Carl G. Jung: un intercambio epistolar, 1932-1958*, Alianza, Madrid, 1996.]
Kandel, E. *et al.* (eds.) (2012), *Principles of Neural Science* [1981], 5.ª ed., McGraw-Hill Professional, Nueva York. [Trad. esp. de José Luis Agud Aparicio: *Principios de neurociencia*, McGraw-Hill Interamericana de España, Madrid, 2001.]
Kastrup, B. (2012), «Response to Dr. Christof Koch», en *Metaphysical Speculations*, 7 de febrero del 2012. Disponible online: http://www.bernardokastrup.com/2012/02/response-to-christof-koch.html [Acceso el 15 de febrero del 2013.]
— y Seixas, J. M. (1997), «A Single-Neuron Weighting Technique for Classifiers», en *Proceedings of the 5th European Congress on Intelligent Tecniques and Soft Computing*, vol. 1, págs. 480-484.
Keim, B. (2013), «Consciousness After Death: Strange Tales From the Frontiers of Resuscitation Medicine», en *Wired*, 24 de abril del 2013. Disponible online: http://www.wired.com/2013/04/consciousness-after-death/ [Acceso el 22 de mayo del 2013.]
Kelly, E. W., Greyson, B. y Kelly, E. D. (2009), «Unsual Experiences Near Death and Related Phenomena», en E. D. Kelly *et al.*, *Irreducible Mind: Toward a Psychology for the 21st Century*, Rowman & Littlefield, Lanham (Maryland), págs. 367-421.
Kirk, R. (2011), «Zombies», en *Stanford Encyclopedia of Philosophy*. Disponible online: http://plato.stanford.edu/entries/zombies/ [Acceso el 16 de febrero del 2013.]
Koch, C. (2004), *The Quest for Consciousness: A Neurobiological Approach*, Roberts & Company Publishers, Englewood (Co-

Powered by CamScanner

lorado). [Trad. esp. de Ignacio Morgado Bernal: *La consciencia: una aproximación neurobiológica*, Ariel, Barcelona, 2005.]

— (2011), «The Neurobiology and Mathematics of Consciousness», en *Singularity Summit 2011* (vídeo). Disponible online: www.youtube.com/watch?v=6i9kE3Ne7as [Acceso el 14 de febrero del 2013.]

— y Tsakiris, A. (2012), «Dr. Christoph Koch on Human Consciousness and Near-Death Experience Research», en *Skeptiko podcast*, núm. 160, 7 de febrero del 2012 (audio). Disponible online: http://www.skeptiko.com/160-christof-koch-consciousness-and-near-death-experience-research/ [Acceso el 15 de febrero del 2013.]

Krebs, H. A. y Weitzman, P. D. J. (1987), *Krebs' critic acid cycle: half a century and still turning*, Biochemical Society, Londres.

Kuhn, T. S. (1996), *The Structure of Scientific Revolution* [1962], 3.ª ed., The University of Chicago Press, Chicago (Illinois). [Trad. esp. de Carlos Solís: *La estructura de las revoluciones científicas*, FCE, Ciudad de México, 2016.]

Lammle, R. (2010), «The Amazing Stories of 6 Sudden Savants», en *Mental_floss*, 29 de junio del 2010. Disponible online: http://mentalfloss.com/article/25048/amazing-stories-6-sudden-savants [Acceso el 15 de febrero del 2013.]

Leeming, D. A. (2010), *Creation Myths of the World: An Encyclopedia*, 2.ª ed., ABC-CLIO, Santa Bárbara (California).

Lehar, S. (1999), «Gestalt isomorphism and the quantification of spatial perception», en *Gestalt Theory*, vol. 21, núm. 2, págs. 122-139.

Levine, J. (1999), «Conceivability, Identity, and the Explanatory Gap», en S. R. Hameroff, A. W. Kaszniak y D. Chalmers (eds.), *Toward a Science of Consciousness III, The Third Tucson Discussions and Debates*, The MIT Press, Cambridge (Massachusetts), págs. 3-12.

Lilly, J. y Gold, E. (1996), *Tanks for the Memories: Floatation Tank Talks*, 2.ª ed., Gateways Books & Tapes, Nevada City (California).

Lovelock, J. (2005), *Gaia: And the theory of the living planet*, 2.ª ed., Octopus Publishing Group, Londres.

Powered by CamScanner

Lythgoe, M. *et al.* (2005), «Obsessive, prolific artistic output following subarachnoid hemorrhage», en *Neurology*, vol. 64, núm. 2, págs. 397-398.

Mack, J. E. (1999), *Passport to the Cosmos: Human Transformation and Alien Encounters*, Three River Press, Nueva York.

Metzinger, T. (ed.) (2000), *Neural Correlates of Consciousness: Empirical and Conceptual Questions*, The MIT Press, Cambridge (Massachusetts).

Miller, B. *et al.* (1998), «Emergence of artistic talent in frontotemporal dementia», en *Neurology*, vol. 51, núm. 4, págs. 978-982.

— (2000), «Functional correlates of musical and visual ability in frontotemporal dementia», en *Br. J. Psychiatry*, vol. 176, núm. 5, págs. 458-463.

Miller, G. (2005), «What Is the Biological Basis of Consciousness?», en *Science*, vol. 309, núm. 5731, pág. 79.

Moorjani, A. (2012), *Dying To Be Me: My Journey from Cancer to Near Death, to True Healing*, Hay House, Inc., Carlsbad (California). [Trad. esp. de Puerto Barruetabeña: *Morir para ser yo: mi viaje a través del cáncer y la muerte hasta el despertar y la verdadera curación*, Gaia, Madrid, 2013.]

Musser, G. y Minkel, J. R. (2002), «A Recycled Universe: Crashing branes and cosmic acceleration may power an infinite cycle in which our universe is but a phase», en *Scientific American*, 11 de febrero del 2002. Disponible online: http://www.scientificamerican.com/article/a-recycled-universe/ [Acceso el 20 de febrero del 2013.]

Neal, R. M. (2008), «The Choking Game», en *The Path of Addiction: And Other Troubles We Are Born to Know*, AuthorHouse, Bloomington (Indiana), págs. 310-315.

Oerter, R. (2006), *The Theory of Almost Everything: The Standard Model, the Unsung Triumph of Modern Physics*, Pearson Education Inc., Nueva York. [Trad. esp. de Martín Manrique Mansour: *La teoría de casi todo: el modelo estándar, triunfo no reconocido de la física moderna*, FCE, Ciudad de México, 2008.]

Okasha, S. (2002), *Philosophy of Science: A Very Short Introduction*, Oxford University Press, Oxford. [Trad. esp. de José M.ª Fábregas Puig: *Una brevísima introducción a la filosofía de la ciencia*, Océano de México, Ciudad de México, 2007.]

Powered by CamScanner

Pascual-Leone, Á. *et al.* (eds.) (2002), *Handbook of Transcranial Magnetic Stimulation*, Hodder Arnold, Londres.

Peck, M. E. (2011), «Signal for Consciousness in Brain Marked by Neural Dialogue: Brain areas send signals back and forth to generate conscious thoughts», en *Scientific American Mind*, 1 de noviembre del 2011. Disponible online: http://www.scientificamerican.com/article/a-conversation-in-the-brain/ [Acceso el 17 de febrero del 2013.]

Peres, J. *et al.* (2011), «Neuroimaging during Trance State: A Contribution to the Study of Dissociation», en *PLoS ONE*, vol. 7, núm. 11, e49360.

Persinger, M. *et al.* (2010), «The Electromagnetic Induction of Mystical and Altered States Within the Laboratory», en *Journal of Consciousness Exploration & Research*, vol. 1, núm. 7, págs. 808-830.

Piore, A. (2013), «When Brain Damage Unlocks the Genius Within», en *Popular Science*, marzo del 2013, págs. 46-53. Disponible online: https://www.popsci.com/science/article/2013-02/when-brain-damage-unlocks-genius-within/ [Acceso el 23 de febrero del 2021.]

Plantinga, A. (1993), *Warrant and Proper Function*, Oxford University Press, Oxford.

Poz, J. D. (2005), «Zuruahã: Cosmology and Suicide», en *Povos Indígenas no Brasil*. Disponible online: http://pib.socioambiental.org/en/Povo:Zuruahã [Acceso el 14 de febrero del 2013.]

Read, S. (1995), *Thinking About Logic: An Introduction to the Philosophy of Logic*, Oxford University Press, Oxford.

Retz (2007), «Tripping Without Drugs: experience with Hyperventilation (ID 14651)», en *Erowid.org*. Disponible online: www.erowid.org/experiences/exp.php?ID=14651 [Acceso el 14 de febrero del 2013.]

Rhinewine, J. P. y Williams, O. J. (2007), «Holotropic Breathwork: The Potential Role of a Prolonged, Voluntary Hyperventilation Procedure as an Adjunct to Psychotherapy», en *The Journal of Alternative and Complementary Medicine*, vol. 13, núm. 7, págs. 771-776.

Roberson, D. *et al.* (2005), «Color categories: Evidence for the

Powered by CamScanner

cultural relativity hypothesis», en *Cognitive Psychology*, vol. 50, núm. 4, págs. 378-411.
— (2006), «Colour Categories and Category Acquisition in Himba and English», en N. Pitchford y C. Bingham (eds.), *Progress in Colour Studies*, vol. 2: *Psychological aspects*, John Benjamins, Ámsterdam, págs. 159-172.
Russell, B. (2007), *The Analysis of Matter* [1927], Spokesman Books, Nottingham (Reino Unido). [Trad. esp. de Eulogio Mellado: *Análisis de la materia*, Taurus, Madrid, 1969.]
Schwartz, J. M. y Begley, S. (2004), *Mind and the Brain*, HarperCollins, Nueva York.
Schwartz, J. M., Stapp, H. P. y Beauregard, M. (2005), «Quantum Physics in Neuroscience and Psychology: A Neurophysical Model of Mind-Brain Interaction», en *Philosophical Transactions of the Royal Society B*, vol. 360, núm. 1458, págs. 1309-1327.
Seixas, J. M. *et al.* (1995), «Reducing Input Space Dimension for Real-Time Data Analysis in High-Event Rate Environment», en *Proceedings of the International Conference on Artificial Neural Networks*, vol. 2, págs. 203-208.
Sheldrake, R. (2011), *Dogs That Know When Their Owners Are Coming Home* [1999], ed. actualizada y revisada, Three Rivers Press, Nueva York. [Trad. esp. de Marco Aurelio Galmarini: *De perros que saben que sus amos están camino de casa*, Booket, Barcelona, 2007.]
Shermer, M. (1999), *Out of Body Experiment* (vídeo). Disponible online: http://www.michaelshermer.com/media/out-of-body-experiment/ [Acceso el 15 de febrero del 2013.]
— (2011), «What is Pseudoscience?», en *Scientific American*, 1 de septiembre del 2011. Disponible online: http://www.scientificamerican.com/article/what-is-pseudoscience/ [Acceso el 5 de abril del 2013.]
Shuman, G. D. (2007), *Last Breath: A Sherry Moore Novel*, Simon & Schuster, Nueva York. [Trad. esp. de Fernando T. Ruggiero: *Último aliento: una novela con Sherry Moore*, Emecé, Buenos Aires, 2009.]
Smolin, L. (2007), *The Trouble with Physics: The Rise of String Theory, The Fall of a Science, and What Comes Next*, Mariner Books, Boston (Massachusetts). [Trad. esp. de Rosa M.ª Salle-

Powered by CamScanner

ras Puig: *Las dudas de la física en el siglo XXI: ¿es la teoría de cuerdas un callejón sin salida?*, Crítica, Barcelona, 2016.]

Strassman, R. *et al.* (2008), *Inner Paths to Outer Space*, Park Street Press, Rochester (Vermont).

Strawson, G. (2006), «Realistic Monism: Why Physicalism Entails Panpsychism», en *Journal of Consciousness Studies*, vol. 13, núms. 10-11, págs. 3-31.

Sudman, N. (2012), *Application of Impossible Things: A Near Death Experience in Iraq*, Ozark Mountain Publishing, Huntsville (Arkansas).

Taylor, J. B. (2009), *My Stroke of Insight*, Hodder & Stoughton, Londres. [Trad. esp. de Juan Manuel Ibeas Delgado: *Un ataque de lucidez: un viaje personal hacia la superación*, Debate, Barcelona, 2009.]

Taylor, K. (1994), *The Breathwork Experience: Exploration and Healing in Nonordinary States of Consciousness*, Hanford Mead, Santa Cruz (California).

Tongue, B. H. (2001), *Principles of Vibration*, 2.ª ed., Oxford University Press, Oxford.

Tononi, G. (2004a), «Consciousness and the Brain: Theoretical Aspects», en G. Adelman y B. Smith (eds.), *Encyclopedia of Neuroscience*, 3.ª ed. (CD-ROM), Elsevier, Ámsterdam.

— (2004b), «An Information Integration Theory of Consciousness», en *BMC Neuroscience*, vol. 5, núm. 42. Disponible online: https://bmcneurosci.biomedcentral.com/articles/10.1186/1471-2202-5-42 [Acceso el 14 de febrero del 2013.]

Treffert, D. (2006), *Extraordinary People: Understanding Savant Syndrome*, iUniverse, Inc., Omaha (Nebraska).

— (2009), «The Savant Syndrome: An Extraordinary Condition. A Synopsis: Past, Present, Future», en *Philosophical Transactions of the Royal Society B*, vol. 364, núm. 1522, págs. 1351-1357.

Urgesi, C. *et al.* (2010), «The Spiritual Brain: Selective Cortical Lesions Modulate Human Self-Transcendence», en *Neuron*, vol. 65, núm. 3, págs. 309-319.

Ustinova, Y. (2009), *Caves and the Ancient Greek Mind: Descending Underground in the Search for Ultimate Truth*, Oxford University Press, Oxford.

Powered by CamScanner

Watts, A. (2009), *The Book: On the Taboo Against Knowing Who You Are* [1966], Souvenir Press, Londres. [Trad. esp. de Rolando Hanglin: *El libro del tabú*, Kairós, Barcelona, 1982.]
Whinnery, J. y Whinnery, A. (1990), «Acceleration-Induced Loss of Consciousness: A Review of 500 Episodes», en *Archives of Neurology* [actualmente *JAMA Neurology*], vol. 47, núm. 7, págs. 764-776.
Zee, A. (2010), *Quantum Field Theory in a Nutshell*, 2.ª ed., Princeton University Press, Princeton (Nueva Jersey).
Zicheng, H. (2006), *Vegetable Roots Discourse: Wisdom from Ming China on Life and Living: The Caigentan*, Shoemaker & Hoard, Berkeley (California).

Powered by CamScanner

Fig. 1 (pág. 48): © 2013 por Bernardo Kastrup. Imagen creada por Karolina Rodrigues (karolrodrigues.com).

Fig. 2 (pág. 100): © 2013 por Bernardo Kastrup.

Fig. 3 (pág. 111): © Elaine Davis / Shutterstock.

Fig. 4 (pág. 127): © Elaine Davis / Shutterstock.

Fig. 5 (pág. 146): © HamsterMan / Shutterstock.

Fig. 6 (pág. 150): © Marcel Clemens / Shutterstock.

Fig. 7 (pág. 151): © anna.q / Shutterstock.

Fig. 8 (pág. 153): © STROBE / Shutterstock.

Fig. 9 (pág. 179): de dominio público.

Fig. 10 (pág. 181): reproducción tomada de *Popular Science Monthly*, vol. 3 (1873); de dominio público porque sus derechos han expirado (publicación anterior a 1923).

Fig. 11 (pág. 185): © Peter Sobolev / Shutterstock.

Fig. 12 (pág. 187): © Willyam Bradberry / Shutterstock.

Fig. 13 A (pág. 189): © Mmaxer / Shutterstock.

Fig. 13 B (pág. 189): © zffoto / Shutterstock.

Fig. 14 A (pág. 200): © VladimirV / Shutterstock.

Fig. 14 B (pág. 200): © Valentin Drull / Shutterstock.

Powered by CamScanner

Índice onomástico

Aristóteles: 41

Bergson, Henri: 62
Berkeley, George: 79-81
Bohr, Niels: 41
Bruno, Giordano: 281, 284-285

Chalmers, David: 34, 222
Churchland, Patricia: 12
Churchland, Paul: 12
Cicoria, Anthony: 69
Clemente VIII, papa: 284
Copérnico, Nicolás: 285
Corbin, Henry: 272

Darwin, Charles: 39
Davies, Paul: 287-288 (n. 7)
Demócrito: 41
Dennett, Daniel: 12, 45, 130, 265-266
Dick, Philip K.: 71
Dieterich, Albrecht: 66

Einstein, Albert: 216

Falwell, Jerry: 12
Flanagan, Owen: 12

Galileo Galilei: 285
Gebser, Jean: 173-174
Goethe, Johann W. von: 271
Grof, Stanislav: 238

Haraldsson, Erlendur: 244
Hawking, Stephen: 28, 287-288 (n. 7)
Hofstadter, Douglas: 144
Hong Zicheng: 272
Huxley, Aldous: 281-282

Johnson, Samuel: 79-81
Jung, Carl G.: 65-67, 77, 220, 241, 275, 293 (n. 4), 294 (n. 5), 294-295 (n. 12)

Kieślowski, Krzysztof: 176
Koch, Christof: 45, 57, 289 (n. 2)
Krebs, Hans Adolf: 59
Kuhn, Thomas S.: 24, 87

Powered by CamScanner

Laozi: 272
Larkin, Michael: 294 (n. 1)
Lovelock, James: 248

Maxwell, James Clerk: 129, 136
McHugh, Tommy: 69-70

Nāgārjuna: 13
Newton, Isaac: 11, 59

Ockham, Guillermo de: 88, 291 (n. 10)

Parnia, Sam: 55
Pauli, Wolfgang: 220, 275
Persinger, Michael: 72
Plantinga, Alvin: 289 (n. 26)
Popper, Karl: 41

Robertson, Pat: 12

Schwartz, Jeffrey: 215
Serrell, Orlando: 70
Shakespeare, William: 270
Shermer, Michael: 57
Soyen Shaku: 13-14
Strawson, Galen: 34, 36
Sudman, Natalie: 294 (n. 5)

Taylor, Jill Bolte: 69
Tononi, Giulio: 53, 57-60, 158-160
Treffert, Darold: 70

Verne, Julio: 71

Watts, Alan: 95, 233

Powered by CamScanner

ESTA PRIMERA EDICIÓN DE *¿POR QUÉ EL MATERIALISMO ES UN EMBUSTE?*, DE BERNARDO KASTRUP, SE ACABÓ DE IMPRIMIR Y ENCUADERNAR EN BARCELONA EN LA IMPRENTA *ROMANYÀ VALLS, S.A.* EN ABRIL DEL 2021

Powered by CamScanner

Memoria mundi

«Es importante que este mensaje sea ampliamente divulgado.»

Rupert Sheldrake

Amparado por la ciencia, el materialismo parece haberse instalado en la opinión pública como la única opción viable para cualquier tipo de visión racional del mundo. El joven filósofo neerlandés Bernardo Kastrup, haciendo gala de un franco escepticismo, disiente de esta manera de ver las cosas y, con la claridad lógica de las evidencias empíricas, nos descubre sus absurdas contradicciones epistemológicas. Dentro de un marco de referencia distinto y coherente, a partir del cual se puede interpretar cualquier ley física o fenómeno natural sin necesidad de caer en las usuales suposiciones materialistas, el cerebro es la imagen de un proceso autolocalizado en la mente, lo mismo que un remolino lo es de un proceso autolocalizado en el agua, pero así como el remolino no genera el agua, el cerebro tampoco genera la mente, ya que es el cerebro el que está en la mente, no la mente en el cerebro.

Con audacia y brillantez inusitadas, Kastrup nos presenta una visión alternativa del mundo, poniendo énfasis en el papel dinámico que tiene la consciencia en la constitución de lo real.

Doctor en filosofía, ingeniería informática e inteligencia artificial, Bernardo Kastrup ha trabajado como científico en los principales laboratorios del mundo. Lidera el renacimiento moderno del idealismo metafísico y ha escrito obras tan singulares como *Por qué el materialismo es un embuste* (2014), su primer libro traducido al español, además de *Rationalist Spirituality* (2011), *Dreamed up Reality* (2011), *Meaning in Absurdity* (2012), *Brief Peeks Beyond* (2015), *More Than Allegory* (2016), *The Idea of the World* (2019), *Decoding Schopenhauer's Metaphysics* (2020) y *Decoding Jung's Metaphysics* (2021).

www.atalantaweb.com

Powered by CamScanner